



NO SE PRESTA

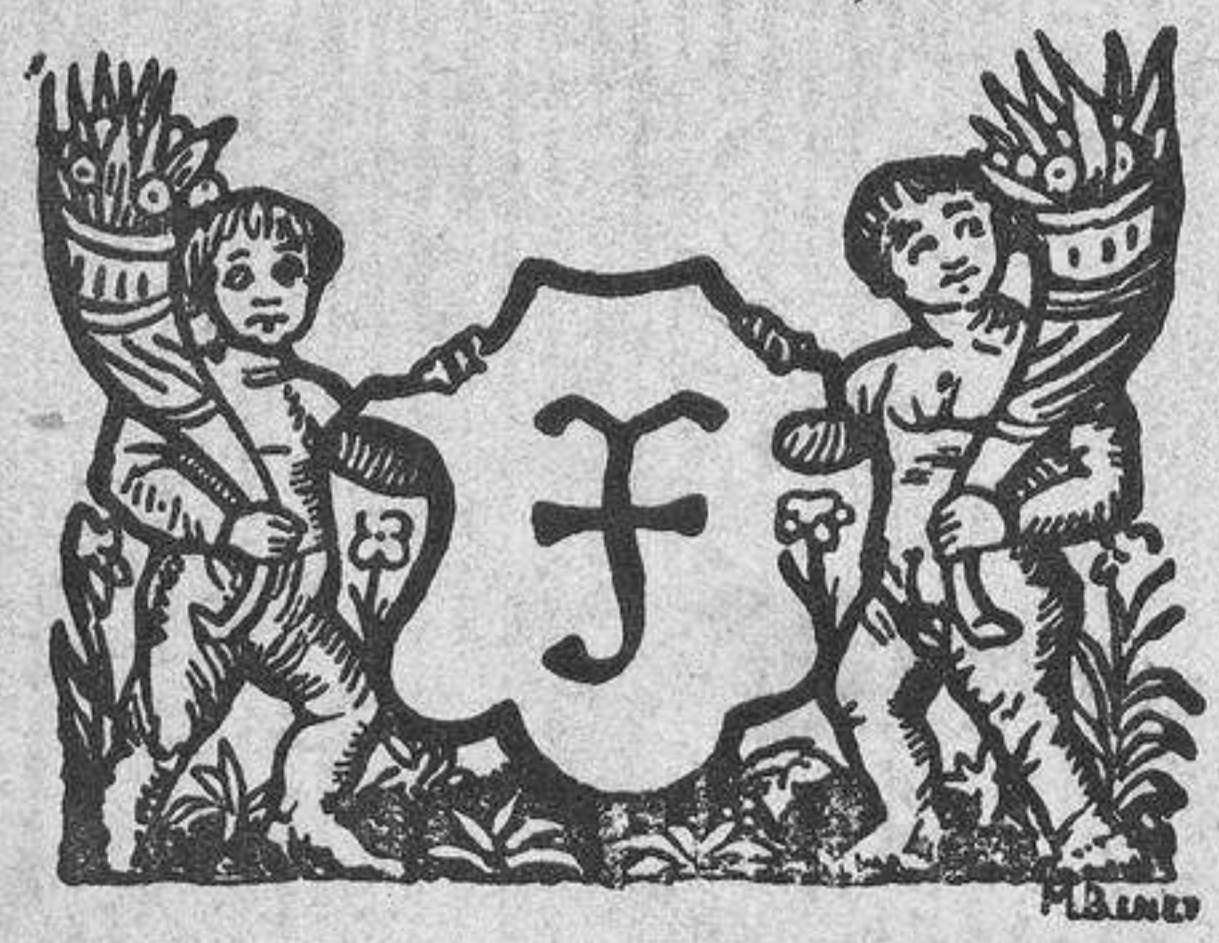
**LECTURA EN
SALA**

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000306924

Rabelais
GARGANTUA
Y
PANTAGRUEL



M. Aguilar - Editor
MADRID

T. 263352

C. 306.924

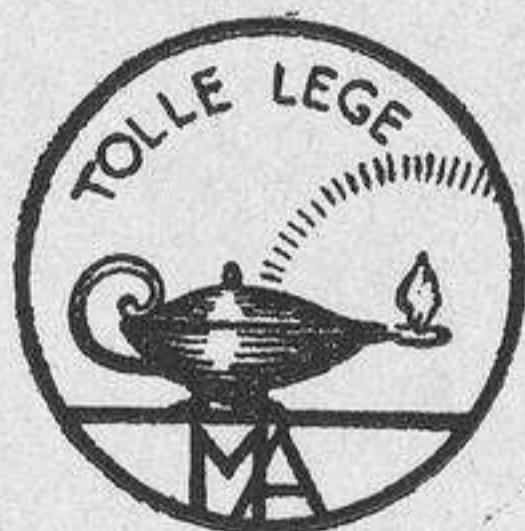
R

6780

FRANCISCO RABELAIS



GARGANTÚA Y PANTAGRUEL



RABELAIS



GARGANTÚA Y PANTAGRUEL

TRADUCIDAS Y RECOMPUESTAS DE LAS EDICIONES REPUTADAS COMO MÁS AUTÉNTICAS Y ESCRUPULOSAS, ANOTADAS Y COMENTADAS POR E. BARRIOBERO Y HERRÁN

TOMO I



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

12170.285

M. AGUILAR

EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

**Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 10864. — MADRID**

Al incomparable Maestro

ANATOLE FRANCE

heredero por línea directa de Rabelais, sabio como él, humorista como él, médico de la incuria y de la pereza y gran sacerdote de la Santa Religión de la Verdad.

*Rendidamente,
El traductor.*

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR



RABELAIS Y SU OBRA

La época.



La obra magna de Rabelais, tan popular en Francia, Bélgica y Suiza como en España y América el *Quijote*, vió la luz entre los años comprendidos desde 1532 a 1552.

Su autor la fué imprimiendo libro a libro y aun trozo a trozo, a medida que arbitraba recursos económicos y recababa autorizaciones y privilegios. Fueron aquellos años los más culminantes de uno de los períodos heroicos de la historia francesa.

Comenzaban a ser aplicados los grandes descubrimientos de fines del siglo xv: la pólvora y la imprenta; las claves de dominio sobre la inteligencia y sobre el músculo. Francia, con estos elementos de lucha y de reivindicación, logra expulsar de su suelo a los ingleses, y a favor de la política, enérgica y sutil a la vez, de Luis XI, redondea su territorio y rehace su lengua, su literatura, su filosofía, sus instituciones civiles y religiosas, sus ciencias y sus artes; en una palabra, todo lo que había perdido a causa de las guerras del siglo xiii o del inevitable desfallecimiento moral, que es para los pueblos primera e inevitable consecuencia de las luchas armadas.

La obra reconstructiva que virilmente acometió el Renacimiento fué entorpecida por el desastre de las Cruzadas, por los desórdenes y las debilidades de los últimos Capetos y por las luchas intestinas de los primeros Valois; pero de todo, al fin, pudo triunfar, y en su momento plenipotente engendró la

civilización moderna, en crisis hoy por efecto de la nunca bastante maldita Guerra Europea.

Pero al término de aquella reconstrucción no podía llegarse sin una demolición previa, enérgica y arrolladora, y ésta es la obra épica que Rabelais emprende al frente del ejército intelectual de su tiempo.

Los eternos elementos retardatarios se obstinan en cerrar el paso a la nueva cultura, protegiendo con los escudos de su pertinacia los gérmenes podridos, las viejas ideas, las antiguas costumbres, los arcaicos prejuicios, las creencias absurdas y los respetos usurpados. Contra todo esto acomete y todo lo arrolla con la maza formidable de la razón, con el ariete irresistible de la ciencia y con el explosivo aniquilante de la burla.

Matices dominantes de aquella sociedad eran la grosería, la obscenidad en las costumbres y en el lenguaje, el amor al lujo y el desvarío por los goces sensuales. Rabelais asesta sus tiros a estos puntos flacos, y para asegurar el acierto simula aceptar estos colores como galas de su propio indumento. Aparenta identificarse con la frivolidad de la vida social, y de ella se sirve para poner un velo a la profundidad de su pensamiento; satura de lujo sus fantásticos festines; para seguir la corriente a la manía bélica, describe batallas de gigantes; para secundar el libertinaje, se inventa un copioso repertorio de anécdotas y un vocabulario, y para satirizar, en fin, a los eruditos, derrama un verdadero torrente de palabras y locuciones griegas, latinas, hebreas y técnicas de todas las ciencias, de todas las artes y de todos los oficios.

Lo único que combate de un modo franco y directo, sin antifaz, es la justicia y las órdenes monásticas; cuando trata estos temas no emplea símbolos ni frases de doble sentido; pero su victoria es tardía; Francia no logra curarse de estos males hasta los días de luz que siguieron a la aurora roja de 1789.

Es verdaderamente asombroso este rasgo de valor y de civismo de Rabelais; para apreciarlo en toda su magnitud, recordemos que vió morir en la hoguera a Dolet, en París, en 1546; en el hospital y en el destierro, a los Etienne; fugitivo y vagabundo, a Marot; decapitado, a Morus; perseguido, a Erasmo, no obstante su prudencia; quemado, a Servet; muer-

to en la guerra, a Zwinglio; de hambre, a Vesale; entregado al verdugo, a Juan Hus, no obstante el salvoconducto imperial; obligado a suicidarse, a Buenaventura des Periers; a Camöens, expirando en la miseria y en la desesperación, y a mil más que, en talento y en virtudes, fueron con respecto a sus tiranos lo que es la huella de un pie frente a la cuenca del Océano.

El autor.

Ha sido muy difícil para los eruditos franceses recomponer una noticia completa de la vida de Francisco Rabelais. En Meudon, hasta hace muy pocos años, lo único que mostraban al turista era la casa en donde vivió el hijo de Luis XIV con su querida.

Por otra parte, se le ha confundido con muchos personajes de su obra, y en su vida se ha engarzado un fárrago de anécdotas que pone grandes dificultades en el camino de la investigación concienzuda.

He aquí lo que nos dicen los autores más dignos de crédito:

Nació en 1483, en una venta o parador que tenía su padre, a una legua de Chinon, en la Turena. En dicha villa poseía también su familia otro establecimiento que se llamó «Hostería de la Lamprea».

Muy cerca de allí estaba el convento de benedictinos de Seville, en donde aprendió las primeras letras; en él conoció a un fraile llamado Buinart, que le sirvió de modelo para trazar el vigoroso retrato del hermano Juan de los Entomeures.

Pasó después al monasterio de la Basmette, cerca de Angers, y después, acaso a la Universidad de esta población.

Entró, por último, como novicio, en el convento de Fontenay-le-Compte, en Poitou, de la orden de San Francisco, y allí, en 1511, recibió las órdenes religiosas.

No le fué muy grata la estancia en este convento: su amor al trabajo contrastaba con la perdurable ociosidad de los frailes; estudió con entusiasmo las lenguas clásicas y pronto se encontró desplazado entre aquellas gentes, acostumbradas a considerar como hechiceros a los que sabían griego. Además, sufrían sus bromas con muy poca paciencia.

Hizo amistad con Andrés Tiraqueau, hombre doctísimo que ejercía allí un alto cargo; con Pedro Amy, que hablaba el

griego a la perfección; con Juan Bucher, procurador del rey y literato, y con los hermanos Bellay, que fueron más tarde sus protectores. Le visitaban en su celda, y los manejos políticos que entonces estaban en vigor hicieron que en ella se llegase a descubrir libros profanos de los perseguidos por el Estado o por la Iglesia. Esto sirvió para apartarlo de sus amigos y para encerrarlo en un *in pace*, esto es, en la *paz del Señor*, como los frailes decían. El castigo, en realidad, era la reclusión perpetua a pan y agua, sin aire ni luz; la muerte lenta y desesperada. Los frailes, como dice Luis Barré, uno de los mejores comentaristas de Rabelais, no matan..., hacen morir.

Con motivo de esta condena se referían anécdotas muy conformes con su carácter zumbón; se decía que había puesto drogas excitantes en el vino de los religiosos; se contaba que un día de San Francisco quitó de la hornacina la estatua del patrón, se colocó en su puesto, y cuando acudieron los fieles a venerarlo, los asperjeó con algo que no era, ni mucho menos, agua bendita. Aun cuando todo esto fuera cierto, no por ello le hubieran aplicado tan terrible castigo.

La providencia fué su amigo Tiraqueau: valiéndose de su cargo oficial, allanó el convento, forzó las puertas del claustro y lo sacó del calabozo.

Sus valedores alcanzaron también que el Papa Clemente VII le perdonara y le permitiera pasar a la orden de San Benito y entrar en la abadía de Maillezais, en Poitou; pero no tardó mucho tiempo en tirar definitivamente su escapulario y agregarse como clérigo secular al obispo de Maillezais, Godofredo de Estissac, que había sido su condiscípulo en el convento de la Basmette; lo acompañó en calidad de secretario al castillo de Legugé, en donde tuvo una brillante tertulia de hombres instruidos, entre los que se cree que estaban Marot, Salel, Hervet y el propio Calvino, con quien le unían comunes aficiones al estudio de las lenguas; pero Rabelais no pudo soportar mucho tiempo sus intolerancias de sectario.

Aquellos años de libertad y de bienandanza los aprovechó para realizar su constante deseo de entregarse al estudio de la Medicina. Llega a doctorarse en Montpellier, en 22 de mayo de 1537, y desde el año siguiente ejerce de médico en París, dedicado, según parece, a la especialidad de las enfermedades

venéreas, de las que tanto habla en su obra magna, dedicada, como en algún pasaje dice, a hacer olvidar los dolores que producen y, más aun, los de los crueles tratamientos que por entonces estaban en uso para su curación.

Pero no termina con esto su vida inquieta. Hombre de corazón sano y fuerte, hace de la amistad la religión de su vida y de continuo se le siente viajar por Normandía y por Turena, visitar la Basmette, Orleáns, el castillo de Langey, recorrer el Piamonte y asistir en Tasara a las escenas que describe en *Pantagruel* (lib. III, cap. 21, y lib. IV, cap. 27); volver a Chinon, a su cuarto de estudiante en la Hostería de la Lamprea, y visitar las tabernas de la villa.

Desde 1551 ejerce el curato de Meudon, bien por designación episcopal, como algunos sostienen, bien por delegación o por tolerancia del cardenal de Guisa, como afirman otros. Lo cierto es que allí oficiaba y administraba los sacramentos.

Sobre la puerta del presbiterio de Meudon se esculpió su busto y debajo este dístico latino:

*Cordiger et medicus, dein pastor et intus obivi
si nomen quæris te mea scripta docent* (1).

Aquella quietud y aquella calma, que tan provechosas pudieron haberle sido para el cultivo de los frutos de su ingenio, no fueron respetadas por sus enemigos. Hasta allí llegaron las querellas personales y las diatribas lanzadas contra su obra, con tal intensidad, que no dejaron de producir en su ánimo grandes perturbaciones.

Del punto y de la fecha de su muerte no se tiene noticia cierta. Murió, según unos, en París el 9 de abril de 1553, en una casa de la calle de Jardines, barrio de San Antonio, y aun aseguran que fué enterrado en el cementerio de San Pablo, en el que un gran árbol señaló durante mucho tiempo el sitio de su sepultura.

(1) «Franciscano y médico, después pastor, alcancé aquí la muerte. Si deseas conocer mi nombre, mis escritos podrán revelártelo.»

Algunos han creído ver en estas últimas palabras una alusión a la etimología árabe del nombre de Rabelais: *Rabbi*, maestro, y *les*, burlón. No es esto probable; más bien parece como si quisiera decir: «Mis escritos están tan difundidos que no podrás ignorar el nombre del Franciscano, Médico y Escritor.»

Frente a esta referencia, Antonio Le Roy, que fué su sucesor en la parroquia de Meudon, nos dice que murió allí en 1559, y que su cuerpo reposa en aquel cementerio.

Ni aun en el momento solemne de su muerte le abandonó su musa regocijada y zumbona; después de recibir cristianamente el viático, dijo a quien se lo administraba: «Engrásame bien las botas, que el viaje va a ser largo.»

Después dictó de este modo su testamento:

«Nada tengo que valga dinero; debo muchísimo. Lo demás para los pobres.»

Y concluyó:

«Voy a buscar un gran *acaso*. Bajad el telón. Ha terminado la farsa.»

Cómo y cuándo apareció la obra.

Lo primero que de la obra de Rabelais aparece en las librerías es el libro I de *Pantagruel* con este título:

PANTAGRUEL.—Los horribles y espantables hechos y proezas del renombradísimo Pantagruel, Rey de los Dipsodas, hijo del gran gigante Gargantúa. Compuesta nuevamente por el maestro Alcofrybas Nasier. Se vende en Lyon, en la casa de Claudio Nourry, llamado el Príncipe, cerca de Nuestra Señora de Confort.

Como se ve, el libro no lleva fecha; pero los biógrafos más expertos le asignan la de fines de 1532 o comienzos de 1533.

En este mismo año apareció en Lyon una segunda edición epigrafiada:

Pantagruel. Jesús María. Los horribles y espantables hechos y proezas del nombradísimo Pantagruel, Rey de los Dipsodas, hijo del gran gigante Gargantúa, compuesta nuevamente por el Maestro Alcofrybas Nasier. Aumentada y corregida frescamente por el maestro Jehan Lunel, doctor en Teología. MDXXXIII.

En cuanto a *Gargantúa*, el primer ejemplar que se encuentra lleva este título:

Gargantúa (sigue el nombre en caracteres griegos). La vida inestimable del gran Gargantúa, padre de Pantagruel, antiguamente compuesta por el extractor de la quinta esencia. Libro lleno de pantagruelismo. MDXXXV.

De aquí se ha pretendido deducir que el autor dió al público antes el libro I de *Pantagruel* que el *Gargantúa*, y siguió luego con los demás libros de *Pantagruel*.

No parece esto lo cierto y verdadero, puesto que en el prólogo de *Pantagruel* habla el propio autor de «las grandes e inestimables crónicas del enorme gigante *Gargantúa*, de las que se han vendido más ejemplares en dos meses que Biblias en nueve años».

Abona, en cambio, la opinión contraria—al parecer—el que en el epígrafe de la edición de *Gargantúa*, fechada en 1535, dijera el autor: *Libro lleno de pantagruelismo*.

No nos parece que a la hora de ahora tenga una gran importancia la conquista de la verdad sobre el orden de aparición de estos libros; pero si se nos permite opinar, diremos que, a nuestro juicio, primero apareció *Gargantúa* en una edición totalmente consumida o secuestrada, y luego *Pantagruel*. La edición mencionada es la segunda o acaso la tercera, puesta en circulación cuando *Pantagruel* (lib. I) ya lo estaba, y por eso pudo el autor hablar del *pantagruelismo*.

La estructura de la obra nos induce a formar este juicio.

El libro III, segundo de *Pantagruel*, se publicó en París con esta portada:

Tercer libro de los hechos y dichos heroicos del noble Pantagruel, compuestos por M. Franc. Rabelais, doctor en Medicina y buen sacerdote (1) de las Islas Hieres. El autor susodicho supplica a los lectores que reserven su risa para el libro setenta y nueveavo. En París, por Cristián Deschel, en la calle de San Jacobo. MDXLVI. Con privilegio del rey por seis años.

Del libro IV apareció primero un fragmento en Grenoble en 1547, que fué reproducido en Lyon en 1548.

En 1552 se publicó ya completo, con una carta a Mr. Odet, cardenal de Chatillon, y un nuevo prólogo.

En 1562, esto es, algunos años después de la muerte de Rabelais, apareció un fragmento del libro V, que contenía diez y seis capítulos y se titulaba:

La Isla Sonante, por el Maestro Francisco Rabelais, que to-

(1) Dice el texto *calloier* de las Islas, que en griego significa *buen sacerdote*. H. Etienne lo traduce *fraile anciano, casi bello*, alegando que así se suele llamar en algunas regiones de Levante a los profesos de ciertas Ordenes monásticas.

avía no ha sido impresa ni dada a luz... Impresa nuevamente en 1562.

El libro entero se publicó sin pie de imprenta en 1564.

Se ha discutido mucho sobre la autenticidad de este libro V. Muchos la niegan en absoluto; otros aceptan sólo en parte la paternidad de Rabelais, y otros, por último, llegan hasta atribuirlo a Scalígero.

La crítica pretende haber puesto en claro que el libro lo dejó escrito Rabelais; pero no excluye la posibilidad de que los correctores y preparadores intercalaran algún capítulo de su propia cosecha.

Por último, no falta quien asegure que Rabelais escribió un VI libro, que se ha perdido totalmente. Nos induce a creer que esto no es exacto el que muy de antemano aparece fijada como término de aventuras y viajes la visita al oráculo de la Divina Botella, que es lo que al final de la obra se describe.

Muy poco más se conoce de las obras de Rabelais. La *Pro-nosticación pantagruelina*, publicada en 1532; algunos *Alma-naques*, *La Sciomaquia* y algunas cartas.

Se le atribuyen, sin gran fundamento, algunos otros fragmentos literarios, varias piezas teatrales y una parodia de las sutilidades escolásticas que se titula *Crisma filosofal*.

A favor de sus obras alcanza Rabelais gran popularidad casi desde que comenzó a publicarlas. Con respecto a los provechos no puede afirmarse lo mismo, pues casi todos correspondían a los impresores, que eran a la vez editores.

Sin grandes dificultades fué al principio consiguiendo privilegios y licencias para la publicación; pero en 1533 lanza contra él la primera piedra la Facultad de Teología de París y condena *Pantagruel* como libro obsceno, en unión de otros libros, sin duda más obscenos, que poco después fueron indultados.

Al reaparecer en 1534 una nueva edición de *Gargantúa*, en el que, como verá el lector, abundan las sátiras contra la Sorbona, las críticas de los frailes y los elogios a los *evangélicos*, arrecian las prohibiciones y las persecuciones, y como el autor ve que prenden y atormentan y hasta ejecutan a los que piensan y hablan como él, desaparece de Francia para reaparecer después de algún tiempo, amparado por su amigo el Cardenal Juan de Bellay, con quien había vivido en Roma, y por la

política de aproximación a la Reforma que por entonces desenvolvía Francisco I.

En mayo de 1543, muy pocos días después de la muerte de otro gran protector suyo, Godofredo de Estissac, el Parlamento, a instancia de la misma Facultad de Teología, vuelve a censurar *Gargantúa y Pantagruel*, y el lector del Rey, Guillermo Postel, le acusa ante Su Majestad de impiedad y herejía.

Rabelais vuelve a esquivar la sanción refugiándose en la Provenza, en las islas Hieres, siempre al amparo de Bellay.

Al fin, en 1545, a instancias de la Reina de Navarra y después de haberse hecho leer toda la obra por Pedro Duchatel, Francisco I le concede el privilegio con carácter amplísimo para publicar lo que falte y revisar lo ya publicado.

Sin embargo, la Universidad no le perdona, y apenas aparece el III libro lanza sobre él sus anatemas. Los universitarios le retiran también su amistad y recomienzo plenamente la era de las persecuciones. Se refugia en Metz, en donde vive de ejercer la medicina, hasta que recibe subsidios y un salvoconducto del Cardenal Bellay. Vuelve a París, publica el IV libro, vuelven sus enemigos a salirle al paso y llegan a conseguir la prohibición de su venta (1).

Gargantúa y Pantagruel.

No se trata, como algunos escritores han dicho en referencias criminalmente arbitrarias, de una obra que en el campo de la estética persiga la emoción a favor del contraste entre dos figuras antitéticas, representativas de dos grandes líneas seriales de inclinaciones humanas. Por el contrario, Pantagruel es hijo de Gargantúa y de él hereda vicios y virtudes.

Los dos son gigantes, gastrónomos, bebedores—no borrachos—y moderadamente sensuales.

Van a la guerra para procurarse la paz, saben aquistarse la devoción de los sabios y, enérgicos a la hora de reivindicar sus derechos, perdonan sin condiciones y sin regateos a quienes osaron hacerles daño.

(1) En la recopilación de estas notas nos ha sido muy útil la ayuda del librero D. Francisco Beltrán, quien no sólo posee una gran cultura bibliográfica, sino que además ha logrado reunir una biblioteca, sin par en el mundo, de obras de bibliografía y similares.

La tendencia de la obra es la misma que la de nuestro *Quijote*: matar con el dulce veneno de la sátira las malas costumbres y los pésimos gustos de la época. Los pedagogos, los frailes y los conquistadores militares salen muy malparados de la obra de Rabelais. Y como estas tres grandes falanges de la sociedad de aquel tiempo ejercen decisiva influencia sobre el Estado, que por entonces tiene su expresión en la corona y sus favoritos, la obra y el autor sufren, como queda dicho, persecuciones encarnizadas, si bien en algunos momentos, mal templada la cuerda en el arco de la calumnia, producen los disparos efectos contraproducentes. Así ocurre cuando los frailes y los sorbonistas asendereados le acusan de simpatizante con la Reforma, sin advertir que aquél era el momento en el que la política francesa pretendía de la Reforma un auxilio eficaz para abatir en su favor el poderío de nuestro Carlos V. Por esto, sin duda, se salvan de la hoguera Rabelais y su obra.

Los gigantes hacen gloriosamente su camino; destruyen y edifican al servicio de su ideal, y Rabelais, que les sigue como cronista, va sembrando por todas partes, como narrador maravilloso, anécdotas regocijadas y oportunísimas, deliciosas descripciones de hechos y de lugares y relatos de viajes de los que saben arrastrar el espíritu del lector y servirle durante el itinerario los manjares deliciosos de la observación y de la cultura.

Crea tipos que, identificados con el alma popular, viven y vivirán eternamente: aparte de los protagonistas, Panurgo, el pícaro ya universal; Cuaresmacomiente, el extravagante y raro; la sibila de Panzoust, sucia y grosera; el hermano Juan, ignaro, hercúleo, procaz y acometivo; el rey Pierochole, imbécil y cobarde; Bragmardo, el prototipo de la pedantería. Se pretende que cada uno de estos personajes sea la caricatura de un hombre mortal de la época; no nos atrevemos a afirmarlo ni a negarlo; juzgue el lector con criterio propio, puesto que para ello hemos compuesto el *Diccionario Rabelesiano* que al final se inserta.

La obra está escrita en un lenguaje libre, acaso demasiado libre; pero, al parecer, así hablaban los magnates de aquel tiempo, y si Rabelais empleara otro es seguro que no le hubieran comprendido. Pero las libertades y los atrevimientos

no ponen la más leve sombra en el mérito del autor, a quien se ha llamado con razón el Gran Arquitecto de la lengua francesa.

Por otra parte, cuando le hace falta un vocablo para precisar un pensamiento o para dar a una frase la expresión más adecuada, lo inventa con gran desenfado, sirviéndose para ello de su soberano dominio de todas las lenguas vivas y muertas.

Por todas estas cualidades, *Gargantúa y Pantagruel* se ha reputado desde su aparición como una de las obras maestras de la literatura universal, puesto que a la vez que el encanto estético imponderable, encierra una elevada filosofía y una sana pedagogía que son indudablemente de todos los tiempos y de todos los lugares.

Nuestra nación no es desconocida para Rabelais: trata de nuestras modalidades y de nuestras costumbres; cita poblaciones nuestras y productos de nuestra industria, y a Panurgo, en su encuentro con Pantagruel, le hace hablar en español. En general, aparte de algún justísimo arañazo, de su pluma brotan siempre elogios para nosotros.

Los que hablan de Rabelais.

Labruyère.—Lo enjuicia de este modo: «Rabelais es incomprendible; su libro es un verdadero enigma, una quimera: el rostro de una mujer hermosa con pies de bestia y cola de serpiente. Es un monstruoso conjunto de una moral ingeniosa y fina y una sucia corrupción. En donde quiere ser malo, va más allá de lo peor, y es el encanto de la canalla; cuando es bueno, llega a lo exquisito y lo excelente, y sirve los manjares más delicados.»

Voltaire.—En 1726 escribió de Rabelais: «Es un filósofo borracho que no escribe más que en sus momentos de borrachera.»

Pero en 1760 rectificó: «He releído algunos capítulos de Rabelais, entre otros el combate del hermano Juan, y el Consejo de Ministros, de Picrochole (casi me los sé de memoria), y los he releído con gran placer, porque contienen la pintura más animada del mundo. No lo pondré al lado de Horacio; pero si Horacio es el mejor autor de epístolas, Rabelais, cuan-

do es bueno, es el primer humorista. Me arrepiento de haber hablado mal de él en otra ocasión.»

Chateaubriand.—«Cinco o seis escritores han sido suficientes para proveer a las necesidades del pensamiento. Estos genios madres parecen haber parido y criado a los demás. Homero fecundó la antigüedad. Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio son hijos suyos. Dante engendró la Italia moderna, desde Petrarca a Tasso. Rabelais ha creado la literatura francesa. Montaigne, Lafontaine, Molière, provienen de su descendencia.»

Sainte-Beuve.—«Es incontestablemente admirable la forma de su lenguaje, la amplitud y la riqueza de los términos y el juego inagotable de la palabra. Su francés, sin duda, a pesar de las burlas que dirige contra los latinizantes y los grequizantes de entonces, está henchido y como saturado de las lenguas antiguas, pero a favor de una especie de nutrición interior que le da una gran naturalidad, y en su boca adquiere la modalidad natural del genio.»

Michelet.—«Debe mucho al pueblo escolar y a las tradiciones estudiantiles. De ellas se sirve, con ellas goza y de ellas se burla. Todo esto se percibe al través de su obra profunda y meditada, como risas de niños y canciones de cuna o de nodriza.

Navegante experto del profundo mar que se tragó a los dioses antiguos, marcha en busca del *acaso*. Rebuscará durante mucho tiempo. Con la cábala cortada y dicho el adiós a la leyenda, no deteniéndose sino en lo verdadero y en lo razonable, avanza lentamente, dando cara a las quimeras. Pero al surgir las ciencias iluminan su ruta y le dan los resplandores de la *Fe profunda*. Más tarde llegarán Copérnico y Galileo...»

Víctor Hugo.—«Rabelais, cura y médico, le toma el pulso al Papado, vuelve la cabeza y da rienda suelta a la risa. ¿Porque le encuentra vida? No; porque le siente morir. Mientras Lutero reforma, Rabelais se burla.

Rabelais entroniza una dinastía de vientres: Grandgousier, Pantagrúel y Gargantúa. El vientre llena la historia. Es responsable de casi todos los crímenes y de casi todos los vicios. Rabelais levanta acta del vientre, que para él es el mundo. La civilización es masa, la ciencia materia, la religión engorda, el feudalismo digiere, la monarquía adquiere las for-

mas de la obesidad. Enrique VIII es una panza, Roma una vieja gorda repleta, cuya gordura no se sabe a qué atribuir, si a salud o a enfermedad, si a robustez o a hidropesía...

El intestino colon es el Rey. El antiguo mundo ríe y reventada. ¡Comed, bebed, concluíd, señores de la tierra! La vida es una canción cuyo estribillo es la muerte...

La alegría pantagruélica tiene tanta grandeza como el gozo de Júpiter. La mandíbula monárquica y sacerdotal come. La mandíbula de Rabelais ríe.

El que lee a Rabelais tiene para siempre ante sus ojos la máscara de la Comedia mirando fijamente, de hito en hito, a la máscara de la Teocracia.»

Gautier.—Llega a saberse de memoria las obras de Rabelais y continuamente cita frases, hechos y personajes, siempre con admiración y en comparaciones apologéticas.

Teodoro de Banville, en el discurso que pronunció en la solemnidad del primer aniversario de la muerte de Gautier, dijo estas palabras:

«Gautier se aproxima a Rabelais por su potente envergadura, por sus respetos para el ingenio y para la carne, y sobre todo para la ciencia universal, porque no le fué extraña ninguna noción, ni la técnica de ningún arte; y si alguno regeneró, revivificó nuestra poesía y nuestra prosa, las dos enfermas, enervadas y anémicas, fué Teófilo Gautier, que sabiendo que se pinta con color y no con sentimiento y con buena voluntad, tuvo el valor de estudiar las religiones y las filosofías, de rebuscar en todos los diccionarios, en todos los argots las palabras especiales de todos los oficios y de emprender en su obra, sin orgullo y sin inferioridad, la tarea gigantesca del padre de Pantagruel, el Homero francés.»

Flaubert escribía a su sobrino: «He recibido esta mañana otra carta de mi discípulo Guy de Maupassant y le voy a contestar muy severamente. Ese joven se divierte demasiado y haría mejor en leer a Rabelais, que yo releo en estos días...»

El catálogo de juicios sería interminable, y en cambio no lo es la libertad que a nuestro parecer nos corresponde para embargar la atención de nuestros respetables lectores.

Añadiremos aquí únicamente que en París y en otras poblaciones de Francia funcionan sociedades de *Estudios Rabelesianos*, y la de la capital publica desde hace muchos años

una importantísima Revista exclusivamente destinada a la vulgarización de estos trabajos.

Las obras dedicadas al análisis de *Gargantúa y Pantagruel* y al estudio crítico del autor como literato, como poeta, como médico, como filósofo y como lingüista, pasan de quinientas con toda seguridad.

La obra magna de Rabelais está traducida y comentada en todos los idiomas del mundo, excepto en el nuestro.

Rabelais en España.

Nuestra nación ha sentido siempre, o al menos ha exteriorizado un gran desdén, si no una gran aversión, hacia la persona y la obra de Rabelais.

América no ha querido acompañarnos en esta injusticia: en los comienzos del siglo actual invitó al *gran rabelesiano* Anatole France para que, en varias de aquellas Repúblicas tan enamoradas de la cultura, diera una serie de conferencias sobre Rabelais y su obra. Fué el admirable escritor y las dió, para honra y provecho de aquella sugestiva civilización; pero el esfuerzo no llegó al gran pueblo, puesto que el autor inmortal de *La isla de los pingüinos* habló en francés.

Estaba convenido que quien estas líneas escribe tuviera el honor de acompañar al Maestro en calidad de intérprete; pero estos próceres de siete suelas que por acá dicen goberñarnos, los que tienen un código a su servicio que a ellos les permite violar hijas de pobres, hacer moneda falsa, regar con la *Gaceta* sus tierras, ordenar con el *Diario de Sesiones* sus fábricas, asaltar las academias sin perder su dulce condición de analfabetos y hasta adjudicar honra y talento de Real orden a sus hijos idiotas y malvados, y en cambio a nosotros nos prohíbe, amén de comer, pensar y maldecir, en aquella oportunidad me encerraron en la cárcel para muchos más días de los que suele durar en las conciencias su recuerdo cuando ellos abandonan este mundo de sus sabrosos pecados (1).

En fin, ya pasó; pero no es difícil que vuelva a ocurrir, porque yo soy el mismo... y ellos también.

(1) Conste que este párrafo, como todo el prólogo, está escrito antes del 13 de septiembre de 1923.

Muchos son los autores españoles que citan a Rabelais, todos, claro está, de segunda mano y con la referencia equivocada las más de las veces.

Quién lo presenta como un bufón de Francisco I, quién como un juglar trotamundos, quién como un mito, quién como uno de los personajes de su obra.

Sin embargo, el pueblo, acaso por noticia recogida de boca a oreja al borde de los caminos o junto al fogón de las posadas, sabe de Gargantúa y de Panurgo...

Dos pedagogos hay que dan de Rabelais una referencia cierta: Montesinos, en sus doctrinas, y D. José del Perojo, en un libro que tituló *Ensayos sobre educación*, y publicó muy poco antes de morir.

Nuestros historiadores de la Literatura suelen concederle como de limosna una página no siempre entera, en la que dicen en substancia que fué cura de Meudon y que era obsceno su lenguaje.

Pero el escándalo de los escándalos está en ese diccionario que han hecho famoso con sus juicios para las planas de anuncios de los periódicos los ilustradísimos gerifaltes de nuestra política. Hablamos de la frailuna Enciclopedia *Espasa*, dirigida hoy por aquel famoso D. Dalmacio Iglesias, que, según Rodrigo Soriano, inmortalizó a Gerona la tercera vez el día en que lo eligió diputado jaimista.

He aquí lo que dice D. Dalmacio:

«En realidad, más que un libro de entretenimiento, dicha *novela* constituye una sátira feroz y grosera contra las instituciones más respetables de su tiempo, escrita con toda la despreocupación de un cínico.»

Y no contento el inmortalizador de Gerona, añade en otro lugar:

«Su filosofía, si puede llamarse así, era la de un rústico, hijo de un viñador, y aquella obra, la que le ha hecho inmortal, no demuestra otra cosa» (1).

Yo ruego, especialmente a los franceses, y en general al mundo literario, que ha hecho suyo a Rabelais, una indulgencia plenaria para D. Dalmacio. Demasiado comprendo que si en alguna parte hablaran así de nuestro Cervantes o de nues-

(1) Después de publicada la edición anterior, el *Espasa* cambió de mano y se ha civilizado bastante, dicho sea en honor a la verdad.

tro Quevedo, iríamos en legión todos los buenos españoles, al son del himno nacional ese del último hombre y la última peseta, para reivindicar sus laureles.

Hace próximamente veinte años intenté yo traducir esta obra, acaso por haber oído en las cátedras de Retórica y de Literatura hablar como de pasada del *intraducible* Rabelais, acaso porque en la redacción de un periódico inolvidable me increpó un *maestro* cuando le expuse mi proyecto: «¡Conque yo, que soy el que mejor conoce el francés antiguo y el moderno, no me he atrevido!»

Pregunté al sabio que por entonces dirigía la Biblioteca Nacional si había alguna versión fragmentaria o completa de la obra, y el cofrade se impuso al hombre bueno y sabio hasta el extremo de no permitir que me contestara.

Comencé bajo estos desconsoladores auspicios, y cuando ya había descubierto algo que a mí me parecían maravillas —y a Voltaire también—, las ofrecí a una gran revista que por entonces dirigía un empingorotado académico, y éste sí que me contestó... enviándome adonde debe estar él desde hace mucho tiempo, puesto que ya no mete ruido.

A los dos años de ímprobo trabajo di fin a mi tarea. Había puesto en idioma español el *Gargantúa* y los cuatro libros de *Pantagruel*, y emprendí el nuevo calvario de buscar un editor.

Hubo un valiente que se atrevió a imprimir *Gargantúa*; pero los libreros no quisieron venderlo, y así, a pesar de su buen deseo, no pudo emprender la publicación de *Pantagruel*.

Después se han hecho del mismo libro otras dos ediciones, que se han consumido totalmente en América. Pero ante el silencio de la crítica y ante lo trabajosa y aventurada que resulta la venta de nuestros libros en aquellas latitudes, los editores claudicaron y no se atrevieron con el *Pantagruel*.

También podrá haber ocurrido que los consejos de un director espiritual—lo tienen ya hasta los apeadores de pellejos—o el dinero frailuno invertido en valores de empresas editoriales hayan servido para añejar mis cuartillas.

De consuelo me sirve el que no han podido quitarme la satisfacción espiritual que, desde hace diez y ocho años que di fin a mi esfuerzo, he sentido siempre que he dispuesto de unos minutos para dedicarlos a la contemplación de aquella ofrenda

rendida por mí, intelectual y cordialmente, a las letras francesas y al noble deseo de saber de las Repúblicas americanas.

**La edición presente de
las obras de Rabelais.**

Aquella obra de mi primera juventud ha sido cuidadosamente retocada y rehecha en gran parte.

Para ello he tenido a la vista once ediciones francesas de Rabelais, desde la de Dessier, de 1840, hasta la de Larousse, publicada en estos días y horriblemente mutilada; la colección de la *Revue des études rabelaisiennes*; las obras de Loviot sobre la vida del autor; la de Sainean, sobre las fuentes del argot antiguo, y muchas otras que a este fin durante estos diez y ocho años fuí coleccionando en mi biblioteca, a la que desde hace ya bastante tiempo no cuadra el adjetivo de modesta.

Puedo responder de que en mi traducción están completos el *Gargantúa* y el *Pantagruel*; nada he mutilado y nada he omitido.

En cuanto a la correspondencia de las palabras, de las frases hechas y de los juegos del vocablo (*calembourgs*), he procurado la mayor fidelidad a favor de las opiniones de los glosadores y de los Diccionarios de todas las lenguas vivas y muertas, puesto que, como he dicho, de todas se servía el autor para matizar o animar la expresión de su pensamiento. En traducciones como la presente, prometerse la fidelidad absoluta es navegar por el mar de la quimera.

Sin ignorar el riesgo que con ello corremos mi obra y yo, he buscado la más adecuada correspondencia para las palabras obscenas y para las frases groseras; es preciso, a mi juicio, que el lector conozca a Rabelais como fué, que no se conforme con oírlo a través de un tabique, ni con verlo embutido en un ropón de macero o en un capuchón de ocasional y festivo nazareno.

Mi editor, el Sr. Aguilar, un presunto mártir que a sabiendas acepta el martirio, ha puesto en este empeño tanto entusiasmo como yo.

Con habilidad y paciencia laudables ha rebuscado en la iconografía rabelesiana, muy pobre por cierto, lo necesario para ilustrar la obra.

Ha obtenido a este fin la ayuda del preclaro artista señor Benet, que ha sabido interpretar y adecuar a maravilla los elementos artísticos que el Sr. Aguilar le ha procurado.

Formará la obra tres grandes tomos. En el primero se insertan el *Gargantúa* y el libro I de *Pantagruel*.

En el segundo, los libros II y III.

Y en el último, el libro IV de *Pantagruel* (V de la obra), la *Pronosticación Pantagruelina*, *La Sciomaquia*, el *Crisma filosofal* y un *Diccionario Rabelesiano*, en el que se aclaran las referencias geográficas, los términos técnicos, científicos o facultativos y el simbolismo de los nombres.

Con todo, no pretendemos haber hecho una obra perfecta. Ayúdenos nuestro señor el público, y en ediciones sucesivas procuraremos llegar al máximo perfeccionamiento.

E. BARRIOBERO Y HERRÁN.

Madrid, 1923.

OBRAS DE RABELAIS

GARGANTÚA

ICONOGRAFÍA



Los retratos que existen de Rabelais no son muy numerosos, ni guardan entre ellos una absoluta semejanza. El más antiguo que se conoce data de fines del siglo XVI, y se conserva en la colección Richebé, figurando igualmente en la *Cronología Collée*. Es el que reproducimos, por ser el adoptado generalmente y por haber servido para pintar el que figura en el Museo de Châteauroux y en el de Versalles. Los comentadores de Rabelais del si-

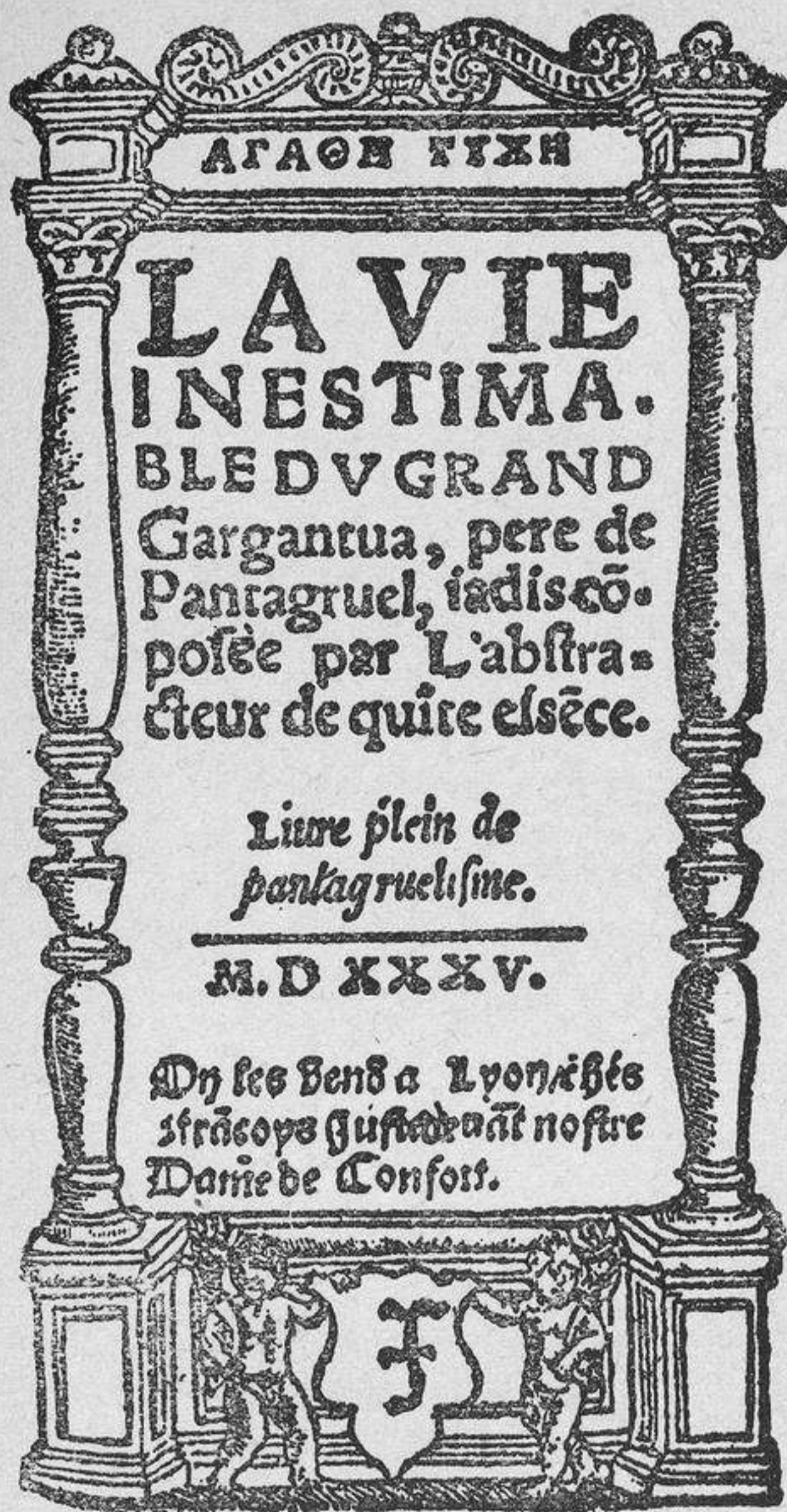
glo XVII citan varios retratos del alegre cura, que se conservaban en Meudon, en París, en Mans, en Nancy; pero todos se han perdido. El retrato que más garantías de autenticidad ofrecería es el que se conserva en la Biblioteca de Ginebra si no estuviera deteriorado por numerosos retoques. El que se conserva en la Facultad de Medicina de Montpellier y el que figura en el Museo de Versalles con el número 3.166 son al parecer apócrifos, particularmente este último, que es el que mejor responde a la leyenda del regocijado cura de Meudon. Los bustos de Rabelais han corrido la misma suerte que los retratos. Existe un busto moderno de Gatteaux, que puede verse en Versalles, y otro de Robert, que decora la fachada del Louvre, y estatuas modernas en Chinon y en Tours.

Franciscus Rabelaisus diocesis
Turonensis suscepit gradum doctoratus sub D.
Antonie Grypho in publica medicina facultate
die Vicesima secunda mensis Maij. Anno domini
millesimo quingentesimo trigesimo septimo.

Rabeleus

*Autógrafo de Rabelais,
que se guarda en la Facultad de Medicina de Montpellier.*

GARGANTVA



Portada de la edición de Francisco Juste; Lyon, 1535

GARGANTÚA ⁽¹⁾

LIBRO PRIMERO

LA VIDA TESORÍFICA (NOTA 1)
DEL GRAN GARGANTUA,
PADRE DE PANTAGRUEL,
COMPUESTA EN LA ANTIGÜEDAD
POR EL MAESTRO ALCOFRIBAS
NASIER (N. 2), EXTRACTOR DE
QUINTAS ESENCIAS

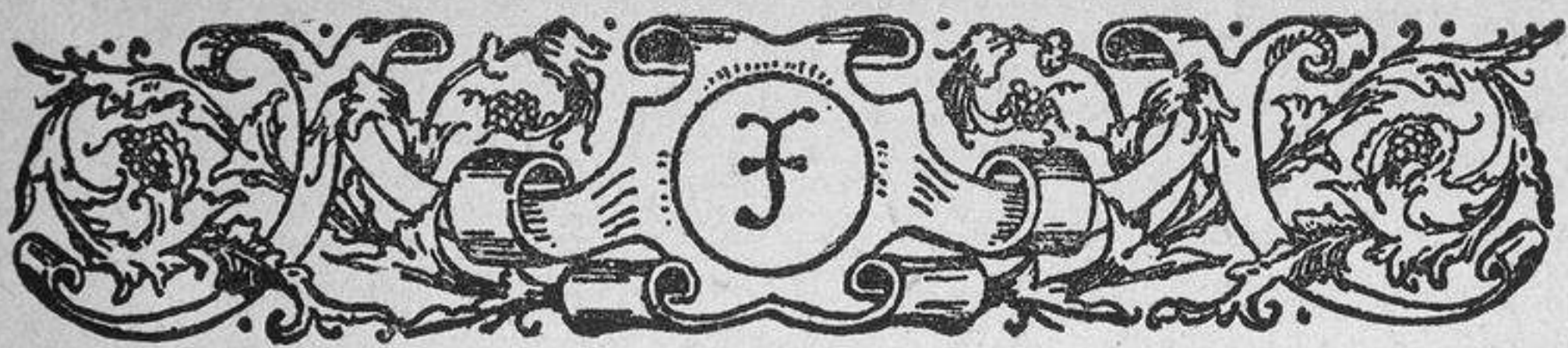
(1) Al final de cada tomo se insertan las notas por su orden correlativo.

A LOS LECTORES

Amigos que a leerme comencéis,
no lo hagáis por mera afección,
ni al leer os escandalicéis;
el libro no contiene infección,
si bien tampoco una gran perfección.

Si no aprender, os hará reír;
otro argumento no puedo elegir
ante ese vuestro dolor insano.
De risa y no de lágrimas quiero escribir,
ya que reír siempre es lo más humano.

Vivid alegres.



PRÓLOGO DEL AUTOR



L USTRÍSIMOS bebedores! ¡Preciosísimos galicosos! (Porque a vosotros dedico los frutos de mi ingenio.) Alcibíades, en el diálogo de Platón que se titula *El banquete*, al elogiar a su preceptor Sócrates, príncipe, sin discusión, de los filósofos, entre otras cosas dice de él que se parecía a las *silenas*. Las silenas eran en la antigüedad unas cajitas como las que al presente vemos en los establecimientos de los farmacéuticos, decoradas por fuera con figuritas frívolas y alegres, tales como arpías, sátiros, ocas embridadas, liebres con cuernos, perros enjaezados, machos cabríos alados, cerdos coronados de rosas y otras pinturas de este género, contrahechas a placer para excitar la risa; de esta manera fué Sileno el maestro del buen Baco. Pero dentro de dichas cajas se guardaban las drogas más finas, tales como bálsamo, ámbar gris, almizcle, incienso, pedrerías finas y otras cosas preciosas. Así—decía—era Sócrates, porque viéndole y estimándole sólo por su exterior apariencia, no hubieseis dado por él una tela de cebolla; escuálido de cuerpo y ridículo de presencia, la nariz puntiaguda, la mirada de toro, la cara de loco, sencillo en sus costumbres, rústico en sus vestiduras, pobre de fortuna, desdichado con las mujeres, inepto para todos los oficios de la república, siempre riendo, siempre bebiendo en compañía de cualquiera, siempre burlándose y disimulando su divino saber. Pero al abrir esta caja, hubieseis encontrado dentro una celeste e inapreciable droga: entendimiento más que humano, virtudes maravillosas, valor invencible, sobriedad sin ejemplo, equilibrio, seguridad perfecta, desprecio increíble hacia todo aquello por lo que los humanos tan valerosamente vigilan, corren, trabajan, navegan y batallan.

¿A qué propósito tiende, a nuestro juicio, este preludio? A

que vosotros, mis buenos discípulos, y algunos otros locos desocupados, al leer los alegres títulos de algunos libros de nuestra invención, como Gargantúa, Pantagruel, Fessepinte, La dignidad de las braguetas, Guisantes con tocino *cum commento*, etc., no juzguéis fácilmente que en ellos no se trata más que de burlas, locuras y mentiras alegres, en vista de que la señal exterior (es decir, el título), sin averiguar más, induce a irrisión y burlonería. No conviene estimar con tal ligereza las obras humanas, pues vosotros mismos decís que el hábito no hace al monje, y los hay vestidos con hábito monacal que tienen de todo menos de monjes; como los hay envueltos en una capa española, y por su valor lo que menos recuerdan es a España.

He aquí por qué es preciso abrir el libro y valorar cuidadosamente lo que contiene. Entonces comprenderéis que la droga guardada en su interior es muy diferente de lo que prometía la caja, es decir, que las materias tratadas no son locuras como anunciaba el título.

Y supuesto el caso de que encontraseis materias gozosas y correspondientes al título en el sentido literal, no os detengáis en ello como seducidos por el canto de una sirena, pues suele haber un sentido oculto que apreciar en todo esto que se dice como por casualidad y en cordial alegría. ¿Descorchasteis alguna vez botellas? ¡Perros...! (Nota 3.) Recordad la continencia que tuvisteis. ¿Os fijasteis en el perro que acaba de encontrar un hueso con tuétano? El perro es, como dice Platón, *libro II, de Rep.*, la bestia más filósofa del mundo. Si lo habéis visto, habéis podido notar con qué devoción lo lame, con qué cuidado lo guarda, con qué fervor lo retiene, con qué prudencia lo esconde, con qué cariño lo abraza y con qué diligencia se lo lleva. ¿Quién le induce a hacer esto? ¿Qué esperanza pone en su estudio? ¿Qué bien se promete? Nada más que un poco de medula o tuétano. Bien es verdad que ese poco vale más que otros muchos, porque la medula es alimento elaborado a perfección por la Naturaleza, como dice Galeno III, *Facult. nat. el XI De Usu partium*.

Siguiendo el ejemplo del perro, os conviene ser prudentes para sentir, estimar y saborear estos bellos libros, graciosos superficialmente, ligeros al parecer y gratos cuando se encuentran; después, en virtud de curiosas lecciones y medita-

ciones frecuentes, romped el hueso y gustad la substantífica medula—he aquí cómo yo entiendo los símbolos pitagóricos— con esperanza cierta de llegar a ser avisados y circunspectos a favor de la lectura, porque en ella encontraréis al profundizar un gusto diferente, una doctrina más profunda que os revelará muy altos sacramentos y misterios horribles, tanto en lo que concierne a nuestra religión como al estado político y a la vida económica.

¿Creéis por vuestra fe que jamás Homero al escribir la *Ilíada* o la *Odisea* pensase las alegorías que calafatearon Plutarco, Heraclides, Ponticus, Eustaquio, Fornuto, y de las que le ha desnudado Politian? Si lo creéis no os acercáis, ni por los pies ni por las manos, a mi opinión, con arreglo a que, tanto han podido ser soñadas por Homero, o por Ovidio en sus *Metamorfosis*, como los sacramentos por el Evangelio, según se esforzaba en demostrar un cierto hermano Lubin (Nota 4), verdadero chupatocino, si por ventura encontraba gentes tan locas como él, cobertera digna de la caldera, como dice el proverbio.

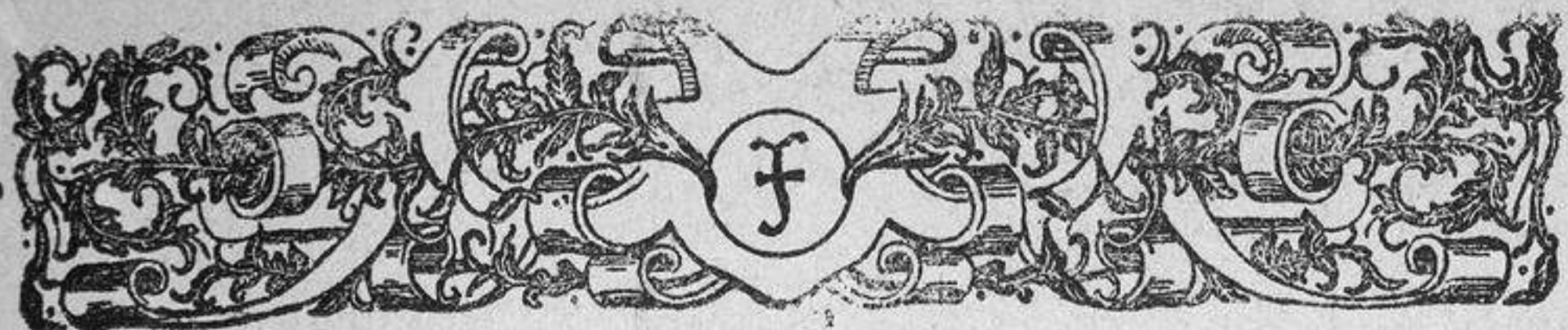
Si no lo creéis, ¿por qué causa no he de hacer yo estas alegres y nuevas crónicas? Verdad es que al dictarlas no pensaba sino en lo que vosotros, que por ventura bebéis como yo bebo. Porque al componer este libro señorial, no he perdido ni he empleado ni otro ni más tiempo que el que permanecí sentado a la mesa para mi satisfacción corporal, esto es, comiendo y bebiendo. Tal es la mejor hora para escribir sobre estas altas materias y ciencias profundas.

Esto mismo sabían hacerlo muy bien Homero, parangón de todos los filólogos, y Ennio, padre de los poetas latinos, según el testimonio de Horacio, aun cuando un malandrín haya dicho que sus versos olían más a vino que a aceite (Nota 5).

Otro tanto ha dicho de mis libros un pobre diablo (Nota 6); pero mierda para él. El olor del vino, sobre todo si es fresco, riente y saltante, es mucho más celestial y delicioso que el del aceite. Y tendré como alta gloria el que se diga de mí que he gastado más en vino que en aceite, al revés de lo que se decía de Demóstenes. Para mí es honor y gloria el ser reputado de buen bebedor y buen compañero; a este título soy bien recibido en todas las compañías pantagruelistas (Nota 7). A Demóstenes se le reprochaba el que sus discursos olían como los

capazos de un molino aceitero. Interpretad todos mis hechos y mis dichos como libres de este defecto, y tened en reverencia el cerebro caseiforme (Nota 8), que se alimente de bellas naderías y procurad tenerme siempre contento.

Ahora divertíos, mis amados, y leed alegremente, para satisfacción del cuerpo y provecho de los riñones. Pero evitad, caras de asnos, que el muermo os ataque, y si queréis beber, venid a mí, que os daré ahora mismo.



CAPITULO PRIMERO

DE LA GENEALOGÍA Y ANTIGÜEDAD DE GARGANTÚA



ARA conocer la genealogía y antigüedad de donde nos viene Gargantúa, os remito a la gran crónica Pantagruelina. En ella encontraréis más por extenso cómo los gigantes nacieron en este mundo y cómo de ellos, por línea directa, nació Gargantúa, padre de Pantagruel; y no os enojará el que por ahora

no me detenga más en este punto, que muchas veces he de rememorar y otras tantas será del agrado de vuestras señorías, si sois del parecer de Platón en *Philebo et Gorgias* y de Flaco, quienes dicen que hay cosas, como éstas sin duda, que tanto más agradan cuanto más se repiten.

Quiera Dios que alguno haya guardado ciertamente su genealogía desde el arca de Noé hasta la edad presente. Yo creo que muchos que son hoy emperadores, reyes, duques, príncipes y papas en la tierra, descienden de traperos y gañanes, como a *contrapelo*, muchos que son mendigos de hospital, desdichados y miserables, descienden por sangre y línea de grandes reyes y emperadores, por efecto del admirable transporte de Imperios y Reinos:

De los Asirios a los Medos.

De los Medos a los Persas.

De los Persas a los Macedonios.

De los Macedonios a los Romanos.

De los Romanos a los Griegos.

De los Griegos a los Franceses.

En cuanto a mí, al que os habla, creo que desciendo de algún opulento rey o príncipe de los tiempos antiguos, pues jamás habéis podido ver un hombre con mayores deseos de ser

rey y rico, para pasarlo bien, no trabajar, vivir sin cuidados y enriquecer a mis amigos y a todos los hombres de bien y de saber. Pero me consuelo porque en el otro mundo lo seré, y seguramente más grande de lo que ahora me atrevería a desear. Vosotros, ante tales o mejores pensamientos, reconfortaos contra vuestra desgracia y bebed de lo fresco si podéis.

Volviendo a nuestros carneros, digo que por don soberano de los cielos nos ha sido reservada la antigüedad y genealogía de Gargantúa, más entera que ninguna otra, salvo la del Mesías, del que no hablo porque no me corresponde, aun cuando en ello se empeñen los diablos (es decir, los calumniadores y los hipócritas).

Fué encontrada por Juan Andeau en un prado que tenía cerca del arco de Gualeau, por encima de Olive, siguiendo la dirección de Narsay. Mandó hacer unas excavaciones, y los trabajadores tocaron con sus azadas una gran tumba de bronce, larga sin medida, puesto que nunca encontraron su fin, pues se adentraba considerablemente en las esclusas del Viena. Allí, abriendo por cierto sitio sellado y tapado con un cubilete, alrededor del que había escritas de letras etruscas estas palabras: *Hic bibitur* (Nota 9), encontraron nueve frascos colocados en el mismo orden que se colocan los bolos en Gasuña. El que estaba en medio cubría un grueso, graso, grande, gris, lindo, pequeño y enmohecido librito, que olía poco más o menos como las rosas.

En él fué encontrada dicha genealogía, escrita a lo largo, con letras cancellerescas, no en papel, ni en pergamino, ni en cera, sino en agallas de olmo, tan mal tratadas por la vetustez, que apenas si en muy pocas de ellas se podían conocer los rasgos y las líneas.

Yo (aunque indigno) fuí allí llamado, y con gran repuesto de anteojos y practicando todas las artes de leer las letras no aparentes, como enseña Aristóteles, las interpreté como podréis ver, pantagruelizando, esto es, bebiendo a discreción y leyendo las gestas horribles de Pantagruel.

Al final del libro había un pequeño tratado que se titulaba *Los Fanfreluches antídotos* (Nota 10). Las ratas, los topos y (para no mentir) otras malignas bestias habían roído el principio; el resto lo transcribo a continuación en reverencia a su antigüedad.

CAPITULO II

LOS FANFRELUCHES ANTÍDOTOS ENCONTRADOS EN UN MONUMENTO
ANTIGUO

¿? enviado el gran domador de los cimbro.
 :: santo por el aire del miedo del fuego.
 = su venida llenó los timbales
 :!. de mantequilla, cayendo por una sacu-
 : ... cuando la abuela se vió rociada [dida
 gritó muy alto: Señor, por favor pagadla,
 porque su barba estaba toda embadurnada,
 o por lo menos echadla en una escudilla.

Algunos decían que quitarle su pantufla
 era mejor que ganar indulgencias;
 pero apareció un taimado patán
 que salió de los sótanos donde conservamos el pescado
 y dijo: Señores, guardémonos por Dios;
 la anguila está allí, en el estanque corrompido
 que encontraréis, si miráis con precaución,
 al gran malvado bajo su muceta.

Cuando estuvo a punto de leer el capítulo
 no encontró allí más que los cuernos de un ternero;
 yo, dijo, siento en el fondo de mi mitra
 cierto frío que me constipa el cerebro.
 Se lo calentaron con perfume de nabos,
 se vió contento de tener hogares
 y dispuso que se regalara un plantón de limonero
 a todos los que son adustos.

La conversación fué de si la cueva de San Patricio,
 la de Gibraltar y otras mil cuevas
 es podrían cicatrizar
 de tal manera que no tuviesen tos.

Pero como les parecía impertinente a todos, mirándolos bostezar a todos los vientos dijo: Si por ventura estuvieran colgados, los podríamos ofrecer como rehenes.

Entonces fué pelada la clueca por Hércules, que venía de Lybia. ¿Por qué, dijo Minos, no me habéis llamado? Excepto a mí, él convida a todo el mundo, y después se quiere que pase mi enojo regalándome ostras y ranas. Al diablo se la doy en caso de que mi vida tomada gratis le sirva para venderla por ruelas.

Para humillarlos llega Q. B., que cojea, con el salvoconducto de mixtas cancioncillas. El tamizador, sobrino del Gran Cyclope, los asesinó. Cada uno con la mosca en la nariz; en este barbecho pocos albigenses son narigudos, que no hay mantas sobre los molinos de casca. Marchad todos y tocad a rebato y conseguiréis lo que no conseguisteis antes.

Poco después, el pájaro de Júpiter determinó perecer en el fuego; pero al verlos desesperarse tan fuertemente temió que aquel necio y bajo griego humillara el Imperio y prefirió el fuego del cielo empíreo a encantar el tronco al que dirigían sus arengas, pues el aire sereno contra quien conspiraban depuraría los dichos de aquellos *masoretas*.

Todo acabado, marchó con mano armada, a despecho de Até, la de las piernas de garza, que allí se sentó; viendo a Pentasilea en sus postreros años tomada por verdulera, todos gritaron: ¡Villana carbonera!, ¿tienes derecho a husmear en los caminos? Tú robaste la romana bandera que se había hecho con trozos de pergamino.

No murió Juno, que bajo el arco celeste
con su guía caminaba hacia el engaño,
y fué conducida a una elevada torre
que por todas partes estaba ruinoso.
Lo sucedido fué que a mordiscos
adquirió dos huevos de Proserpina,
y aunque jamás estuvo allí encerrada
la llevaron atada al monte de Albaespina.

Veintidós años después,
aquel que antiguamente aniquiló Cartago,
cortésmente se metió entre las dos,
requiriéndolas a que le diesen su herencia,
o al menos la partieran justamente,
según la ley que la tira a cordel,
distribuyendo un poco de sopa
a los palurdos que le dieron el título.

Pero el año vendrá, señalado por un arco turco,
cinco husos y tres fondos de marmita,
en el que la espalda de un rey muy poco cortés
se ocultará bajo un hábito de eremita.
¡Oh! ¡Piedad! Por un mojigato
¿os dejáis engañar tan torpemente?
Cesad, cesad; esa máscara a nadie engaña.
Retiraos donde el hermano de las serpientes.

Pasado este año, el que está allí reinará
pacíficamente con sus buenos amigos;
ni brusco ni agrio; no dominará;
toda buena voluntad será tomada en cuenta,
y el descanso que antes fué prometido
a las gentes, del cielo vendrá para su regalo,
y las yeguas que estaban aturdiditas
triunfarán en real palafren.

Y durará este tiempo de pasa pena
mientras Marte tenga las riendas.
Después vendrá otro que será para todos
delicioso, agradable, placentero sin medida.

Levantad vuestros corazones: venid a esta comida todos mis fieles, pues cuando pase es seguro que jamás ha de volver y será inútil clamar por el tiempo pasado.

Finalmente, aquel que está hecho de cera será engarzado en los goznes de la veleta. Ya no será llamado: ¡Ciro! ¡Ciro! el lujurioso que tiene empuñada su méntula. ¡Quién pudiera sacar la espada bastarda! Todo quedaría en paz. Los motines, acabados; y se podría entonces con cabos de maroma hilvanar también el almacén de engaños.

CAPITULO III

CÓMO GARGANTÚA ESTUVO ONCE MESES EN EL VIENTRE DE SU MADRE



RANDGOUSIER fué muy bromista en su tiempo, tan amigo de beber como haya podido serlo el que más en el mundo, y gran comedor de cosas saladas. A este fin tenía ordinariamente buena provisión de jamones de Maguncia y de Bayona, muchas lenguas de buey ahumadas, morcillas bien curadas, cecina aderezada con mostaza, huevas de pescado en vinagre y abundantes salchichas, no de Bolonia, porque temía a los *pescados de Italia*, sino de Bigorre, de Longaulnay, de Brena y de Rouargue. En su edad viril se casó con Gargamella, hija del Rey de los Parpaillones (Nota 11), hermosa y afable. Con gran frecuencia hacían entre los dos la bestia de dos espaldas y se acariciaban los lomos hasta que quedó embarazada y dió a luz un hermoso niño después de haberlo llevado once meses en sus entrañas.

Así suele ocurrir algunas veces a las mujeres, hasta cuando llevan en el vientre una obra maestra, un personaje llamado a realizar en su tiempo grandes proezas. Homero dice que el niño del que Neptuno embarazó a la ninfa no nació hasta

un año después de engendrado, esto es, en el dozavo mes, porque, como dice Aulo Gelio, lib. 3, este largo tiempo convenía a la majestad de Neptuno para que el infante fuese formado con toda perfección.

Por razones parecidas, Júpiter hizo durar cuarenta y ocho horas la noche que se acostó con Alcmena, porque en menos tiempo no hubiese podido forjar a Hércules, que limpió el mundo de monstruos y de tiranos.

Antiguos y respetables pantagruelistas han confirmado esto que yo digo y lo han declarado, no solamente posible, sino que han considerado legítimo al hijo que da a luz la mujer en el undécimo mes subsiguiente a la muerte de su marido.

Hipócrates, *lib. de Alimento*.

Plinio, *lib. 7, cap. 5*.

Plauto, *in Cistellaria*.

Marcus Varro, en su sátira titulada *El testamento*, alegando la autoridad de Aristóteles.

Censorium, *lib. de Die natali*.

Aristóteles, *lib. 7, caps. 3 y 4 de Natura animalium*.

Gelius, *lib. 3, cap. 16*.

Servius, *in Ecl.*, al exponer este verso de Virgilio:

Matri longa decem, etc.

Y muchos otros locos, el número de los cuales ha sido aumentado por los legistas *ff de Luis et legit... l. intestato & fin y in authent de Restitut et ea quæ parit in XI mense*.

Además, con esto han embrollado también su estrafalaria ley Gallus *ff de Lib. et post. et l. septimo ff de Stat. homin*, y muchas otras que ahora no quiero citar.

A favor de estas leyes ya pueden las mujeres viudas jugar todos los envites y todos los restos contra la continencia hasta dos meses después de la muerte de sus maridos. Yo os pido, por favor, mis queridos pícaros, que si encontráis alguna de aquéllas que valga la pena de desembraguetar, montéis sobre ella y me la traigáis. Porque si en el tercer mes quedan embarazadas, su fruto será heredero de los difuntos. Y conocido el embarazo, puede alegremente ser de otros y bogar la galera hasta que la panza quede plana.

Así, Julia, la hija del emperador Octavio, no se abandonaba a los soldados sino cuando ya se sentía embarazada, del

mismo modo que el navío no recibe a su piloto sino cuando está calafateado y cargado.

Y si alguien les censura el que se hagan agrandar el zapato encontrándose en tal estado, visto que las bestias en ocasiones semejantes huyen del macho, contestarán que las bestias son bestias y ellas son mujeres y tienen los bellos y deliciosos pequeños derechos de superfetación, como antiguamente contestó Publia, según la referencia de Macrobio, *lib. 2. Saturnal*. Si el diablo no quiere que ellas conciban, será preciso acudir al tonel y clavarle la boca.

CAPITULO IV

CÓMO GARGAMELLA, ESTANDO PARA DAR A LUZ A GARGANTÚA,
SE COMIÓ UN ABUNDANTE GUISADO DE CALLOS



A ocasión y manera como dió a luz Gargamella fué así: Si no lo creéis, que el *fundamento* se os escape (Nota (12)). El fundamento se le escapó a ella, en una sobremesa, después de haber comido una gran cantidad de callos, es decir, de tripas grasientas de bueyes cebados en el pesebre y en praderas de hierba succulenta, de las que dan cosecha dos veces al año. De aquellos bueyes cebones habían hecho matar trescientos sesenta y siete mil y catorce, con el fin de salarlos para el *Martes Graso* (Nota 13) y tener así en la primavera abundante cecina para el principio de las comidas, haciendo la debida conmemoración de las salazones para mejor entrar en vino.

Los callos fueron muchos, como comprenderéis, y estaban tan exquisitos que todos se chupaban los dedos. Pero la gran diablería de los cuatro personajes (Nota 14) dispuso que no se pudieran conservar largo tiempo por el riesgo de que se pudrieran. Por esta razón convidaron a todos los ciudadanos de Sainais, de Suillé, de la Roche Clermaud, de Vaugaudry, sin omitir a los de Coudray, Montpensier, Gué de Vede y otros

vecinos, todos buenos bebedores, buenos compañeros y hábiles jugadores de bolos.

Grandgousier, el buen hombre, estaba contentísimo, y disponía que a todos se repartiesen escudillas. A su mujer le decía con frecuencia que comiese menos, en vista de que se acercaba el término de su embarazo y aquella comida era demasiado pesada.

—Esta mujer—decía—es capaz de comer mierda con tal de llenar la tripa.

No obstante estas reconvenciones, se comió diez y seis moyos, doscientas diez y seis pintas y seis potes. ¡Qué hermosa materia fecal se debió de elaborar en su vientre!

Después de comer todos, tambaleándose, marcharon a la pradera, y allí, sobre la blanda hierba, danzaron al son de las alegretes flautas de las dulces cornamusas, tan asnalmente, que era celestial pasatiempo el verlos retozar y divertirse.

CAPITULO V

LA CONVERSACIÓN DE LOS BEBEDORES



DESPUÉS determinaron merendar en aquel mismo sitio, y comenzaron a andar los frascos, a trotar los jamones, a voliar los vasos y a tintinear las copas.

—Tira, baila, torna, enreda.

—Quita de mí el agua, ¿así amigo mío?

—Azótame con ese vaso galantemente.

—Echame clarete hasta que el vaso lllore.

—Trasudas de sed.

—Estás un poco febril, mi amiga.

—Es natural.

—¡Por el vientre de San Quenet, hablemos de beber!

—Yo no bebo más que a mis horas, como la mula del Papa.

—Yo no bebo más que en mi breviario (Nota 15), como un buen padre guardián.

—¿Qué fué lo primero, la sed o la bebida?

—La sed, porque ¿quién hubiera bebido sin sed en el tiempo de la inocencia?

—La bebida, porque *privatio pœsuponit habitum*. Yo soy clérigo. ¿*Fœcundi calices quem non fecere disertum?*

—Nosotros, inocentes, no bebemos sino cuando no tenemos sed.

—No; yo pecador, cuando bebo sin sed, no lo hago para el presente, sino para el futuro, para el porvenir, como comprenderéis. Bebo para la sed venidera.

—Yo bebo eternamente. Es mi eternidad beber y beber eternamente. Cantemos. Bebamos. Entonemos un motete.

—Entonemos.

—¿En dónde está mi entonador? ¿No he de beber yo sino bajo tutela?

—¿Os mojáis para secaros u os secáis para mojaros?

—Yo no entiendo de Retórica. De la práctica suelo ayudarme algo.

—Basta; yo me mojo, me humedezco y bebo; todo por miedo a morir.

—Bebed siempre y jamás moriréis. Si yo no bebo me quedo seco. Vedme muerto. Mi alma se escapará a cualquier criadero de ranas. Las almas jamás habitan en parte seca.

—Soñadores o creadores de nuevas formas: no me privéis de beber. Bebamos. Que sea eterno el enrojecimiento de nuestros rostros nerviosos y secos.

—Para no beber, dejad de sentir. Para llevar orines en las venas vale más no llevar nada.

—Quiero lavar las tripas de esa vaca que enjaecé esta mañana. Ya he llenado bien mi estómago.

—Si el papel de mis pagarés bebiera como yo bebo, mis acreedores olerían bien a vino cuando vinieran a presentármelos. Esa mano os molesta en la nariz.

—¡Cuántos otros entrarán antes de que éste salga!

—Arroyo en donde el vado es pequeño, es para romperse el pecho. Este se llama atrapafrascos.

—¿Qué diferencia hay entre el frasco y la botella?

—Grande, porque la botella se cierra con un tapón y el frasco a tornillo.

—Bien. Nuestros padres bebieron bien y vaciaron las ollas.

—Bien cagado, bien cantado, bebamos.

—¿Tenéis que enviar algo a la ribera? Este va a lavar las tripas.

—Yo bebo menos que una esponja.

—Yo bebo como un templario.

—Y yo *tanquam sponsus* (Nota 16).

—Y yo *sicut terra sine aqua*.

—¿Quién dice un sinónimo de jamón?

—Una rodadera de toneles: por ella descende el vino a la cueva, y por el jamón al estómago.

—Ahora, a beber, a beber aquí. Ya no hay más carga. *Res-pice personam pone pro duo; bus non est in usu* (Nota 17).

—Si yo me remontara tan bien como bebo, estaría ya en el aire hace mucho tiempo.

—Así se hizo rico Jacobo Corazón;
así fecundizan los arroyos el yermo;
así conquistó Baco la India;
así filosofaba Melinda (Nota 18).

—Las lluvias pequeñas abaten los grandes vientos. Las lluvias copiosas alejan el rayo.

—Si mi amante meara orines de éstos, ¡cómo os gustaría beberlos!

—Yo me reservo para después.

—Diviértete, baila; te cedo mi nombre y mi turno.

—Sorbe, Guillote,
que aun queda un pote.

—Yo voy a llamar la sed como para engañarla. Diviértete. Tomá de hecho mi nombre.

—¡Este tacaño! Yo antes solía beber de todo, hasta no dejar nada.

—No nos hartemos y acumulemos de todo mucho.

—He aquí las tripas del juego, las morcillas desnudas de la vaca leonada con raya negra.

—¡Oh, por Dios! Aprovechemos algo para casa.

—Bebed, o yo os... No, no, bebed, yo os lo ruego. Los pajarillos no comen sino lo que tapan sus colas. Yo no bebo sino lo que me agrada.

—*Lagona Edatera* (Nota 19). No hay gazapera en todo mi cuerpo en donde este vino no me excite la sed.

—También a mí me la enciende bien.

—Pues a mí me la destierra por completo.

—Toquemos la cornamusa aquí, llevando el compás con los frascos y las botellas, que cuando alguno haya perdido la sed, no tenga que ir muy lejos a buscarla.

—Grandes mezclas de bebida nos harán ver cerca lo que está lejos.

—El gran Dios hizo los planetas y nosotros los platos *netos* (Nota 20).

—Yo tengo la palabra de Dios en la boca: *Sitio* (Nota 21).

—La piedra llamada abestos (Nota 22) no es tan inextinguible como la sed de mi paternidad.

—El apetito viene comiendo, decía Angeston; pero la sed se va bebiendo.

—El remedio contra la sed es contrario al que se da contra la mordedura del perro: corred siempre detrás del perro y jamás os morderá; bebed siempre antes de la sed y jamás os llegará.

—Os cojo la palabra. Os replico.

—Sueño eterno: tú harás que dejemos de soñar. Argos tenía cien ojos para ver; cien manos le serían precisas a un escanciador para escanciar infatigablemente, como las tenía Briareo.

—Mojémonos, que luego es grato secarse.

—De lo blanco vierte todo: viértelo, por el diablo, hasta que todo esté lleno. La lengua me arde.

—Compañero, choca el vaso. Contigo, compañero, vaya, vaya.

—La... la... la..., éste está resfriado.

—¡*Oh lachryma Christi!* Esto es de la Divinidad. Es vino tinto.

—¡Oh el gentil vino blanco! Por mi alma que esto es vino de tafetán.

—No, no; es una caperuza bien forrada y de buena lana.

—Compañero, valor. En este sitio no robaremos más, porque ya hicimos nuestra rapiña.

—*Ex hoc in hoc* (Nota 23). Aquí no hay magia. Todos lo habéis visto.

—Yo soy maestro viejo, no, no prebis... presbi... presbítero, canónigo.

—¡Oh los bebedores! ¡Oh los sedientos! Diviértete, amigo mío, ven aquí y hazle corona al vino; yo te lo ruego. A estilo de cardenal. *Natura abhorret vacuum.*

—¿Dirías que una mosca se lo ha bebido?

—A la moda de Bretaña (Nota 25), limpio, limpio es el vinillo. Bebed, que es infusión de yerbas.

CAPITULO VI

CÓMO NACIÓ GARGANTÚA DE UN MODO BIEN EXTRAÑO



MIENTRAS sostenían ellos estas triviales conversaciones de borracherías, Gargamella comenzó a sentir dolores en el bajo vientre; entonces Grandgousier se levantó de la yerba y acudió a socorrerla honestamente, temiendo que se tratara ya del parto, y diciéndola que se tumbase en la saucera, pues pronto iba a hacer unos pies nuevos. En cuanto a él, también le convenía armarse de valor para asistir al advenimiento de su muñeco. Verdad es que el dolor no debía preocuparles mucho, pues además de ser breve, el gozo que experimentarían después los libraría de todo enojo, así que sólo debiera preocuparles el acontecimiento.

—Yo lo pruebo—decía él—. Nuestro Salvador dice en el Evangelio de San Juan, XVI: la mujer, en la hora del parto, siente tristeza; pero después que ha dado a luz, ningún recuerdo conserva de su angustia.

—¡Sí!—exclamó ella—. Tú dices bien y me gusta mucho más oír esas frases del Evangelio que la vida de Santa Margarita o cualquier otra beatería.

—¡Bravura de oveja! (Nota 26)—replicaba él—. Salgamos de éste y en seguida comenzaremos con otro.

—¡Ah, sí!; para vosotros, los hombres, muy bien. Me contendré cuanto queráis; pero quiera Dios que os lo encontréis cortado.

—¿El qué?

—Como no sois torpe, ya me entendéis.

—¡Mi miembro!... Por la sangre de las cabras (Nota 27), si queréis, haced que traigan el cuchillo.

—¡Oh! Dios no lo quiera. Dios me perdone. No lo dije de corazón. No toméis en cuenta mis palabras. Bastantes trabajos estoy pasando hoy y todos a causa de vuestro miembro, que Dios conserve ante todo.

—Valor, tened valor y no os cuidéis de lo demás; dejad obrar a los cuatro bueyes delanteros. Yo me voy a beber algunos tragos más. Si os ocurre algo malo vengo en seguida; tocad palmas o silbad con los dedos.

Poco tiempo después comenzó ella a suspirar, lamentar y gritar. De pronto empezaron a salir comadronas de todas partes, y tocándola en el bajo vientre encontraron algunos repugnantes rollos de piel y creyeron que fuera el niño; pero era el fundamento que se le escapaba por efecto de la distensión del intestino recto (al que vosotros llamáis la morcilla cular) a causa de haber comido callos con gran exceso, como ya hemos dicho anteriormente.

Entonces una horrible vieja de la reunión, que tenía fama de gran médica y había llegado de Brisepaille, cerca de Saint Genou, y había cumplido ya los sesenta años, le restregó con tal fuerza, que la hizo expulsar la mayor parte de aquellas pieles; después tiró con los dientes de las que asomaban, y de este horrible modo le desopiló los intestinos.

Por el mismo procedimiento relajó los cotiledones de la matriz y por ellos saltó el niño; pero no al exterior, sino que ascendió por la vena aorta, y perforando el diafragma, se encaminó por la izquierda y vino a salir por la oreja de este lado. Al nacer, no gritó como otros niños: ¡Mi! ¡Mi! ¡Mi!, sino que gritó en voz alta: ¡A beber! ¡A beber! ¡A beber!, como invitando a todo el mundo. Sus voces se oyeron en todo el país de Beusse y Bibarois.

Dudo de que creáis en tan extraño nacimiento. Si no lo creéis no me preocupa; pero un hombre de bien, un hombre de buen sentido, debe creer siempre lo que encuentra escrito. ¿No dice Salomón, *Proverbiorum*, XIV: *Innocens credit omni verbo*, etc.; y San Pablo, prim. Corinthior. XIII, *Charitas omnia credit*? Pues entonces, ¿por qué no habéis de creerlo?

Diréis que porque no tiene apariencias de verdad, y yo os digo que por esta misma causa debéis otorgarle la más per-

fecta fe, puesto que los sorbonistas dicen que la fe es el principal argumento a favor de las cosas que no tienen apariencia de verdad.

¿Va esto contra nuestra ley, nuestra fe, nuestra razón o contra la Sagrada Escritura? Por mi parte nada encontré en la Santa Biblia que vaya contra ello. Y si Dios hubiese querido hacerlo así, ¿me diréis que no hubiera podido? Por favor, no embarulléis vuestros espíritus jamás con estos vanos pensamientos, porque yo os digo que para Dios nada hay imposible, y si El quiere, en lo sucesivo todas las mujeres darán a luz sus hijos por las orejas.

¿No engendró Júpiter a Baco con el muslo? ¿No nació Roquetaillade por el talón de su madre, y Croquemouche por la zapatilla de su nodriza? ¿No nació Minerva del cerebro de Júpiter por una de sus orejas, y Adonis por la corteza de un árbol de mirra, y Cástor y Pólux del cascarón de un huevo puesto y empollado por Leda?

Mucho más asombrados y admirados quedaríais si os transcribiese aquí todo aquel capítulo de Plinio en el que habla de los alumbramientos extraños y contra natura. Pero yo no soy un embustero tan ponderado como él lo fué. Leed el prontuario de su *Historia Natural*, capítulo III, y no me corrompáis más las oraciones.

CAPITULO VII

DE CÓMO LE FUÉ IMPUESTO EL NOMBRE A GARGANTÚA Y CÓMO PIDIÓ VINO



UANDO Grandgousier, el buen hombre, estaba bebiendo y divirtiéndose con sus amigos, oyó el horrible grito que su hijo había lanzado al vislumbrar la luz de este mundo, pues bramó pidiendo ¡de beber, de beber! Entonces dijo: Grande lo tienes (refiriéndose al gizonte). Al oír esto los allí presentes, dijeron que debía llamarse Gargantúa, por ser ésta la primera frase que pronunció su padre al verlo nacer, siguiendo

así el ejemplo de los antiguos hebreos. Grandgousier consintió, y a la madre también le satisfizo.

Para calmarlo le dieron de beber a chorro y luego lo llevaron a las fuentes, y allí lo bautizaron siguiendo las costumbres de los buenos cristianos.

Se le prepararon diez y siete mil novecientas tres vacas de Pautillé y de Brehemond para su ordinaria lactancia, porque no hubiera sido posible encontrar una nodriza suficiente en todo el país, dada la gran cantidad de leche que necesitaba para su alimentación.

Aunque algunos doctores scotistas (Nota 28) hayan afirmado que su madre lo lactó, puesto que podía extraer de sus pechos mil cuatrocientas dos pipas y nueve potes cada día, esto no es verosímil, y la proposición ha sido declarada mamariamente escandalosa para las orejas sensibles y se ha visto en ella un lejano perfume de herejía.

En este estado permaneció un año y diez meses; entonces, por consejo de los médicos, se comenzó a pasearlo, y al efecto se construyó una bella carreta de bueyes, invención de Juan Denyeau. Dentro de ella lo llevaban por aquí y por allá gozosamente. Esto le sentaba bien, pues criaba buen tipo, tenía buena cara, echó más de diez sotabarbas y gritaba poco. Casi siempre estaba tumbado, pues era maravillosamente flemático de las asentaderas, tanto por su complexión natural como por la accidental, predisposición que le había sobrevenido a causa de gustar demasiado del puré setembrino (Nota 29).

Pero no bebía gota sin causa justificada, porque si se encontraba enfadado, disgustado, irritado, marrido, si gemía, lloraba o gritaba, le daban de beber a discreción y volvía repentinamente a su estado natural, poniéndose bullicioso y alegre.

Una de sus gobernantas me dijo, jurándolo por su fe, que tan acostumbrado estaba a estas cosas, que con sólo oír el sonido de las pintas y de los frascos, caía en éxtasis como si gustara las delicias del Paraíso; así que ellas, atentas a esta complexión divina, para procurarle el buen humor hacían sonar ante él los vasos con un cuchillo, o los frascos con sus tapones, o los toneles con sus tapas. Ante estos sonidos salvajeaba, se estremecía, él mismo se cuneaba balanceando la cabeza, tecleando con los dedos y baritoneando con el culo.

CAPITULO VIII

CÓMO FUÉ VESTIDO GARGANTÚA



EN esta misma edad su padre ordenó que le hiciesen vestidos de los colores de su librea, que era blanca y azul. Encargáronse, y fueron hechos, cortados y cosidos de acuerdo con la moda de entonces.

Por los antiguos registros que hay en el palacio de los condes de Montsoreau, he logrado averiguar que fué vestido del modo siguiente:

Para su camisa se trajeron novecientas varas de tela de Chasteleraud y doscientas para las mangas, que se encuadraron sobre las axilas. No se hicieron fruncidas, porque el fruncimiento de las camisas no se inventó hasta después de que fueron establecidas las lencerías.

Cuando se les rompían las agujas por la punta, trabajaban con el extremo opuesto.

Para su jubón se trajeron ochocientas trece varas de satén blanco. Para la esclavina, mil quinientas nueve pieles y media de perro. Por entonces comenzó la gente a atacarse las calzas al jubón y no el jubón a las calzas, porque esto es cosa contra natura, como ampliamente ha declarado Ockam sobre los exponibiles de Mr. Haute-Chaussade.

Para sus calzas se trajeron mil ciento cinco varas y una tercia de tela de estambre blanca y se las rodearon en forma de columnas estriadas y dentadas en su terminación para que no le lastimasen los riñones. Por las junturas se veían franjas de damasco azul cuidadosamente dispuestas. Es de notar que tenía las piernas muy hermosas y proporcionadas al resto de su figura.

Para su bragueta se trajeron diez y seis varas y una cuarta de la misma tela y se hizo en forma de arco botarel, bien y lujosamente atacada con dos hebillas de oro, de las que pendían dos corchetes de esmalte; en cada uno de ellos había engarzada una hermosa esmeralda del tamaño de un gajo de naranja, porque como dicen Orpheus (*libro de lapidibus*) y

Plinio (*libro último*), esta piedra tiene la virtud erectiva y confortativa del miembro natural. La abertura de la bragueta, de la longitud de una caña de pescador, estaba decorada lo mismo que las calzas, de blanco sobre damasco azul.

Pero al ver los bellos bordados de canutillo y las agradables lazadas de orfebrería guarnecidas de finos diamantes, finas turquesas, finas esmeraldas, finos rubíes y finas perlas, la hubieseis comparado con un hermoso cuerno de la abundancia, como los que veis entre las antigüedades y como el que dió Rhea a las dos ninfas Arastea e Ida, nodrizas de Júpiter. Siempre galante, succulenta, resudante, verdeante, floreciente, fructificante, llena de humores, llena de flores, llena de frutos, llena de todas las delicias, por Dios os aseguro que él la mostraba a todas horas con orgullo. Pero ya os hablaré de esto con mayor detenimiento en el libro que he compuesto sobre *La dignidad de las braguetas*. En todo caso os anticiparé que si era bien larga y bien amplia, estaba por dentro bien guarnecida y bien avituallada y en nada se parecía a las hipócriticas braguetas de un montón de afeminados, que no están llenas sino de viento, por desgracia para el sexo femenino.

Para sus zapatos se trajeron cuatrocientas seis varas de terciopelo azul carmesí (Nota 30) y fueron acuchilladas cuidadosamente en la forma de barbas de cangrejo con líneas paralelas y cilindros uniformes. Para los chanclos se trajeron cien mil pieles de vaca morena cortadas en picos de dos puntas, esto es, en forma de cola de merluza.

Para su sayo se trajeron mil ochocientas varas de terciopelo azul teñido de grana, bordado alrededor con bellas viñetas y por en medio con lentejuelas y abalorios de plata entre franjas de oro con muchas perlas, con lo que se quería significar que sería en su tiempo un buen azota-jarros.

Su cinturón se hizo con trescientas varas y media de sarga de seda, mitad blanca y mitad azul, si yo no estoy equivocado.

Su espada no fué valenciana, ni su puñal zaragozano (Nota 31); porque su padre odiaba a todos esos hidalgos borrachos y descendientes de los moros como los diablos; pero en cambio tuvo su buena espada de madera y su buen puñal de cuero cocido, pintados y dorados que no había más que pedir.

La bolsa se hizo con la bolsa testicular de un elefante que le regaló herr Pracontal, procónsul de Libya.

Para su ropilla se emplearon nueve mil seiscientas varas menos dos tercias de terciopelo azul perfilado de oro en figura diagonal, que por justa perspectiva daba un color innominado, tal como el que se ve en el cuello de las tórtolas, que tan maravillosamente grato resulta para los espectadores.

Para su bonete se invirtieron trescientas dos varas y una cuarta de terciopelo blanco y se hizo de forma ancha y redonda a la medida de la cabeza, porque, como decía su padre, esos bonetes a la turca como crestas de pato, traerán cualquier día graves disgustos a los tonsurados.

Para su airón se trajo una bella pluma azul, muy grande, arrancada a un onocrótalo del país de Hyrcania la salvaje y se la colocaron graciosamente caída sobre la oreja derecha.

Como amuleto llevaba una plancha de oro, de sesenta y ocho marcos de peso, con una figura de esmalte proporcionada a su extensión, que representaba un cuerpo humano con dos cabezas, una frente a otra, cuatro brazos, cuatro pies y dos cuellos, tal y como dice Platón *in Symposio* que fué la figura humana en su comienzo mítico. Alrededor del esmalte se puso de letras jónicas esta inscripción:

AGAPE ON ZETEI TA EAUTES (Nota 32.)

La llevaba colgada al cuello por una cadena de oro que pesaba veinticinco mil sesenta y tres marcos, tallada en forma de gruesas bayas, en las que había engastados gruesos trozos de jaspe verde, en los que grabaron o tallaron dragones, rodeados de rayos y centellas, como los llevó antiguamente el rey Necepsos. Le llegaba hasta la boca del estómago, en donde toda la vida llevó un *reparo* (Nota 33), como aconsejaban los médicos griegos.

Para sus guantes se trabajaron diez y seis pieles de lobezno, y tres de lobo grande para las costuras y los bordes. Le fueron hechos de esta materia por consejo de los cabalistas de Sainlouand.

Para sus anillos, pues su padre dispuso que los llevase para conservar el antiguo signo de nobleza, se le impuso en el dedo índice de la mano izquierda un diamante, grueso como un huevo de avestruz, engarzado muy hábilmente en oro de

Seraphis. En el dedo *cirujano*, un anillo de cuatro metales, aleados en la forma más maravillosa, sin que el acero quitase su brillo al oro, ni la plata al cobre. Fué construído por el capitán Chappuis y Alcofríbas, su bienhechor.

En el dedo cirujano de la diestra se le puso un anillo en forma espiral, que tenía engarzados un rubí perfecto, un diamante en punta y una esmeralda de Physon, de precio inestimable. Hans Caruel, gran lapidario del rey de Melinda, los estimó en el valor de sesenta y nueve millones ochocientos noventa y cuatro mil y diez y ocho carneros de buena lana. Y en lo mismo lo tasaron los joyeros de Ausburgo.

CAPITULO IX

LOS COLORES Y LA LIBREÀ DE GARGANTÚA



A os he dicho que los colores de Gargantúa fueron blanco y azul. Con ellos su padre quiso presentarlo como una joya celestial, porque lo blanco significaba para él alegría, placeres, delicias y regocijos, y lo azul, cosas celestiales. Tengo para mí que al leer estas palabras os burlaréis del viejo bebedor, y diréis acaso que esta interpretación de los colores es impropia y antipática, puesto que lo blanco significa fe y lo azul firmeza; pero sin inquietaros, sin alteraros, sin enfadaros ni acaloraros (porque los tiempos son peligrosos), haced el favor de contestarme. De lo contrario, no me atrevería a dirigirme a vosotros; únicamente me atrevería a deciros una palabra de la botella.

¿Quién os amedrenta? ¿Quién os hiere? ¿Quién os dice que blanco significa fe y azul firmeza? Un libro, diréis, muy poco leído, que venden los baratijeros y buhoneros con el título *El blasón de los colores...* (Nota 34). ¿Quién lo ha hecho? Quiquiera que haya sido ha tenido la prudencia de no dar su nombre. Por lo demás, yo no sé qué admirar más en él, si su atrevimiento o su necesidad.

Su atrevimiento, porque sin razón, sin causa y sin aparien-

cia, ha osado prescribir por su particular autoridad los significados de los colores; así hacen los tiranos al colocar su arbitrio en el lugar de la razón; pero no los prudentes ni los sabios, que con manifiestas razones satisfacen a sus lectores.

Su necedad, porque ha estimado que, sin otras demostraciones ni otros argumentos valederos, el mundo habría de arreglar sus divisas por sus necias imposiciones.

Sin duda (pues, como dice el proverbio, en el culo del disentérico siempre se encuentra mierda) ha encontrado algún grupo de necios del tiempo de los altos bonetes (Nota 35), que ha dado fe a sus escritos, pues ellos fueron los que dieron las reglas para tallar los apotegmas y los refranes, para encabestrar las mulas, para vestir los pajes, para aderezar las calzas, bordar los guantes, franjear los lechos, pintar insignias, componer canciones y, lo que es peor, imaginar imposturas y lanzarlas clandestinamente contra las púdicas matronas. En parecidas tinieblas se pierden los cantores de las glorias de la Corte y los trastrocadores de nombres, pues cuando quieren en sus divisas significar esperanza, hacen pintar una esfera, penachos de aves para las penas, flores para la melancolía, la luna bicorne para la vida en creciente, un banco quebrado para la bancarrota, un *no* y una armadura de hierro para significar la carencia de duros hábitos, un lecho al descubier-to para la licencia. Homonimias todas tan ineptas, tan bárbaras, tan rústicas y tan insípidas que merecen se les cuelgue del cuello una cola de zorro y se les ponga de careta un buche de vaca a todos los que las quieren emplear en Francia, después de la restauración de las buenas letras.

Por tales razones, si razones se les ha de llamar y no pesadillas, debería yo pintar un cesto para decir que se me hace penar y un bote de mostaza como lema del que tarda mucho. Un orinal debe ser un oficiante, y el fondo de mis calzas debe ser el bajel de mis pedos, y mi bragueta la escribanía de mis decretos, etc. (Nota 36).

De manera bien distinta procedían antiguamente los sabios de Egipto cuando escribían aquellas letras llamadas jeroglíficas, las que no eran entendidas sino por aquellos que comprendían la virtud, propiedad y naturaleza de las cosas por ellas representadas. Orus Apollon compuso en griego dos libros, y Polibio, en el suyo, *Sueño de amor*, expone sobre el

mismo tema cosas interesantes. En Francia tenéis algún trasunto de éste en el blasón de M. Amiral, que quien primero lo usó fué Octavio Augusto.

Pero mi esquiife no volverá a darse a la vela en estos golfos ingratos. Vuelvo para hacer escala en el puerto de donde salí.

Sin embargo, tengo esperanza de escribir algún día sobre esto más extensamente y demostrar, tanto por razones filosóficas como por autoridades reconocidas y probadas, de gran antigüedad, cuáles y cuántos colores hay en la Naturaleza y lo que por cada uno de ellos puede ser representado, si Dios me conserva la medula del bonete, esto es, el jarro del vino, como le llamaba mi abuela.

CAPITULO X

DE LO QUE SIGNIFICAN LOS COLORES BLANCO Y AZUL



BLANCO, pues, significa gozo, solaz y alegría; pero no a tuerto, sino a derecho y con justo título, como podréis comprobar si dando de lado a vuestras predilecciones queréis comprender lo que ahora mismo voy a exponeros.

Aristóteles dice que, suponiendo dos cosas contrarias en su especie, como bien y mal, virtud y vicio, frío y calor, blanco y negro, voluptuosidad y dolor, gozo y duelo, y así por el estilo, si las acopláis de tal manera que el contrario de una especie convenga razonablemente con el contrario de la otra, convendrán consecuentemente los demás términos. Ejemplo: Virtud y vicio son contrarios en una especie, como lo son bien y mal. Si uno de los contrarios de la primera especie conviene con uno de los de la segunda, como virtud y bien (porque no hay duda de que la virtud es buena), convendrán los demás, como mal y vicio, porque no hay duda de que el vicio es malo.

Admitida esta regla de lógica, tomad estos dos contrarios: alegría y tristeza, y luego estos otros dos: blanco y negro,

pues no hay duda de que lo son físicamente. Si es así que negro significa duelo, evidentemente blanco habrá de significar alegría.

Y no se debe esta significación a una imposición humana, instituída o promulgada, sino que nace del consentimiento de todo el mundo, como lo que los filósofos llaman *jus gentium*, vigente en todas las comarcas, pues demasiado sabéis que todos los pueblos, todas las naciones (excepto los antiguos siracusanos y algunos argives, que tenían el alma al revés (Nota 37), cuando quieren demostrar exteriormente su tristeza, llevan ropas negras y todos los duelos se representan por el color negro. El consentimiento universal, que no es hijo de un acuerdo y para el que la naturaleza no da argumento ni razón, pero que cada uno de pronto puede comprenderlo por sí mismo, sin ser instruído en ello por tercera persona, lo llamamos derecho natural.

Con lo blanco, por las mismas indicaciones de la Naturaleza, todo el mundo representa lo que es gozo, alegría, solaz, placer y delectación.

Antiguamente los tracios y los cretenses señalaban sus días afortunados y alegres con piedras blancas, y los tristes e infortunados, con piedras negras. ¿No es la noche funesta, triste y melancólica? Pues es negra y obscura por privación. La claridad, ¿no alegra toda la naturaleza? Pues es blanca sobre todo. No es necesario aducir pruebas; os remitiría al libro de Laurens Valle contra Bartolo; pero el testimonio evangélico os satisfará mejor. En Mat., XVII, se dice que en la Transfiguración del Señor, *vestimenta ejus facta sunt alba sicut lux*: sus vestidos se hicieron blancos como la luz, con cuya blancura luminosa daba a entender a sus tres apóstoles la idea y figura de los goces eternos, pues la claridad es regocijo de todos los humanos.

Tenéis también el dicho de aquella vieja, sin dientes en la boca, que todavía saludaba diciendo: *Bona lux*.

Y Tobías, cuando se quedó ciego, y Rafael le saludó, hubo de contestar: «¡Qué alegría podré yo tener, si no veo la luz del cielo!»

Con este color representan los ángeles la alegría de todo el universo por la Resurrección del Señor (Juan, XX) y por su Ascensión (Act. 1). De esta misma manera vió San Juan Evan-

gelista (*Apoc.*, 4 y 7) vestidos a los fieles en la celestial y beatífica Jerusalén.

Leed las antiguas historias, tanto griegas como romanas, y encontraréis que la villa de Alba, primer patrón de Roma, debió su construcción y su nombre a la aparición de una loba blanca. Asimismo encontraréis que si alguien, después de haber vencido a los enemigos, obtenía el derecho a entrar en Roma triunfalmente, debía entrar en un carro tirado por caballos blancos, y lo mismo al que obtenía la ovación, porque no se podía expresar con más certeza la alegría de tan faustos sucesos que por el color blanco. Sabréis también que Pericles, jefe de los atenienses, dispuso que a aquellos de sus soldados a quienes por suerte hubieran correspondido habas blancas, pasaran en solaz y reposo toda la jornada mientras batallaban los demás.

Mil otros ejemplos y pasajes os podría citar, pero no es éste el lugar más adecuado.

En esta inteligencia podréis resolver un problema que Alejandro Afrodisio ha reputado insoluble. ¿Por qué el león, que con su rugido y sus gritos pone espanto en todos los animales, solamente acata y reverencia al gallo blanco? Porque, como dice Proclus, libro de *Sacrificio y magia*, la presencia de la virtud del Sol, que es el órgano y prontuario de toda la luz terrestre y sideral, está mejor simbolizada y representada en el gallo blanco, tanto por su color como por su propiedad y orden específico, que en el león. Añadiremos que han aparecido diablos en forma leonina, y al encontrarse con un gallo blanco se esfumaron repentinamente.

Por esta razón los galos (es decir, los franceses, así llamados porque son naturalmente blancos como la leche, que se llamó en griego *gala*) llevan corrientemente plumas blancas sobre sus bonetes y por naturaleza son alegres, cándidos y robustos, y por insignia tienen la flor más blanca de todas: la flor de lis.

Si me preguntáis cómo por el color blanco la Naturaleza nos enseña a entender el gozo y la alegría, yo os contestaré que la analogía es perfecta, porque como lo blanco, exteriormente, disgrega y esparce la vista, repartiendo manifiestamente la potencia visiva, según opinión de Aristóteles en sus *Problemas*, al tratar de las perspectivas, como observaréis

además cuando paséis por montes cubiertos de nieve, pues os quejaréis de que no podéis ver bien, y así dice Xenofonte que aconteció a sus gentes, y como Galeno expone ampliamente en el libro X de *Usu partium*. Así el corazón, por el gozo interno, se esparce interiormente y expansiona los espíritus vitales, lo que puede hacer hasta que salga de su sitio, rompa el pericardio y con ello cese la vida, como dice Galeno, lib. XII, *Metod.*; lib. V, *De locis affectis*, y lib. II, *De Simptomaton causis*. El que casos de esto acaecieron en la antigüedad lo atestiguan Marco Tulio, lib. I, *Quest. Trucul*; Verrius y Aristóteles; Tito Livio, al describir la batalla de Cannas; Plinio, lib. VII, capítulos 32 y 53; Aulo Gelio, lib. III, y otros; Diágoras rodiense, Chilon, Sófocles, Dionisio, tirano de Sicilia; Filípides, Filemón, Polícrates, Philistion, M. Juventi y otros, que murieron de alegría.

Avicena, in 2 canone et libro de *Viribus cordis*, dice que el azafrán tiene la propiedad de ensanchar el corazón hasta quitar la vida si se toma con exceso. Ved lo que dice Alejandro Afrodisio, lib. primo *Problemas*, cap. 19. Pero ¿para qué? He avanzado en esta materia más de lo que al principio me propuse. Así, pues, recogeré mis velas y dejaré lo demás para el libro en donde trataré de todo extensamente. Sólo quiero añadir que lo azul significa de un modo preciso el cielo y las cosas celestiales, por los mismos símbolos y razones que lo blanco significa alegría y placer.

CAPITULO XI

DE LA ADOLESCENCIA DE GARGANTÚA



SEGUIENDO lo dispuesto por su padre, Gargantúa, desde los tres a los cinco años, fué alimentado y fué instituído con arreglo a la más conveniente disciplina, y aquel tiempo lo pasó como todos los niños del país, a saber: bebiendo, comiendo y durmiendo; comiendo, durmiendo y bebiendo; durmiendo, comiendo y bebiendo.

Continuamente se revolcaba en los charcos, se tiznaba la nariz, se churreteaba la cara, se enfangaba los zapatos, res-

balaba siguiendo a los moscardones y corría voluntarioso detrás de las mariposas, cuyo imperio tenía su padre.

Se orinaba en sus zapatos y se ensuciaba en su camisa, se desmucaba con las mangas, metía las manos en la sopa, chapoteaba por todas partes, bebía en sus zapatillas y ordinariamente se rascaba la tripa con el cesto del pan.

Se afilaba los dientes en un zueco, se lavaba las manos en el caldo, se peinaba con un haz de leña, se sentaba entre dos sillas con las posaderas en tierra, se cubría con un saco mojado, bebía al comer la sopa, comía la grasa sin pan, mordía riendo, reía mordiendo, escupía en las campanas (Nota 38), pedía fuerte, orinaba contra el sol, se guarecía de la lluvia en el agua, desafiaba el frío, abría hoyos, se hacía el tonto, vomitaba, decía el Padrenuestro del mono, volvía a sus carneros, cambiaba contra sí mismo la catapulta, azuzaba al perro contra el león, ponía la carreta delante de los bueyes, se metía en donde nadie le llamaba, sacaba los secretos a la fuerza, muy embarazado y poco comprimido comía su pan blanco antes que nadie, herraba las cigarras, se cosquilleaba para hacerse reír, se tiznaba de hollín en la cocina, hacía y colocaba gavillas de paja en todas partes, pedía que le cantaran el *Magnificat* a la hora de maitines y lo encontraba muy a propósito, comía coles y tronchos podridos, colocaba moscas en la leche, les arrancaba las patas a las moscas, roía el papel, calentaba el pergamino, saltaba en un pie, tiraba del carreton, contaba sin la huéspedada, golpeaba los bojes sin coger los pájaros, creía que las nueces eran píldoras de alquimia y las vejigas linternas, hacía de un costal dos monteras, rebuznaba para hacer gracia, convertía sus puños en martillos, cogía las grullas de un salto, quería que le hicieran las morcillas golpe a golpe, le miraba el ojo al caballo regalado, saltaba del gallo al asno y metía entre dos verdes una madura, cavaba en la tierra su fosa y defendía la luna de los lobos.

Si bajaban las nubes, esperaba coger las alondras, hacía de necesidad virtud y del pan ajeno sopas, y se cuidaba tan poco de los reyes como de los tonsurados.

Todas las mañanas vomitaba; los cachorros de su padre comían en su escudilla, y él comía con ellos; les mordía en las orejas y le arañaban en la nariz; les soplaban en el culo y le lamían los morros (Nota 39).

¿Queréis saber más? ¿Qué mal de pipa os trastorna?
(Nota 40).

Pues sabed que este libidinosuelo sobeteaba a sus gobernantas por delante y por detrás, y arre, borrica, pues ya en su bragueta se notaban señales de vida. Un día se la adornaron con bellos ramilletes, bellas cintas, bellas flores y bellas vedijas, y se regocijaban pasando por ella las manos como si fuera un rodillo de hacer ungüentos. Luego se retorcían de risa cuando *levantaba las orejas*, pues el juego les gustaba. Una la llamaba mi espita, otra mi tallito de coral, otra mi morcilla, otra mi tapón, otra mi taladro, mi agitador, mi flauta, mi colgante, mi tormento, mi colita.

—Es mía—decía una.

—No, que es mía—decía otra.

—Y para mí, ¿no hay nada?—decía otra—. Pues se la cortaré.

—¡Ah! ¡Cortar! Harías muy mal—decía otra—. ¡Cortar la cosa a un niño para que luego sea un señor sin cola!

Y para que se distrajera como los niños del país, le hicieron un juguete con uno de los molinos de viento de Mirebalais.

CAPITULO XII

DE LOS CABALLOS HECHOS A PLACER PARA GARGANTÚA



ALGÚN tiempo después, con el fin de que toda su vida fuese un buen jinete, se le construyó un gran caballo de madera, al que hacía manotear, saltar, voltejear, rodar y danzar, todo a la vez; caminar al paso, al trote, al paso de andadura, al galope, al pasitrote, de costado, recular y encabri-

tarse. Le hacía cambiar de pelo como cambian los monjes el color de la dalmática, según las fiestas, de bajo obscuro a alazán, a gris aborregado, de pelo de rata a pelo de ciervo, a pelo algodónado, de buey, de cebra, rojo, pardo o blanco.

El mismo, con una gruesa alfarjía, se hizo un caballo para la caza; otro con una viga de lagar para uso diario, y de un

gran tronco de encina, una mula con gualdrapas para andar por casa. Llegó a tener además diez o doce de regalo y siete para la posta. A todos los acostaba con él.

Un día, el señor de Painensac visitó a su padre con gran tren y aparato, pues probablemente en aquel mismo día debían visitarle también al duque de Francrepas y al conde de Movillevent.

A fe mía que la casa era demasiado pequeña para tanta gente, y más pequeños resultaban aún los establos. El mayordomo y el caballero de dicho señor de Painensac, con el fin de averiguar si en otra parte de la casa había más establos vacíos, se dirigieron a Gargantúa, el alegre muchachote, y le preguntaron por las cuadras de los grandes caballos, seguros de obtener de su ingenuidad la adecuada respuesta, puesto que los chicos lo dicen todo.

Los condujo por la escalera principal del castillo; pasaron por la segunda sala a una galería, por la que entraron en una gran torre, y cuando subían por otra escalera, dijo el caballero al mayordomo:

—Este chico nos engaña, porque los establos nunca están en los pisos altos de las casas.

—No estáis muy bien enterado—repuso el mayordomo—, porque yo conozco sitios en Lyon, en Basmette, en Chaisnon y en otras partes, en donde los establos ocupan la parte más alta de las casas; puede ser que aquí por los pisos altos haya también una salida al campo; pero se lo preguntaré para mayor seguridad.—Y añadió dirigiéndose a Gargantúa:

—¿Adónde nos llevas, querido?

—Al establo de mis grandes caballos—repuso—. Ya estamos cerca; sólo nos falta subir estos escalones.

Después les hizo atravesar otra gran sala, los llevó a su cuarto y dijo abriendo la puerta:

—He aquí los establos que buscáis: ahí tenéis a mi jinete, mi húngaro, mi lavedan, mi pasitrote...

Y añadió cargándolos con un grueso madero: —Os regalo este frisón; lo he traído de Francfort, pero ya es vuestro; un buen caballito, pequeño y de gran alzada. Os daré además éste, ligero y bien cuidado; media docena de españoles y dos lebreros. Ya sois los reyes de las liebres y de las perdices para todo el invierno.

—Por San Juan—dijeron los huéspedes—, que no habíamos pensado vernos a estas horas en un juego de zuecos.

—No, no; eso no es verdad: hace tres días, aun los tenía aquí; pero ya no juego con zuecos.

Y al oírle no sabían qué hacer, si ocultar el rostro avergonzados o reír para pasar el tiempo.

Cuando bajaban, confundidos y cargados con el leño, les preguntó de pronto:

—¿Queréis una rienda?

—¿Cómo?

—¿Queréis además cinco ganchos para hacer un bozal?

—Por hoy—repuso el mayordomo—ya estamos socarrados; si hay fuego no nos levantará ampollas; estamos mechados en punto, al menos yo por mi parte. Querido, nos has dado heno en cuerno (Nota 41). Tú llegarás a ser Papa.

—Así lo espero—dijo Gargantúa—; pero entonces vosotros seréis mariposas (Nota 42), y este gentil papagayo será un santurrón hecho y derecho.

—Explica, explícate—dijo el caballero.

—Adivinad antes cuántas puntadas de aguja tiene la camisa de mi madre.

—Diez y seis.

—No dices el Evangelio, amigo; porque tiene cien delante y cien detrás (Nota 43). Mira qué mal las has contado.

—¿Cuándo las he contado yo?

—Cuando se hizo de tu nariz una espita para sacar un moyo de mierda y de tu garganta un embudo para echarla en otro vaso porque tenías los fondos rotos.

—¡Vive Dios—dijo el mayordomo—que hemos encontrado un gracioso! Señor gracioso, que Dios os libre de todo mal y os conserve la boca tan fresca.

Así llegaron al gran patio, en donde dejaron caer el leño que les había cargado Gargantúa, con lo que éste dijo:

—¡Qué malos jinetes sois y qué mal tratáis a mi colín! ¿Qué os gustaría más si desde aquí tuvierais que ir a Cahusac, cabalgar sobre una oca o cazar jabalíes por el rastro?

—Yo prefiero beber—dijo el escudero.

Y entraron en la sala baja, en donde estaba toda la brigada, a la que contaron esta historia, y rieron todos de tal modo, que parecía que se les iban a caer los bigotes.

CAPITULO XIII

CÓMO GRANDGOUSIER CONOCIÓ EL INGENIO MARAVILLOSO DE GARGANTÚA POR LA INVENCION QUE ÉSTE HIZO DE UN LIMPIA-CULOS



ACIA el final del quinto año, Grandgousier, de regreso de la derrota de los canarienses, visitó a su hijo Gargantúa, y mientras lo abrazaba y lo besaba, le preguntó banalmente sobre varias cosas pueriles.

Bebió con él y con sus ayas, a las que preguntó si lo habían tenido siempre bien limpio. A esto repuso Gargantúa que él también había puesto en ello el mayor cuidado, y seguramente en todo el país no había muchacho más limpio que él.

—¿Cómo es eso?—preguntó Grandgousier.

—Por larga y curiosa experiencia—dijo Gargantúa—he inventado un medio de limpiarme el culo el más señorial, el más excelente y el más expeditivo que jamás se haya visto.

—¿Cuál?

—El que voy a explicaros. Una vez me limpié con un antifaz de terciopelo, de una señorita, y lo encontré bueno, porque la molicie de la seda me causaba en el fundamento una voluptuosidad muy grande. Otra vez con un sombrero de señora, y me ocurrió lo mismo; otra vez con una pañoleta; otra con unas orejeras de satén carmesí; pero unos bordados con abalorios de mierda que tenían, con su dureza, me desollaron el trasero; ¡que el fuego de San Antonio (Nota 44) encienda la morcilla cular del orfebre que los hizo y de la señorita que los llevó! El mal se me curó frotándome con un bonete de paje bien emplumado a la suiza.

Después, al cagar detrás de unos bojes, encontré un cachorro de marta y me limpié con él; pero con sus uñas me ulceró todo el periné; para curarme me limpié al día siguiente con los guantes de mi madre bien perfumados de benjuí.

Después me limpié con sauce, hinojo, aneta, mejorana, rosas, hojas de col, trozos de ladrillo, pámpanos, altea, verdasco, que es la escarlata del culo, lactuario y espinacas. Con todo esto me gustaba restregarme las posaderas. Hierba mer-

curial, persicaria, ortigas, consuelda; todo esto me ocasionó un flujo de sangre, del que me curé limpiándome con mi bragueta, con las sábanas, con la colcha, con las cortinas, con un cojín, con un tapiz, con un mantel, con una servilleta, con un pañuelo, con un peinador. Con todo esto sentí tanto placer como sienten los que sufren de roña cuando se les rasca.

—Pero veamos—le interrumpió Grandgousier—, ¿cuál es el mejor limpia-culos?

—En ello estoy y bien pronto sabrás el *tu autem* (Nota 45). Me he limpiado con heno, con paja, con estopa, con borra de lana, de papel; pero

quien el culo se limpia con papeles
de la basura se dejará caireles.

—¡Cómo, hijo mío!—exclamó Grandgousier—. ¿Estás borracho? ¿Sabes ya rimar?

—Sí, mi rey; por Dios que rimo así y mejor, y con frecuencia rimando me acatarro (Nota 46). Escuchad lo que dice nuestro retrete a los que van allí a cagar:

Cagar.
Diarrear.
Peder.
Mierdosa
tu grasa,
como una capa
se extiende
sobre nosotros.
Cochinos.
Mierdosos.
¿Os gusta?

¡Que el fuego de San Antonio te abra
si todos
tus agujeros
no te limpias antes de marchar!

—¿Queréis más todavía?

—Sí por cierto—repuso Grandgousier.

Y recitó Gargantúa:

Rondó.

Al cagar olí antesdeayer
el tributo que mi culo pagaba;
y el olor me hizo temer
que allí mismo me asfixiaba.

¡Quién me hubiera podido traer
una mujer que yo esperaba
cagando!

¡Qué bien le hubiera sazonado
su mingitorio a mi manera lerda,
si ella me hubiese ayudado
con sus dedos a desalojar mi mierda
cagando!

—Decid ahora que yo no sé nada. Por la mierda que los versos no los hice yo; se los oí recitar a una gran dama y los he retenido en el bolsón de mi memoria.

—Volvamos—dijo Grandgousier—a nuestro tema.

—¿Cuál?—dijo Gargantúa—. ¿Cagar?

—No; limpiarse el culo.

—¿Te apuestas media pipa de vino de Bretaña a que no aciertas mi invención?

—La pago y me doy por vencido—dijo Grandgousier.

—Pues, verás; no hay necesidad de limpiarse el culo sino cuando se tiene sucio. No se puede tener sucio si no se ha cagado. Lo primero y lo mejor es, pues, para limpiarse el culo haber cagado bien.

—¡Oh, qué buen sentido tienes, hijo mío! En estos primeros días haré que te gradúen de doctor en la Sorbona. ¡Por Dios que tienes más razón que edad! Ahora prosigue tu conversación limpiaculativa, yo te lo ruego, y tendrás por mi barba, no media, sino sesenta pipas de ese buen vino bretón que no se cría en Bretaña, sino en el gran país de Vernon.

—Me limpié luego—prosiguió Gargantúa—con una cofia, con un almohadón, con una zapatilla, con un cesto—¡desagradable limpia-culos!—, con un sombrero; notad que los sombreros son unos lisos, otros peludos, otros aterciopelados, otros tafetanizados y otros satinados; los mejores son los peludos, porque hacen muy bien la abstersión de la materia fecal.

Después me limpié con una gallina, con un gallo, con un pollo, con la piel de una ternera, de una liebre, con un pichón, con un cuervo marino, con el ropón de un letrado, con un dominó, con una toca, con un señuelo. Para concluir, yo digo y sostengo que el mejor limpia-culos es un pollo de oca con muchas plumas, cogiéndole la cabeza entre las piernas. Creédme lo por mi honor: se siente en el culo una voluptuosidad mirí-

fica, tanto por la dulzura del plumón como por el calor templado del animalito, que fácilmente se comunica a la morcilla cular y a los otros intestinos hasta llegar a las regiones del corazón y del cerebro.

Y no penséis que la felicidad de los héroes y semidioses que viven en los Campos Elíseos esté en el asfodelo, en la ambrosía o en el néctar, como dicen aquí las viejas. Está, según mi opinión, en que se limpian el culo con un pollo de oca. Tal es también la opinión del maestro Juan de Escocia.

CAPITULO XIV

CÓMO GARGANTÚA FUÉ EDUCADO EN LAS LETRAS LATINAS POR UN SOFISTA



DESPUÉS de aquella conversación, el bueno de Grandgousier quedó admiradísimo, deslumbrado por el alto sentido y el maravilloso entendimiento de su hijo Gargantúa, y dijo así a su servidumbre: —Filipo, rey de Macedonia, conoció el buen sentido de su hijo Alejandro al verlo manejar un caballo, pues era éste tan terrible y desenfrenado, que nadie se atrevía a montarlo; había derribado a todos sus jinetes, rompiendo a uno el cuello, a otro las piernas, a otro el cráneo, a otro las mandíbulas.

Al observarlo Alejandro en el hipódromo (que es lugar en donde se hace pasear y saltar a los caballos), advirtió que su furor no provenía sino del espanto que le producía su propia sombra. Entonces lo montó y le hizo correr contra el sol, de forma que la sombra cayera detrás, y por este medio consiguió que el caballo se mostrara dócil y se dejara dominar perfectamente.

En esto conoció su padre el divino entendimiento que tenía y lo hizo educar bien por Aristóteles, estimado entonces como el más grande de los filósofos griegos. Y yo os digo que, por la conversación que acabo de tener ante vosotros con mi hijo Gargantúa, he reconocido que en su entendimiento hay cierta divinidad; tal lo he visto de agudo, sutil, profundo y sereno.

Llegará a un grado supremo de sabiduría si lo educamos bien.

Quiero, por tanto, entregarlo a un hombre sabio que lo adoctrine según su capacidad. Para ello no ahorraré ningún gasto.

Comenzó a educarlo un gran doctor sofista llamado el maestro Túbal Holofernes, que le enseñó la cartilla (Nota 47), y llegó a decirla de corrido, al derecho y al revés, cuando tenía cinco años y tres meses. Después le hizo leer el *Donato*, el *Faceto*, el *Teodeleto* y el *Alanus in parabolis* (Nota 48), y así llegó a los trece años, seis meses y dos semanas.

Considerad que durante este tiempo se le enseñó además a escribir góticamente y escribió todos sus libros, pues el arte de la imprenta no estaba en uso aún.

Llevaba ordinariamente un gran cartapacio que pesaba más de siete mil quintales; su pluma era tan gruesa como los gruesos pilares de Enay (Nota 49), y el tintero, colgado de fuertes cadenas de hierro, tenía la capacidad de un tonel de almacén.

Le hizo leer luego el *De modis significandi* con los comentarios de Hurtebise, de Fasquin, de Tropditeux, de Gualéhault, de Juan de Veau, de Billonio, de Brelinguandus y de muchos otros. Así pasó hasta los diez y ocho años y once meses.

Los aprendió tan bien que en los exámenes los decía al derecho y al revés y probó palmariamente a su madre que *De modis significandi non erat scientia*.

Después leyó el *Cómputo* y cuando tuvo diez y seis años y dos meses su preceptor murió.

En mil cuatrocientos veinte murió
del mal venéreo que le entró.

Después tuvo otro maestro catarroso llamado Jobelin Bridé, que hizo leer el *Hugutio*, el *Herbrard Grecismo*, el *Doctrinal*, las *Partes*, el *Quid est*, el *Supplementum*, el *Mamotreto de Moribus in mensa servandi*, el *Séneca de quatuor virtutibus cardinalis*, *Passavantus cum comento* y el *Dormi secure*, en los días festivos. Y muchos otros de la misma calidad. Después de tales lecturas, quedó tan sabio como antes de comenzarlas.

CAPITULO XV

CÓMO GARGANTÚA FUÉ RECOMENDADO A OTROS PEDAGOGOS



OR fin su padre se enteró de que aun cuando verdaderamente estudiaba mucho y en ello empleaba todo su tiempo, aprovechaba muy poco, y lo que era peor, se iba volviendo necio, pedante y vanidoso. De ello se quejó a don Felipe de Marais, virrey de Papeligosia, de quien oyó que mejor le hubiera sido no estudiar que aprender en tales libros y con tales preceptores, porque su saber no era más que necedad, y su ciencia tonterías abastardeadoras de los buenos y nobles espíritus y corrompedoras de toda la flor de la juventud. Para probar que así es, añadió, tomad cualquiera de esos jóvenes de los tiempos presentes que solamente hayan estudiado un par de años; en el caso de que no tenga mejor juicio, mejores palabras, mejor conversación que vuestro hijo, mejor ingenio y mejor trato de gentes, consideradme para siempre como un carnicero de Brena.

El consejo agradó a Grandgousier y dispuso que inmediatamente se llevase a la práctica.

Por la noche, al cenar, el señor de Marais presentó un pajeillo suyo de Ville-Gongis, llamado Eudemon, tan bien peinado, vestido y aderezado, tan comedido en su trato, que más bien parecía un angelote que un hombre. Y dijo a Grandgousier:

—¿Veis este jovencito? Todavía no tiene doce años; veamos si os parece bien la diferencia que hay entre el saber de vuestros sesudos mateólogos (Nota 50) del tiempo viejo, y el de los jóvenes de la edad presente.

El proyecto agradó a Grandgousier y mandó al paje que hablara.

Entonces Eudemon pidió permiso al virrey, su amo, para hacerlo. Con el bonete en la mano, la frente despejada, la boca bermeja, la vista segura y fija la mirada sobre Gargantúa, con modestia juvenil se puso en pie y comenzó a alabar y magnificar primeramente sus virtudes y sus buenas costumbres,

luego su saber, después su nobleza y, por último, su belleza corporal. Después, dulcemente, le exhortó a reverenciar a su padre y a obedecerle, puesto que tanto se afanaba por procurarle bienes y educarlo, y le rogó que se dignara aceptarlo como el último de sus servidores, pues el único don que por entonces solicitaba de los cielos era la gracia de complacerle y prestarle algún agradable servicio.

Todo esto lo dijo acompañándose de gestos tan propios, con pronunciación tan clara, con voz tan elocuente y lenguaje tan adornado, y en un latín tan puro, que más bien parecía un Graco, un Cicerón o un Emilio de la antigüedad que un jovenzuelo de este siglo. Pero toda la continencia de Gargantúa fué romper a llorar como un becerro; se ocultó el rostro con su bonete y no fué más posible sacar de él una palabra que un pedo de un asno muerto.

Su padre se encolerizó tanto, que quiso matar al maestro Jobelin; pero el señor de Marais lo contuvo con una afortunada observación, logrando así moderar su ira, con lo que mandó que se le pagaran sus gajes, se le diese de beber teologalmente y que se fuera con todos los diablos. Al menos, decía, desde hoy ya no comerá más a mi costa, y si por ventura se muere, que su muerte sea como la del inglés (Nota 51).

Una vez que Jobelin hubo salido de la casa, consultó Grandgousier con el virrey qué preceptor debía elegir, y se convino entre ellos que se confiara esta misión a Ponócrates, pedagogo de Eudemon, y que todos juntos irían a París para enterarse de cuáles eran los estudios de los muchachos de Francia en aquel tiempo.

CAPITULO XVI

CÓMO GARGANTÚA FUÉ ENVIADO A PARÍS, DEL ENORME JUMENTO QUE LO LLEVÓ Y CÓMO SE ESPANTABA LAS MOSCAS BOVINAS DE LA BEAUCE



FAYOLES IV, rey de Numidia, envió en aquella misma estación, desde aquel país africano a Grandgousier el jumento más enorme y grande que jamás se hubo visto y el más monstruoso, pues como sabéis demasiado, de Africa vienen todos los días cosas nuevas. Era tan grande como seis elefantes y tenía los pies hendidos en dedos como el caballo de Julio César; las orejas tan colgantes como las calzas del Langueth y un cuernecillo en el testuz. En cuanto a lo demás, su pelo era alazán tostado, entreverado de crenchas grises. Tenía, sobre todo, una cola terrible, pues era de gruesa, poco más o menos, como el pilar de San Marcos, que hay cerca de Langes, cuadrada, con las cerdas punzantes y dispuestas como las raspas en las espigas del trigo (Nota 52).

Si de esto os maravilláis, maravillaos también de la cola de los corderos de Scytia, que pesaba más de treinta libras, y de los carneros de Suria, a los que fué preciso, si Tenaud dice la verdad, ajustarles una carreta al culo para que pudieran llevarla; tal era de larga y pesada. Seguramente no la tenéis así vosotros, libidinosuelos rústicos.

Fué traída por mar en tres galeras y un bergantín hasta el puerto de Olona en Talmondois. Cuando Grandgousier la vió, dijo: —He aquí lo más a propósito para llevar a mi hijo a París. Montado en ella, con ayuda de Dios irá divinamente y en su tiempo será un gran clérigo. Si no fuera por las señoras bestias, todos viviríamos como clérigos (Nota 53).

Al día siguiente, después de beber (como comprenderéis), tomaron su camino Gargantúa, su preceptor Ponócrates y su servidumbre, entre la que iba Eudemon el pajecillo. Como el tiempo estaba sereno y seco, su padre les hizo calzar botas blancas de piel de ternera, de las que llama Babin brodequines.

Así, alegremente, siempre de buen humor, recorrieron la

mayor parte del camino hasta pasar Orleáns. En aquel sitio había un gran bosque de treinta y cinco leguas de largo y diez y siete de ancho aproximadamente, horriblemente fértil y abundante en moscas bovinas y moscardones, que fueron un verdadero tormento para las pobres bestias.

Pero la borrica de Gargantúa vengó honradamente todos los ultrajes hasta entonces inferidos a ella y a todas las bestias de su especie por un procedimiento contra el que no había posible precaución.

Tan pronto como entraron en el bosque y los moscardones les libraron el asalto, enarboló su cola, y tan bien la esgrimió que abatió todo el bosque; por derecho, de través, aquí, allá, a lo largo, a lo ancho, arriba y abajo tumbaba los árboles como un segador las hierbas, de forma que allí ni quedó bosque ni quedaron moscardones, y el país se vió reducido a campo raso. Al contemplarlo Gargantúa sintió un gran placer, y dijo a sus gentes: —Encuentro muy bien esto.—Y de tales palabras tomó el nombre aquella comarca (Nota 54).

Luego se desayunaron con un bostezo, y en memoria de ello, todavía en estos tiempos, los gentileshombres del país se desayunan con bostezos, con lo cual se encuentran muy bien y escupen mucho.

Finalmente llegaron a París. Descansó Gargantúa dos o tres días, divirtiéndose con su acompañamiento, y después se dedicaron a averiguar qué sabios estaban por entonces en la villa y qué clase de vino se bebía.

CAPITULO XVII

CÓMO GARGANTÚA PAGÓ SU BIENVENIDA A LOS PARISIENSES Y CÓMO ROBÓ LAS ENORMES CAMPANAS DE NUESTRA SEÑORA



LGUNOS días después, cuando ya hubieron descansado, visitó la villa y fué visto por todos con gran admiración, pues el pueblo de París es tan necio, tan bobo, tan naturalmente inepto, que un titiritero, un santero, una mula con campanillas, una vieja astrosa en medio de una calle reunirán más gente que reuniría un buen predicador evangélico. Y tan

molestamente le persiguieron que vióse compelido a refugiarse en las torres de la iglesia de Nuestra Señora. En aquel lugar estaba, cuando al ver tanta gente a su alrededor, dijo con toda claridad:

—Creo que estos bribones vienen a que yo les pague aquí mi bienvenida y mi *proficiat*. Es de razón. Les voy a dar el vino; pero no será sino para risa (Nota 55).

Y sonriendo desatacó su bella bragueta, sacó al aire su méntula y los meó tan copiosamente que ahogó a doscientos sesenta mil cuatrocientos diez y ocho, sin contar en esta cifra las mujeres y los niños.

Un buen número de ellos se evadió de la *riada* gracias a la ligereza de sus piernas, y cuando se vieron en lo más alto de la Universidad, sudando, tosiendo, gargajeando y sin aliento, comenzaron a renegar y a jurar las plagas de Dios, unos encolerizados y otros *para risa*:

—¡Carymarí! ¡Carymará! ¡Nos ha fastidiado! ¿Queréis ver el mar, compañeros? ¡Vaya un oleaje! *Das dich gott leyden send*. ¡Cómo sube la marea! ¡Por el vientre de San Quenet, que es vientre alegre! ¡Por San Fiacro de Brie y San Treñan! ¡Voto a San Thibald! Oremos a Dios, que siempre es bueno rogar a Dios. ¡El diablo me lleve! ¡Carymarí, carymará! ¡Por la santa Morcilla! ¡Por San Godepín, que fué martirizado con patatas cocidas! ¡Por la salvación de Foutín el apóstol! ¡*Nedia madia*, por mi santa amiga, que nos ha bañado *para risa*!

Desde entonces la villa se llamó París; antes se había llamado Lutecia, como dice Estrabón, libro IV, es decir, en griego *Blancura*, por la blancura de los muslos de las mujeres de dicho lugar. Después de esta nueva imposición de nombre, siguió jurando cada uno de las asistentes por los santos de su parroquia. Los parisienses, que se componen de gentes de todos los países, y están hechos de piezas de todas las procedencias, son por naturaleza buenos juradores, buenos juristas y un poco despreocupados. De donde deduce Joanninos de Barrauco, libro de *Copiositate reverentiarum*, que se llama *Parrhesienses* en griego, puesto que esta palabra quiere decir fieros para hablar.

Después se fijó en las enormes campanas que había en las torres y las hizo sonar muy armoniosamente, con lo que se

le ocurrió que estarían muy bien de campanillas en el cuello de su borrica, pues trataba de devolvérsela a su padre cargada de quesos de Brie y de arenques frescos (Nota 56). Resueltamente se las llevó a su alojamiento; de allí se las quiso llevar furtivamente un demandadero jamonero de San Antonio para hacer con ellas su cuestión, y tocándolas desde lejos conseguir que temblaran los lomos en el secadero, pero por pudor las dejó, no porque estuvieran calientes, sino porque eran un poco pesadas. No era el demandadero de Bourg, que es muy amigo mío.

Toda la villa se alzó en sedición; ya sabéis que a esto los parisienses son tan propensos, que las naciones extranjeras se asombran de la paciencia de los reyes franceses, quienes por compasión no refrenan ni castigan, con lo que los motines se reproducen todos los días. ¡Si yo supiera en qué oficina se forjan estos cismas y algaradas, ya pondría en evidencia a las cofradías de mi parroquia!

El lugar en donde se reunió el pueblo impaciente y furioso fué Nesle, pues por entonces—hoy ya no—estaba allí el oráculo de Leucée (Nota 57). Allí se propuso la cuestión y se discutió el pro y el contra de las campanas transportadas.

Después, como digo, de haber argüido bien sobre *pro et contra*, se concluyó en *Baralipton* que fueran enviados los más viejos y suficientes doctores de la Facultad a Gargantúa para representarle los horribles inconvenientes de la pérdida de aquellas campanas. No obstante las protestas de algunos de la Universidad, a juicio de quienes el encargo era más para un orador que para un sofista, fué elegido para este negocio nuestro maestro Janotus de Bragmardo.

CAPITULO XVIII

CÓMO JANOTUS DE BRAGMARDO FUÉ ENVIADO PARA RECOBRAR DE GARGANTÚA LAS CAMPANAS



JANOTUS el maestro, rapado a la cesarina, tocado con su chaperón a la antigua y bien antidotado el estómago con carne de membrillo y agua bendita *de cueva*, se transportó a la habitación de Gargantúa, llevando delante tres bedeles con rojas dalmáticas y detrás cinco o seis doctores rígidos (Nota 58), bien recortados y elegidos a propósito para el caso. Cuando entraban los encontró Ponócrates y sintió miedo, pues al verlos disfrazados de aquel modo creyó que fueran locos enmascarados.

Un poco repuesto, preguntó a uno de los doctores rígidos que el qué pretendía aquella mascarada. Le contestó que pedían la devolución de las campanas. Enterado Ponócrates, corrió a comunicar a Gargantúa la noticia con el fin de que preparase la respuesta y resolviese lo que había de hacer.

Impuesto Gargantúa del caso, llamó aparte a Ponócrates su preceptor, Filotimo su mayordomo, Gymnasta su escudero y a Eudemón, y sucesivamente conferenció con ellos sobre lo que debía contestar y hacer.

Todos estuvieron de acuerdo en que se les llevase a la bodega y se les hiciera beber rústicamente, y con el fin de que aquel catarroso no pudiera vanagloriarse de haber obtenido las campanas por su requerimiento, mientras bebía se mandase buscar al preboste de la villa, al rector de la Facultad y al vicario de la iglesia, a quienes antes de que el sofista hubiese expuesto su proposición entregaría las campanas.

Después de esto, ante todos los presentes, escucharía su bella arenga, y así se hizo.

Cuando llegaron los citados se introdujo en la sala al sofista y, después de toser, comenzó como sigue.

CAPITULO XIX

LA ARENGA QUE EL MAESTRO JANOTUS DE BRAGMARDO DIRIGIÓ
A GARGANTÚA PARA RECOBRAR LAS CAMPANAS

JEM... ejem... ejem, *Mna dies*, señor, *Mna dies* (Nota 59). *Et vobis*, señores. No sería sino una cosa buena el que nos devolvieseis nuestras campanas, porque nos hacen buena falta. Ejem... eechen... hasche... Por ellas hemos rehusado muy buen dinero de los de Londres en Cahors; si hubiésemos complacido a los de Burdeos en Brie, que las querían comprarrrrr... por la substantífica cualidad de la compleción elementaria que está introducida en la terrestidad de su naturaleza individuitiva, para extrañar los halos y las trombas que nos sobrevengan, no a nosotros, sino a nuestras viñas; pero así se dice, no estaríamos aquí ahora. Y se dice así, porque en perdiendo el mosto, lo perdemos todo, el sentido y la ley. Si nos las devolvéis por mi requerimiento, yo con ello ganaré diez sartas de salchichas y un buen par de calzas que le harán mucho bien a mis piernas, si no me faltan a la promesa. ¡Por Dios, que un buen par de calzas es cosa buena! *Et vir sapiens non abhorrebit eam*. ¡Ay, ay, ay, ay! Sospecho que no hay par de calzas que valga, aun cuando estoy haciendo todo lo que puedo. Sabed, *Dómine*, que desde hace diez y ocho días estoy matagrobelizando (Nota 56) esta arenga. *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari et quæ sunt Dei Deo, Ibi jacet lepus*. Por mi fe, *Dómine*, si queréis cenar conmigo *in camera*, por el cuerpo de Dios *charitatis nos faciemus bonum chemhin*. *Ego occidi unum porcum et ego habet bonum vino*. Pero de buen vino, nadie puede hacer mal latín. Ahora, pues, *de parte Dei date vobis clochas nostras*. Tomad, yo os doy en nombre de la Facultad un *Sermones de Utino*, que *utinam* nos devolveréis nuestras campanas. *¿Vultis etiam pardonnos? Per diem vos habebitis et nihil payabitis*.

¡Oh señor! *Domine campane donnaminor nobis*. Diosa, *est bonum urbis*. Todo el mundo se sirve de ellas. Si vuestra bo-

rrica se encuentra bien, lo mismo le ocurre a nuestra Facultad *quæ comparata es jummentis insipientibus et similis facta eis est. Psalmo neseio quo*, si no me equivoqué al tomar la nota. Ejem... Ejem... Ejem... hasche. Ya; ya os he probado que debéis dármelas. *Ego sie argumentor. Omnis campana campanabilis in campanario campanando, campanans campanativo campanare facit campanabiliter campanantes. Parisius habet campanas Ergo gluc. ¡A... ja... ja! Esto está dicho. Está in tertio primæ en Darii o alrededor. Por mi alma que no hago más que resudar. Ya no estoy más que para buen vino, buen lecho, la espalda al fuego, el vientre a la mesa y la escudilla bien honda. ¡Ay, Dómine! Yo os ruego in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, Amén, que nos devolváis nuestras campanas. Y Dios os guarde de todo mal, y Nuestra Señora os dé salud qui vivit et regnat per omnia secula seculorum. Amen. ¡Ejem... hachs... chare... greanuhasch! Verum enim vero, quando quidem dubio procul, Edepol quoniam, ita certe meus Deus filius. Una villa sin campanas es como un ciego sin báculo, un burro sin cabezada o una vaca sin cencerro. Hasta que nos las hayáis devuelto no cesaremos de gritar ante vos como un ciego que ha perdido el báculo, de rebuznar como un burro sin cabezada o de bramar como una vaca sin cencerro. Un quídam latinizador, que vivía cerca del Hospital, dijo una vez, alegando la autoridad de Taponus, digo Pontanus, poeta secular (Nota 60), que quería que las campanas fuesen de pluma y tuvieran por badajo la cola de un zorro, porque ellas le engendraban la crónica en las tripas del cerebro cuando componía sus versos carminiformes. Pero nada, patatín, patatán, tira, torna, vuelve, fué declarado hereje. Nosotros las hacemos como de cera.*

Y nada más dijo el deponente. *¡Valete et plaudite. Calepinus recensui!*

CAPITULO XX

CÓMO EL SOFISTA LLEVÓ SU PAÑO Y CÓMO PLEITEÓ CON LOS DEMÁS PROFESORES



o bien hubo terminado el sofista, cuando Ponócrates y Eudemón se desclavijaron de risa en tal forma, que temieron rendir su alma a Dios, ni más ni menos que Crassus, al ver un burro gualdrapado que comía cardos, y como Filemón, que al ver otro burro comerse unos higos dispuestos para su postre en una bandeja de plata, se murió de risa. Al compás de ellos comenzó a reír el maestro Janotus, a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas por la vehemente comprensión hecha en su masa cerebral, pues así fueron exprimidas estas humedades lacrimales que se deslizaron a lo largo del nervio óptico. A causa de esto representaba a Demócrito heraclitizando, o a Heráclito democritizando.

Calmadas las risas consultó Gargantúa con sus familiares lo que debía de hacer y Ponócrates opinó que debían volver a dar de beber al bello orador. Y visto que les había procurado pasatiempo y además hecho reír más que Songecreux, procedía que se le diesen los diez palmos de salchicha mencionados en la famosa arenga, con el par de calzas, trescientos gruesos leños, veinticinco medios de vino, un lecho con tres colchones de pluma de ánsar y una escudilla ancha y honda, cosas que, según había dicho, le eran necesarias para la vejez.

Todo se hizo como acababa de ser propuesto, salvo que Gargantúa, dudando de que en el acto se encontraran calzas cómodas para sus piernas y vacilando asimismo de qué forma estarían mejor al orador: si a la martingala, que tienen un puente levadizo sobre el culo para defecar cómodamente; si a la marinera, que abrigan mejor los riñones; o si a la suiza, para que tuviese la barriga caliente; o en forma de cola de merluza por si tenía miedo de que le aplastaran los riñones, hizo que le dieran siete varas de paño negro, y tres de blanco para las costuras y dobladillos. Los ganapanes llevaron la leña; los doctores, la salchicha y la escudilla; el maestro Ja-

notus quiso llevar el paño; pero uno de los profesores, llamado José Bandouille, le demostró que aquello no era digno ni conveniente para su dignidad y que debía entregárselo a uno de ellos.

—¡Ah!—exclamó Janotus—. ¡Tontito, tontito! Tú no concluyes *in modo et figura*. He aquí de lo que sirven las proposiciones y *parva logicalia*. ¿*Pánnus, pro quo supponit? Confuse*—dijo Bandouille—*et distributive*.

—Yo no te pregunto, tonto—dijo Janotus—*quomodo supponit* sino *pro quo*; esto es, tonto *pro tibiis meis*. Pues por esto lo llevaré *egomet sicut suppositum portat adpositum*. Y así se llevó oculto su paño como Patelín (Nota 61).

Lo más notable fué cuando el asmático, reunidos los Maturinos (Nota 62) en plena sesión, les pidió sus calzas y sus salchichas, que resueltamente le fueron denegadas por haberlas obtenido de Gargantúa, según las informaciones que al efecto se practicaron.

Les representó que las había obtenido de su liberalidad a título gratuito, por cuyo motivo no podían quedar absueltos de sus promesas, y le replicaron que se conformara con tener razón, ya que no habría de obtener otra cosa.

—¿Razón?—decía Janotus—. Nosotros nunca la usamos. Traidores, desgraciados, no valéis para nada. La tierra no soporta hombres tan malvados como vosotros. Yo lo sé muy bien: quien anda entre cojos, a cojear aprende. Yo he ejercido la maldad al lado vuestro.

Por mi nombre que he de dar cuenta al rey de los enormes engaños que aquí se forjan y que vosotros mismos manejáis. Y que yo sea un ladrón si no os hace quemar a todos como judaizantes, traidores, heréticos y embaucadores, enemigos de Dios y de la virtud.

Contestando a estas palabras pronunciaron artículos contra él; replicó, se elevó el proceso al Tribunal y allí está todavía. Los profesores hicieron voto de no volverse a ocupar del asunto; el maestro Janotus, con sus partidarios, hizo voto de no disgustarse por ello hasta que se dictara la sentencia definitiva.

Estos votos están aún en pie y en plena eficacia porque el Tribunal todavía no ha tomado bien a peso todas las piezas. Darán la sentencia en las próximas calendas griegas, es de-

cir, jamás, pues ya sabéis que serán después de que haya el mundo desaparecido. Los artículos de París cantan que sólo Dios puede hacer cosas infinitas. La Naturaleza nada hace inmortal porque pone fin y período a todas las cosas que produce, pues *omnia orta cadunt*, etc.

Estos devoradores de futesas hacen que los pleitos ante ellos pendientes sean infinitos e inmortales. Al hacer esto han dado lugar y verdad al dicho de Chilon el lacedemonio, consagrado en Delfos: «La miseria es la compañera de los pleitos, y los pleitistas son unos miserables. Casi siempre alcanzan antes el fin de la vida que su pretendido derecho.»

CAPITULO XXI

EL ESTUDIO DE GARGANTÚA SEGÚN LA DISCIPLINA DE SUS PRECEPTORES LOS SOFISTAS



TRANSCURRIDOS los primeros días y devueltas las campanas a su lugar, los habitantes de París, reconocidos a tanta honradez, se ofrecieron a mantener y alimentar su borraca en la forma que él quisiera.

Esto a Gargantúa le agradó mucho y la enviaron a vivir a los bosques de Biere, en donde creo que ya no está.

Hecho esto quiso estudiar con todos sus sentidos, como dispusiera Ponócrates; pero éste dijo que al principio lo hiciera como tuviese por costumbre, con el fin de enterarse de los medios que habían empleado sus antiguos preceptores para hacerlo tan fatuo, tan necio y tan ignorante.

Invertía su tiempo de tal manera, que se despertaba ordinariamente entre ocho y nueve, fuera o no de día. Así lo habían ordenado sus antiguos regentes, alegando el dicho de David: *Vanum est vobis ante lucen surgere*. Después se estiraba, se revolvía y pataleaba en la cama durante algún tiempo para sacudir la pereza animal, y se vestía según la estación; pero lo que más le gustaba era ponerse un ropón de lana gruesa forrado de pieles de zorro; después se peinaba con el peine de Alemania, que consta de cuatro dedos y el pulgar, pues sus preceptores le habían dicho que peinarse, lavar-

se y asearse de otro modo era perder el tiempo en este mundo.

Después cagaba, meaba, hacía gárgaras, eructaba, pedía, bostezaba, escupía, tosía, suspiraba y estornudaba; se desmucaba a lo archidiácono (Nota 63), y desayunaba para abatir el rocío y los malos vientos, bellas tripas fritas, bellas chuletas asadas, bellos jamones, bellas aves y succulentas sopas de prima (Nota 64). Ponócrates le indicó que no debía comer tan pronto, al saltar del lecho y sin haber hecho ningún ejercicio, y Gargantúa contestó:

—¿Que no hice bastante ejercicio? He dado seis o siete vueltas en la cama antes de levantarme. ¿No es esto bastante? El papa Alejandro V hacía así por consejo de un médico judío y vivió hasta la hora de su muerte a despecho de los envidiosos. Mis primeros maestros me han acostumbrado a esto diciéndome que el desayuno conserva bien la memoria, y ellos mismos comenzaban el día bebiendo. Yo me encuentro muy bien, aunque como mucho. Me decía mi maestro Túbal, que se licenció en París, que no hay ventaja en correr mucho, sino en empezar pronto la jornada. Así la salud total de la humanidad no radica en beber de prisa como los perros, sino en comenzar a beber temprano, *unde versus*:

Si bien el madrugar no es conveniente,
el beber de mañana es excelente.

Luego de haber desayunado bien, iba a la iglesia, llevando en un gran cesto un gran breviario encuadernado, que entre la grasa, los cierres y el pergamino, pesaba poco más o menos once quintales y seis libras; oía veintiséis o treinta misas mientras llegaba su repetidor de horas de turno, empaletocado como una oca y con el aliento bien antidotado a fuerza de jarabe de viñas.

Con él mascullaba todos los kiries, manejándolos tan curiosamente, que ni un solo grano se dejaba caer en tierra. Al salir de la iglesia le llevaban en una carreta de bueyes un haz de paternosters de San Claudio, gruesos como médulas de bonete, y se paseaba por los claustros, las galerías y el jardín y en las diez y seis ermitas.

Después estudiaba una menguada media hora, con los ojos puestos en el libro; pero, como dice el cómico, su alma estaba en la cocina.

Meando antes un orinal lleno, se sentaba a la mesa.

Como era naturalmente flemático, empezaba su comida con algunas docenas de jamones, de lenguas de buey ahumadas, botargas morcillas y otras agujas de enhebrar vino. Mientras tanto, cuatro de sus criados le echaban en la boca continuamente, uno detrás de otro, paladas de mostaza; bebía un enorme vaso de vino blanco para confortarse los riñones, y luego comía, según la estación, los manjares de su agrado, hasta que no podía con el vientre. Para beber no tenía punto, fin ni canon, pues decía que las metas y los límites del beber llegan cuando la persona bebiente nota que la suela de sus zapatillas alcanza un grosor de medio pie.

CAPITULO XXII

LOS JUEGOS DE GARGANTÚA



LUEGO, murmurando pesadamente una buena ración de gracias, se lavaba las manos en vino fresco, se limpiaba los dientes con una pata de cerdo y charloteaba alegremente con su servidumbre. Luego, extendido el tapete sobre la mesa, le traían muchas cartas, muchos dados y muchos tableros, pues allí se jugaba:

A la berlanga.

A la prima.

A la vela.

Al robo.

Al triunfo.

A la picardía.

Al ciento.

A la espinela.

A la desgraciada.

A escudriñar.

Al no diez.

A la treinta y una.

A par y secuencia.

A trescientos.

Al desgraciado.

A la condenada.

A la carta virada.

Al descontento.

Al sacanete.

Al cabrón.

A quien habló así.

A rcba, nada juego fuera.

Al matrimonio.

Al alegre.

A la opinión.

A quien hace lo uno hace lo otro.

A la secuencia.

- A la campanilla.
 Al *taró*.
 A la gatada, el que pierde gana.
 Al valido.
 Al tormento.
 Al ronquido.
 A la dicha.
 A los honores.
 A la morra.
 Al jaque.
 Al zorro.
 Al tres en raya.
 A las vacas.
 A la blanca.
 A la chanza.
 A los tres dados.
 A las tablas.
 Al ñiquiñaque.
 Al taladro.
 Al pujavante.
 Al barrenillo.
 Al triquitraque.
 A todas tablas.
 A las tablas elegidas.
 A los dados.
 Al forzado.
 A las damas.
 Al mono.
 A *primus secundus*.
 A punta de cuchillo.
 A las llaves.
 Al palo de oros franco.
 A pares o nones.
 A cruz o pila.
 A las cuartas.
 A los ruines.
 A la billa.
 Al zapatero.
 Al buho.
 Al gazapo de liebre.
 A la tirelitantaina.
 Al cochinito va delante.
 A las pegas.
 Al cuerno.
 Al buey violáceo.
 Al zoquete.
 Al yo te pellizco sin reír.
 A insultarse.
 A desherrar el asno.
 A la jaotin.
 Al monje, monje soy.
 Al yo me tiento.
 A *la barbe d'oribus*.
 A la basquiña.
 A tira el asador.
 A salta fuera.
 A compadre, préstame tu saco.
 A la cola de carnero.
 Al salta dentro.
 A los higos de Marsella.
 A la mosca.
 A agrandar el agujero.
 A despellejar el zorro.
 A recoger.
 A madama coja.
 A vender la avena.
 A soplar el carbón.
 A las respuestas.
 A juego vivo, juego muerto.
 A sacar los hierros del horno.
 Al falso rústico.
 A las codornices.
 Al oidor jorobado.
 Al santo aparecido.
 A pellizca setas.
 Al peral.
 Al *pimpomp*.
 A la danza bretona.

Al círculo.
 A la cerda.
 A vientre contra vientre.
 A la comba.
 Al cepillo.
 Al tejo.
 A ya estoy aquí.
 A la gallina ciega.
 A los bolos.
 A las bolas.
 A la calva.
 A la flecha.
 Al pico romo.
 Al toca un...
 Al amasijo.
 A la bola corta.
 Al volante.
 A enroscarse.
 A rompe ollas.
 A mi talento.
 A la pirueta.
 A los palillos.
 Al bastón corto.
 A la cagriola.
 Al escondite.
 Al pique.
 A la blanca.
 Al hurón.
 Al martingala.
 Al castillete.
 Al reenganche.
 Al hoyuelo.
 A zumbar.
 A la trompa.
 Al fraile.
 A las tinieblas.
 Al distraído.
 Al borracho.
 A la naveta.
 Al azotado.

A la escoba.
 A San Cosme, yo te adoro.
 Al escarabajo negro.
 A yo te cojo sin verde.
 A buena y bella se va la cua-
 resma.
 A la encina de dos ramas.
 Al cabello hendido.
 A la cola de lobo.
 Al pie en la garganta.
 A Guillermito, dame mi lanza.
 A la ramita.
 Al trenzado.
 Al bocado.
 A la ternerita.
 A la conversación.
 A nueve manos.
 A la máscara.
 Al puente caído.
 A Colín embridado.
 A la grulla.
 Al penacho de gallo.
 A la gallina ciega.
 A mírame y no me toques.
 A los espías.
 Al sapo.
 Al cachero.
 Al pistón.
Au billebouquet.
 A las reinas.
 A las menestralas.
 A cabeza con cabeza.
 A la pinocha.
 A la mala muerte.
 A los papirotazos.
 A lavar la cofia, señora.
 A los cedazos.
 A sembrar avena.
 A los novicios.
 Al molinete.

A <i>defendo</i> .	A la maleta colgada del culo.
Al picadero.	Al nido de milanos.
Al báculo.	Al pasavante.
Al labrador.	Al higo.
Al mochuelo.	A las pedorreras.
A esconde... cucas.	A roba mostaza.
A la bestia muerta.	A cambos.
A sube, sube la escalinata.	A la recaída.
Al cerdo cebado.	Al volante.
A culo salado.	Al rompe-cabezas.
Al piñón.	A la grúa.
Al tercio.	A para el golpe.
Al baile de Auvernia.	A los papirotazos.
A salto de mata.	A las calandrias.
A cruzarse.	A tirarse migas (Nota 65).
Al navío oculto.	

Después de haber jugado, paseado y saltado durante mucho tiempo, era conveniente beber un poco, y así preparaban once jarros para cada uno; después, *banquetear*, esto es, tenderse sobre un hermoso banco o en el suelo y dormir dos o tres horas sin pensar mal ni mal decir.

Cuando despertaba se sacudía un poco las orejas, y si le daban vino fresco lo bebía con mejor gusto que nunca. Ponócrates le advertía que no era bueno beber al despertarse.

—Esta es—replicaba Gargantúa—la verdadera vida de los Padres (Nota 66). Por mi naturaleza tengo un dormir salado, y así el dormir para mí es como tomar jamón.

Comenzaba luego a estudiar un poco y paternosters arriba colocados del mejor modo, montaba en una vieja mula que había ya servido a nueve reyes, y así, rezongando y meneando la cabeza marchaba a ver si se le ofrecía la caza de algún conejo entre faldas.

Al regresar se metía en la cocina para ver qué carne había en el asador.

Y cenaba muy bien, a fe mía, convidando de buen grado a varios bebedores de su vecindad y bebiendo todos de sobremesa, se contaban desde lo más viejo a lo más nuevo.

Entre otros tenía por compañeros a los señores de Fou, de Gourville, de Grignaut y de Marigny.

Después de cenar salían a plaza los lindos evangelios de madera (Nota 67), y allí, entre envites, apuestas, tragos y pequeñas colaciones, pasaban con él la velada aquellos bolsos flojas.

Después dormía sin despertar hasta el día siguiente a las ocho.

CAPITULO XXIII

CÓMO GARGANTÚA FUÉ SOMETIDO POR PONÓCRATES A UNA DISCIPLINA QUE LE HACÍA APROVECHAR TODAS LAS HORAS DEL DÍA



CUANDO Ponócrates conoció la viciosa manera de vivir de Gargantúa, decidió educarlo de otra manera; pero durante los primeros días todo se lo toleró, considerando que la naturaleza no admite sino con gran violencia las mutaciones repentinas. Para comenzar su labor con más acierto suplicó a un sabio médico de aquellos tiempos, llamado Teodoro, que le indicara, a ser posible, lo mejor para llevar a Gargantúa al nuevo camino.

El médico lo purgó canónicamente con eléboro de Antierya, y a favor de este medicamento lo limpió de todas las alteraciones y perversas costumbres del cerebro. Por este medio también, Ponócrates le hizo olvidar cuanto había aprendido con sus antiguos preceptores, como hacía Timoteo con aquellos de sus discípulos que habían estudiado antes con otros maestros de música.

Con el fin de lograr mejor su propósito, le proporcionó la compañía de gentes cultas, que aguijaran su ingenio y le estimulasen el amor al estudio.

Después le hizo tal plan de trabajo, que no le permitía dejar de aprovechar ni una sola hora del día. Todo su tiempo lo dedicaba a las letras y al honesto saber.

Se despertaba Gargantúa hacia las cuatro de la mañana. Mientras se aseaba, le leían alguna página de la Sagrada Escritura en voz alta y clara, con pronunciación adecuada a la materia, trabajo que estaba encomendado a un pajecillo de Basché, llamado Anagnostes. De conformidad con el tema y

argumento de esta lección, muchas veces se entregaba a reverenciar, adorar, rogar y suplicar al buen Dios, de quien la lectura le había mostrado la majestad y los juicios maravillosos.

Iba después a los lugares excusados para hacer la excreción de las digestiones naturales, y allí su preceptor le repetía lo que le habían leído, aclarándole los puntos más oscuros y difíciles.

Al volver miraban si el estado del cielo había cambiado desde la tarde anterior, y comprobaban en qué signos iban a entrar aquel día el sol y la luna.

Hecho esto, se vestía, peinaba, aderezaba y perfumaba, y mientras hacía estas operaciones, le repetían las lecciones del día anterior. El mismo las decía de corrido y presentaba casos prácticos, cuya discusión duraba a veces dos o tres horas, pero ordinariamente terminaba cuando su tocado.

Después le hacían escuchar lecturas durante tres cumplidas horas, y luego salían conversando y discutiendo sobre lo que había oído: se iban a Bracque (Nota 68) o a los prados, y allí jugaban a la pelota, a la palma o a la billa, ejercitando gallardamente el cuerpo como antes habían ejercitado el alma. Todos sus juegos los presidía la más amplia libertad, pues dejaban la partida cuando lo tenían por conveniente y cesaban de ordinario cuando comenzaban a sudar o a cansarse. Luego se enjugaban bien, cambiaban de camisa, y paseando despacio, se encaminaban a ver si la comida estaba dispuesta.

Mientras preparaban la mesa, recitaban con claridad y elocuencia las sentencias aprendidas en las lecciones.

Entretanto, llegaba nuestro señor el apetito, y con tan plausible oportunidad, sentábanse a la mesa.

A los comienzos se leían gratas historias de antiguas proezas, hasta que llegaba el momento de beber vino; entonces, si les parecía bien, continuaba la lectura, y si no, discutían alegremente sobre la virtud, propiedad, eficacia y naturaleza de todo lo que les iban sirviendo: el pan, el vino, el agua, la sal, las carnes, los pescados, las frutas, las verduras, las uvas y las composiciones de todo ello. Por este medio aprendió en poco tiempo los pasajes con esto relacionados de Plinio, Ate-neo, Dioscórides, Julio Pólux, Galeno, Porfiro, Oppiano, Polibio, Heliodoro, Aristóteles, Elian y otros. Luego hacían traer

a la mesa, con frecuencia, para mayor seguridad, los libros y comprobaban las citas, aun cuando su memoria retenía perfectamente estas nociones, con tal precisión, que ningún médico de entonces le hubiese igualado.

Repasaban luego las lecciones leídas por la mañana, y concluída la comida con alguna confitura de naranja, se limpiaban los dientes con un trozo de lentisco, se lavaban las manos y los ojos con agua clara y fresca y daban gracias a Dios con bellos cánticos hechos en alabanza de la munificencia y benignidad divinas.

Luego traían las cartas, no para jugar, sino para aprender mil gentilezas y nuevas invenciones, que tenían todas por base la aritmética. Por este procedimiento le nació la afición a aquella ciencia numeral, y todos los días, después de comer y de cenar, pasaba un rato agradable con los dados y la baraja, llegando a adquirir tal dominio de la teoría y de la práctica, que Tunstal, el inglés que de esto tan ampliamente había escrito, confesó que se sentía un niño de pecho comparado con él en estas cosas.

Y no solamente en aquello, sino en las demás ciencias matemáticas, como la geometría, la astronomía y la música, porque mientras hacían la digestión de sus comidas construían mil alegres instrumentos y figuras geométricas y a la vez practicaban los cánones astronómicos.

Después se recreaban cantando musicalmente cuatro o cinco partituras o un tema improvisado. En cuanto a los instrumentos musicales, aprendió a tocar el laúd, la espinela, el arpa, la flauta alemana de nueve llaves y el trombón.

Empleadas así estas horas y concluída la digestión, eliminaba los excrementos naturales y volvía a su principal estudio durante tres horas o más, tanto a repetir la lectura matutina, como a proseguir en el libro comenzado, como a escribir, componer y formar pasajes de literatura latina.

Salían luego de la casa con un joven gentilhomme de Turana, llamado Gymnasta el escudero, que le enseñaba el arte de montar a caballo. Cambiaba para ello de vestidos y montaba sobre un corcel, sobre un rocín, sobre una yegua, sobre un caballo ligero, y le daba cien carreras, le hacía voltejear en el aire, saltar las empalizadas y correr en un círculo a la derecha o a la izquierda. Allí rompía no una lanza, porque es

la mayor tontería del mundo el decir «yo he roto diez lanzas en el torneo o en la batalla». Esto, un carpintero lo haría muy bien; la gloria más laudable es la de haber roto con una lanza diez de las del enemigo. Con su lanza, pues, acerada, flexible y fuerte, rompía un muro, atravesaba un arnés, abatía un árbol, pasaba un anillo, levantaba una silla de armas o quitaba un guantelete. Todo esto lo hacía armado de punta en blanco.

Si se trataba de caracolear y de hacer monerías sobre un caballo, nadie podía igualarle; el voltejeador de Ferrara no era más que un simio a su lado.

Aprendió especialmente a saltar con destreza de un caballo a otro sin tomar tierra (a éstos los llamaba caballos *desultorios* (Nota 69); montaba sin estribos por cualquier lado con la lanza en la mano y sin brida, guiaba los caballos a su antojo, pues todas estas cosas estaban puestas en práctica por la disciplina militar.

Otros días ejercitábase con el hacha; tan bien la blandía en todos los sentidos, tan bien y limpiamente hendía y cortaba en redondo, que fué reconocido como campeón de este arma.

Blandía luego la pica, tajaba con la espada de dos manos (mandoble); la bastarda, la española, la daga o el puñal; armado o desarmado, con peto, con rodela o con capa era un perfecto esgrimidor.

Corría ciervos, jabalíes, osos, gamos, lobos, liebres, perdices, faisanes y avutardas.

Jugaba al balón y lo elevaba tan diestramente con los pies como con las manos.

Luchaba, corría y saltaba, no a tres pasos, ni a paticojuelo, ni como el alemán (Nota 70), porque, según decía Gymnasta, tales saltos son inútiles y de ningún provecho para la guerra. De un salto salvaba un foso, volaba por encima de un roble, se elevaba seis pasos sobre una muralla y trepaba hasta una ventana a la altura de una lanza.

Nadaba en aguas profundas con la corriente o contra ella, de costado, con todo el cuerpo, con sólo los pies; con una mano al aire, en la que llevaba un libro abierto, recorrió toda la orilla del Sena sin que aquél se mojara, arrastrando con los dientes su capa, como hacía Julio César.

Después, con una mano se unía con fuerza a un bajel, montaba, y desde él se tiraba al agua de cabeza, sondeaba las profundidades, reconocía las rocas, se sumergía en los abismos y en los golfos, volvía al bajel, lo dirigía, lo llevaba con cuidado siguiendo la corriente o contra ella, lo detenía en las esclusas, llevaba el timón con una mano y con la otra movía un gran remo, tendía las velas, subía a los mástiles por las cuerdas, corría sobre las bandas, ajustaba la brújula y contrarrestaba las bolinas.

Saliendo del agua, de un salto trepaba sin fatiga a la cumbre de las montañas, subía a los árboles como un gato, saltaba de uno a otro como una ardilla, abatiendo las más gruesas ramas como un nuevo Milón.

Con dos puñales afilados y dos agudos punzones subía a los tejados de las casas como una rata, bajaba luego de un salto, preparando para ello los miembros de tal modo, que ningún mal pudiera sufrir en la caída.

Lanzaba el dardo, la piedra, la barra, la jabalina, el disco y la alabarda; manejaba el arco; doblaba con las manos las ballestas más fuertes, enfilaba con la vista el arcabuz, afustaba el cañón y tiraba al blanco o a los papagayos por encima de la cabeza, por la espalda, de alto en bajo, de bajo en alto o de costado como los Parthos.

Se le ataba un cable desde lo alto de una torre al suelo, y por él subía con las manos, y bajaba tan limpiamente y con tal seguridad como si caminase por un prado.

Se le colocaba una gruesa percha entre dos árboles y se colgaba de ella con las manos, yendo y viniendo sin poner pies en tierra, con extraordinaria velocidad.

Para desarrollar el tórax y el pulmón, gritaba como todos los diablos. Yo le oí una vez llamar a Eudemón desde la puerta de San Víctor hasta Montmartre. Stentor no dió un grito tan fuerte en la batalla de Troya.

Para que atemperase los nervios se le construyeron dos gruesos salmones de plomo, que pesaban cada uno ocho mil setecientos quintales, a los que llamaba mis juguetes. Tomaba cada uno en una mano y los levantaba sobre su cabeza, teniéndolos así inmóvil tres cuartos de hora o más, pues su fuerza era inimitable.

Jugaba a la barra con los más fuertes, y cuando le ata-

caban se mantenía sobre sus pies tan fuertemente, que nadie podía vencerle, como se cuenta que hacía Milón, y asimismo, imitándole, cerraba en su mano una pepita de granada y se la ofrecía a quien pudiera quitársela.

Invertido así este tiempo, se enjugaba, se frotaba, se refrescaba y se cambiaba de vestidos; volvían paseando muy despacio, pisando las hierbas y examinando los árboles y las plantas para comprobar las observaciones de los que sobre esto han escrito en la antigüedad, como Teofrasto, Dioscórides, Marino, Plinio, Nicandro, Macer y Galeno.

Cogían plantas y ramas a brazadas, y las llevaba a la casa un pajecillo llamado Rizótomo, juntamente con las hoces, tijeras, azadones, palas y los demás instrumentos necesarios para herborizar.

Cuando llegaban, mientras se disponía la cena, repetían algunos pasajes de lo que habían leído y sentábanse a la mesa.

Sabed que la anterior comida era sobria y frugal, pues tan solamente comían para calmar los ladridos del estómago; pero la cena era copiosa y larga, puesto que tenían necesidad de reponer fuerzas y de nutrirse. Esta es la buena dieta prescrita por el arte de la seria medicina, aunque una bandada de badulaques médicos, enloquecidos en la oficina de los sofistas, aconsejen lo contrario.

Durante esta comida continuaban las lecturas de la anterior hasta que les cansaban. Después sostenían gratas conversaciones sobre cosas útiles o sobre temas literarios.

Luego de dar gracias se dedicaban a cantar musicalmente o a tocar instrumentos armoniosos o a esos pequeños pasatiempos que se obtienen con las cartas o con los dados, y así permanecían alegres y contentos, muchas veces hasta la hora de dormir. En otras ocasiones salían a visitar a los literatos o a los extranjeros de cuya llegada tuviesen noticia.

En plena noche, antes de retirarse, salían al lugar más descubierto para examinar el cielo; veían los cometas, si los había, y las figuras, situaciones, aspectos, oposiciones y conjunciones de los astros.

Después, con su preceptor, recapitulaba brevemente, a la manera de los antiguos pitagóricos, cuanto había leído, visto, aprendido, hecho y escuchado durante todo el día.

Por último, rogaban a Dios Creador, adorándole, ratificán-

dole su fe y glorificándole por su inmensa bondad, y dándole gracias por todo lo pasado, se recomendaban a su divina clemencia para el porvenir.

Hecho esto, se entregaban al reposo.

CAPITULO XXIV

CÓMO INVERTÍA SUS HORAS GARGANTÚA EN LOS DÍAS LLUVIOSOS



En los días eran destemplados o lluviosos, invertían la mañana como de costumbre, salvo que se hacía encender un buen fuego para templar el aire. Pero después de comer, en lugar de ir a hacer ejercicios al aire libre, permanecían en casa dedicados a ejercicios higiénicos (apoterapia); agavillaban el heno, hendían y serraban la madera y segaban las hierbas de la granja. Después estudiaban las artes de pintura y escultura o evocaban al uso el antiguo juego del astrágalo, tal y como lo describe Leonicus y como lo practica nuestro buen amigo Lascaris. Al jugarlo recordaban los pasajes antiguos que lo mencionan o ideaban sobre él alguna metáfora.

Otras veces iban a ver cómo fundían los metales o cómo se forjaba la artillería, o a ver trabajar a los lapidarios, a los orfebres, a los pulimentadores de pedrerías, a los alquimistas, a los monederos, a los tejedores de seda y terciopelo, a los relojeros, a los vidrieros, a los impresores, a los organistas, a los tintoreros y a otras clases de artesanos; obsequiaban a todos con vino y aprendían y consideraban las industrias, los oficios y las invenciones.

Acudían también a oír las lecciones públicas, a los actos solemnes, a las conferencias, a las declamaciones, a las vistas de pleitos en que intervenían famosos abogados y a los sermones de los predicadores evangélicos.

Acudían a las salas de esgrima, y allí, sirviéndose de bastones, tiraba con los maestros y les demostraba de un modo experimental que sabía más que ellos.

En lugar de herborizar, visitaban las tiendas de los drogueros, herboristas y boticarios, y examinaban cuidadosamente los frutos, las raíces, las hojas, las gomas, las semillas

y las esencias volátiles, y a la vez aprendían cómo las mixtificaban. Iban a ver a los tamborileros, los escamoteadores y los juglares, y estudiaban sus gestos, sus ardidés, sus destrezas y su facilidad de palabra, cualidades que sobresalían en los de Chaunys de Picardía, que son por naturaleza grandes fulleros e inventores de divertidas mentiras en materia de monos verdes (Nota 71).

De regreso cenaban con mayor sobriedad que los demás días y manjares más desecativos y extenuantes, con el fin de que la húmeda intemperie del aire comunicada al cuerpo por el necesario contacto fuese por este medio corregida y no les resultara incómoda a causa de no haberse ejercitado como tenían por costumbre.

Así fué dirigido Gargantúa y continuó su plan diariamente, aprovechando, como comprenderéis que puede hacer un joven de su edad, dotado de buen sentido, con la repetición de tales ejercicios, que aun cuando al principio le pareciesen difíciles o molestos, con la continuidad se le hicieron tan dulces, ligeros y deleitosos que más bien parecían pasatiempos de un rey que estudios de un escolar.

Sin embargo, Ponócrates, para no sostener continuamente esta tensión de espíritu, elegía todos los meses un día claro y sereno, en el que, de mañana, salían de la villa y se iban a Gentilly, a Bolonia, a Montrouge, al puente de Charentón, a Vanves o a Saint-Cloud. Allí pasaban todo el día divirtiéndose todo lo que podían, bromeando, bebiendo, jugando, cantando y danzando, revolcándose en los prados, cazando pájaros y grillos y pescando ranas y cangrejos.

Pero aunque aquel día lo pasaban sin libros ni lecturas, no lo pasaban sin provecho, pues en aquellos hermosos prados recitaban los gratísimos versos de las poesías bucólicas de Virgilio, de Hesiodo, de Rustico o de Polityan; recitaban gratos epigramas en latín y los traducían a romances y baladas de la poética francesa.

Al banquetear, del vino aguado separaban el agua como enseñan Catón (*De re rust.*) y Plinio: con un cubilete de hiedra. Lavaban así el vino en un barreño de agua, lo recogían con un embudo y hacían correr el agua de un vaso a otro y construían muchos juguetes automáticos, es decir, de los que se mueven por sí mismos.

CAPITULO XXV

CÓMO SE PRODUJO ENTRE LOS PASTELEROS DE LERNÉ Y LOS DEL PAÍS DE GARGANTÚA UN GRAN DEBATE, DEL QUE SE DERIVARON GRANDES GUERRAS



INICIÁBASE entonces la estación de las vendimias, en los comienzos del otoño, y los pastores de la comarca estaban dedicados a guardar las viñas para impedir que los estorninos se comiesen las uvas. Acertaron a pasar por allí los pasteleros de Lerné, que llevaban a París diez o doce cargas de tortas. Los pastores les requirieron cortésmente para que por su dinero y al precio usual les vendiesen algunas, porque son bocado celestial para el desayuno las uvas con algunos de estos pasteles tiernos, bien se trate de moscateles, de garnachas o de cualquier otra clase de ellas, para quienes padecen de estreñimiento, pues les hacen andar ligeros como flechas, hasta el extremo de que muchas veces, cuando se quieren peder, se cagan, y por esto a dichos pasteles se les llama los médicos de los vendimiadores.

Lejos de acceder los pasteleros a la demanda, los ultrajaron grandemente, llamándolos habladores, desdentados, negruchos, glotones, presumidos, holgazanes, catasalsas, barrigudos, fanfarrones, cobardes, rústicos, chalanes, galopines, tragapanes, pelaires, monos, dormilones, haraposos, tramposos, tontos, pobres diablos, bocazas, borrachones, destrozones, guardadores de mierda y dirigiéndoles otros muchos epítetos difamatorios, añadiendo que ninguno de ellos era digno de comer aquellos ricos pasteles, pues sólo eran dignos de comer pan de suelo (Nota 72) o borona.

A tal ultraje, uno llamado Forcier, hombre honrado y cuidadoso de su persona y notable bachiller, contestó dulcemente:

—¿De cuándo acá os han salido cuernos para que os mostréis tan bravos? Por Dios, que muchas veces venís a ofrecérmelos y ahora nos los rehusáis. Esto no es propio de buenos vecinos, y nosotros no os lo hacemos cuando venís aquí a

comprar nuestro buen trigo, con el que hacéis vuestros pasteles y vuestras tortas; ahora mismo, por su precio, os hubiéramos vendido nuestras uvas; pero por la mierda que algún día os habéis de arrepentir cuando necesitéis comerciar con nosotros; entonces haremos como vosotros ahora, tenedlo presente.

Marquet, gran prioste de la cofradía de los pasteleros, le replicó:

—Verdaderamente que estás agrio esta mañana; sin duda anoche te hartaste de mijo. Ven, ven aquí; yo te daré de mis tortas.

Forgier, cándidamente, se aproximó, sacando un onceno (Nota 73) de su faltriquera, en la creencia de que Marquet le vendería algunas de sus tortas; pero le cruzó las piernas con su látigo tan rudamente, que le dejó los nudos señalados en ellas; después quiso huír, pero Forgiar pidió auxilio a grandes voces y al mismo tiempo con un cayado que llevaba lo agarró por la juntura coronal de la cabeza sobre la arteria crotáfica del lado derecho, de tal suerte, que Marquet cayó de su jumento, y más parecía muerto que vivo.

Mientras tanto, los campesinos que cerca de allí vareaban los nogales acudieron con sus garrotes, y como quien maja almorta apalearon a los torteros.

Los demás pastores y pastoras, al oír los gritos de Forgiar, también acudieron con sus hondas y sus cayados y los persiguieron a pedradas tan copiosas, que aquello parecía una granizada.

Finalmente, les atacaron y les quitaron cuatro o cinco docenas de tortas, que les pagaron allí mismo al precio acostumbrado, y les regalaron un ciento de nueces y tres cestos de uvas blancas.

Luego los pasteleros ayudaron a montar a Marquet, que estaba herido de consideración, y volvieron a Lerné, sin proseguir el camino de Pareille, amenazando fieramente a los bueyeros, pastores y campesinos de Seville y de Sinays.

Campesinos y pastores se deleitaron con las tortas y con los más hermosos racimos, y comenzaron a bailar al son de la cornamusa, burlándose de los vanidosos torteros, que habían tenido un mal encuentro a causa sin duda de haberse persignado con mala mano por la mañana.

Pusieron a Forcier cataplasmas de uvas en las piernas, le atendieron cuidadosamente y muy en breve estuvo curado.

CAPITULO XXVI

CÓMO LOS HABITANTES DE LERNÉ, POR DISPOSICIÓN DE SU REY PICROCHOLE, ACOMETIERON DE IMPROVISO A LOS PASTORES DE GRANDGOUSIER



UANDO llegaron los torteros a Lerné, rápidamente, antes de beber ni de comer, dirigieron al Capitolio, y allí, ante su rey, llamado Picrochole, tercero de este nombre, expusieron su queja mostrando los cestos rotos, los bonetes apabullados, las ropas destrozadas y las tortas deshechas, y presentando a Marquet gravemente herido y alegando que los daños habían sido causados por los labradores y los pastores de Grandgousier; junto al camino real de Seville.

El rey montó en cólera y, furioso, sin preguntar más, sin averiguar más, hizo publicar por todo el país bandos y llamamientos para que todos, bajo pena de horca, armados de todas armas, acudieran a la gran plaza delantera del castillo a la hora de mediodía.

Para confirmar mejor su empresa, hizo batir tambores alrededor de la villa, y él en persona, mientras le preparaban la comida, marchó a disponer que afustasen la artillería, que desplegaran su insignia y su bandera y que se acopiasen grandes cantidades de municiones de boca y guerra.

Después de comer repartió las comisiones; por su decreto fué nombrado el señor Tripet para mandar la vanguardia, constituída por diez y seis mil catorce arcabuceros y treinta mil once aventureros.

La artillería se encomendó al gran escudero Toucquedillon y estaba formada por novecientas catorce gruesas piezas de bronce: cañones, dobles cañones, basiliscos, serpentinas, culebrinas, bombardas, morteros, pasavolantes, espirales y otras piezas.

La retaguardia se sometió al mando del duque Raquedennare.

En el centro se colocaron el rey y los príncipes del reino.

Así formados y dispuestos, antes de ponerse en camino, enviaron trescientos caballos ligeros dirigidos por el capitán Engoulevant para explorar el país y comprobar si había alguna emboscada en la comarca.

Poco después de haber rebuscado diligentemente, encontraron todo en paz y silencio, sin asambleas de ninguna clase.

Al saber esto Picrochole, dispuso que cada uno marchase con su bandera rápidamente.

Entonces, sin orden ni continencia, invadieron los campos, destruyendo y devastando cuanto encontraban a su paso, sin distinguir pobres ni ricos, lugar sagrado ni lugar profano; se apoderaban de bueyes, vacas, toros, terneras, gallinas, capones, pollos, ocas, puercos, patos y asnos. Derribaban los árboles, vendimiaban las viñas, demolían los setos y se apoderaban de todos los frutos del campo en medio de un desorden incomparable.

No encontraban persona que les opusiera resistencia; si alguno se encomendaba a su gracia suplicando ser tratado con benevolencia, en consideración a que siempre habían sido buenos vecinos y amigos y que jamás cometieron con ellos excesos ni ultrajes por los que merecieran ser vejados de aquel modo, por lo que Dios los castigaría en breve, nada contestaban sino que querían enseñarles a comer tortas.

CAPITULO XXVII

CÓMO UN MONJE DE SEVILLÉ SALVÓ EL CLAUSTRO DE LA ABADÍA DEL SAQUEO DE LOS ENEMIGOS



ROMPIENDO y tronchando, pilleando y ladro-neando, llegaron a Sevillé, y allí atropellaron hombres y mujeres y cargaron con cuanto pudieron. Nada encontraron demasiado caliente ni demasiado pesado.

Aunque por entonces había peste en la mayoría de las casas, entraron en todas, lo registraron todo, se llevaron lo que quisieron y ninguno se contagió, cosa maravillosa, porque los curas, vicarios, predicadores, médicos, cirujanos y boticarios que iban a visitar, curar, predicar y amonestar a los enfermos, todos habían

muerto de infección, y, en cambio, aquellos diablos destrozadores y ladrones salieron, como digo, ilesos. ¿A qué se debió esto, señores? Yo os ruego que penséis en ello.

Saqueada la ciudad, se marcharon a la Abadía en horrible tumulto; pero la encontraron cerrada y atrancada; entonces el grueso de la fuerza se marchó al vado de Vede, quedando sólo siete banderas de infantería y doscientos lanceros, que rompieron las murallas del Claustro para hacer allí su vendimia.

Los pobres diablos de los monjes no sabían a cuál de sus santos encomendarse. Por toda determinación tocaron *ad capitulum capitulantes* y acordaron hacer una bella procesión, entonando hermosas preces *contra hostiam insidiam* y sonoros responsos *pro pace*.

Había por entonces en el convento un monje claustrado, el hermano Juan de los Entomeures (Nota 74), joven, gallardo, fresco, alto, ambidextro, sonriente, determinado, musculoso, con buena sotabarba, con buena nariz, gran despachador de horas, gran desbriznador de misas, gran descortezador de vigilijs; para decirlo pronto, verdadero monje, si esto puede ser después de que el mundo monjeado se monjeó de las monjerías; en cuanto a lo demás, clérigo hasta los dientes, sobre todo manejando el *breviario*.

Oyó el ruido que hacían los enemigos en la viña del Convento y salió a enterarse. Al observar que también saqueaban la despensa en donde tenían el vino para todo el año y las demás provisiones, volvió desolado al coro de la iglesia, en donde estaban los demás monjes en sus rezos, aturdidos como fundidores de campanas, y al oírlos cantar *im impe e e e e e truum un in i ni i mi co o o o o rum sun*, les dijo: —¡Bien, bien cagado! ¡Bien cantado! ¿Por qué no cantáis adiós nuestros manjares, adiós nuestras vendimias? ¡Que me lleve el diablo si ya no están en nuestro claustro! ¡Por Dios, que además de los racimos han cortado las cepas y nos han condenado para más de cuatro años a jarabe de ranas!

¡Por el vientre de San Jacobo! ¿Qué vamos a beber, pobres diablos de nosotros? ¡Señor Dios, *da mihi potum*!

Entonces dijo el prior claustral: —¿Qué tiene aquel borracho? ¡Llevadlo a un calabozo por haber venido a interrumpir el servicio divino!

—¡El servicio divino! Hagamos todos por que no sea turbado, porque vos mismo, señor Prior, gustáis de beber de lo bueno como todo hombre de bien. Jamás el hombre noble aborreció el buen vino. Este es un apotegma monacal. Por Dios, que esos responsos que cantáis ahora no están en sazón. ¿Por qué son cortos vuestros rezos en los tiempos de la siega y de la vendimia y largos en el invierno?

El hermano Macé Pelose, de gratísima memoria, verdadero celador de nuestra Religión (o que el diablo me lleve), me dijo muchas veces, lo recuerdo bien, que en esta estación debíamos recolectar la uva y hacer el vino y en invierno bebérmolo. Escuchad, señores, los que amáis el vino, la sangre de Dios: que me abraze el fuego de San Antonio (Nota 75) si no nos están dejando sin vino y hasta sin viñas. ¡Por el vientre de Dios! ¡Los bienes de la Iglesia! No, diablo, no. Santo Tomás el inglés (Nota 76) quiso morir por ellos, y si yo por ellos muero, seré santo como él. Pero no quiero morir. No moriré. Mataré a los demás.

Al decir esto, tiró al suelo sus hábitos y agarró el palo de la cruz, que era de corazón de serbal, largo como una lanza y redondo, labrado de flores de lis ya borrosas. Y así salió flotante el sayo y puesto en escarpela su escapulario. Con el palo de la cruz cayó bruscamente sobre los enemigos, que, sin orden, ni banderas, ni trompetas, ni tambores, talaban la viña del Convento, porque los portaguiones y los portaenseñas habían dejado sus guiones y sus enseñas junto al muro. Los tamborileros habían roto la piel de sus tambores por un lado para llenarlos de racimos, y las trompetas estaban también llenas de granos. Cada uno estaba en su faena.

Cayó rudamente sobre ellos sin decir palabra y los apaleó como a puercos, sacudiendo por derecho y al través con arreglo a la vieja esgrima. A unos les rompía el cráneo, a otros los brazos o las piernas, a otros les dislocaba los espóndilos del cuello, a otros les molía los riñones, les hundía la nariz, les sepultaba los ojos, les hendía las mandíbulas, les hacía tragarse los dientes, les descoyuntaba los omoplatos, les tronchaba las rodillas, les partía la pelvis o les fracturaba las muñecas. Si alguno trataba de esconderse entre los setos, le asataba un palo a lo largo de la espalda y lo deslomaba como a un perro.

Si alguno trataba de salvarse huyendo, le hacía volar en piezas la cabeza partiéndosela por la comisura lambdoidea.

Si alguno trataba de huír trepando a un árbol, cuando se creía más seguro le metía el palo por el *fundamento*.

Si alguno de su pueblo lo conocía y le gritaba: —¡Hermano Juan, amigo mío, mé rindo, me rindo!—, le contestaba: —No tienes más remedio, pero antes entregarás tu alma a los diablos—. Y seguía dándole golpes.

Si alguno, con extraordinaria temeridad, quería hacerle frente, allí mostraba él la fuerza de sus músculos, porque le traspasaba el pecho por el mediastino y por el corazón. A otros, atacándoles por las costillas falsas, les subvertía el estómago y morían de repente, y a otros los golpeaba tan fieramente por el ombligo que les echaba fuera las tripas. A otros les retorció los testículos y les arrancaba la morcilla cular.

Creed que jamás se ha visto espectáculo tan horrible.

Unos clamaban por Santa Bárbara, otros por San Jorge, otros por Santa Nituche, otros por Nuestra Señora de Cunnault, de Loreto, de la Buena Nueva, de Genou o de Riviere. Los unos se ofrecían a Santiago, los otros al Santo Sudario de Chambery (pero como se había quemado tres meses antes, no podía salvar ni una brizna), otros a Cadonin, otros a San Juan de Angely, otros a San Eutropio de Xaintes, a San Measure de Chinon, a San Martín de Caudes, a San Clodoveo de Sinay, a las reliquias de Lovrezay y a muchos otros santirulicos. Unos morían sin hablar y otros hablaban sin morir. Unos se morían hablando y otros hablaban muriendo. Otros gritaban: —¡Confesión, confesión! *Confiteor. Miserere. In manus*—. Tan grande era el griterío de los heridos, que acudieron el prior de la Abadía y todos los monjes, y cuando vieron aquellas pobres gentes, tendidas entre la viña y heridas de muerte, confesaron a los que pudieron. Pero mientras los presbíteros se entretenían en confesar, los legos corrieron a preguntar al hermano Juan si quería que le ayudasen, a lo que les contestó que *desgorguetaran* a los que estaban en tierra. Y dejando sus amplias capas colgadas de una parra cercana, comenzaron a desgorguetar y a rematar a los que ya estaban medio muertos.

¿Sabéis con qué herramienta? Pues con esos lindos cuch-

litos que llevan los niños de nuestro país para partir las nueces.

Después, sin abandonar el palo de la cruz, se dirigió a la brecha que habían abierto los enemigos. Algunos legos y novicios se llevaron las banderas a sus celdas para hacerse ligas. Y cuando algunos de los que se habían confesado quisieron salir por la brecha, el hermano Juan los molió a golpes, diciéndoles: —Los que se han confesado y arrepentido ya ganaron la salvación y deben ir al Paraíso derechos como una hoz y como el camino de Faye.

Así, por su proeza, fueron aniquilados todos los del ejército que entró en el claustro, hasta el número de trece mil seiscientos veintidós, sin contar niños ni mujeres, como se hace siempre.

Jamás el eremita Mangis se comportó tan valientemente contra los sarracenos, según está escrito en las gestas de los cuatro jóvenes de Arymon, como el hermano Juan con el palo de la cruz.

CAPITULO XXVIII

CÓMO PICROCHOLE TOMÓ POR ASALTO LA ROCHE-CLERMAULD, Y LA PENA Y LAS DIFICULTADES QUE SUFRIÓ GRANDGOUSIER AL EMPRENDER LA GUERRA



MIENTRAS el monje se batía, como hemos dicho, contra todos los que habían entrado en el claustro, Picrochole, desplegando una gran actividad, pasó el vado de Vede con sus gentes y asaltó la Roche-Clermauld, que ninguna resistencia le opuso; como era ya de noche, determinó alojarse allí con sus tropas y dar un poco de paz a su cólera primitiva.

De mañana tomó por asalto los caminos y el castillo y los fortificó bien, aprovisionándolos con las municiones requisadas, proponiéndose hacer allí su centro de resistencia si le atacaban, pues era una plaza fuerte, merced a la naturaleza y al arte, a causa de su situación topográfica.

Dejémoslos ahora allí y volvamos a nuestro buen Gargan-

túa, que sigue en París, muy entregado al estudio de las buenas letras y a sus ejercicios atléticos, y al excelente viejo Grandgousier, su padre, que después de cenar se calienta los cojones junto a una resplandeciente llamarada, mientras asa castañas, para lo que tiene adscripto al fogón un palo chamuscado por una punta, con el que escarba las brasas, y relata a su mujer y a su familia cuentos del tiempo viejo.

Uno de los pastores que racimaban las viñas, llamado Pilot, llegó hasta él apresurado y le contó puntualmente los excesos y las rapiñas de Picrochole, rey de Lerné, en las tierras de sus dominios, y cómo había devastado y saqueado y robado en todo el país, excepto la Abadía de Sevillé, que el hermano Juan de los Entomeures había salvado para honor suyo; y que al presente estaba dicho rey en la Roche-Clermauld acuartelado con todas sus fuerzas.

—¡Hola, hola!—exclamó Grandgousier—. ¿Qué es esto, buenas gentes? ¿Estoy soñando o es verdad lo que me dicen? ¡Picrochole, mi gran amigo de todos los tiempos, de raza y de alianza, viene a asaltarme! ¿Quién lo mueve? ¿Quién lo empuja? ¿Quién lo conduce? ¿Quién lo aconsejó de ese modo? ¡Oh, oh, oh, oh! ¡Dios mío, mi salvador, ayúdame, inspírame, dime lo que debo hacer! Ante ti protesto y juro que siempre procuré no desagradarle, ni a sus gentes hice daño, ni sus tierras invadí. Al contrario, lo he socorrido con soldados, con dinero, con favores y consejos, siempre que se vió en necesidad. El que de esa manera me haya ultrajado ahora, no puede menos de ser obra del espíritu maligno. Buen Dios, tú conoces mi valor, porque para ti nada puede estar oculto. Si acaso se hubiera vuelto loco, y me has elegido para rehabilitar su cerebro, dame poder y saber para volverlo al grupo de tu santa voluntad por buena disciplina. ¡Oh, oh, oh! Mis buenas gentes, amigos míos y fieles servidores, ¿será preciso el que os ruegue que me ayudéis? Ya mi vejez sólo pide reposo, y durante toda mi vida no he procurado más que la paz; pero ahora es preciso, bien claro lo veo, que cargue con el arnés mi pobre espalda, cansada y débil, y en mi temblorosa mano tome la lanza y la maza para socorrer y garantizar a mis pobres súbditos. La razón lo quiere así, puesto que de su trabajo me sustento y de su sudor vivimos no sólo yo, sino mis hijos y mis deudos. No obstante, no emprenderé la guerra

sin haber ensayado todas las artes y todos los medios para obtener la paz. Así lo resuelvo.

Hizo entonces convocar su consejo y le propuso el conflicto tal y como era. Y acordaron enviar algún hombre prudente junto a Picrochole para saber de él por qué había abandonado tan repentinamente su reposo, invadiendo tierras sobre las que ningún derecho tenía. Se acordó también llamar a Gargantúa y a su séquito para la defensa del país en caso necesario.

Los acuerdos satisficieron a Grandgousier y mandó que al punto se cumplieran. Envió a su lacayo a buscar inmediatamente a Gargantúa y le dirigió la carta que sigue.

CAPITULO XXIX

CONTENIDO DE LA CARTA QUE GRANDGOUSIER ESCRIBIÓ A GARGANTÚA



L fervor de tus estudios exigía que durante largo tiempo no interrumpiera yo tu filosófico reposo, si el comportamiento de nuestros amigos y antiguos confederados no hubiera venido a frustrar la tranquilidad de mi vejez. Pero, puesto que tal es mi fatal destino y por ello me veo inquietado, aunque el hacerlo así me repugne, es fuerza que te llame para que vengas en compañía de los que por derecho natural te obedecen. Así como son débiles las armas por fuera cuando la cordura no las guía desde el cerebro, vano es también el estudio cuando no se practica en tiempo oportuno, no se hace con voluntad y no se dirige a su objeto verdadero.

»Mi determinación no es provocar, sino apaciguar; no es desafiar, sino defender; no es conquistar, sino guardar a mis fieles súbditos y mis tierras hereditarias, en las que ha entrado Picrochole hostilmente sin causa ni ocasión; y de día en día aumenta su furiosa guerra, con excesos no tolerables entre gente noble.

»Obligado a hacer lo posible para moderar su cólera tiránica, le he ofrecido todo lo que a mi entender pudiera serle

grato; muchas veces le he enviado a preguntar afablemente en qué, por quién y en qué forma se sentía ultrajado; pero en respuesta no he obtenido más que provocaciones y la certeza de que en mi reino sólo pretende el derecho de botín. De aquí deduzco que el Dios eterno lo ha dejado de su mano, encomendado al timón de su propio albedrío y su propio sentido, que no pueden sugerir más que perversidades cuando la gracia divina no los guía continuamente; y para reducirlo a la calma y devolverle su conocimiento, me lo envía en provocadora actitud.

»Por lo tanto, mi querido hijo, cuando recibas esta carta, y lo antes que puedas, vuelve diligente a socorrer, no tanto a mí, que éste, por la piedad filial, es naturalmente tu deber, como a todos los tuyos, a quienes por derecho debes guardar y salvar. Realizaremos la hazaña procurando la menor efusión de sangre, y si posible es, por medio de ingeniosos expedientes, cautelosas prevenciones y ardides de guerra, salvaremos a todos nuestros soldados y los reintegraremos gloriosos a sus hogares.

»Queridísimo hijo: La paz de Cristo nuestro Redentor sea contigo. Saluda a Ponócrates, Gimnasta y Eudemón en mi nombre. Veinte de septiembre.

»Tu padre,

GRANDGOUSIER.»

CAPITULO XXX

CÓMO ULRICH GUALLET FUÉ ENVIADO ANTE PICROCHOLE



IRMADAS y escritas las cartas, Grandgousier dispuso que Ulrich Guallet, jefe de su secretaría, hombre discreto y sabio, de quien en diversos y difíciles asuntos se había servido, probando así sus virtudes y su buen sentido, fuese ante Picrochole para notificarle los acuerdos tomados. En seguida partió el buen Guallet, y cuando hubo vadeado el río encontró un molinero del reino de Picrochole, quien le dijo que sus paisanos no habían dejado con vida ni gallina ni gallo y a la sazón estaban encerrados en la Roche Clermauld; que le aconsejaba no pasara adelante por miedo a las patrullas, cuyo fu-

ror era inaudito; todo lo creyó sin escrúpulos y pernoctó con el molinero.

De madrugada llegó con una trompeta a la puerta del castillo y pidió a los guardias que le guiasen a la presencia del rey, con quien tenía que hablar en provecho de todos.

No consiguió que le abrieran la puerta; pero Picrochole se asomó por entre las almenas, y dijo al embajador: —¿Qué hay de nuevo? ¿Qué queréis decirme?

Entonces Guallet habló como se transcribe en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXI

LA ARENGA QUE GUALLET DIRIGIÓ A PICROCHOLE



NADA hay que pueda ser para los hombres tan doloroso como recibir directamente, de donde esperan gracia y benevolencia, enojos y agravios. Sin causa y sin razón, muchos caéis sobre nosotros, sometiéndonos a indignidades menos tolerables que la muerte, y sin apelar al ingenio, si algo teníais que corregir, sembráis por todas partes unas y otra.

»En atención a esto, no es maravilla que el rey Grandgousier, mi amo, se haya puesto furioso y resueltamente hostil contra ti, esté a estas horas lleno de disgusto y tenga perturbado su entendimiento. Maravilla sería el que no le hubieran soliviantado los excesos incomparables que en sus tierras y sus súbditos tú y los tuyos habéis cometido (en ellos no habéis omitido ningún ejemplo de inhumanidad), pues ya sabes que él es por su natural afable y ha profesado a los tuyos siempre tan cordial afecto como de ello no hay ejemplo entre los mortales.

»Es para él mucho más desagradable el entuerto que tú y los tuyos habéis cometido, porque desde muy antiguo, desde tiempo inmemorial, tuvisteis tú y tus padres, con él y sus antecesores, gran amistad y permanente alianza que, hasta estos momentos, como sagrada los dos habéis inviolablemente mantenido, defendido y sostenido, hasta el extremo de que, no ya él ni los tuyos, sino hasta las naciones bárbaras de Pitou,

Bretaña, islas Canarienses e Isabelinas, hubieran considerado mucho más fácil demoler el firmamento que romper vuestra alianza, tan afirmada y reconocida en las guerras, que nadie hubiera osado provocar, irritar ni agraviar al uno por miedo al otro.

»Hay más: esta alianza sagrada, tanto se ha extendido por la tierra, que hoy son contados los que gobiernan el continente y las islas del Océano, y no han aspirado ambiciosamente a ser recibidos en ella, sometiéndose a cuantas condiciones les impusierais, pues estimaban más vuestra confederación que sus dominios; de modo que desde los tiempos más remotos, no ha habido príncipe ni ejército que haya osado pisar, no diré vuestras tierras, sino todas las de vuestros aliados. Y si con notoria imprevisión atentaron contra alguien y llegó a sus oídos el nombre de vuestra alianza, repentinamente desistieron de su intento. ¿Qué furor, pues, te impulsa ahora para romper toda amistad, conculcar toda alianza, transgredir todo derecho y allanar sus tierras hostilmente sin haber sido provocado, irritado ni agraviado por él ni los suyos en lo más mínimo? ¿Dónde está el fuero? ¿Dónde está la ley? ¿Dónde está la razón? ¿Dónde está el temor de Dios? ¿Crees acaso que esos ultrajes puede perdonarlos a tu alma el Dios soberano, que es el más justo director de nuestras empresas? Si así lo crees, te engañas, porque todas las cosas han de ser sometidas a su justo juicio. ¿Son los fatales destinos o la influencia de los astros quienes han querido poner fin a tus satisfacciones y a tu reposo? Así tiene todo en el mundo su fin y su término. Cuando las cosas llegan a su tiempo superlativo se vienen abajo en ruinas, porque en tal estado no pueden permanecer mucho tiempo. Este es el fin también de aquellos cuya fortuna y prosperidad no moderan y sostienen la razón y la templanza.

»Pero si el sino lo había dispuesto así y determinó poner fin a tu tranquilidad, ¿debía ser incomodando a mi rey, por quien tú estás sostenido? Si tu casa debía hundirse, ¿era preciso que cayera sobre las que estaban junto a ella y la habían adornado? La cosa está tan fuera de los dictados de la razón, es tan contraria al sentido común, que ningún entendimiento humano hubiera podido concebirla, y hasta a los extranjeros, cuyo salvajismo está probado y testimoniado, es fácil hacerles

comprender que nada puede ser sagrado ni santo en aquellos que se han emancipado de Dios y de la razón para seguir sus instintos perversos.

»Si algún desafuero habíamos cometido en tus súbditos o dominios, si habíamos dado lugar a la expansión de tus iras, si en tus apuros no te habíamos socorrido, si habíamos ofendido tu honor o tu nombre, o, para mejor decir, si el espíritu calumniador ha tenido por maligno deseo tentarte, y con falaces especies y fantasmas deslumbrantes ha hecho ver a tu entendimiento que alrededor de ti habíamos hecho cosa indigna de nuestra inveterada amistad, primero debías haber esclarecido la verdad y después dirigirnos tus amonestaciones. Entonces, nosotros te hubiéramos dado toda clase de satisfacciones hasta contentarte

»Pero, ¡oh Dios eterno! ¿Cuál es tu propósito? ¿Quieres, acaso como pérfido tirano, robar y devastar el reino de mi amo y señor? ¿Lo has juzgado tan ignaro y estúpido que no habría de oponerse? ¿Tan falto de hombres, dinero, razón y arte militar, que no pudiera resistir tus inicuos asaltos?

»Sal de aquí ahora mismo, y durante todo el día de mañana reingresa en tus tierras sin provocar tumulto ni hacer fuerza por el camino, y paga mil onzas de oro por el daño que has hecho. La mitad pagarás mañana mismo; la otra mitad para los idus de mayo próximo.

»Nosotros encomendamos esta pendencia al arbitraje de los duques de Tournemoule, Basdefesses y de Menuail, el príncipe de Gratelles y el vizconde de Morphaille.»

CAPITULO XXXII

GRANDGOUSIER, PARA PROCURAR LA PAZ, HACE DEVOLVER LAS TORTAS



DICHO lo que antecede, se calló el bueno de Guallet; pero Picrochole, a todas sus frases, sólo contestaba: —¡Venidlos a buscar! ¡Venidlos a buscar! Tienen hermosos y gordos testículos y os embraguetarán las tortas.

En vista de esto, volvió a casa de Grandgousier, al que encontró con la cabeza descubierta y de rodi-

llas en su gabinete sobre un cojín, rogando a Dios que aplacase la cólera de Picrochole y le volviera a la razón sin tener que hacer uso de la fuerza. Cuando vió de vuelta al embajador, le preguntó:

—¡Ay, mi amigo! ¡Mi buen amigo! ¿Qué nuevas me traéis?

—No hay medio—dijo Guallet—. Ese hombre ha perdido el juicio y está abandonado de Dios.

—Veamos. ¿En qué funda sus excesos?

—Ninguna causa me ha expuesto; sólo entendí que en medio de su cólera hablaba de tortas. No sé si habrán recibido algún ultraje sus pasteleros.

—Quiero enterarme bien antes de disponer lo que ha de hacerse.

Y mandó indagar lo que de este asunto hubiera, llegando a saber que se les habían tomado por la fuerza a sus gentes algunas tortas, y que Marquet había recibido un garrotazo en la cabeza, si bien habían pagado religiosamente la mercancía, y el mismo Marquet había herido antes a Forcier en las piernas. El Consejo acordó que procedía ponerse sobre las armas.

—Sin embargo—dijo Grandgousier—, puesto que sólo es cuestión de unas tortas, probaré a contentarle, porque me desagrada mucho emprender la guerra.

Preguntó que cuántas tortas habían cogido, y le dijeron que cuatro o cinco docenas; entonces mandó que aquella misma noche se hiciesen cinco carretas de ellas, una con buena manteca de vacas, almendras dulces, azafrán y especias, para Marquet; de su bolsillo especial le enviaba también setecientos mil y tres Filipos de oro para indemnizarle, y además le concedía el aprovechamiento de la Pomardiére a perpetuidad y libre de cargas para él y los suyos.

Para conducirlo todo fué designado Guallet, quien por el camino, antes de llegar a la Saucera, hizo cortar muchos ramos de hiedra y olivo, que se colocaron sobre las carretas y en manos de los carreteros; él mismo tomó uno, para dar a entender por este medio que no querían más que paz y que iban a tratar de ella.

Llegados a la puerta, manifestaron que querían hablar a Picrochole de parte de Grandgousier. Picrochole no quiso dejarles entrar ni salir a hablar con ellos y les mandó a decir

que se entendieran con el capitán Toucquedillon, que estaba afustando un cañón sobre las murallas. Guallet le dijo:

—Señor, para evitar esta contienda y para que, vencida toda excusa, volvamos a nuestra inveterada alianza, os traemos aquí las tortas que son objeto del disgusto. Cinco docenas tomaron nuestras gentes y las pagaron bien; nosotros deseamos tanto la paz, que os traemos cinco carretas, de las cuales ésta será para Marquet, el más ofendido. Además, para satisfacerle por completo, he aquí setecientos mil y tres Filipos de oro que le regalamos, y por si algo más deseara yo le entrego el aprovechamiento de la Pomardière a perpetuidad y libre de cargas, para él y los suyos, según la escritura de donación que aquí traigo. Vivamos, por Dios, en paz en lo sucesivo; retiraos tranquilamente a vuestras tierras, cedednos esta plaza, sobre la que, como comprenderéis, no tenéis ningún derecho, y tan amigos como antes.

Toucquedillon dió cuenta de la embajada a Picrochole, y éste se enfureció más todavía.

—Estos rústicos—dijo el capitán—tienen mucho miedo. Grandgousier, el pobre bebedor, se asusta; no es su arte el de la guerra, sino el de vaciar botellas. Soy de opinión de que tomemos el dinero y las tortas; en cuanto a lo demás, nos sostendremos aquí y proseguiremos nuestra fortuna. ¿Piensan acaso engañarnos con la pasta de sus tortas? El buen trato y la buena amistad que siempre les hemos dispensado nos los quieren pagar con un obsequio tan despreciable. Acariciad al villano, y os pegará; pegadle, y os acariciará.

—Eso es, eso es—dijo Picrochole—. ¡Por San Jacobo, que han hecho lo que vos decís!

—De una cosa debo advertiros: estamos muy escasos de provisiones de boca; si Grandgousier nos sitiara, me haría arrancar todos los dientes, excepto tres, y lo mismo debíais hacer vos y todos los nuestros, porque con ellos tendríamos bastante para comer lo que nos queda.

—Tenemos demasiado. ¿Estamos aquí para comer o para batallar?

—Para batallar, ciertamente; pero de la panza sale la danza, y en donde el hambre reina, la fuerza huye.

—Tanto mejor para tomar lo que han traído.

Dicho esto, tomaron el dinero, las tortas, los bueyes y las

carretas, y los despidieron, sin decirles otra cosa sino que se retirasen y otro día les enterarían de su resolución.

Entonces, sin protestar, el embajador y sus acompañantes volvieron a Grandgousier y le contaron lo ocurrido, añadiendo que no los veían inclinados a la paz, sino, por el contrario, a una guerra viva y fuerte.

CAPITULO XXXIII

CÓMO ALGUNOS GOBERNADORES DE PICROCHOLE, POR CONSEJO
PRECIPITADO, LE PUSIERON EN GRAN PELIGRO



UEGO de haberse comido las tortas, compa-
recieron ante Picrochole el duque de Me-
nuail, el conde Espadachín y el capitán
Merdaille, y le dijeron:

—*Ciro* (Nota 77), desde hoy os tenemos
por el más feliz y el más caballeroso prín-
cipe que ha nacido después de la muerte
de Alejandro Macedónico.

—Cubríos, cubríos—dijo Picrochole.

—¡Gran honor! Cumplimos con nuestro deber, *Ciro*. De-
bemos permanecer cubiertos. Dejaréis aquí a cualquier capi-
tán con unos pocos hombres para guardar la plaza, que nos
parece bastante fuerte, tanto por su situación natural, como
por las obras que bajo vuestra dirección se han hecho. Dividi-
remos en dos partes vuestra fuerza. Una irá a rodar sobre
Grandgousier y sus gentes, que serán arrollados a la primera
acometida. La cargaréis de plata, porque el villano en ella
cifra todo su contento. Villano decimos porque un noble nun-
ca tiene un solo sueldo. Atesorar es tarea de villanos.

La otra parte marchará hacia Gascuña, Onay, Angomois,
Sainetonge, junto a Perigord, Medoc y Eslannes. Sin resisten-
cia, tomará villas, castillos y fortalezas. En Bayona, San Juan
de Luz y Fuenterrabía, se apoderarán de todos los navíos, y
costeando Galicia y Portugal, saquearán todos los lugares ma-
rítimos, hasta Lisboa, en donde se proveerán de todo el equi-
paje necesario a un conquistador. La España se rendirá en
seguida, porque allí no hay más que moros. Pasaréis por el

estrecho de Sevilla, y allí erigiréis dos columnas más magníficas que las de Hércules para perpetua memoria de vuestro nombre, y se llamará el Estrecho del mar Picrocholino.

Pasado el mar Picrocholino, encontraréis a Barbarroja, que se rendirá vuestro esclavo.

—Lo tendré a gran honra.

—Perdonadle la vida si se deja bautizar. Después atacaréis los reinos de Túnez, Argelia, Hippés y Bone; a continuación toda la Berbería, y luego ya tendréis en vuestra mano Mallorca, Menorca, Cerdeña, Córcega y otras islas, Ligusticas y Baleares; cortando a la izquierda dominaréis toda la Galia Narbónica, la Provenza, Allabrogues, Génova, Florencia, Luca, y con Dios quede Roma. El pobre señor Papa se morirá de miedo.

—Por mi fe que le besaré la sandalia.

—Ya en Italia, he aquí Nápoles, Calabria y Sicilia, todas saqueadas, así como Malta. Quisiera que los simpáticos caballeros llamados Rodienses os rechistasen, para beber de sus orines.

—Yo iría de buena gana a Loreto.

—Nada, nada; eso a la vuelta. Antes tomaremos Gandía, Chipre, Rhodas y las islas Cyclades, y caeremos sobre la Morea y la haremos nuestra. Dios guarde a Jerusalén, porque el Soldán no es nadie ante vuestro poderío.

—Entonces podré reconstruir el templo de Salomón.

—No; esperad un poco; nunca seáis precipitado en ninguna de vuestras empresas. ¿Sabéis lo que decía Octavio Augusto? *Festina lente*. Os conviene primero tomar el Asia Menor, Carye, Lidia, Persia y demás pueblos, hasta el Eufrates.

—¿Veremos Babilonia y el monte Sinaí?

—No. ¿Qué necesidad hay por ahora? ¿No estáis cansado después de atravesar el mar Hircano, las dos Armenias y las tres Arabias, Petrea, Feliz y Desierta?

—A fe mía que estamos fatigados. ¡Ay, pobres gentes!

—¿Por qué?

—¿Qué vamos a beber en el Desierto? Porque Juliano Augusto y su ejército murieron allí de sed, según se cuenta.

—Lo hemos previsto todo: en el mar de Siria tenéis nueve mil catorce grandes navíos cargados de los mejores vinos del mundo, que llegarán a Taffa; allí hay veintidocientos mil ca-

mellos y mil seiscientos elefantes cogidos en una cacería alrededor de Sigcilmes. Desde que entréis en Lybia hasta que lleguéis a la Meca, ¿os proveerán del vino suficiente?

—¡Claro que sí! Pero no lo beberemos fresco.

—Nada más que por virtud del más pequeño pescado, un valiente, un conquistador, un aspirante al imperio del Universo, puede no disfrutar de todas sus comodidades. ¡Alabado sea Dios de que sanos y salvos hayáis llegado vos y vuestras gentes hasta las riberas del Tigris!

—Y ¿qué hace mientras tanto la parte de nuestro Ejército que marchó contra ese villano borracho de Grandgousier?

—No huelgan todavía; los encontraremos a la vuelta. Os han conquistado la Bretaña, Normandía, Flandes, Brabante, Artois, Holanda y Zelanda. Han pasado el Rhin sobre el vientre de suizos y lansquenetes; han tomado Luxemburgo, Lorena, Champagne y Saboya hasta Lyon, en cuyo lugar han encontrado a vuestras guarniciones que volvían de las conquistas navales del Mediterráneo y se han detenido en Bohemia luego de haber saqueado Soneve, Wiltemberg, Vannieres, Austria, Morvia y Stirge. Después han caído fieramente juntos sobre Lubek, Noruega, Suecia, Rich, Dace, Gothie y Groenlandia. Hecho esto, conquistaron las islas Orchades, Escocia, Inglaterra e Irlanda. Luego Prusia, Polonia, Lituania, Rusia, Valachia, Transilvania, Hungría, Bulgaria y Turquía, y están en Constantinopla.

—Entonces vamos a escape con ellos, porque quiero ser emperador de Trebizonde.

—¿No mataremos todos esos perros turcos y mahometanos? ¿Qué diablos haríamos entonces? Es preciso matarlos y dar sus tierras a los que os han servido fielmente.

—Esa es la razón, así lo quiero; ésa es la equidad. Os doy la Cerdeña, Siria y toda la Palestina.

—¡Ah, *Ciro!* Sois muy bueno; ésa es una gran merced. Dios os hará prosperar continuamente.

Allí estaba con ellos un viejo gentilhomme, gran guerrero, de valor probado en diversas hazañas, llamado Echephron, el que oyendo lo que hablaban, dijo: —Yo tengo gran temor de que con esta empresa suceda lo que con el cacharro de leche con el cual un zapatero se iba a hacer rico en poco tiempo: en el momento se le rompió el cacharro y aquel día no tuvo

qué almorzar. ¿Cómo hemos de hacer esas conquistas? ¿Cuál será el resultado de tantos viajes y travesías?

—Será—dijo Picrochole—que volveremos y reposaremos sobre nuestra gloria.

—¿Y si no volviéramos? Porque el viaje es largo y peligroso. ¿No sería mejor que descansáramos ahora sin meternos en esos azares?

—¡Oh!—dijo Espadachín—. He aquí un ser despreciable. Por su voto nos acostaríamos junto a la chimenea y allí pasaríamos con las damas nuestra vida y nuestro tiempo, ensartando perlas o hilando como Sardanápalo. Quien no se aventura, no tendrá caballo ni mula, como dijo Salomón.

—Pero «quien a mucho se aventura—le interrumpió Eche-phron—pierde caballo y mula», como contestó Malón al Sabio.

—Basta—objetó Picrochole—, pasemos a otra cosa: yo no pienso más que en esas endiabladas legiones de Grandgousier. ¿Y si mientras estamos en Mesopotamia nos pican la retaguardia, qué hacemos?

—Muy bien—contestó Merdaille—; una hermosa y pequeña comisión que enviaréis a los moscovitas, pondrá en un momento a vuestras órdenes cuatrocientos cincuenta mil combatientes elegidos; si me hacéis para con ellos vuestro lugarteniente mataré cuanto encuentre a mi paso. Para matar, pinchar, golpear, atrapar, confundir y reinar, yo.

—Bien, bien—exclamó Picrochole, a quien todo le parecía de perlas—; el que me quiera, que me siga (Nota 78).

CAPITULO XXXIV

CÓMO GARGANTÚA DEJÓ LA VILLA DE PARÍS PARA SOCORRER A LOS SUYOS Y CÓMO GIMNASTA ENCONTRÓ A LOS ENEMIGOS



GARGANTÚA salió de París en el mismo momento en que leyó la carta de su padre; había pasado ya el puente de Nonnain, montado en su enorme borrica y acompañado de Poñócrates, Gimnasta y Eudemón, que habían tomado caballos de posta; el resto de su tren venía en jornadas ligeras, trayendo sus libros y sus instrumentos filosóficos. Cuando llegó a

Parillé, le advirtió el arrendatario de Guouguet que Picrochole le había tomado con un gran ejército la Roche Clermault y había enviado al capitán Tripet a asaltar el bosque de Vede y a Vaugaudri; que ellos habían corrido la pólvora hasta el lagar de Billard y su situación era muy difícil, pues los excesos que cometían en el país les infundían tal miedo, que no sabían qué hacer ni qué decir.

Ponócrates les aconsejó que acudieran al señor de la Vauguyón, que siempre había sido su amigo y aliado, y los enteraría bien de todos los asuntos. Hiciéronlo así, y lo encontraron con muy buenos deseos y dispuesto a todo. Ordenó en seguida a sus gentes recorrieran el país a fin de ver la situación del enemigo y proceder como fuera más conveniente. Gimnasta se ofreció a ir, pero se acordó, para mejor resultado, que llevara a su lado prácticos que conocieran los bosques, revueltas y riberas de la comarca.

Al punto marcharon él y Prelinguand, escudero de Vauguyón, y sin peligro espionaron por todas partes. Mientras tanto Gargantúa se repantigó y descansó un poco con su gente, haciendo que dieran a su borrica un piensecillo de avena, esto es, setenta y cuatro moyos y tres fanegas.

Tanto cabalgaron Gimnasta y su acompañante que encontraron a los enemigos esparcidos, en desorden y devastando y saqueando todo lo que podían; tan pronto como los vieron cayeron sobre ellos a la desbandada para destrozarlos, y Gimnasta les gritó compungido: «¡Señores, yo soy un pobre diablo y os suplico tengáis compasión de mí; todavía tengo un escudo y nos lo beberemos, porque es aurum potabile; además venderemos mi caballo para pagaros mi bienvenida; hecho esto, retenedme entre vosotros, pues no hay quien separar, robar, quemar, apresar, desmembrar y zurrar mejor que yo, y para mi *proficiat*, bebo a la salud de todos los buenos compañeros.» Entonces se levantó la celada hasta la nariz y bebió tranquilamente. Los bobalicones lo miraban con más de un pie de boca abierta y sacando la lengua como los lebreles en el ojeo. En aquel momento llegó el capitán Tripet a ver lo que ocurría; Gimnasta le ofreció la botella diciendo: —Tomad, capitán, bebed largamente; yo lo he probado en ayunas; es vino de la Faye Moniau. —¡Cómo!—exclamó el capitán—. ¡Este borracho se burla de nosotros! ¿Quién eres tú?

—Yo, señor, soy un pobre diablo.

—¡Hola! Puesto que eres un pobre diablo, es de razón que pases adelante, porque los pobres diablos pasan por todas partes sin gabelas ni peajes; pero no es costumbre que vayan tan bien montados; por tanto, señor diablo, bajad de vuestra cabalgadura, que me pertenece, y si ella no me lleva, vos, señor diablo, me llevaréis, porque tengo mucho deseo de que un diablo como vos me lleve.

CAPITULO XXXV

CÓMO GIMNASTA, ASTUTAMENTE, MATÓ AL CAPITÁN TRIPET Y A OTROS GUERREROS DE PICROCHOLE



Al suceder lo referido, algunos empezaron a tener miedo y se santiguaban con las dos manos, pensando que fuese efectivamente un diablo disfrazado. Uno de ellos, capitán de los Topinos (Nota 79), que se llamaba Buen Juan, sacó de sus bragas el libro de Horas y gritó muy fuerte: *Hagios ho theos*. Si tú eres de Dios, habla; si eres del otro, vete de aquí.

Pero no se marchaba; visto lo cual por algunos del bando, huyeron temerosos de Gimnasta. Por fin éste simuló bajarse del caballo, y cuando había levantado una pierna, se revolvió ágilmente sobre el estribo, y con su espada bastarda bajo el brazo se lanzó al aire, poniéndose de pie sobre la montura, con el culo frente a la cabeza del caballo, y dijo: «Mi persona está a contrapelo»; después dió un salto con un pie solo, y volviéndose hacia la izquierda, cayó montado como estaba al principio.

—¡Hola!—exclamó Tripet—. No haría yo eso por todo lo que hay en el mundo.

—Pues no es nada—replicó Gimnasta—. Ahora verás.—Y con gran fuerza y agilidad dió una pernada a la derecha, puso el dedo pulgar de la misma mano sobre el arzón de la silla y levantó en el aire todo el cuerpo sosteniéndose sobre el dedo, y repitiendo hasta tres veces el ejercicio. A la cuarta, volviéndose sin tocar en ninguna parte, se izó entre las dos orejas

del caballo, sosteniéndose en el aire sobre el pulgar de la izquierda y dando vueltas de molinete; después golpeó con la palma de la mano derecha sobre la silla, y de un salto se sentó a dos piernas sobre la grupa como las mujeres; en seguida pasó la pierna derecha por encima de la silla y quedó como si fuera a cabalgar sobre la grupa, diciendo: «Es mejor que no monte sobre los arzones»; apoyóse sobre los dos pulgares, dió una voltereta en el aire, y quedó montado en la forma ordinaria; por último, de un salto se puso en pie sobre la silla, y allí dió más de cien vueltas con los brazos extendidos en cruz; hecho esto, comenzó a gritar furiosamente: —¡Que rabio! ¡Diablos! ¡Que rabio! ¡Atendedme, diablos! ¡Que rabio! ¡Diablos, sujetadme!

Mientras voltejeaba, los aldeanos, embobados, se decían unos a otros: —Por la mierda, que es un duende o un diablo disparado. *Ab hoste maligno libera nos Domine.*—Y huyeron a la desbandada, mirando atrás como perro que se lleva un pájaro.

Entonces Gimnasta, aprovechando su ventaja descendió del caballo, desenvainó su espada y cargó sobre ellos, apaleando, tajando, cortando y matando, sin que nadie le hiciera frente, porque pensaban que era un diablo afamado, a juzgar por las maravillosas volteretas y por la conversación que había tenido con Tripet cuando éste le llamó pobre diablo. Tripet, a traición, quiso herirle en la cabeza con su espada de Lansquenet; pero estaba bien armado y sólo sufrió un ligero golpe; de pronto se volvió, lanzó contra el capitán una estocada volante, y mientras se cubría por alto, le partió de un tajo el estómago, el recto y la mitad del hígado, con lo cual cayó a tierra y devolvió una gran cantidad de sopas y unos cuantos nísperos, y en medio de las sopas el alma.

Hecho esto, Gimnasta se retiró, considerando que al azar no se le debe seguir hasta el fin, y que conviene a todos los caballeros tratar a la fortuna con mucha reverencia y no abusar de ella ni molestarla.

Montó en su caballo, lo arañó con las espuelas, y derecho, y seguido de Prelinguand, marchó hacia la Vauguyón.

CAPITULO XXXVI

CÓMO GARGANTÚA DEMOLIÓ EL CASTILLO DE VEDE Y CÓMO PASARON
EL VADO

UNTUALMENTE, Gimnasta contó al llegar la forma en que había encontrado a los enemigos y la estratagema de que se había servido para luchar él solo contra toda la catterva, afirmando que no eran sino malhechores, ladrones, pilletes y vagabundos, ignorantes de toda disciplina militar, y que, poniéndose en camino con un poco de cautela, les sería muy fácil ahuyentarlos como a las bestias.

Montó Gargantúa en su descomunal borrica y marchó acompañado como antes. En el camino encontró un árbol muy alto y muy grueso, comúnmente llamado el árbol de San Martín, porque había crecido de un bordón que dicho santo dejó allí, y dijo:

—He aquí lo que me faltaba. Este árbol me servirá de bastón y de lanza.

Y lo arrancó fácilmente de la tierra, lo limpió de ramas y lo dispuso a su gusto. Mientras tanto, la borrica meó para aligerar el peso de su vientre, y lo hizo en tal abundancia, que produjo un diluvio en siete leguas de terreno; toda la orina derivó hacia el vado de Vede, y tanto hizo subir el nivel del agua, que a todo el bando enemigo lo ahogó horriblemente, excepto a algunos que caminaban por la orilla izquierda.

Cuando llegaron al bosque, Eudemón avisó a Gargantúa que alrededor del castillo había tropas enemigas; al oírle, éste gritó con todos sus pulmones:

—¿Estáis ahí o no estáis? Si estáis, vais a concluir; si no, nada tengo que deciros.

Un bribonazo artillero que estaba junto a su máquina le hizo un disparo, que vino a darle fuertemente en la sien derecha; pero le hizo tanto daño como si le hubieran tirado un grano de uva.

—¿Qué es eso?—volvió a preguntar Gargantúa—. ¿Nos tiráis las uvas así? ¡La vendimia os costará cara!

Y siguió creyendo con toda certeza que el balazo había sido con una uva. Los que estaban saqueando los alrededores del castillo, al oír el ruido, acudieron todos a la fortaleza y le hicieron más de 9.025 disparos de escopeta y arcabuz, enfilados todos a su cabeza. Cuando más tiraban dijo:

—Ponócrates, amigo mío, estas moscas me agobian. Dadme un ramo de sauce para espantarlas—pensando que las balas y las piedras de la artillería eran moscas bovinas.

Ponócrates le advirtió que allí no había tales moscas, sino los disparos que hacían desde el castillo. Entonces marchó con su gran árbol, y a grandes golpes tiró al suelo torres y fortalezas, quedando aplastados y cortados en pedazos todos los que estaban allí.

Marcharon al molino, en donde encontraron todo el vado cubierto de cadáveres, hasta el extremo de que el brocal de la mesa se había obstruído. Estos cadáveres eran de los que habían perecido ahogados por el diluvio úrico de la burra. Se detuvieron a pensar cómo podrían pasar el vado con el impedimento de los cadáveres, y dijo Eudemón:

—Los que han pasado han sido los diablos para llevarse las almas de todos éstos.

A lo que Gimnasta repuso:

—Si los diablos han pasado por aquí, yo también pasaré.

—¡San Treignan—exclamó Ponócrates—, vaya una consecuencia!

Y Gimnasta, metiendo las espuelas a su caballo, sin que éste tuviera miedo de los muertos, pasó francamente a la otra orilla, pues lo había acostumbrado, según la doctrina de Elián, a no temer las almas ni los cuerpos muertos, no ya matando gente como Diomedes mató a los tracios, ni metiendo, como Ulises, a sus enemigos entre los pies de sus caballos, según cuenta Homero, sino colocándole un fantasma entre el heno y haciéndole pasar por encima de él cuando le llevaba a tomar el pienso (Nota 80).

Los demás le siguieron sin vacilar, excepto Eudemón, cuyo caballo metió la pata hasta la rodilla en la panza de un villano grande y grueso que había muerto boca arriba, y no la pudo sacar, permaneciendo así hasta que Gargantúa, con la punta de su robusto bastón, hizo caer al agua las tripas del cadáver, y el caballo levantó el pie. Y, lo que es cosa verdade-

ramente extraña en hipiatria, se le curó un sobrehueso que tenía en aquella extremidad, por la compresión que en ella hicieron las morcillas del enorme aldeano.

CAPITULO XXXVII

CÓMO GARGANTÚA, PEINÁNDOSE, SACÓ DE ENTRE SUS CABELLOS LAS BALAS DE CAÑÓN



UNA vez pasado el río, llegaron al castillo de Grandgousier, quien anhelante los esperaba. Cuando se reunieron se abrazaron con tanto entusiasmo y con tanto gozo como nunca se ha visto, porque el *supplementum supplementi chronicorum* dice que Gargame-lla murió de alegría; yo, por mi parte, nada se, y tanto me importa de ella como de otra cualquiera.

Gargantúa se aligeró de ropa, y, arreglándose la cabeza con su peine, que tenía cien varas de largo y estaba formado por colmillos de elefante enteros, hizo caer a cada golpe más de siete balas de cañón, que durante la lucha se habían enredado entre sus cabellos. Viendo esto, Grandgousier pensó que eran piojos, y le dijo:

—¿Qué es esto, querido mío? ¿Nos traes hasta aquí los coraceros de Montagú? (Nota 81). Yo no creí que hubieras estado en tal sitio.

Entonces Ponócrates respondió:

—Señor, no penséis que yo lo he llevado a ese colegio de piojería que se llama Montagú; mejor hubiera querido meterlo entre los andrajosos de San Inocente que no entre tanta crueldad y villanía, porque mucho mejor trato reciben los forzados entre los moros y los tártaros, los asesinos en sus prisiones, y muchísimo mejor los perros en vuestra casa que los desastrosos estudiantes de dicho colegio. Si yo fuera rey de París, que me lleve el diablo si no le prendía fuego y con él hacía arder al principal y a sus regentes, que cometen a la luz del día tantas inhumanidades.

Luego, tomando una de las balas, añadió:

—Estos son cañonazos que ha recibido vuestro hijo al pa-

sar por el bosque de Vede, por la traición de vuestros enemigos; pero han tenido su justa recompensa, porque han perecido todos entre las ruinas del castillo, como los filisteos a manos de Sansón y aquellos otros a quienes aplastó la torre de Siloé. Soy de opinión de que sigamos contra ellos, porque parece que la suerte nos ayuda y la ocasión tiene todos sus cabellos en la frente; cuando ha pasado, ya no la podéis agarrar, porque es calva por detrás de la cabeza, y jamás vuelve sobre sus pasos.

—Pero eso—replicó Grandgousier—no ha de ser ahora, porque quiero festejaros esta tarde y celebrar vuestra bienvenida.

Dicho esto, prepararon la comida, para la que, como extraordinario, fueron asados 16 bueyes, tres terneras, 32 terneros, 63 cabritos domésticos, 398 cochinitillos de leche, 220 perdices, 700 becadás, 400 capones de Loudonois y Cornausille, 6.000 pollos y otros tantos pichones, 600 gallinetas, 1.400 liebres y 303 avutardas. Además tuvieron 11 jabalíes que les envió el abad de Turpenay, 17 ciervos que les regaló el señor Grandmón, 140 faisanes del señor Essars, y algunas docenas de palomas zoritas, cercetas, alondras, chorlitos, zorzales, ánadas, avefrías, ocas, garzas, cigüeñas, aguiluchos, patos, pollos de la India y otros pájaros, abundantes guisados y la mar de verduras. Todo ello fué muy bien dispuesto por Frippesaulce, Hoschepot y Pilluerius, cocineros de Grandgousier; Ianot, Micquel y Verrenet sirvieron de beber en abundancia.

CAPITULO XXXVIII

GARGANTÚA SE COME SEIS PEREGRINOS EN ENSALADA



IMPÓNESE el que contemos aquí lo que les sucedió a seis peregrinos que venían de San Sebastián, más allá de Nantes, y para albergarse aquella noche, por miedo a los enemigos, se ocultaron en el jardín, debajo de los troncos, entre las coles y las lechugas.

Gargantúa se hallaba un poco irritado, y preguntó si po-

drían traerle unas lechugas para hacer ensalada. Sabiendo que allí las había mucho más hermosas que en todo el país, porque eran grandes como ciruelos y nogueras, quiso ir él mismo a buscarlas; trajo en su mano las que mejor le parecieron, y con ellas a los peregrinos, que, ocultos entre sus hojas, tenían tanto miedo, que no se atrevían ni a toser ni a hablar. Al lavarlas primero en la fuente, los peregrinos se dijeron en voz baja:

—¿Qué es esto? ¡Parece que nadamos entre estas lechugas! ¿Queréis que llamemos? Pero si gritamos nos matarán como a espías.

Como acordaron callar, Gargantúa los echó con las lechugas en una cazuela de la casa, grande como la tina de Cisteaux, y con aceite, vinagre y sal, se los comió para refrescar antes de la cena. Ya se había engullido cinco, y el sexto estaba oculto tras de una hoja, asomando únicamente su bordón; Grandgousier lo vió y dijo a Gargantúa:

—Me parece que hay ahí un cuerno de limaco; no te lo comas.

—¿Por qué?—repuso éste—. Todo es bueno.

Y cargando con todo, hasta con el bordón, se comió lindamente al peregrino. Después bebió un larguísimo trago de vino seco para que le abriera el apetito.

Los peregrinos así devorados se tendieron debajo de las encías lo mejor que pudieron, y pensaron que los habían encerrado en algún sótano. Cuando Gargantúa bebió el gran trago, procuraron nadar en su boca, porque el torrente de vino los arrastraba hasta la boca del estómago, y saltando con sus bordones como hacen los Miquelots (Nota 82), se pusieron en salvo metiéndose entre sus dientes; pero, por desgracia, uno de ellos, tanteando el terreno para ver si estaban seguros, golpeó rudamente con su palo en el hueco de una muela cariada, hiriéndole el nervio de la mandíbula, con lo que ocasionó a Gargantúa fortísimo dolor y comenzó a gritar rabiosamente. Para buscar algún alivio hizose traer su limpiadientes, y, escarbándose con el grueso nogal, sacó de su boca a los señores peregrinos.

A uno lo atrapó por las piernas, a otro por las espaldas, a otro por la alforja, a otro por la bolsa, a otro por los pies, y al que lo había herido lo agarró por la bragueta; por cierto

que le hizo un gran favor, pues le reventó un bubón chancroso que le martirizaba desde que pasaron por Ancenys. Los peregrinos salieron al trote largo, y el dolor desapareció.

En aquel momento, Eudemón le llamó a cenar, pues todo estaba ya dispuesto.

—Voy antes—dijo—a mear mis malos humores.

Y meó tan copiosamente, que la orina alcanzó a los peregrinos, y se vieron obligados a refugiarse en el bosque; pero allí cayeron todos, excepto Fournillier, en una trampa que habían hecho para cazar lobos, de la que pudieron escapar gracias a la industria del que se había salvado, que rompió todos los lazos y cuerdas. Salieron y pudieron acabar de pasar la noche en una casa cerca de Couldray.

Allí se consolaron de sus desgracias con las buenas palabras de uno de ellos, llamado Lasdaller, quien demostró que esta aventura había sido profetizada por David, salmo... *Cum exurgerent homines in nos forte vivos deglutissent nos*: cuando nosotros fuimos comidos con aquella ensalada con tanta sal. *Cum irasceretur furor eorum in nos, forsitam aqua absorbuisset nos*: cuando él bebió su gran trago. *Torrentem pertransivit ánima nostra*: cuando pasamos la gran riada.

Forsitem pertransisset ánima nostra aquam intolerabilem: de su orina, que estuvo a punto de ahogarnos en el camino. *Benedictus Dominus qui non dedit nos in captionem dentibus eorum. Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo vennatum*: cuando caímos en la trampa. *Laqueus contritus est per Fournillier et nos liberati sumus. Adjutorium nostrum, etc.* (Nota 83).

CAPITULO XXXIX

CÓMO FUÉ EL MONJE FESTEJADO POR GARGANTÚA Y LA GRATA
CONVERSACIÓN QUE DE SOBREMESA TUVIERON

SENTADOS a la mesa, empezaron a servir los platos, y Grandgousier comenzó a contar el origen y la marcha de la guerra que sostenía con Picrochole; llegó a punto de narrar cómo el hermano Juan de los Entomeures había triunfado en la defensa del claustro de la Abadía, y colocó su proeza por encima de las de Camilo, Escipión, Pompeyo, César y Themistocles.

Gargantúa dispuso que al punto se le llamara para consultar con él lo que debían hacer. Se ofreció a buscarlo el mayordomo y lo guió gozoso con su palo de la cruz a la presencia de Grandgousier y a caballo en la mula que éste le enviara. Cuando lo vió le hizo mil caricias y le dió mil abrazos y parabienes.

—¡Ay, hermano Juan! ¡Amigo mío! ¡Hermano Juan, mi gran amigo! ¡Hermano Juan, por vida del diablo, abrázame, apriétame el cuello, cojonazos, que te desriñone a fuerza de abrazarte! ¡Valeroso hermano Juan, no hay hombre más gracioso ni más cortesano que tú!

—¡A ver!—dijo Gargantúa—, un escabel aquí, a mi lado.

—Lo acepto—repuso el monje—puesto que así lo mandáis. Agua, paje, agua para refrescarme la boca, para gargarizar.

—*Depositata capa*—intervino Gimnasta—; colguemos ese escapulario.

—No, no, por Dios—protestó el monje—, mi gentilhombre; hay un capítulo en mi Orden, *in statutis ordinis*, que lo prohíbe.

—¡Mierda!—exclamó Gimnasta—. ¡Mierda para vuestro capítulo! Ese escapulario os rompe las espaldas; tiradlo al suelo.

—Dejádmelo, amigo mío, porque con él bebo mejor; me lleno el cuerpo de júbilo, y si lo deajo harán con él los pajes escarapelas, como me sucedió una vez en Coulaines. Ahora no

tengo apetito; pero si con él puesto me siento a la mesa, beberé por Dios, por ti y por tu caballo, y a todo esto, que Dios libre de mal a la compañía.

Yo ya he cenado, pero por esto no comeré un punto menos; tengo el estómago cubierto de tachuelas como las botas de San Benito y siempre abierto como la bolsa de un abogado.

—De los pescados, la tenca; de las perdices, las alas; de las beatas, los muslos (Nota 84). ¿No es ridículo morir cuando todavía se endereza el miembro viril? A nuestro prior le gusta con exceso lo blanco de los capones.

—En eso—intervino Gimnasta—no se parece a los zorros, porque de los capones, pollos y gallinas que cogen, jamás se comen lo blanco.

—¿Por qué?

—Porque no tienen cocineros que se los tuesten, y si no están bien asados, permanecen rojos y no se ponen blancos. El rojo en las carnes es indicio de que no están bien asadas o cocidas, excepto a las langostas y cangrejos, que los cardenaliza el fuego.

—¡Gran Dios! Entoces, Bayard, el enfermero de nuestra abadía, no tiene aún bien cocida la cabeza, porque tiene los ojos encarnados como escudillas de aliso... Este muslo de liebre es cosa buena para los gotosos (Nota 85). Y, a propósito, ¿por qué están siempre frescos los muslos de una dama?

—Ese problema—dijo Gargantúa—no está en Aristóteles, ni en Alejandro Afrodisio, ni en Plutarco.

—Por tres causas—explicó el monje—, en virtud de las cuales puede un lugar estar fresco siempre: *primo*, porque el agua lo recorre de arriba abajo; *secundo*, porque es un lugar sombrío, obscuro y tenebroso, en el cual no entra el sol ni la luz, y *tertio*, porque está continuamente recibiendo vientos del culo, de la camisa y con frecuencia de la bragueta. He dicho.

—¡Paje! ¡Bebida! ¡Crac, crac, crac! ¡Qué bueno es Dios, que nos da este vino tan rico! ¡Voto a Dios, que si yo hubiera vivido en tiempos de Jesucristo, habría evitado que los judíos lo prendieran en el huerto! El diablo me lleve si no les hubiera cortado las garras a los señores apóstoles, que huyeron tan cobardemente después de haber cenado bien, dejando a su buen Maestro en peligro. ¡Mal veneno para los hombres que huyen cuando llega la hora de sacar los cuchillos! ¡Por qué

no habré sido yo rey de Francia hace ochenta o cien años! ¡Qué bien hubiera metido en calzas prietas a los fugitivos de Pavía! ¡La fiebre cuartana! ¡Por qué no morirían antes que abandonar al buen príncipe! ¿No es mejor y más honrado morir virtuosamente batallando que vivir huyendo villanamente?

Ya no comeremos más ocas este año. ¡Ay, amigo mío! Dame de ese cochinito. ¡Diablo! ¿No hay más mosto? *Germi-nabit radix Iesse*. Yo entrego mi vida. Muero de sed. Este vino no es de los peores. ¿Qué vino bebíais en París? ¡Que me lleve el diablo si no tengo al año más de seis meses mi bodega abierta para todos los que vengan! ¿Conocéis al hermano Claudio de los altos Barroys? ¡Oh, qué buen compañero es! ¿Pero qué mosca le habrá picado? No hace más que estudiar desde yo no sé cuándo. Yo, por mi parte, nunca estudio. En nuestra abadía nunca estudiamos por miedo a los zumbidos de oídos. Nuestro fiel abad dijo que es cosa monstruosa ver a un monje sabio. Por Dios, señor, amigo mío, *magis magnos clericos non sunt magis magnos sapientes*.

Jamás habéis visto tanta liebre como hay allí este año. Nunca he podido cazar un buitre ni un alcotán. El señor de la Belloniere me había prometido un alcotán; pero después me ha escrito que le ha salido pelón (Nota 86). Las perdices este año nos comerán las orejas. No me gusta cazar con red porque me enredo en ella. Si no corro ni salto, no estoy en mis cabales. Saltando a las hayas y a los robles, a mi escapulario se le cae el pelo. He encontrado un gran lebrel. Me doy al diablo si se le escapa una liebre. Un lacayo amenazó al señor de Maulevier, y yo lo destrocé. ¿Hice mal?

—No, hermano Juan, de ningún modo—dijo Gimnasta.

—Duro contra esos diablos mientras vivan. ¡Por el corazón de Dios, que me proporciona gran placer el ponerles los cuernos!

—¡Cuánto juráis!—objetó Ponócrates.

—No lo hago más que para adornar mi lenguaje; son éstos floreos y colores de la retórica ciceroniana.

CAPITULO XL

POR QUÉ LOS MONJES HAN HUÍDO DEL MUNDO Y POR QUÉ UNOS TIENEN LA NARIZ MÁS GRANDE QUE OTROS



BIEN en cuidado me pone—dijo Eudemón—, a fe de cristiano, el considerar la sabiduría de este fraile, que aquí nos ha deslumbrado a todos. ¿Por qué se rechaza a los monjes de todas las buenas compañías, llamándolos turbafiestas, como las abejas rechazan a los moscones de alrededor de sus panales? *Ignanum fucos pecus*—escribió Marón—*a presepiibus arcent.*

Y contestó Gargantúa:

—La verdad es que el escapulario y la cogulla atraen los oprobios, injurias y maldiciones, como el viento llamado Cacias atrae las nubes. La razón de esto se encuentra en que comen la mierda del mundo, es decir, los pecados, y como a tragamierdas, se les encierra en los retretes, que son los conventos y abadías, separados de la cortesía, como los retretes de las casas.

Si sabéis por qué los ratones se ven siempre perseguidos a muerte, os explicaréis el que los frailes sean siempre rechazados por viejos y jóvenes; el ratón no guarda la casa como el perro, no tira del arado como el buey, no produce leche ni lana como la oveja, no lleva carga como el caballo; no hace más que robar, destruir y devastar, y por esto se le recibe con persecuciones y apaleamientos.

Asimismo, un fraile—y hablo de los frailes ociosos—no trabaja como el campesino, no guarda el país como el soldado, no combate las enfermedades como el médico, no predica ni educa al mundo como el buen doctor evangélico y el pedagogo, no proporciona las comodidades ni las cosas necesarias a la República como el mercader. Esta es la causa de que todos huyan de él y todos le aborrezcan.

—Ten en cuenta—interrumpió Grandgousier—que ruegan a Dios por nosotros.

—Nada menos que eso—replicó vivamente Gargantúa—.

Verdad es que molestan a todo el vecindario repicando continuamente sus campanas.

—¡Ah!—exclamó el monje—. Una misa, unos maitines, unas vísperas que se han repicado bien están ya medio dichos.

—Ellos—prosiguió Gargantúa—rezan muchas leyendas y salmos que no entienden. Ensartan gran número de Padre-nuestros entremezclados de Avemarías, sin pensar en lo que hacen, y a esto le llamo yo engañar a Dios, no rezar. Así les ayude Dios como ruegan por nosotros, y no por sus migas y sus sopas grasientas. Sólo los verdaderos cristianos de todos los Estados y todos los lugares y en todo tiempo ruegan a Dios; el Espíritu Santo intercede y ruega también por ellos, y Dios los acoge en su gracia. No he querido aludir a nuestro buen hermano Juan, que, aunque vive bajo sus hábitos como todos, no es santurrón ni antipático, sino discreto, alegre, avisado y buen compañero. Trabaja, se afana, protege a los oprimidos, socorre a los menesterosos y guarda la abadía.

—Hago mucho más que eso: en acabando los maitines y aniversarios, con el jarro al lado, tuerzo cuerdas de ballestas, hago flechas y billardas y redes de cazar conejos; jamás estoy ocioso. Pero... bebamos, bebamos. ¡Venga mosto! Estas son castañas del monte de Estrocs; con el vino nuevo, la mejor compostura para los pies. Vosotros no estáis todavía amostillados. Por Cristo, que yo bebo a todo gaznate, como el caballo de un promotor.

—Hermano Juan—dijo Gimnasta—, comeos esa cereza que os cuelga de la nariz; no, no. *¿Quare? ¿Quia?* ¡Oh, el agua!

Puede salir bien; de que entre no hay cuidado, que con fuertes pámpanos estoy pertrechado.

¡Ay, querido amigo! Quien llevara botas de invierno, de cuero muy fuerte, difícilmente podría pescar ostras; porque unas botas así jamás toman agua.

—¿Por qué—preguntó Gargantúa—tiene tan hermosa nariz el hermano Juan?

—Dios lo ha querido así—replicó Grandgousier—; porque nos hace según su divino arbitrio, como el alfarero sus cazuelas.

—No—añadió Ponócrates—; es porque llegó de los prime-

ros al reparto de narices, y pudo tomar la más hermosa y la más grande.

—Tampoco aciertas—concluyó el monje—. Según la verdadera filosofía monástica, es porque mi nodriza tenía las tetas gordas y blandas, y al mamar las hundía allí como en manteca, y así se expansionaban y crecían como la pasta en la amasadera. Las tetas duras de las nodrizas hacen los niños chatos. Pero, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, *ad formam nasi, cognoscitur ad te levavi*. Yo no como confituras. ¡Paje! ¡Bebida! ¡Vengan también tostones!

CAPITULO XLI

CÓMO EL MONJE HIZO DORMIR A GARGANTÚA Y DE LAS HORAS DE SU BREVIARIO



TERMINADA la cena, hablaron del negocio pendiente, y se acordó que alrededor de la media noche saldrían de escaramuza para ver en qué se ocupaba el enemigo, y hasta la hora convenida reposarían un poco para estar mejor dispuestos.

Gargantúa estaba tan impaciente, que no podía conciliar el sueño, y el fraile le dijo:

—Yo no duermo a mi gusto sino cuando estoy en un sermón o cuando me pongo a orar. Recemos los dos los siete salmos, para ver si con ellos nos quedamos dormidos.

La proposición fué del agrado de Gargantúa, y comenzaron el primer salmo; al llegar al párrafo *beati quorum* se durmieron uno y otro; pero el monje, como estaba acostumbrado a los maitines claustrales, no dejó de despertar a media noche.

Ya levantado, despertó a los demás, cantando a todo pulmón:

¡Oh, Renault, levántate y vela!
¡Oh, Renault, levántate! (Nota 87).

Cuando todos estuvieron de pie, dijo:

—Señores, sabido es que se empiezan las mañanas tosien-
do y las cenas bebiendo; procedamos a contrapelo, comen-
zando nuestra mañana por beber, y a la hora de la cena ya
toseremos a cual mejor.

—¿Cómo?—preguntó Gargantúa—. ¿Beber así al despertar?
Esto no está admitido por la Medicina. Es preciso antes lim-
piar el cuerpo de residuos y excrementos.

—Bien medicinado—repuso el monje—; pero cien mil dia-
blos me salten en el estómago si no hay más borrachos viejos
que viejos médicos. Yo tengo tan bien enseñado a mi apetito,
que se acuesta conmigo y conmigo se levanta y me acompaña
todo el día; limpiaos como queráis, que yo me vuelvo a mi
acompañante.

—¿Qué acompañante tenéis?

—Mi breviario; porque así como los halconeros, mientras
pastan sus pájaros, a veces les hacen traer algún muslo de
gallina para limpiarse de flemas y abrirse el apetito, del mis-
mo modo yo, con mi breviario, me curo muy bien el estómago
y me preparo a beber.

—¿A qué usanza decís vuestras horas?

—A la de Fecan (Nota 88): tres salmos, tres lecciones o lo
que quiero; no me gusta sujetarme a las horas: las horas se
han hecho para el hombre, y no el hombre para las horas, y
así yo hago con las mías lo que con los estribos: las acorto o
las alargo, como mejor me parece.

Brevis oratio penetrat cœlos

Longa potatio evacuat seyphos (Nota 89).

Pero, venite adpotemus.

Después prepararon grandes tostadas de manteca y sucu-
lentas sopas *de prima* (Nota 90), y el monje bebió a su gusto;
unos le acompañaron y otros no. Después comenzaron a ar-
marse y pertrecharse, haciéndolo también con el fraile, con-
tra su voluntad, pues no quería más armas que su escapula-
rio delante de su estómago y su palo de la cruz en la mano;
fué, sin embargo, cubierto de acero de pies a cabeza, montado
sobre un buen corcel de la tierra y provisto de una espada
corta y ancha.

Con él marcharon Gargantúa, Ponócrates, Gimnasta, Eu-

demón y veinticinco de los más valientes soldados de Grandgousier, todos muy bien armados, lanza en ristre y montados, como San Jorge, cada uno con un arcabucero a la grupa.

CAPITULO XLII

CÓMO EL MONJE INFUNDIÓ VALOR A SUS COMPAÑEROS Y CÓMO SE COLGÓ DE UN ÁRBOL



EN ninguna precaución van los nobles campeones a sus aventuras, bien ajenos de pararse a pensar qué encuentro han de provocar y de cuál han de guardarse cuando llegue la hora de la terrible batalla. El fraile les infunde valor, gritando:

—¡Hijos míos! No tengáis temores ni dudas; yo os guío seguramente. Dios y San Benito vienen con nosotros. Si yo tuviera tanta fuerza como valor, yo solo los desplumaba como a los patos. No temo a nada más que a la artillería; pero sé una oración que nos ha enseñado el subsecretario de nuestro convento, que preserva contra todas las bocas de fuego; pero no me servirá para nada porque no tengo fe. Sin embargo, mi palo de la cruz hará diablos, y los emplearé también contra aquellos de vosotros que huyan. Que me lleven los demonios si no he de hacerle monje en mi puesto y encabestrarlo con mi escapulario. Es el mejor médico para la cobardía de las gentes.

¿No habéis oído hablar del lebrél del señor de Meurles, que no ladrará más por estos campos? Pues este mismo le colgó un escapulario en el cuello; por el corazón de Dios que no se le escapaba liebre ni zorro y corría a todos los perros del país; pero para en adelante ya está curado de *frigidis et malefiatis*.

Cuando el monje decía colérico estas palabras, pasó por debajo de un nogal junto a la Saucera, y en una de sus ramas se enganchó la visera de su yelmo; metió las espuelas a su caballo, y como para desenredarse había soltado la brida de

la mano y se había cogido al árbol, el caballo siguió corriendo y él quedó colgado, clamando a lo vivo y a lo muerto y protestando de traición.

Eudemón fué el primero que lo vió, y, llamando a Gargantúa, le dijo:

—¡Ciro! ¡Venid y veréis a Absalón colgado!

Cuando llegó Gargantúa y vió la situación del fraile y la forma en que pendía, contestó a Eudemón:

—Le habéis comparado mal, porque Absalón se colgó de los cabellos; pero el monje, rapado como está, se ha colgado de las orejas.

—¡Ayudadme, por todos los diablos!—gritaba el monje—. ¿Es éste momento de burlas? Os parecéis a los predicadores decretalistas cuando dicen que el que vea a otro en peligro de muerte debe, bajo pena de excomunió*n*, *trifulce* (Nota 91), amonestarle a confesarse y ponerse en estado de gracia antes que ayudarle. Como yo los viera en el río o colgados de este nogal, en lugar de socorrerlos y darles la mano, les haría un hermoso y largo sermón de *contempto mundi et fuga sæculi*, y cuando ya estuvieran a punto de morir, acudiría a absolverlos.

—No te quejes, querido—dijo Gimnasta—, que ya voy a descolgarte, puesto que eres un gentil y agradable frailecillo:

*Monachus in claustro
non valet ova duo,
sed quando est extra
bene valet triginta* (Nota 92).

He visto colgados a más de quinientos; pero no vi ninguno que tuviera tan buena gracia; si yo la tuviera así, querría estar colgado toda mi vida.

—¿Habéis predicado bastante? Ayudadme, por Dios, ya que por todos los diablos no queréis hacerlo. Por el hábito que llevo, que de ello os arrepentiréis: *tempore et loco prelibatis*.

Bajó Gimnasta de su caballo, y subiendo al nogal, con una mano levantó al monje por la garganta, y con la otra le desenredó la visera y bajaron los dos. El fraile entonces se desnudó de su arnés, y pieza por pieza lo fué tirando por el

campo. Después requirió su garrote, montó en su caballo, que Eudemón había logrado atajar, y, contentos ya todos, tomaron el camino de la Saucera.

CAPITULO XLIII

GARGANTÚA ENCUENTRA LAS AVANZADAS DE PICROCHOLE, MATA EL MONJE AL CAPITÁN TIRAVANT Y CAE PRISIONERO DE LOS ENEMIGOS



PICROCHOLE, al oír la relación de la derrota, en la que Tripet fué destripado, tuvo un gran ataque de ira, que aumentó al saber que los suyos habían sido acometidos por los diablos. Pasó en Consejo toda la noche; Hastiveau y Toucquedillón afirmaron que su poder era tal que bien podían desafiar a todos los diablos y derrotarlos si vinieran. Picrochole no lo creyó del todo y comenzó a tomar precauciones.

Dirigidos por el conde Tiravant, para que reconocieran el país, envió mil seiscientos caballeros como avanzada, montados en ligeros corceles, bien «aspergeados» de agua bendita, y con una estola cada uno por corbata para que si encontraban a los diablos, tanto por virtud del agua Gregoriana como de las estolas, les hicieran huír y desvanecerse.

Corrieron hasta los alrededores de Vauguyón y Maladerye; pero no encontraron ni personas con quienes hablar; se dirigieron hacia abajo, y en la casa y tugurio pastoral de Couldray encontraron a cinco de los seis peregrinos y los apalearon y ataron como si fueran espías, no obstante sus exclamaciones, juramentos y protestas.

Bajando hacia Sevilé, fueron vistos por Gargantúa, quien dijo a sus gentes:

—Compañeros, aquí hay encuentro, y vienen en número diez veces mayor que el nuestro. ¿Les acometeremos?

—¿Qué diablos hemos de hacer sino acometerles?—exclamó el monje—. ¿Contáis los hombres por el número o por el valor o la destreza? ¡Peleemos, diablos, peleemos!

Oyeron esto los enemigos y pensaron que, efectivamente, eran diablos, con lo que comenzaron a huír a rienda suelta

todos, excepto Tiravant, que puso su lanza en ristre y cayó sobre el monje, hiriéndole en medio del pecho; pero al tropezar con el escapulario horrorífico se dobló el hierro como una velita de cera oprimida contra un yunque. Entonces el fraile, con su palo de la cruz, le golpeó tan rudamente entre cogote y cuello, que le hizo perder todo sentido y movimiento y caer a los pies del caballo.

Al ver la estola que llevaba, dijo a Gargantúa:

—Estos no son más que presbíteros, que es el principio de los monjes; por San Juan, que como soy monje perfecto he de matarlos como moscas.

Luego salió a galope en persecución de los que huían, y, logrando encontrar a los últimos, los molió como a sal, golpeando a tuerto y derecho.

Gimnasta preguntó a Gargantúa si debían imitarle, a lo que Gargantúa contestó:

—De ninguna manera. Según la verdadera disciplina militar, no es justo ni conveniente poner al enemigo en punto de desesperación, porque entonces se multiplica su fuerza y acrece su valor, que ya estaba decaído y desfallecido. No hay mejor camino de salvación para los vencidos y abatidos que el no esperarla de ninguna parte. ¡Cuántas victorias han arrancado los vencidos de las manos de los vencedores por no haberse detenido en el punto de la verdadera razón y haberlos querido matar y destruir a todos sin dejar uno solo para que llevara la noticia! Abrid siempre a vuestros enemigos todas las puertas y caminos, y para que huyan ponedles un puente de plata.

—Así es; pero ellos tienen allí al monje.

—¿Tienen ellos al monje? Sobre mi honor, que será para su daño. Pero a fin de precavernos contra todos los azares, no vayamos más allá y esperemos aquí en silencio, porque yo creo conocer el sistema de nuestros enemigos; se guían por la suerte, no por la reflexión.

Y allí quedaron ocultos bajo las nogueras, mientras el monje perseguía y apaleaba a diestro y siniestro, sin tener compasión de nadie, hasta que encontró a un jinete que llevaba a la grupa uno de los pobres peregrinos, y cuando comenzaba contra ellos el ataque, gritó:

—¡Señor prior, amigo mío, salvadme, yo os lo ruego!

Al oír esto se volvieron todos de repente, y viendo que allí no había nadie más que el monje, y que él solo les causaba el descalabro, cayeron sobre él y le dieron más palos que lleva el borrico de un leñador; pero tenía la piel tan dura que no le hacían ningún daño, como si descargaran sobre el escapulario todos los golpes. Después encargaron de su custodia a dos arqueros; volviendo riendas, no vieron a nadie contra ellos, y pensaron que Gargantúa habría huído con su gente. Entonces volvieron hacia los nogales con gran rapidez, dejando atrás al fraile con los arqueros.

Cuando Gargantúa oyó el ruido de los caballos y los arneses dijo a los suyos:

—Compañeros, oigo a nuestros enemigos y veo algunos de ellos que vienen como locos contra nosotros; quedémonos aquí y extendámonos por líneas a lo largo del camino; de esta manera los podremos recibir como cumple a su desgracia y a nuestro honor.

CAPITULO XLIV

CÓMO EL MONJE SE DESPRENDIÓ DE SUS GUARDAS Y CÓMO LA AVANZADA DE PICROCHOLE FUÉ DESHECHA



El monje, al verlos marchar así, en desorden, conjeturó que iban a cargar sobre Gargantúa y los suyos, y se condolió amargamente de no poderlos socorrer. Al mismo tiempo admiró la continencia de los dos arqueros, que de buena gana hubieran ido con la tropa para pescar algo como botín, y miraban recelosos el valle por donde con él descendían. Después, silogizando, se dijo:

—Estas gentes no están ejercitadas en hechos de armas, porque nada me han preguntado, ni siquiera se han detenido a quitarme la espada.

De pronto tiró de ella, hiriendo al arquero que iba a su derecha; le cortó enteramente la yugular, el esófago y las dos glándulas. En otro golpe le abrió la medula espinal, entre la segunda y tercera vértebra, y cayó al suelo muerto. Volviendo el caballo a la izquierda, se fué contra el otro, que, viendo

muerto a su compañero, y comprendido su peligro, comenzó a gritar:

—¡Señor prior! ¡Yo me entrego! ¡Señor prior, amigo mío, señor prior!

El monje le contestaba en el mismo tono:

—¡Señor posterior, amigo mío, señor posterior, llegó vuestra hora postrera!

El arquero seguía gimoteando:

—¡Ay, señor prior, querido mío, que Dios os haga abad!

—Por el hábito que llevo, he de haceros cardenal. ¿Os gustan las gentes de iglesia? Pues por mi mano tendréis ahora mismo un sombrero rojo.

—¡Señor prior, señor prior, señor abad futuro, señor cardenal, señor todo! ¡Ay, señor prior, buen señor prior, querido señor prior, me rindo, me rindo!

—Y yo te rindo a todos los diablos.

Entonces, de un golpe, le tajó la cabeza por entre los dos temporales, partiéndole por medio el cerebro y el cerebelo, que se abrieron, cayendo como un bonete doctoral, negro por abajo y rojo por arriba, con lo cual cayó en tierra muerto también.

Hecho esto, picó de espuelas a su caballo y siguió las huellas de los enemigos, los cuales habían encontrado a Gargantúa y sus compañeros en el camino. Tanto habían disminuído en su número por las bajas que les habían causado Gargantúa con su árbol, Gimnasta, Ponócrates, Eudemón y los otros, que comenzaban a retirarse con presteza, espantados y perturbados de sentido y entendimiento, como si vieran en su propia especie y forma a la muerte delante de sus ojos. Así como habréis visto a un burro que cuando tiene en el culo un tábano junónico (Nota 93) o una mosca que le pica corre acá y allá sin ruta ni camino, tirando por tierra su carga, rompiendo el freno y la cincha, sin pararse a respirar y sin saber lo que le pasa porque no ve a quien le hace daño, así huyen esas gentes faltas de sentido, sin saber la causa de su fuga, pues tan sólo les persigue el terror pánico que han concebido ante las armas.

Viendo el monje que todo su pensamiento lo tenía en los pies, bajó de su caballo y subió sobre una piedra que había en medio del camino, y con su espada de plano, sin hender ni

cortar, siguió golpeando a los fugitivos, tanto, que el acero se le partió por medio.

Entonces pensó en sí mismo, pues estaba molido y quebrantado, y consideró que el resto debía vivir para llevar las noticias. Cogió el hacha de uno de los muertos y se sentó sobre una piedra para ver pasar, tropezando con los cadáveres, a sus enemigos, a quienes les hacía rendir sus picas, espadas, lanzas y arcabuces; cuando llegaron los que llevaban atados a los peregrinos, los puso a pie y les dió los caballos a los pobres hombres, reteniéndolos consigo provisionalmente. A Toucquedillón lo hizo prisionero.

CAPITULO XLV

CÓMO TRATÓ EL MONJE A LOS PEREGRINOS, Y LAS BUENAS PALABRAS QUE LE DIJO GRANDGOUSIER



UNA vez terminada la aventura, se retiró Gargantúa con sus gentes, excepto el monje, y al despuntar el día se volvieron a casa de Grandgousier, quien en su lecho rogaba a Dios por la salud y la victoria. Viéndolos a todos sanos y salvos, los abrazó cordialmente y les pidió noticias del fraile. Gargantúa le contestó que sin duda lo tenían sus enemigos.

—No tendrán nada bueno—replicó Grandgousier—, porque para estos casos es la frase «regalar el monje a alguno».

En seguida dispuso que se les preparara un gran almuerzo para reconfortarlos. Cuando estaba todo dispuesto llamaron a Gargantúa; pero éste, apenado por la desaparición de su amigo, no quiso beber ni comer.

En esto llegó, y desde la puerta del patio comenzó a gritar:

—¡Vino fresco! ¡Gimnasta, amigo mío, vino fresco!

Salió Gimnasta y vió al hermano Juan, que consigo traía los cinco peregrinos y a Toucquedillón prisioneros; avisado Gargantúa, salió y le hizo el mejor recibimiento imaginable. Guiado a la presencia de Grandgousier, éste le preguntó lo sucedido, y el monje lo contó todo: cómo le hicieron prisionero,

cómo se deshizo de los arqueros, su nueva lucha en el camino. su descubrimiento de los peregrinos y la prisión del capitán.

Después se pusieron todos a banquetear alegremente. Grandgousier preguntó a los peregrinos de qué país eran, de dónde venían y adónde iban. Lasdaller contestó por todos:

—Señor, yo soy de San Genou de Berry; éste, de Paluau; este otro, de Onzay; aquél, de Argy, y aquel otro, de Villebrenin. Veníamos de San Sebastián, más allá de Nantes, en pequeñas jornadas.

—¿Qué ibais a hacer en San Sebastián?

—Ibamos a ofrecerle nuestros votos contra la peste.

—¡Oh, pobres gentes! ¿Pensáis que la peste viene de San Sebastián?

—Verdaderamente, nuestros predicadores lo afirman.

—¿De manera que los falsos profetas os dicen tal despropósito? ¿Blasfeman de este modo contra los justos y los santos hasta hacerlos iguales a los diablos, que son los que traen el mal a los hombres? Así como Homero escribió que la peste fué enviada por Apolo a la armada de los griegos, y los poetas fingen un gran pozo de divinidades malhechoras, así predicó un hipócrita en Sinays que San Antonio manda el fuego a las piernas, San Eutropio hace los hidrónicos, San Gildas los locos, San Genou los gotosos. Yo los castigaría tan ejemplarmente, aunque me llamasen herético, que después ningún hipócrita habría de entrar en mis tierras. Me asombra que vuestro rey deje predicar en su reino tales escándalos; porque estas cosas son más punibles que los hechos de aquellos que por arte mágico o por cualquier otro expediente introdujeron la peste en el país; porque la peste no mata más que el cuerpo, y los impostores envenenan las almas.

En este punto entró el monje, muy determinado, y les preguntó:

—¿De dónde sois, desgraciados?

—De San Genou—dijo uno de ellos.

—¿Cómo marcha el abad Tranchelion, el gran bebedor? ¿Y los monjes, están gordos? ¡Corazón de Dios! ¡Bien se apañarán con vuestras mujeres mientras vais de romería!

—Yo por la mía—dijo Lasdaller—no tengo cuidado. El que la vea de día no se romperá la cabeza por visitarla de noche.

—Este es un zorro. Podrá ser tan fea y tan arisca como

Proserpina; pero caerá, puesto que hay monjes alrededor; porque un buen artífice hace todas las piezas. Que me entregálico si no las encontráis embarazadas a vuestro regreso. Sólo la sombra del campanario de una abadía las fecunda.

—Entonces—dijo Gargantúa—es como el agua del Nilo en Egipto, si hemos de creer a Strabón y Plinio, lib. VII, cap. III.

—¡Idos! ¡Idos, pobres gentes!—intervino Grandgousier—. En nombre del Dios Creador, que os tenga en guarda perpetua. Para en lo sucesivo, no os entreguéis a estos ociosos e inútiles viajes. Atended a vuestras familias, trabajad cada uno en vuestro oficio, educad a vuestros hijos y vivid como os manda el Apóstol San Pablo... Si así lo hacéis, tendréis con vosotros la ayuda de Dios, de los ángeles y de los santos, y no habrá peste ni mal que os haga daño.

Después, Gargantúa los condujo al comedor para que almorzaran, pero ellos no hacían más que suspirar, y le dijeron:

—¡Qué feliz es el país que tiene por señor un hombre así! Más nos hemos instruído y educado en esta conversación que con él hemos sostenido, que en todos los sermones que nos han predicado en nuestro pueblo.

—Eso mismo—les contestó Gargantúa—es lo que dice Platón, libro *V de repub.*: «Las repúblicas no serán felices hasta que los reyes filosofen o los filósofos reinen.»

Después les hizo llenar sus alforjas de víveres y sus botellas de vino, y les dió un caballo a cada uno para que hicieran su camino, y algunos *carolus* para que bebieran.

CAPITULO XLVI

CÓMO GRANDGOUSIER TRATÓ HUMANAMENTE A SU PRISIONERO
TOUCQUEDILLÓN

LEVADO Toucquedillón a presencia de Grandgousier, éste le preguntó sobre la empresa y asunto de Picrochole y el fin que pretendía con tan tumultuaria batáhola. El prisionero contestó que su propósito era conquistar, si podía, todo el país por la injuria hecha a sus pasteleros.

—Eso—replicó Grandgousier—es pretender mucho, y quien mucho abarca poco aprieta. El tiempo no es de conquistar reinos, y mucho menos en los dominios de su cristiano aliado y amigo; esta imitación de los antiguos Hércules, Alejandro, Aníbales, Escipiones y Césares es contraria a las prescripciones del Evangelio, que nos recomiendan guardar, regir, salvar y administrar cada uno sus tierras y no invadir hostilmente las de los demás. Eso que los mencionados sarracenos y bárbaros llamaban proezas, debemos nosotros llamar bandidajes y maldades. Mejor hubiera hecho en sostenerse en su casa gobernándola lealmente, que en insultar la mía y saquearla, porque gobernándola bien la hubiera aumentado, y por saquear la mía será destruído.

Idos en nombre de Dios; servid las buenas causas; señalad a vuestro rey los errores que conozcáis, y jamás le pongáis en riesgo por vuestro provecho personal, porque con lo común se pierde también lo propio.

Lo que importa vuestro rescate os lo regalo enteramente; os devolveré, además, vuestras armas y vuestro caballo, porque así se debe hacer entre vecinos y amigos, visto que ningún motivo hay para la guerra que sostenemos, que hablando con propiedad no debe llamarse guerra. Platón decía que cuando los griegos levantaban sus armas unos contra otros no eran guerras, sino sediciones lo que sostenían. Puesto que así, por desgracia, sucede entre nosotros, conviene que se use de toda moderación. Si la llamáis guerra, no es más que super-

ficial, porque no sale del profundo gabinete de nuestro corazón.

Ninguno de nosotros ha sido ultrajado en su honor, y, en suma, sólo se trata de rehabilitar cualquier falta cometida por nuestras gentes, es decir, por las vuestras y las nuestras, que puesto que las conocéis debíais dejarla a un lado: los que-rellantes están más obligados a contener que a impulsar, mucho más ofreciendo satisfacciones excesivas, como yo las he ofrecido.

Dios será justo apreciador de vuestra diferencia y le suplico me quite la vida y mis bienes antes de que por mí o los míos seáis ofendidos.

Dichas estas palabras llamó al monje, y delante de todos le preguntó:

—Hermano Juan, mi buen amigo, ¿sois vos quien ha preso al capitán Toucquedillón, aquí presente?

—*Ciro*, presente está; tiene discreción y edad y prefiero que lo sepáis por su confesión a que lo sepáis por mi palabra.

—Entonces—dijo Toucquedillón—, señor, es él en verdad quien me hizo prisionero y a él me rindo francamente.

—¿Lo habéis puesto a rescate?—volvió a preguntar Grandgousier.

—De eso—contestó el monje—no me cuido.

—¿Cuánto queréis?

—Nada, nada; eso ya no me importa.

Entonces mandó Grandgousier que, a presencia del prisionero, se contaran 62.000 *saluts* de oro, y se entregaran al monje como indemnización; después preguntó a Toucquedillón si quería permanecer a su lado o regresar junto a su rey; éste contestó:

—Tomaré el partido que me aconsejéis.

Y Grandgousier lo mandó para que volviera con los suyos, y le deseó que Dios les acompañara a todos.

Después le regaló una hermosa espada de Viena con la vaina de oro, adornada con preciosas viñetas de orfebrería, y un collar que pesaba 702.000 marcos, de oro también, guarnecido de piedras finas y estimado en 160.000 ducados. Además le entregó en dinero 10.000 escudos.

Toucquedillón montó en su caballo. Gargantúa, para que fuera seguro, le rodeó de 30 hombres armados y 120 arque-

ros, al mando de Gimnasta, que le acompañaran hasta las puertas de la Roche Clermauld, si allí quería ir.

Cuando el prisionero partió, el monje devolvió a Grandgousier el dinero que había recibido, diciéndole:

—*Ciro*, todavía no es hora de que hagáis estos dones. Esperad al fin de la guerra, porque no se sabe qué azares podrán sobrevenir. La guerra hecha sin buena provisión de plata, no es más que un bostezo de vendimiador. El nervio de las batallas es el dinero.

—Entonces—concluyó Grandgousier—, al final os daré la merecida recompensa, a vos y a todos los que me hayan servido bien.

CAPITULO XLVII

CÓMO GRANDGOUSIER MANDÓ REUNIR SUS LEGIONES Y CÓMO TOUCQUEDILLÓN MATÓ A HASTIVEAU Y DESPUÉS FUÉ MUERTO POR DISPOSICIÓN DE PICROCHOLE



MANDARON aquellos mismos días, los de Besse, Marché, Saint Jacques de Traineau Parillé, Riviere, Roches de San Paoul, Vaubreton, Pautille, Brehemont, Bourder, Puente de Clain, Cravant, Grandmont, Villaumere, Huymes, Sergé, Husse, Saint Lovant, Panzoust, Coldreaux, Verron, Coulaines, Chosse, Verennes, Bourgueil, Isla de Bouchard, Croullay, Narsay, Caude, Montzoreau y otras villas vecinas, embajadas a Grandgousier para decirle que estaban enterados de todas las demasías de Picrochole, y en atención a sus alianzas le ofrecían todo su poder, soldados, dinero y municiones de guerra.

El dinero que entre todos le enviaron sumaba ciento treinta y cuatro millones y dos escudos y medio de oro.

Los soldados eran: 15.000 hombres de armas, 32.000 de caballería ligera, 89.000 arcabuceros, 140.000 aventureros (Nota 94), 11.200 cañones, dobles cañones, basiliscos y espirales y 47.000 peones; todos con los sueldos pagados y provistos de municiones para seis meses y cuatro días; Gargantúa ni aceptó ni rehusó del todo la oferta.

Agradecióselo mucho y les dijo que en aquella guerra él se las compondría de modo que no fuera necesario emplear tantos hombres de bien. Sólo dispuso que se ordenaran las legiones que tenían las plazas de Chauviny, Gravot y Quinquenay, que sumaban 2.500 hombres de armas, 66.000 infantes, 26.000 arcabuceros, 200 piezas de artillería gruesa, 22.000 peatones y 6.000 de caballería ligera, todos bien equipados, provisionados, armados y asistidos de todos los servicios de guerra; tan bien instruídos en el arte militar, tan conocedores y obedientes de sus enseñanzas, tan prontos a seguir las órdenes de sus capitanes, tan ágiles para marchar, tan fuertes para chocar, tan prudentes para las aventuras, que parecían el aparato armónico de un órgano o el mecanismo de un reloj más bien que un ejército.

Cuando llegó Toucquedillón se presentó a Picrochole y le contó todo lo que había visto y oído, aconsejando con sólidas razones que se hicieran las paces con Grandgousier, que le había demostrado ser el hombre más de bien que había nacido en el mundo, añadiendo que no era preciso ni razonable molestar así a unos vecinos de los cuales no habían recibido más que favores, y, sobre todo, que de aquella empresa no habían de obtener más que daños y desgracias, porque el poderío de Picrochole no era tan grande que Grandgousier no pudiera destruirlo a su gusto.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando Hastiveau dijo en alta voz:

—¡Qué desgraciado es el príncipe que se ve servido por gentes tan fácilmente corrompibles como Toucquedillón! Veo su valor tan cambiado, que seguramente se hubiera unido a nuestros enemigos para combatirnos y atraillarnos si le hubieran querido admitir; pero como la virtud es apreciada por todos, amigos y enemigos, la maldad es por todos conocida y sospechada, y puede ser que de ella se sirvan ahora nuestros enemigos por medio de traidores abominables.

Al oír esto Toucquedillón, impaciente, sacó su espada y atravesó a Hastiveau por un poco más abajo de la tetilla izquierda, con lo cual murió en el acto. Al verle caer dijo cólerico:

—¡Así perecen los que vituperan a los fieles servidores!

Picrochole se puso furioso, y viendo el acero ensangrentado fuera de su vaina, interrogó a Toucquedillón:

—¿Te había yo dado esa espada para matar traidoramente en mi presencia a tan buen amigo mío como lo era Hastiveau?

En seguida mandó a los arqueros que lo cortaran en pedazos, lo que hicieron tan cruelmente que la estancia llegó a encharcarse de sangre. Hizo inhumar con todos los honores el cuerpo de Hastiveau, y los pedazos de Toucquedillón se arrojaron al foso del castillo.

La noticia de estas barbaridades comenzó a circular en seguida por todo el ejército, en donde muchos comenzaron a murmurar contra Picrochole; tanto, que Grippepinault le dijo:

—Señor, yo no sé cuál será el resultado de esta guerra: no veo a la gente muy valerosa; consideran que estamos muy mal provisionados de víveres, y en dos o tres encuentros que hemos tenido perecieron muchos. Además, nuestros enemigos están recibiendo muchos refuerzos, y si de una vez nos asaltan llegará nuestra ruina total.

—¡Mierda, mierda!—dijo Picrochole—. Os parecéis a las anguilas de Melun: chilláis antes de que os desuellen. ¡Dejadlos venir, dejadlos venir!

CAPITULO XLVIII

GARGANTÚA COMBATE A PICROCHOLE FRENTE A LA ROCHE CLERMAULT Y DESHACE SU EJÉRCITO



GARGANTÚA llevaba el mando supremo de las tropas; su padre permaneció en su castillo, y al despedirlo le infundió valor con buenas palabras y prometió grandes favores a los que realizaran proezas.

Los expedicionarios ganaron el vado de Vede y con barcos y puentes diestramente contruídos pasaron rápidamente a la otra orilla. Después estudiaron la situación de la Roche, que era ventajosa por su altura, y durante la noche deliberaron acerca de lo que debían hacer, hasta que Gimnasta dijo:

—Señor: tal es la naturaleza y complexión de los franceses, que no valen más que para el primer encuentro; después ya son peores que los diablos, y si descansan, menos que mujeres. Opino que ahora mismo, en cuanto hayan respirado un poco, demos el asalto.

Así se acordó y comenzaron a preparar la gente y dotarla de todo lo necesario; el monje tomó seis batallones de infantería y doscientos hombres armados; rápidamente atravesó los cenagales y ganó una colina junto al ancho camino de Loudun.

Mientras realizaban el asalto, la gente de Picrochole no sabía si sería mejor salir a recibirlos o guardar la villa sin moverse. Por fin salió furiosamente de su casa, al mando de algunos guerreros, y fué recibido y festejado con grandes cañonazos, que venían de las alturas en donde los gargantuístas habían situado la artillería, mientras que las demás tropas estaban en el valle. Los atacados se defendían lo mejor que podían, pero sus proyectiles pasaban todos muy altos, sin herir.

Algunos que se habían salvado de los cañonazos cayeron fieramente sobre nuestros soldados, que los recibieron con bravura y los hicieron rodar por tierra; viendo esto se quisieron retirar, pero el monje les había cortado el camino, por lo cual huyeron sin orden ni concierto. Algunos quisieron darles caza, pero el fraile los retuvo advirtiéndoles que por seguir a los fugitivos podían perder sus posiciones, y enterado el enemigo caería sobre ellos con ventaja. Esperó un poco, y viendo que nadie le acometía, envió al duque Prontiste para que dijera a Gargantúa que avanzase hasta ganar la altura del lado izquierdo, para impedir por allí la retirada de Picrochole. Gargantúa lo hizo inmediatamente, enviando cuatro legiones de la división de Sebaste; pero no pudieron ganar del todo el alto, porque se encontraron en sus barbas con Picrochole y sus acompañantes.

Cargaron sobre ellos rudamente, pero rudamente también se vieron dañados por los disparos que hacían los que estaban en los muros; viéndolo así Gargantúa, corrió a socorrerlos y comenzó la artillería a disparar sobre aquel cuartel de murallas; reunióse toda la fuerza de la villa, y el monje, dejando custodiada por guardas la posición que había conquistado,

marchó hacia el fuerte con algunos de los suyos. Conocedor de que más daño y miedo causan los que provocan un conflicto que los que combaten por la fuerza, dejó atrás doscientos hombres para los azares que pudieran sobrevenirle y avanzó silenciosamente hasta que todos hubieron ganado la muralla.

Después gritó horriblemente, y los suyos le imitaron: asustados los guardas de aquella puerta, se dejaron matar sin resistencia; la puerta se abrió y corrieron con ferocidad hacia la de Oriente, en donde se estaba verificando el choque, y atacaron a la fuerza enemiga por retaguardia.

Viendo los sitiados que los gargantuístas habían entrado en la villa por todas partes, se rindieron al monje a discreción. Hízoles entregar las armas y los garrotes y los cerró en las iglesias (después de haber quitado todos los palos de las cruces), dejando guardias en las entradas para impedirles la salida.

Después, abriendo aquella puerta oriental, salió en socorro de Gargantúa; Picrochole pensó que de la villa venían refuerzos para él y se enardeció cobrando valor y fuerza, hasta que Gargantúa, conociendo lo que pasaba, comenzó a gritar: «¡Hermano Juan, amigo mío! ¡Hermano Juan! ¡Con qué oportunidad llegas!» Entonces conocieron Picrochole y los suyos que todo estaba perdido y emprendieron la fuga. Gargantúa los persiguió hasta cerca de Vaugauduy, matando y destrozando. Después mandó tocar retreta.

CAPITULO XLIX

CÓMO PICROCHOLE SE VIÓ SORPRENDIDO, HUYENDO, POR LA MALA FORTUNA, Y LO QUE HIZO GARGANTÚA DESPUÉS DE LA BATALLA



DESESPERADO, Picrochole huyó hacia la isla de Bouchard, y en el camino de Riviere su caballo cayó a tierra; indignado y desesperado, lo mató con su acero; después, no encontrando nadie que le diera otro, quiso apoderarse de un asno en el molino que cerca de allí había; pero los molineros lo molieron a palos, le destrozaron todas sus ropas y le dieron para

cubrirse un infamante casacón. Marchó de allí el pobre hombre rabioso y furibundo. Después, atravesando agua, llegó a Port Huausl y una vieja hechicera le predijo que su reino le sería devuelto a la llegada de los *gallicisnegrullas* (Nota 95). Luego nadie sabe adónde fué a parar, aunque a mí me han dicho que ahora está en Lyon y allí no es más que un insignificante ganapán, tan colérico como de costumbre. Todos los días pregunta a los extranjeros noticias acerca de la llegada de los *gallicisnegrullas*, esperando, con toda seguridad, que cuando esto suceda, según la profecía de la vieja, ha de serle devuelto su reino.

Gargantúa, mientras tanto, contó su gente y vió que eran muy pocos los que habían perecido en la batalla; tan sólo algunos de la compañía del capitán Tolmere y Ponócrates, que recibió un tiro de arcabuz en el jubón sin lamentables consecuencias. Después les hizo descansar y ordenó a los tesoreros que pagaran la comida para todos, disponiendo que nadie hiciera daños en aquella villa, puesto que era suya. En concluyendo de comer, debían presentarse todos delante del castillo y allí se les pagaría el sueldo de seis meses.

Hecho esto mandó comparecer ante su presencia en dicha plaza a todos los que allí quedaban del bando de Picrochole, y reunidos todos con sus príncipes y capitanes, les dijo lo que sigue:

CAPITULO L

EL DISCURSO QUE DIRIGIÓ GARGANTÚA A LOS VENCIDOS



NUESTROS padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados de tiempo inmemorial, han pensado siempre que las batallas consumadas por ellos tienen por mejores signos los monumentos levantados por la gracia en los corazones de los vencidos, que los levantados por la arquitectura en los territorios conquistados porque estimaban mucho más la soberanía viva, conquistada por la liberalidad, que la muda inscripción de los arcos, columnas y pirámides, sujeta a las inclemencias del tiempo y a las envidias de los hombres.

Recordaréis la mansedumbre de que usaron con los bretones en la jornada de Saint Aubin de Cormier y en la demolición de Parthenay. Habéis oído y admirado el buen trato que dispensaron a los bárbaros de Spagnola, que habían pillado, saqueado y devastado los confines marítimos de Olona y Talmondys. Todo este cielo está lleno de alabanzas y gratulaciones que vosotros mismos y vuestros padres pronunciasteis cuando Alpharbal, rey de Canarre, no contento con su fortuna, invadió furiosamente el país de Onys, ejerciendo la piratería en las islas Armóricas y regiones adyacentes. En justa batalla fué combatido, vencido y preso por mi padre, de quien Dios sea guarda y protector, y mientras los demás reyes y emperadores que se hacen llamar católicos le trataban miserablemente, duramente, lo aprisionaban y lo vejaban con extrema crueldad, él lo trató cortésmente, amablemente; lo alojó en su palacio y con bondad increíble lo envió a su país en salvoconducto, cargado de dones, cargado de gracias, cargado de presentes y testimonios de amistad.

¿Qué ocurrió con esto? Que cuando volvió a sus Estados hizo reunir en asamblea a todos los príncipes de su reino, les expuso la humanidad con que le habíamos tratado y les rogó hicieran entre todos algo que al mundo pudiera servir de ejemplo, y puesto que lo tenía de nuestra graciosa prudencia, lo tuviera también de su prudente gracia. Allí mismo se acordó por unanimidad que se nos ofrecerían por entero sus tierras, dominios y reino para disponer de ellos según nuestro arbitrio.

Alpharbal en persona vino en seguida con nueve mil treinta y ocho grandes buques de porte, trayendo no solamente los tesoros de su casa y real familia, sino de todo el país, porque cuando se estaba embarcando para hacer el viaje con viento nordeste, cada uno a su vez echaba en ellos oro, plata, sortijas, pendientes, tapicerías, drogas y ungüentos aromáticos, papagayos, pelícanos, monos, gatos de Algalia, jinetas y puerco-espines. No hubo hijo por de buena madre reputado que allí no llevara lo mejor que tenía.

Cuando llegó quiso besar los pies de mi padre; pero esto lo consideramos indigno y no se lo consentimos, abrazándole en cambio amistosamente. Ofreció los regalos y no fueron aceptados porque nos parecieron excesivos; se ofreció mancipe y

siervo voluntario, él y todos los suyos, y no lo aceptamos porque no nos pareció equitativo; nos ofreció el documento de cesión de los estados y tierras de su reino, sellado, signado y ratificado por todos los que debían hacerlo, y para rehusarlo totalmente arrojamos al fuego la escritura. El término de todo fué que mi padre se puso muy afectado y lloró copiosamente al ver el corazón franco y la sencillez de los canarrienses. Con palabras exquisitas y razones congruentes restó importancia al favor que les había hecho, diciendo que no merecía de recompensa ni un botón (Nota 96), y puesto que en nada les había servido nada tenían que agradecerle, y mucho menos tan pródigamente como quería hacerlo Alpharbal.

¿Cuál fué el resultado? En lugar de conseguir, extremando las cosas tiránicamente, una indemnización de veinte veces cien mil escudos, reteniendo prisioneros en garantía a sus hijos primogénitos, voluntariamente se hicieron tributarios perpetuos, y se obligaron a pagarnos cada año dos millones de oro afinado a veinticuatro quilates: el primer año nos los pagaron exactos; el segundo, con sorprendente liberalidad, nos trajeron dos millones trescientos mil escudos; el tercero, trescientos mil escudos más; el cuarto, tres millones, y tanto iban de buen grado aumentando, que nos vimos obligados a prohibirles que nos pagaran más. Esta es la verdadera naturaleza de la gratitud; el tiempo, que cercena y disminuye todas las cosas, acrece y aumenta las relativas a los beneficios, porque un favor hecho liberalmente a un hombre razonable crece con el pensamiento y el recuerdo generoso y noble.

No queriendo yo degenerar en cuanto a benevolencia hereditaria de los míos, os dispenso de toda carga y os autorizo para que os marchéis tan francos y tan libres como os encontrabais antes de la guerra.

Además, a la salida por las puertas, se os pagarán tres meses de salario para que podáis vivir en vuestras casas con vuestras familias; a fin de que los campesinos no os ultrajen ni molesten, os acompañarán seiscientos hombres de armas y ocho mil de infantería, al mando de mi escudero Alejandro. Dios sea con vosotros. Lamento de todo corazón que no esté aquí vuestro rey Picrochole, porque le hubiera dado a entender que esta guerra se ha hecho sin mi consentimiento y sin que yo haya puesto en ella propósito ni esperanza de aumen-

tar mis bienes ni mi nombre; pero como se ha desvanecido sin saber en dónde ni cómo, quiero que su reino pase a su hijo, quien por ser demasiado joven, pues todavía no ha cumplido cinco años, será dirigido e instruído por los viejos príncipes y hombres sabios de sus dominios. Considerando que un reino así gobernado sería con facilidad convertido en ruinas si no se refrenan la ambición y la avaricia de sus administradores, quiero y ordeno que Ponócrates ejerza autoridad sobre todos y permanezca asiduamente con el niño hasta que lo reconozca idóneo para poder regir y gobernar por sí solo.

Yo considero que el perdonar con facilidad y liberalmente a los malhechores da ocasión a sus desatinos, porque adquieren en la gracia una confianza perniciosa.

Yo considero que Moisés, el hombre más bondadoso que en su tiempo hubo sobre la tierra, castigó agriamente los motines y sediciones del pueblo israelita.

Yo considero que Julio César, emperador magnánimo, de quien dice Cicerón que tenía por la mejor fortuna imaginable y por la mejor de todas sus virtudes el salvar y perdonar a cualquiera, castigara cruelmente en algunos casos a los sediciosos y autores de rebeliones.

Atendiendo a estos ejemplos, quiero que me entreguéis antes de partir, primeramente, el gran Marquet, que con su temeridad ha sido causa y origen de esta guerra. Después, a sus colegas, los pasteleros, que no pusieron freno en el momento a su cabeza loca, y por último, a todos los consejeros, capitanes, oficiales y domésticos de Picrochole, pues ellos seguramente son los que le han incitado, inducido y excitado a salir de sus límites para inquietarnos.

CAPITULO LI

CÓMO FUERON RECOMPENSADOS LOS VENCEDORES GARGANTUÍSTAS
DESPUÉS DE LA BATALLA

UANDO terminó Gargantúa su discurso, le fueron entregados los sediciosos que había pedido, excepto Espadachín, Merdaille y Menuail, que se habían escapado seis horas antes de la batalla, el uno hasta el collado de Laignel, de una carrera, el otro hasta el valle de Vyre y el otro hasta Logroine, sin volver la vista atrás ni cazar perros por el camino, y dos pasteleros que habían perecido en la jornada. No quiso hacerles daño; únicamente les dedicó a manejar las prensas de una imprenta que acababa de poner.

Después enterró los muertos con todos los honores en el valle de Noisettes y en el campo de Bruslevieille, hizo curar y cuidar a los heridos en su gran noscomio (Nota 97), y los perjuicios que la villa había sufrido los hizo pagar todos de su dinero, sin más prueba que el juramento.

Por último, determinó levantar un gran castillo y dispuso guarnición y patrullas para defenderlo en lo sucesivo de los asaltos y asonadas que pudieran sobrevenir.

Antes de marchar recompensó largamente a todos los soldados de sus legiones que habían estado en aquel encuentro y los envió a sus cuarteles de invierno, excepto a los de la legión duodécima, a quienes había visto realizar algunas proezas, y a los capitanes de los bandos, pues a unos y otros los llevó consigo a la presencia de Grandgousier.

A la vista y llegada de todos, el pobre hombre se puso tan gozoso como no sería posible describir. Organizó el festín más magnífico, más abundante, más delicioso que se ha visto desde los tiempos del rey Assuero. Al levantarse de la mesa, distribuyó entre todos el servicio de su comedor, que estaba valuado en un millón ochocientos mil y catorce marcos de oro, entre grandes vasos antiguos, grandes platos, grandes jarras, grandes tazas, copas, soperas, candelabros, gavetas, floreros,

dulceras, timbales, ramilletteros y otras piezas de vajilla, todas de oro macizo, con pedrería, esmaltes y orfebrería que duplicaban su valor.

Después abrió sus cofres, hizo contar a cada uno un millón doscientos mil escudos, y además les dió a perpetuidad—salvo en el caso de que murieran sin herederos—sus castillos y tierras vecinas, pudiendo elegir las que más le conviniere.

A Ponócrates le dió la Roche Clermauld; a Gimnasta, Couldray; a Eudemon, Montpensier; a Togere, Le Rivau; a Ithivole, Montsoreau; a Acamas, Claude; a Chironacte, Varennes; a Sebaste, Gratrot; a Alejandro, Quinquenays; a Sophone, Ligre, y así las demás plazas.

CAPITULO LII

CÓMO GARGANTÚA HIZO PREPARAR PARA EL MONJE LA ABADÍA DE THELEMA (Nota 98)



FALTA sólo que recompensar el monje, y Gargantúa quiso hacerlo abad de Sevilé; pero él rehusó. Quiso luego darle la abadía de Bourgueil o de Saint-Florent, la que más le agradase de las dos; pero en seguida contestó que no quería carga ni gobierno de monjes; porque, como él decía: —¿Podría yo gobernar a otro cuando yo mismo no sabría gobernarme? Si os parece que os he hecho algún servicio y que en adelante podré hacéroslo, autorizadme para fundar una abadía a mi gusto.

La iniciativa fué del agrado de Gargantúa, y le ofreció todo su país de Thelema, junto a la ribera del Loire, a dos leguas del gran bosque de Port Huault; además le requirió a que instituyese su religión al contrario de todas las demás.

—Primeramente—decía Gargantúa—no hará falta fortificar la abadía ni circundarla de murallas como están las otras.

—Verdaderamente—replicó el monje—, y donde hay muros hay murallas, envidia y conspiración mutua.

Se dispuso que así como en ciertos conventos es costumbre

cuando entra alguna mujer, es decir, las honestas y púdicas, limpiar los sitios por donde aquéllas hubieran pasado, si religioso o religiosa entraron por caso fortuito, se limpiarán religiosamente todos los lugares que hubieran atravesado.

Puesto que en todas las religiones del mundo está todo acompasado, limitado y regulado por horas, se decretó que allí no habría relojes ni cuadrantes de ninguna clase, sino que las labores serían distribuídas según las oportunidades y ocasiones, porque, como decía Gargantúa, la mayor pérdida de tiempo está en contar las horas, pues de ello no viene ningún bien, y la mayor desazón del mundo está en gobernarse al son de una campana y no por los dictados del entendimiento y del buen sentido.

Item: Puesto que en aquel tiempo no entraban en religión más mujeres que aquellas que se encontraban tuertas, borrachas, gibosas, feas, contrahechas, locas, insensatas, tocadas de maleficios y enviciadas, ni más hombres que los asmáticos, mal nacidos, inútiles y vagabundos, se dispuso que allí no se recibiría sino a las hermosas, bien nacidas y bien formadas, y a los hermosos, bien formados y bien nacidos.

—A propósito—dijo el monje—. Una mujer que no es buena ni es bella, ¿para qué vale?

—Para monja—repuso Gargantúa.

—Y para hacer camisas.

Item: Como en los conventos de mujeres no entran hombres más que engañosa y clandestinamente, se decretó que allí no habría mujeres en el caso de que no hubiera hombres, ni hombres si no había mujeres.

Item: Puesto que tanto unas como otros, una vez profesos después de año del noviciado, estaban forzados y compelidos a permanecer allí toda su vida, se dispuso que entraran y salieran libremente cuando les pareciera oportuno.

Item: Como ordinariamente hacen tres votos, de obediencia, pobreza y castidad, se acordó que allí pudieran casarse honorablemente, que todos y cada uno pudieran ser ricos y viviesen en completa libertad.

En cuanto a la edad de ingreso para las hembras, había de ser de diez a quince años, y para los varones, de doce a diez y ocho.

CAPITULO LIII

CÓMO FUÉ ABASTECIDA Y DOTADA LA ABADÍA DE LOS THELEMITAS



QUEDÓ abastecida y surtida la abadía con la entrega que hizo Gargantúa de 2.700.008 carneros de mucha lana, y por cada año, hasta que todo estuviese dispuesto, 1.669.000 escudos al sol y otros tantos a la estrella pollera. Para la fundación y entretenimiento dió a perpetuidad 2.369.514 nobles a la rosa indemnes, amortizados y pagaderos cada año a la puerta de la abadía, y de todo ello extendió concluyentes contratos.

El edificio se hizo en figura exagonal, y en cada ángulo se levantó una torre gruesa y redonda, de capacidad de 60 pasos de diámetro, todas análogas en forma y construcción.

La ribera de Loyre extendíase al lado septentrional, y a la torre de aquel ángulo se le llamó Artica; a la del lado Oriente, Calaer; a la siguiente, Anatolia; a otra, Mesembrina; a otra, Hespeyria, y a la última, Criere. Entre cada dos torres había un espacio de 312 pasos. El edificio constaba de seis pisos, contando por uno las cuevas; el segundo estaba construido en la forma de una asa de cesta. El sexto aparecía revestido de yeso de Flandes, en caprichosos dibujos. El pavimento, de pizarra fina, con abrazaderas de plomo en figura de muñecos y animales bien adecuados y dorados. Los canales, que salían fuera de la muralla por entre las ventanas, estaban pintados en líneas diagonales de oro y azul hasta llegar a la tierra, en donde penetraban sus grandes tubos para salir por debajo del edificio a la ribera.

La construcción era mucho más magnífica que Bonivet, Chambourg y Chantilly; tenía 9.332 habitaciones, cada una de ellas provista de antecámara, retrete, guardarropa, capilla y salida a una gran sala. Entre cada torre, y en medio de un lienzo de pared correspondiente, había una gran escalera de dos cuerpos, cuyos escalones eran de pórfido, piedra numídica y mármol serpentino, de 32 pies de largo y tres dedos de alto;

entre cada descanso había 12, y en cada uno de estos descansillos, dos arcos góticos daban paso a la claridad, pues comunicaban con una claraboya de la altura total de la escalera, que concluía sobre el tejado, extendiéndose en forma de pabellón. Por la escalera se entraba por uno de los lados en la gran sala, y por el otro, en las demás habitaciones.

Desde la torre Artica a la de Criere estaban las hermosas librerías en griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, colocadas en los diversos estantes, según los lenguajes.

En medio había una maravillosa escalera que tenía la entrada por la parte baja del edificio en un arco magnífico. Tenía tal capacidad, que seis hombres de armas con la lanza en la cuja podrían de frente y juntos subir hasta el tejado...

Desde la torre Anatolia hasta la Mesembrina había grandes galerías, todas cubiertas de pinturas con antiguas proezas, historias y descripciones de la tierra; en medio estaba la gran puerta principal del lado de la ribera, y sobre ella, escrito en gruesas letras antiguas, lo que se expone en el capítulo siguiente.

CAPITULO LIV

INSCRIPCIÓN COLOCADA SOBRE LA GRAN PUERTA DE THELEMA



QUI jamás entréis, odiosos santurrones,
 necios, hipocritones, crapulosos, beodos,
 aborrecidas bestias, golosos, rezongones,
 cabezas achatadas, bobos más que los godos
 y que los ostrogodos, que en todas las na-
 [ciones
 lo fueron siempre todos. Miserables gloto-
 trapaceros, buscones, inmundos carcamales, [nes,
 marchad lejos, muy lejos, a vender vuestros males.

Vuestros males impíos
 los dulces goces míos
 turbarán.

Secarán
 las plantas y los ríos
 vuestros males impíos.

Aquí jamás entréis, clérigos ambiciosos,
gastrónomos, odiosos, del pueblo azote rudo,
escribas, criminales, fariseos, leprosos;
a los curas piadosos los reprocháis biliosos;
coléricos, rabiosos, con gesto el más sañudo.
¿Quién fué el que poner pudo la ira en vuestro escudo?
¡Marchad! Que al veros sudo, y aquí no se hizo exceso
para que rebuznando nos mováis un proceso.

El proceso entablado
junto al sepulcro helado
nada es.

¿No lo ves
caer sobre ti pesado
el proceso entablado?

—

Aquí jamás entréis, malvados, usureros,
ladrones, cicateros, hediondos, lameplatos,
simiescos, holgazanes, iracundos, arteros,
poltrones, vagabundos, avinagrados, chatos,
dientones y beatos. Mil tesoros enteros
encerráis timoratos allá en vuestros calderos.
¡Quiera el Cielo, mauleros, que la muerte implacable
os coja en esa obra tan sucia y miserable!

¡Oh miserable faz,
antítesis de paz!

No abriré.

Marcha. Ve.

¡No turbe mi solaz
tu miserable faz!

—

Aquí jamás entréis, mastines ladradores,
villanos o señores, infames sediciosos;
del mal sois cortesanos, diablos enredadores,
cual lobos aulladores, inquietos, envidiosos,
orugas y raposos, alcotanes y azores.
¡Marchad, perturbadores! Jauría de ambiciosos.
¡Marchaos, galicosos, que me infundís pavor
al veros recubiertos de sarna y deshonor!

Honor es la ilusión
de toda esta mansión;
oid bien,
que de quien
conserva el corazón
honor es la ilusión.

Entrad cuando queráis, sed siempre bien venidos,
seréis bien recibidos los nobles caballeros,
honrados y gentiles, gallardos, bien nacidos,
por la piedad traídos, ni aviesos ni groseros;
llegad, que son sinceros mis corteses cumplidos.
Viviréis reunidos con hombres placenteros,
alegres, no dormidos, y ya desde este día
gozaréis para siempre su grata compañía.

Compañeros gentiles,
alegres y sutiles.

¡Sociedad!

¡Hermandad!

A ello son hostiles
compañeros gentiles.

Entrad cuando queráis: mi casa es fortaleza;
no mora la vileza y sí la fe profunda
que del santo evangelio recibe su firmeza;
guarde El vuestra cabeza, que loca baraúnda
impone ya el que cunda el cisma y la tibieza.
Mientras uno bosteza, mientras el otro reza,
veréis cómo se empieza la gran labor que espanta
a todos los rebeldes a la palabra santa.

La palabra divina
aquí se coordina.

Venceréis,

ya veréis

que a todos nos fascina
la palabra divina.

Entrad cuando queráis, damas encopetadas,
 entrad, y, confiadas, venidnos a ayudar;
 flores de la belleza, mejillas nacaradas,
 gargantas torneadas, manos de acariciar;
 venid a laborar, que son todas honradas
 las ideas guardadas por mis puertas blindadas,
 con oro chapeadas, con oro que un señor
 dió para dotar esta morada del honor.

El oro y el honor
 de aquí son esplendor;
 respetad,
 venerad
 al noble donador
 del oro y el honor.

CAPITULO LV

EL INTERIOR DEL EDIFICIO DE LOS THELEMITAS



OCUPABA el centro del patio una magnífica fuente de alabastro, sobre la que estaban las tres Gracias con cuernos de la abundancia y arrojaban agua por las tetas, boca, orejas, ojos y demás aberturas del cuerpo. Alrededor del edificio, en el mismo patio, había una gran columnata con pila-

res de Calcedonia y pórfido, y junto a ellos, galerías largas y anchas, adornadas de pinturas, cuernos de ciervo, unicornio, rinoceronte, hipopótamo, dientes de elefante y cosas por el estilo.

El alojamiento de las damas comprendía desde la torre Arctica hasta la puerta Mesembrina. Los hombres ocupaban el resto. Y delante de la habitación de las damas estaban el hipódromo, el teatro y los natatorios, con sus baños miríficos de triple suelo, provistos de todos los aparatos y del sifón de agua de mirra.

Al lado de la ribera estaba el hermoso jardín de recreo, y en medio de él, el gran laberinto.

Entre las otras dos torres se habían establecido los juegos de palma y pelota.

Del lado de la torre Criere estaba la huerta, llena de árboles frutales, muy bien ordenados, y a su extremo, el parque abundante de sauces.

En la tercera torre estaban los depósitos para los arcabuces, arcos y ballestas.

Las oficinas, en la torre de Hesperia, a piso llano.

La servidumbre, al lado de las oficinas, y junto a ella, la halconería, gobernada por halconeros expertos y surtida anualmente por los canarrienses, venitienses y sármatas de toda clase de pájaros: águilas, gerifaltes, halcones, azores, alcotanes y otros, tan bien cuidados y domesticados que cuando salían del castillo a esparcirse por el campo cazaban todo lo que encontraban.

El cazadero estaba más lejos por el lado del parque.

Todas las salas, cámaras y gabinetes estaban tapizados de diversas maneras, según las estaciones del año; el pavimento, cubierto de bayeta verde, y los techos, de brocado.

En cada antecámara había un espejo de cristal con marco de oro guarnecido de perlas alrededor, de tal magnitud, que podía representar toda la persona.

A la salida de los aposentos de las damas estaban los perfumeros y peluqueros, por cuyas manos pasaban los hombres cuando iban a visitarlas; por las mañanas proveían los cuartos de las damas de agua de rosas, de napha y de los ángeles, colocando además en cada uno la preciosa cazoleta o pebetero evaporante de todas las drogas aromáticas.

CAPITULO LVI

CÓMO ESTABAN VESTIDOS LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS DE THELEMA



VESTÍANSE las damas, al principio de la fundación, a su placer y arbitrio. Después, por propia voluntad, establecieron su indumentaria en la forma siguiente: calzas de escarlata o de color de granada hasta debajo de la rodilla, tres dedos justamente; en este extremo concluían con bellos bordados y volantes. Las ligas eran del color de los brazaletes, y abarcaban la pierna por encima y por debajo de la rodilla. Los zapatos, escaarpines y pantuflas, de terciopelo carmesí, rojo o violeta, desatacadas en barba de cangrejo. Sobre la camisa vestían la bella basquiña de seda; sobre ella, el jubón de tafetán blanco, rojo, gris, etc.; encima, la cofia de tafetán plateado, con bordados de oro fino, hechos con aguja o tejidos, o bien de satén, damasco, terciopelo, naranja, cuero, verde, citrón, azul, etc., según el tiempo y según las fiestas.

Las ropas, también según la estación, eran de diversos colores, tejidos y hechuras. En verano, algunos días llevaban manteletas de la compostura indicada o mantos a la morisca de terciopelo violeta con adornos azules, con bordados de canutillo de plata o cordelillo de oro, guarnecidos en las costuras con pequeñas perlas índicas. Siempre el bonito penacho del color del manguito adornado con mariposillas de oro. En invierno, ropa de tafetán de los colores que conocemos, forradas de piel de lobo, ciervo, jineta negra, marta de Calabria, zibelina y otras piedras preciosas. Los dijes, amuletos y rosarios eran de rubíes, diamantes, zafiros, esmeraldas, turquesas, granates, ágatas, perlas y otras piedras preciosas. Se cubrían la cabeza de diversas maneras, según el tiempo: en invierno, a la moda francesa; en primavera, a la española; en verano, a la turca, excepto las fiestas y domingos, que llevaban siempre gala francesa, porque es más seria y sentaba mejor a su pudicia matronil.

Los hombres se vestían a su modo: calzas bajas de paño,

sarga o estameña, de escarlata, granada, blancas o negras. Calzas altas de terciopelo de los colores ya repetidos o de otros aproximados a ellos, bordadas y acuchilladas según su invención. El jubón, de paño de oro, plata, terciopelo, satén, damasco o tafetán de los mismos colores y con los mismos adornos; los cordones, de seda, de los mismos colores y con los mismos adornos, y los broches, de oro esmaltado. Los sayos y chamarretas, de paño de oro, plata o terciopelo, bordado a capricho. Las ropas eran tan preciosas como las de las damas. Los cinturones, de seda, del color del jubón; cada uno llevaba su espada al costado con el puño de oro; la vaina, de terciopelo, del color de las calzas, y la contera, de oro también y orfebrería; el puñal, lo mismo que la espada. El bonete, de terciopelo negro, guarnecido de frunces, lazos y botones de oro; la pluma, blanca por encima, delicadamente partida con hilillos de oro, de cuyos extremos colgaban gargantillas de esmeraldas, rubíes, etc.

Pero no existía entre hombres y mujeres la suficiente simpatía para que siempre se vistiera en parecida forma, y para estos servicios había ciertos gentileshombres encargados de decir a todos por la mañana el traje que las damas querían llevar aquel día, puesto que allí según el arbitrio de las damas se hacía todo.

Estos vestidos, tan propios, tan adaptados, tan adornados y tan ricos, no penséis que ninguno perdía el tiempo para atenderlos y cuidarlos; los encargados del guardarropa tenían siempre dispuesta la indumentaria correspondiente desde por la mañana, y las sirvientes de las damas, tan bien dispuestas y enseñadas estaban, que en un momento las vestían de pies a cabeza.

Para guardar todas estas galas en las mejores condiciones había en el bosque de Theleme un gran cuerpo de edificio de media legua de largo, muy claro y ventilado. Allí estaban los orfebres, lapidarios, bordadores, sastres, tiradores de oro, tejedores de terciopelo, tapiceros, etc., trabajando cada uno en su oficio para dichos religiosos y religiosas.

Estaban surtidos y aprovisionados de las primeras materias por el señor Nausicleto, que todos los años les enviaba de las islas de Perlas y Caníbales siete navíos cargados de lingote de oro, seda cruda, perlas y pedrería.

Si algunas perlas tendían a la vetustez, perdiendo su brillo argentado, las restauraban dándoselas a comer a los gallos o metiéndolas entre los excrementos de los halcones.

CAPITULO LVII

CÓMO TENÍAN REGULADA LOS THELEMITAS SU MANERA DE VIVIR



ENÍAN empleada su vida, no según leyes, estatutos ni reglas, sino según su franco arbitrio.

Se levantaban de la cama cuando buenamente les parecía; bebían, comían, trabajaban, dormían cuando les venía en gana; nada les desvelaba y nadie les obligaba a comer, beber ni hacer cosa alguna; de esta manera lo había dispuesto Gargantúa.

En su regla no había más que esta cláusula:

HAZ LO QUE QUIERAS

Porque las gentes bien nacidas, libres, instruídas y rodeadas de buenas compañías, tienen siempre un instinto y aguijón que les impulsa a seguir la virtud y apartarse del vicio; a este acicate le llaman honor. Cuando por vil sujeción y clausura se ven constreñidos y obligados, pierden la noble afectación que francamente los inducía a la virtud y dirigen todos sus esfuerzos a infringir y quebrantar esta necia servidumbre, porque todos los días nos encaminamos hacia lo prohibido, y constantemente ambicionamos lo que se nos niega.

Por efecto de esta libertad llegaron a la plausible emulación de hacer todos lo que a uno le fuera grato; si alguno o alguna decía bebamos, todos bebían; si decían juguemos, todos jugaban; si decían vamos a pasear por el campo, todos paseaban. Si decían vamos a cazar, las damas, montadas en sus bellas hacaneas, con su palafren y su guía, llevaban cada una en su mano, enguantada delicadamente, un esmerillón o un alcotancillo; los demás pájaros los llevaban los hombres.

Tan noblemente estaban educados, que entre ellos no había uno solo que no supiera leer, escribir, cantar, tocar instrumentos de música, hablar cinco o seis idiomas y componer en prosa o verso. Jamás se han visto caballeros tan discretos, tan galantes, tan ágiles a pie y a caballo, tan fuertes para remar y para manejar todas las armas, como los que allí había.

Cuando para alguno, por llamamiento de sus deudos o cualquiera otra causa, llegaba la hora de salir fuera, llevaba consigo una de las damas que de antemano le había escogido por suyo, y por consecuencia estaban ya juntos y casados; si en Theleme habían vivido en inclinación y amistad mutua, las continuaban con aumento en el matrimonio; tanto, que llegaban hasta el fin de sus vidas habiéndola pasado toda como el primer día de novios.

No quiero prescindir de describiros un enigma que se encontró en los cimientos de la abadía grabado en una gran lámina de bronce. Vedlo en el capítulo siguiente.

CAPITULO LVIII

ENIGMA EN PROFECÍA



HUMANOS: levantad los corazones
y escuchad, desgraciados, mis razones
si creéis que los astros estudiando
se puede adivinar el cómo y cuándo,
y por ende sin duda predecir
las cosas que nos guarda el porvenir.
A mí fué la divina inspiración
quien del futuro dióme la noción,
y así he de señalar en mi discurso
del tiempo venidero suerte y curso.
Hago saber sin farsa y sin engaño
que en el glacial invierno de este año
de esta mansión saldrá valientemente
robusto grupo de animosa gente
cansada del reposo y la alegría,
que a voz en grito y en el pleno día

conquistará hombres, grupos y facciones
aunque tengan diversas opiniones,
pues no ha de haber quien deje de escuchar
lo que en plazas y templos han de hablar.
Provocarán debates aparentes
entre amigos y próximos parientes,
y el hijo no ha de hallar pena infamante
cuando contra su padre se levante.
Los nobles, de linajes estimados,
serán por sus vasallos asaltados;
los deberes de honor y reverencia
perderán para largo su existencia,
pues se dirá que a todos ciertamente
les es dado subir por la pendiente
para luego bajar de un solo salto
cuando hayan alcanzado lo más alto.
Sobre esto han de entablarse tantas lides,
tantos choques de argucias y de ardides,
que la historia, de fábulas henchida,
no consigna una cosa parecida.
Hombres habrá de brío y de valor
bajo presión de juvenil calor,
que en alas de su fe tirana y fuerte
volarán en los brazos de la muerte.
No dejará ninguno esta labor,
cuando en ella haya puesto su vigor,
sin conseguir llenar de ruido el cielo
y la tierra de sombra y desconsuelo.
No gozarán menor autoridad
hombres sin fe que gentes de verdad,
pues ha de ser su fuente, norma y guía
la multitud ignara, necia, impía,
que ha de hacer juez al menos virtuoso.
¡Oh diluvio dañino y doloroso!
Pues diluvio será que inunde todo
y que todo lo manche con su lodo,
hasta que haga venir el ciego acaso
quien les haga salir en raudo paso.
Y hasta aquellos que fueron más templados
se verán con la muerte castigados;

pues que su corazón endurecido
no hubiera remisiones concedido
a las hordas de bestias inocentes,
pues los nervios y tripas impudentes
se aplican de los hombres en servicio;
no para hacer a dioses sacrificio.
Ayudadme, queridos, a pensar
si este golpe se puede desviar
y qué ha de ser al cabo de la guerra
del rudo cuerpo de la fértil tierra.
Harán los que la tomen por su mano
mil bastardías, ¡proceder insano!;
desbordarán sin duelo la aflicción
para ellos sostener su posesión,
y la pobreza humana desolada
a servidumbre se verá lanzada:
en vez de luz, el sol en gran derroche
le arrojará las sombras de la noche,
y del cielo, favor y claridad
perderá con su cara libertad.
Ya después de esta ruina dolorosa
en su pecho una cólera espantosa
por siempre guardará viva y latente
aunque no la demuestre exteriormente,
que la que el Etna fiero le arrojaba
al hijo de Titán fué menos brava.
Ha de ser, pues, de pronto colocada
en tan terrible estado y tan cambiada,
y así la heredarán los descendientes
de aquellas que la sufren pobres gentes;
pero al fin llegará el feliz momento
de que acabe tan hórrido tormento:
el agua iniciará su retirada
de la tierra que tuvo embarrancada;
pronto aparecerá por el Oriente
llama y calor de fuego incandescente
que llegando por fin a tocar tierra
terminará las aguas y la guerra.
Y ya estos accidentes concluídos,
tendrán ventura y paz los elegidos,

pues además de goces celestiales
no han de faltarles bienes materiales...
Desnudos quedarán a la sazón
los otros, que es derecho y es razón
tengan todos al fin de la jornada
la suerte que les fué predestinada.
Que conste así: Debéis reverenciar
al que pudo hasta el fin perseverar (Ncta 99).

Terminada la lectura, Gargantúa exhaló un profundo suspiro y dijo a los circunstantes: —No es de ahora el que las gentes que abrigan la creencia evangélica se vean perseguidos; pero dichoso el que no se deja perseguir por el escándalo, porque alcanzará el fin que Dios por su querido hijo nos ha predestinado, si, como digo, no da rienda suelta a sus aficiones carnales para distraerse y divertirse.

Y repuso el monje: —¿Qué pensáis, con arreglo a vuestra inteligencia, que puede significar este enigma?

—El curso y vicisitudes de la verdad divina.

—¡Por San Goderán, que no opino lo mismo! El estilo es del profeta Merlín. Suponed todas las alegorías y pensamientos tan graves como queráis, y vos y todo el mundo interpretad como tengáis por conveniente; por mi parte no creo que tenga otro sentido en sus obscuras palabras que la descripción de un partido de pelota.

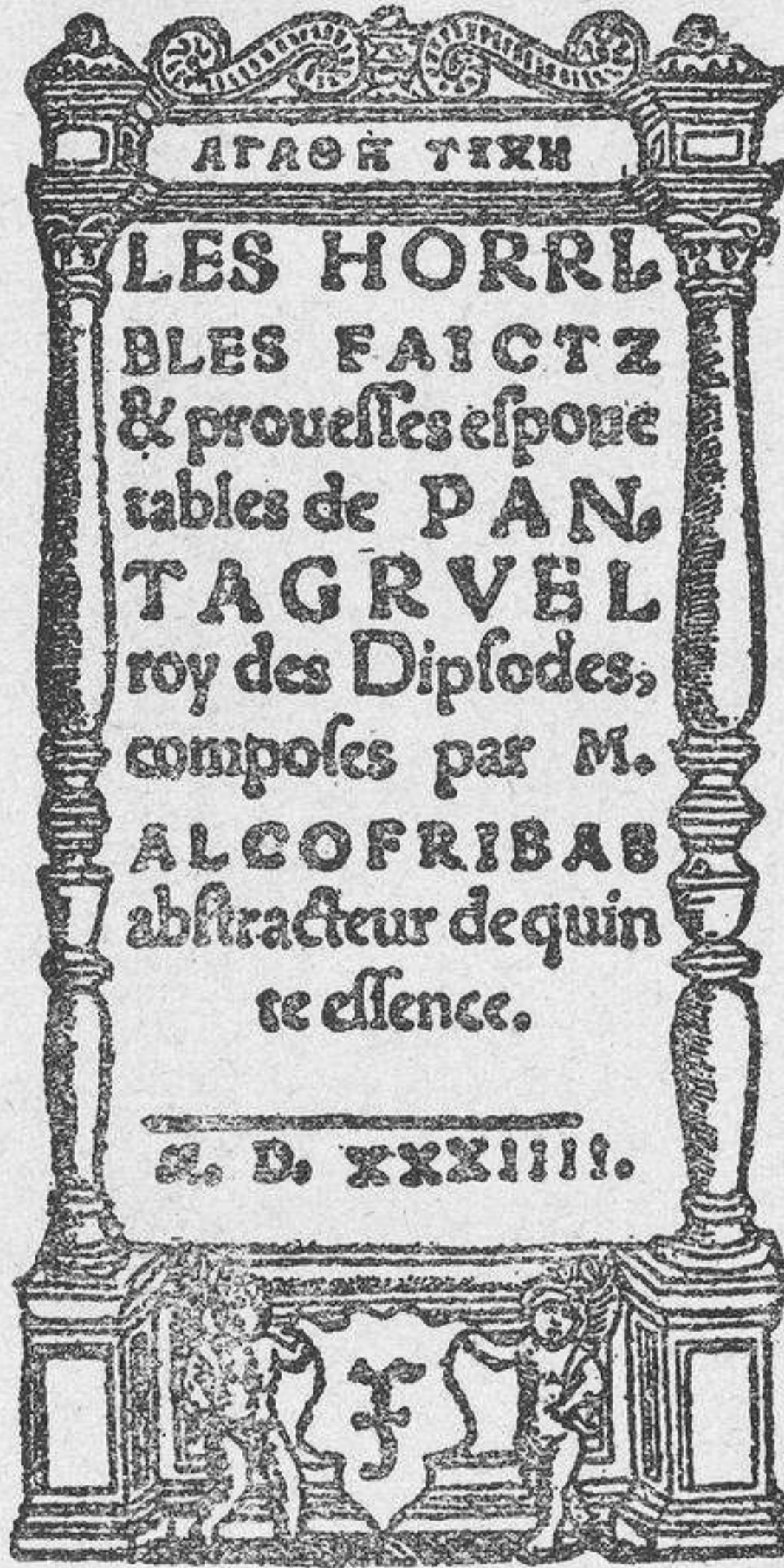
Los sobornadores de las gentes son los arregladores de los partidos, que son ordinariamente amigos. Como los dos han hecho su pacotilla, sale fuera el que estaba dentro y el que entra es el que estaba fuera. Las aguas son el sudor de los jugadores. Los nervios y las tripas en servicio de los hombres son las pelotas. Después del juego se secan delante de una llama y se cambian de camisa. Y luego banquetean todos; pero más gozosamente los que han ganado.

Y pasarlo bien.

FIN DE GARGANTUA

PANTAGRUEL

PANTAGRVEL



Portada de la edición de Francisco Juste; Lyon, 1534.

LIBRO SEGUNDO

PANTAGRUEL

REY DE LOS DIPSODAS, RESTI-
TUÍDO A SU VERDADERA NATU-
RALEZA CON SUS HECHOS Y
PROEZAS ESPANTABLES POR EL
FIEL MAESTRO ALCOFRIBAS, EX-
TRACTOR DE LA QUINTA ESENCIA

PARTE PRIMERA



PROLOGO DEL AUTOR



MUY ilustres y muy caballerosos campeones, gentileshombres y demás, que voluntariamente os entregáis a todas las gentilezas y valentías: habéis ya visto, leído y aprendido las grandes e inestimables crónicas del enorme gigante Gargantúa, y como verdaderos fieles, las habréis creído por entero como el texto de la Biblia o el del Santo Evangelio. Con ellas habréis pasado vuestro tiempo en compañía de honorables damas y damiselas, a no ser que no vinieran a cuento, haciéndoos hermosas y largas narraciones, porque a la verdad, son dignas de gran alabanza y memoria sempiterna.

Yo quisiera que algunos hombres, abandonando sus necesidades, no cuidándose de su menester y dejando en olvido sus negocios, se dedicaran por entero, sin distraer ni apenar su espíritu con otras cosas, a interpretarlas y estudiarlas, a fin de que si se perdiera el arte de imprimir o pudiesen todos los libros en los tiempos venideros, pudieran, sin embargo, conocerlas todos por haberse transmitido y comunicado de generación en generación, de padres a hijos como una leyenda religiosa, porque hay en esto más fruto de lo que piensan esa caterva de fanfarrones empingorotados, que no entienden más de estos agradables entretenimientos que de lo que hace Raclet en el Instituto (Nota 100).

He conocido altos y poderosos señores de gran renombre que estando de caza mayor o a la de halcones, si ocurría no encontrar a la bestia, o que el ave de rapiña se paraba a peñarse, mientras llegaba el momento de tirar, para no aburrirse, recordaban y referían los inestimables hechos de Gargantúa.

Otros hay en el mundo (y esto no es hablar por hablar) que estando gravemente afligidos por un dolor de muelas, después de haber gastado mucho en medicinas sin aprovechar nada, no han encontrado remedio más expedito que colocar dichas crónicas entre dos hermosos lienzos bien calientes y aplicarlos en el lugar del dolor después de haberlos sinapismatizado con unos pocos polvos de oribus (Nota 101).

Y ¿qué os diré de los pobres galicosos y gotosos? ¡Cuántas veces los hemos visto en momentos en que estaban bien sebosos y grasientos! El rostro les relucía como el perno de una bisagra, sus dientes se movían como las teclas de un órgano y la garganta les espumeaba como a los verracos cuando en ellos hacen presa los mastines. ¿Qué hacían entonces? Todo su consuelo estaba en abrir el libro y leer cualquiera de sus páginas. Y hemos visto que se daban a cien pipas de diablos viejos, si no recobraban la alegría con la lectura, hasta que se les agarraban las mandíbulas, ni más ni menos que como a las mujeres cuando están en un mal parto, como hemos leído en la vida de Santa Margarita.

¿Es poco esto? Encontradme un libro en cualquiera lengua, en cualquiera facultad o ciencia, que sea como éste, que tenga tales virtudes, propiedades y prerrogativas, y pagaré media azumbre de callos. No, señores, no; es sin par, incomparable, sin parangón; yo lo sostengo hasta en el fuego *exclusive*. Y los que quisieran sostener que no, reputadlos como engañadores, predestinadores, impostores y seductores (Nota 102).

Cierto es que en algunos libros se encuentran propiedades ocultas y entre el número de ellos se cuentan *Fesse Pinthe*, *Orlando Furioso*, *Roberto el Diablo*, *Fierabrás*, *Guillermo sin Miedo*, *Huon de Burdeos*, *Montevielle* y *Matabrune*; pero ninguno es comparable con aquel de que hablamos y el mundo ha conocido por experiencia infalible la gran utilidad que de la crónica de Gargantúa emana, porque de él han vendido los impresores más ejemplares en dos meses, que venderán de la Biblia en nueve años.

Tratando, en vista de esto (yo, vuestro humilde esclavo), de aumentar vuestro pasatiempo, os ofrezco aquí otro libro del mismo troquel; pero más equitativo y digno de fe que el primero, porque no creáis (a menos que no queráis engañar a

vuestra propia ciencia) que yo hablo de esto como los judíos de la ley. Yo no he nacido en tal planeta y nada gano con mentir o asegurar cosas que no sean verdaderas. Hablo como un gallardo onocrótalo (Nota 103). Es decir, como un protonotario de los mártires amantes o como un cuasinotario de amores; hablo como San Juan del Apocalipsis, *quod vidimus testamur*. Esto en cuanto a los horribles hechos y proezas de Pantagruel, a quien he servido a sueldo desde que dejé de ser paje, hasta ahora, que por su encargo he venido a visitar este mi país de vacas y a saber si alguna tendrá parentesco conmigo.

Por lo tanto, y a fin de que yo ponga fin a este prólogo, conste que me doy a cien mil banastas de hermosos diablos, en cuerpo y alma, en intestinos y tripas, en el caso de que en toda la historia mienta en una sola palabra, y del mismo modo, que el fuego de San Antonio os abraza, que la epilepsia os ataque, que el rayo os alcance, que el flujo de sangre os dé, mal fuego de *riquirraques* (Nota 104), menudo como pelo de vaca y cargado de azogue, os entre por el orificio posterior y como en Sodoma y Gomorra, caigáis en el azufre, en el fuego y en el abismo, en caso de que no creáis firmemente todo lo que voy a contaros en la presente crónica.



CAPITULO PRIMERO

ORIGEN Y ANTIGÜEDAD DEL GRAN PANTAGRUEL



¿Qué no será cosa inútil ni ociosa, visto que estamos despacio, recordar la primera suerte y origen del buen Pantagruel. Tengo, además, visto que todos los grandes historiadores así lo hacen en sus crónicas, no solamente los gentiles griegos, los árabes y los latinos *ethnicos*, que fueron bebedores eternos, sino también los autores de la Sagrada Escritura, como monseñor San Lucas y San Mateo.

Os conviene así notar que al comienzo del mundo (yo hablo de lejos, de hace más de cuarenta cuarentenas de noches, para contar al uso de los antiguos Druidas), poco después que Abel fué muerto por su hermano Caín, la tierra, empapada por la sangre de un justo, fué cierto año fertilísima en todas las cosechas, y singularmente en nísperos, tanto que se le llamó «el año de los gruesos nísperos», porque hasta fué preciso apuntalar las trojes.

En aquel año las Kalendas se buscaron en los breviarios de los griegos, concluyó la Cuaresma antes de marzo y fué la mitad de agosto en mayo. En el mes de octubre, me parece, o en el mes de septiembre (para no errar, porque de esto quiero apartarme cuidadosamente) cayó la tan renombrada por los anales semana de los tres jueves, porque tuvo efectivamente tres a causa de las irregularidades de los bisiestos, de que el sol bronceó un poco como los *debitoribus* acobardados y de que la luna varió de su curso más de cinco toesas. Se vió claramente un movimiento de trepidación en el firmamento llamado *Aplanes*, y fué tan fuerte que la *Pleíade* central, dejando a sus compañeras, se desvió hacia la equinoccial y la estrella llamada *Espy* dejó a *Virgo* para marchar hacia la *Ba-*

lanza. Son estos casos tan sorprendentes y estas materias tan difíciles, que los astrónomos no han podido morder en ellas, aunque para hacerlo cierto es que necesitaban tener los dientes muy largos (Nota 105).

El mundo entero comía con agrado aquellos nísperos, porque eran muy substanciosos y tenían un gusto verdaderamente muy delicado. Pero así como Noé, aquel santo hombre a quien estamos tan obligados porque nos plantó la viña de donde viene ese nectárico, delicioso, precioso, celestial, gozoso y deífico licor que se llama vino, fué engañado al beberlo, porque ignoraba su gran poder y virtud, en la misma forma las gentes de aquella época comieron con fruición del substancioso y bello fruto, bien ajenos a lo que les iba a suceder: a todos les sobrevino una horrible hinchazón, pero no en el mismo sitio del cuerpo.

A unos se les infló el vientre y tomaron aspecto de gruesos toneles, de donde viene aquello de *Ventrem omnipotentem* (Nota 106). Todos éstos fueron hombres de bien y muy chanceros; de su raza salieron el Martes Graso y San Pansardo.

Otros engrosaron por las espaldas, y tan grandes eran sus gibas que se les llamó *montíferos*, esto es, *porta montañas*, y así los veréis en los distintos sexos y dignidades. De esta raza nació Esopo, de quien admiramos los celebérrimos hechos y los hermosos escritos.

A otros se les presentó la excrecencia a lo largo del miembro que se llama operador de la naturaleza, de modo que lo tenían maravillosamente largo, grueso, brillante, fuerte y acrestado a la moda antigua; se servían de él como cinturón arrollándose cuatro o cinco veces alrededor del cuerpo. Si surgía algo que lo pusiera de punta y caminaran con él erguido viento en popa, al verlos se hubiera dicho que con la lanza erguida iban a justar a la *Quintena*. De éstos se ha perdido la raza, según dicen las mujeres, y lamentan continuamente que hoy ninguno sea como aquéllos, largo, etc., ya sabéis la canción.

A otros les crecieron los cojones, tanto que llenaban muy bien un moyo. De éstos descenden los cojones de Lorena, que jamás caben en las braguetas y caen al fondo de las calzas.

A otros les crecieron las piernas y parecían grullas, llamas o individuos que caminaran sobre escaleras; los escolares

jovencillos les llamaban en Gramática *Iambus* (Nota 107).

A otros la nariz, hasta tomar apariencia de un tubo de alambique, toda diapreada, salpicada de burbujas, purpurina, esmaltada, granulenta y sembrada de hoyuelos, como la que habréis visto al canónigo Panzoult y a Piedeboys, médico de Angiers; de esta raza fueron los inventores de la tisana y todos tuvieron gran devoción a la *purga setembrina* (Nota 108). Nasón, Ovidio y todos aquellos de quienes se escribe *ne reminisceris* tienen aquí su crigen.

A otros las orejas, y las tenían tan grandes, que de una hacían jubón, calzas y sayo, y con la otra se cubrían como con una capa española. Se dice que en Bourbonnoys todavía dura esta raza y de allí proceden las llamadas orejas de Bourbonnoys.

Los otros crecían en estatura; de éstos proceden los gigantes, y de los gigantes, Pantagrúel.

El primero fué Chalbroth.

Que engendró a Sarabroth.

Que engendró a Faribrot.

Que engendró a Hurtaly, gran comedor de sopas, que reinó en tiempo del Diluvio.

Quien engendró a Nembroth.

Quien engendró a Athlas, que con sus espaldas sostiene el cielo para que no caiga.

Quien engendró a Goliath.

Quien engendró a Morbois.

Quien engendró a Machura.

Quien engendró a Erix, inventor del juego de los cubiletes.

Quien engendró a Tito.

Quien engendró a Eryon.

Quien engendró a Poliphemo.

Quien engendró a Cace.

Quien engendró a Etion, primero que tuvo gálico por no haber bebido vino fresco en estío, según testimonio de Bartachín.

Quien engendró a Eneclades.

Quien engendró a Cee.

Quien engendró a Typhoe.

Quien engendró a Aloe.

Quien engendró a Othé.

- Quien engendró a Aegeon.
 Quien engendró a Briareus, que tuvo cien manos.
 Quien engendró a Porphirio.
 Quien engendró a Adamastor.
 Quien engendró a Anteo.
 Quien engendró a Agatho.
 Quien engendró a Pore, que batalló con Alejandro Magno.
 Quien engendró a Aranthas.
 Quien engendró a Gabbara, que inventó el beber para hacer tiempo.
 Quien engendró a Goliath de Secundille.
 Quien engendró a Offot, que tuvo preciosísima nariz para beber en barril.
 Quien engendró a Artachees.
 Quien engendró a Oromedon.
 Quien engendró a Gemmagog, inventor de las polainas.
 Quien engendró a Sísifo.
 Quien engendró a los Titanes, de quienes nació Hércules.
 Quien engendró a Enay, que fué muy experto en materia de interpretar las líneas de las manos.
 Quien engendró a Fierabrás, que fué vencido por Olivier, par de Francia y compañero de Rolando.
 Quien engendró a Morgán, primero que jugó a los dados con anteojos.
 Quien engendró a Fracasus, del cual ha escrito Merlin Cocaius.
 De quien nació Ferragus.
 Quien engendró a Papamoscas, primero que discurrió ahumar las lenguas de vaca en la chimenea, porque antes la gente las salaba como se hace con los jamones.
 Quien engendró a Bolivorax.
 Quien engendró a Longys.
 Quien engendró a Gayoffe, que tenía los cojones de pueblo y el miembro de cuervo marino.
 Quien engendró a Maschefain.
 Quien engendró a Bruslefer.
 Quien engendró a Engoulevent.
 Quien engendró a Galehault, inventor de los frascos.
 Quien engendró a Mirelangault.
 Quien engendró a Galaffre.

Quien engendró a Falourdin.

Quien engendró a Roboaste.

Quien engendró a Sostibrant de Conimbres.

Quien engendró a Bushant de Mommierre.

Quien engendró a Bruyer, vencido por Ogier el danés, par de Francia.

Quien engendró a Mambrún.

Quien engendró a Fontasnón.

Quien engendró a Hacquelebac.

Quien engendró a Vitdegrain.

Quien engendró a Grandgousier.

Quien engendró a Gargantúa.

Quien engendró al noble Pantagruel, mi maestro (Nota 109).

Comprendo que al leer lo que precede os asaltará una duda muy razonable: ¿Cómo es posible—preguntaréis—que todo eso sea verdad, dado que en tiempo de Noé pereció todo el mundo excepto Noé y las siete personas que con él se acomodaron dentro del Arca, entre las cuales no estaba incluido Hurlaly? La pregunta está bien hecha y es sin duda muy oportuna; pero la contestación os satisfará, o yo no tengo bien calafateado mi sentido.

Y puesto que no estoy por contestaros sólo por mi cuenta, alegaré la autoridad de los masoretas, buenos vividores y famosos cornamuseros hebraicos, quienes afirman que, verdaderamente, Hurlaly no estaba dentro del Arca (tan grande era, además, que no hubiera cabido), sino encima, a caballo, una pierna aquí y otra allá como los niños sobre los maderos. En aquella postura salvó con ayuda de Dios el Arca de todos los peligros, porque la mecía con las piernas y con un pie la guiaba como quería, sirviéndose de él como el piloto se sirve del timón. Los que estaban dentro le enviaban víveres por una chimenea, y muy abundantes por cierto, como gentes reconocidas al favor que les hacía. Algunas veces conversaban como Icaromenippe con Júpiter, según testimonio de Luciano.

¿Lo habéis entendido bien? Bebed entonces un buen trago sin agua; si no lo creéis, no me echéis a mí la culpa, sino a ella.

CAPITULO II

NACIMIENTO DEL FORMIDABILÍSIMO PANTAGRUEL



ARGANTÚA, a la edad de cuatrocientos cuarenta y cuatro años, engendró a su hijo Pantagruel en su mujer Badebec, hija del rey de los Amaurotes en Utopía, la cual murió del mal parto, porque su hijo era tan gordo y tan grande que no podía salir a luz sin sacrificar a su madre.

Para comprender bien la causa y razón del nombre que en el bautismo le impusieron, debéis saber antes que en aquel año hubo en toda el Africa una sequía tan grande, que pasaron treinta y seis meses, tres semanas, cuatro días, trece horas y un poquito más sin lluvia, con un calor solar tan vehementemente que la tierra estaba abrasada.

No estuvo la tierra tan escaldada en tiempos de Helio como entonces; no había árbol que tuviese hoja ni flor, las yerbas estaban sin verdura, los arroyos sin agua, las fuentes secas; los pobres peces, desposeídos de su propio elemento, vagaban y gritaban por la tierra horriblemente; los pájaros caían del aire por falta de rocío; los lobos, los zorros, los cerdos, los jabalíes, las liebres, los gamos, los conejos y otras bestias se encontraban a cada paso muertos por los campos con la boca abierta.

Los hombres excitaban la mayor compasión; andaban sacando la lengua como lebreles que hubieran corrido seis horas; muchos se arrojaban dentro de los pozos y otros se metían en el vientre de una vaca para estar a la sombra; a éstos los llamó Homero *Alibantes* (Nota 110).

Toda la comarca estaba alarmada y apenadísima de ver el trabajo de los humanos para librarse de aquella terrorífica calamidad.

Hubo que hacer los mayores esfuerzos para salvar agua bendita para las iglesias; a fin de que no faltara allí, por acuerdo de los señores cardenales y del Santo Padre, se dispuso que nadie la tomara más de una vez. Así, en las iglesias

se veían a veintenas los pobres sedientos que rodeaban al encargado de distribuirla, con la boca abierta para recibir una gota como el máspreciado tesoro, y a fin de que nada se perdiera. ¡Qué feliz fué aquel año el que tuvo agua fresca bien guardada!

La filosofía cuenta, para explicar que sea salada el agua del mar, que cuando Febo cedió el gobierno de su carroza lucífica a su hijo Faetón, éste, poco versado en el arte de guiar y no sabiendo seguir la línea eclíptica entre los dos trópicos, varió de su camino, y tanto se aproximó a la tierra que dejó secas todas las comarcas subyacentes, abrasando esa gran parte del cielo que los filósofos llaman *vía láctea* y los *liffrelofres* (Nota 111) camino de Santiago, aun cuando para los más elevados poetas es el sitio en donde caía la leche de Juno cuando daba de mamar a Hércules. Entonces la tierra se vió tan sofocada que tuvo un sudor enorme; sudó todo el mar, que por esto es salado, puesto que todo sudor es salado, y para probar que así efectivamente ocurre, no tenéis más que probar el vuestro o el de los galicosos, igual me da.

Casi lo mismo sucedió aquel año, porque un viernes, cuando todo el mundo asistía devotamente a una hermosa procesión con muchas letanías y hermosos predicadores, suplicando a Dios omnipotente que en aquella tribulación les mirara con ojos de clemencia, vieron todos salir de la tierra grandes gotas de agua en la misma forma que cuando una persona suda copiosamente. El pobre pueblo comenzó a regocijarse como si el hecho hubiera de serles provechoso: los unos decían que como no había humedad en el aire de allí no podía esperarse la lluvia y la tierra suplía este defecto; los sabios afirmaron que era lluvia de los antípodas, como la que narra Séneca en el cuarto libro de *Questionum naturalium* al hablar del origen e historia del Nilo; pero unos y otros se vieron engañados, porque terminada la procesión, cuando quisieron coger de aquel rocío para beberlo ávidamente, se encontraron con una salmuera más amarga y más salada que el agua del mar.

Como en este día fué cuando nació Pantagruel, le impuso el padre tal nombre, porque *Panta*, en griego, quiere decir todo, y *Gruel*, en lengua agarena, significa sediento, queriendo decir con esto que en la hora de su nacimiento, todo el mundo estaba alterado y viendo en ello un espíritu profético que le

anunciaba que sería dominador de todos los alteramientos.

Esta profecía fué confirmada en el acto por otro signo más evidente: cuando su madre Badebec se dispuso a parirlo y las comadronas la rodearon, salieron primero de su vientre sesenta y ocho trajineros, agarrando cada uno por la cola a un muleto cargado de sal; después nueve dromedarios cargados de jamones y lenguas de vaca ahumadas, siete camellos cargados de anguiletas (Nota 112) y veinticinco carretas de puerros, cebolletas y cebollas. Todo esto llenó de espanto a las pobres comadronas, y algunas dijeron: «He aquí una buena provisión; con esto ya no nos apuraremos por el agua; este es buen signo, porque todas estas cosas son agujijones para el vino.»

Y cuando comadreaban de todo esto, salió Pantagruel, cubierto de pelo como un oso, de donde una de ellas dedujo proféticamente: «Ha nacido con todo el pelo, luego hará cosas maravillosas y, si vive, tendrá leyenda.»

CAPITULO III

LA PENA QUE TUVO GARGANTÚA POR LA MUERTE DE SU MUJER BADEBEC



CUANDO nació Pantagruel, ¿quién quedó desvanecido y perplejo? Gargantúa, su padre, porque viendo de un lado a su mujer, Badebec, muerta, y de otro a su hijo Pantagruel, recién nacido, tan hermoso y tan grande, no sabía qué decir ni qué hacer. La duda, que turbaba su entendimiento, era la de si debía llorar por el duelo de su mujer o reír por la alegría de su hijo. De uno y otro lado veía grandes argumentos sofísticos que le sofocaban, porque los hacía muy bien *in modo et figura*, pero no los podía resolver, y permanecía aturdido como ratón empegado o milano cogido en lazo.

—¿Lloraré?—decía—. Sí. ¿Por qué? Mi buena mujer ha muerto y era la más aquí, la más allá que había en el mundo. Jamás la veré. Jamás encontraré una como ella. Esta es para mí una pérdida inestimable. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hice

para que me castigues así? ¿Por qué no me enviaste la muerte primero que a ella? Vivir sin ella no ha de ser más que languidecer y morir. ¡Ay, Badebec, querida mía, mi conejito (tenía muy bien tres fanegas y dos tercios), mi tiernecita, mi bragueta, mi zapatito, mi pantufla, jamás te veré! ¡Ay, pobre Pantagruel, has perdido tu buena madre, tu dulce nodriza! ¡Ay, falsa muerte! ¡Tú eres maligna y ultrajante al robarme aquella cuya inmortalidad me pertenecía de derecho!

Diciendo esto lloraba como una vaca; pero de repente venía Pantagruel a su memoria y reía como un buey.

—¡Ay, mi hijito—decía—, mi conejito, mi piececito! ¡Eres alegre, risueño, gozoso! ¡Qué contento estoy! Bebamos, bebamos, dejemos la melancolía, escanciad de lo mejor, llenad los vasos, dame la jarra, echa fuera esos perros. aviva el fuego, enciende la luz, cierra la puerta, corta esas sopas, atiende a esos pobres, dales todo lo que pidan, trae mi ropa para ponerme el jubón para festejar bien a las comadres...

Diciendo esto, oyó la letanía y los *mementos* de los presbíteros que llevaban a su mujer; entonces cambió súbitamente de aspecto y arrebatado se fué hacia ellos exclamando:

—¡Señor, Dios! ¿Es necesario que me contriste todavía? Esto me enfada; ya no soy joven; voy para viejo, el tiempo es peligroso y podría coger una fiebre; estoy loco. A fe de gentilhombre, que es mejor llorar menos y beber más. Mi mujer ha muerto, y por Dios (*da jurandi*) que no he de resucitarla con mis lloros; está bien, está en el paraíso; por lo menos, si no está mejor, ruega a Dios por nosotros, es bien feliz, no sufrirá nuestras calamidades y miserias. Dios guarde a los muertos; a mí me es necesario pensar en dónde encontraré otra.

—He aquí lo que haréis—dijo a las comadronas (buenas gentes a quienes yo no puedo ver)—: id al entierro; mientras tanto yo me quedaré aquí con mi hijo, porque estoy muy alterado y me vería en peligro de caer enfermo. Antes tomaréis un buen trago y así os encontraréis muy bien, creedme por mi honor.

Obedeciéndole en todo marcharon al entierro y funerales, mientras el pobre Gargantúa quedó en el palacio con su hijo, haciendo el epitafio siguiente que se grabó sobre la tumba de su mujer:

Se me murió la noble Badebec
 y su muerte causóme gran sorpresa
 porque tenía de rabel la cara,
 cuerpo español y talle de holandesa.
 Que la perdone Dios sin dar rodeos;
 los dolores del parto la mataron;
 yace su cuerpo, que vivió sin vicio,
 y murió el año y día que pasaron.

CAPITULO IV

DE LA INFANCIA DE PANTAGRUEL



SEGÚN los antiguos historiógrafos y poetas, son muchos en este mundo los que han nacido de maneras bien extrañas, que serían muy largas de contar; leed el séptimo libro de Plinio si tenéis tiempo; pero entre ellas no encontraréis seguramente ninguna tan maravillosa como la de Pantagruel, pues es difícil creer lo que creció en poco tiempo. No tiene importancia lo de Hércules, cuando estando en la cuna mató las dos serpientes, porque éstas podían ser débiles y frágiles; Pantagruel, estando todavía en la cuna, hizo cosas verdaderamente admirables. No quiero decir a este tenor que se sorbía en cada uno de sus tentempiés la leche de cuatro mil seiscientas vacas, ni que para hacerle una gran pala a modo de cuchara para sus sopas fueron empleados todos los paleros de Saulmur en Anjou, de Villedieu en Normandía y de Bramont en Lorena, y su sopa se hizo en una enorme campana que todavía existe en Bourges, cerca del palacio; los dientes del muchacho eran ya tan fuertes y crecidos, que mordió un buen pedazo de dicha campana, como todavía puede comprobarse.

Un día por la mañana, cuando le quisieron hacer mamar de una de sus vacas (porque según la historia nunca tuvo otras nodrizas), se desligó de los que le tenían en la cuna, cogió la vaca por entre las patas delanteras y le comió las dos tetas y la mitad del vientre con la asadura y los riñones,

y la hubiera devorado por completo si ella no hubiese gritado horriblemente como si los lobos la tuvieran entre sus garras; al ruido acudieron todos y retiraron de Pantagruel la vaca, pero no pudieron hacerlo sin dejar en su poder una de las patas que tenía fuertemente agarrada y se la comió, como vosotros os comeríais una salchicha; quisieron quitarle el hueso y lo apresaba y lo masticaba como un cuervo marino haría con un diminuto pescado. Después comenzó a decir: Bien, bien, bien, porque todavía no hablaba con perfección, queriendo dar a entender que le había gustado mucho y que en lo sucesivo no le dieran otra cosa. Viendo esto los que le rodeaban, lo ataron con cables tan gruesos como las amarras de los barcos.

Cierto día, un oso enorme que criaba su padre se escapó y vino a lamerle el rostro, porque las niñeras no le habían limpiado bien las babas; entonces se desasíó de los cables con tanta facilidad como Sansón de entre los filisteos, cogió al señor oso, lo hizo pedazos como si fuera un pollo y se lo almorzó en salsa. Alarmado Gargantúa y temeroso de que le sucediera una desgracia, hizo forjar cuatro gruesas cadenas para sujetarlo y colocar en la cuna cabrestantes bien fuertes. De estas gruesas cadenas de hierro, había una en la Rochela entre las dos torres del puerto; otra está en Lyon; otra en Angiers y la otra se la llevaron los diablos para Lucifer, que se desencadenó en aquel tiempo a causa de un cólico que le atormentó extraordinariamente por haberse comido el alma de un preceptor en guisado para desayuno. De aquí se deduce que podéis creer muy bien lo que dice Nicolás de Lyra en aquel pasaje del salterio en donde escribe: *Et Og regem Basan* y cuenta que el rey Og, cuando niño, era tan fuerte y robusto que hubo necesidad de liarlo con cadenas a su cuna y así permaneció tranquilo y seguro, porque no podía romperlas, dado que le impedían mover sus brazos.

Pero he aquí que llega un día de gran fiesta en el que Gargantúa, su padre, obsequia con un gran banquete a todos los príncipes de su corte. Tan ocupados estaban todos en el servicio del festín, que nadie se cuidó de Pantagruel y por este motivo permaneció *a reculorum*. ¿Qué hizo? ¿Qué hizo, amigos míos? Escuchad: Probó a romper las cadenas con los brazos, pero no pudo porque eran muy fuertes; entonces pa-

taleó tanto que rompió la tabla posterior de la cuna, que era un grueso poste de siete palmos cuadrados; cuando tuvo fuera los pies, se estiró lo mejor que pudo hasta tocar tierra; entonces con gran vigor se levantó llevando la cuna a la espalda y liado de forma que parecía una gran tortuga subiendo por una muralla; al verlo creyeron que era una enorme carreta de quinientas toneladas.

En esta forma entró en la sala del banquete, asustando a la concurrencia; pero como tenía sujetos los brazos, no podía coger nada para llevárselo a la boca, por lo que con gran pena se inclinó para coger con la lengua alguna golosina.

Al verlo su padre, se acordó de que no le habían dado de comer, y aconsejado por los príncipes y señores allí presentes ordenó que le quitaran las cadenas; además dijeron los médicos de Gargantúa que, si se le tenía así en la cuna, estaría toda su vida sujeto al mal de piedra.

Una vez desencadenado le hizo sentar y comió fuertemente; después hizo su cuna cinco mil tres pedazos de un puñetazo que le dió en medio, con gran despecho y entre protestas de no volver a ella.

CAPITULO V

LOS HECHOS DE PANTAGRUEL EN SU ADOLESCENCIA



De día en día se desarrollaba Pantagruel en forma apreciable a simple vista, con lo cual su padre, por afición natural, se regocijaba mucho. Para que se divirtiera cazando pajarillos le hizo construir una ballesta que se llama hoy la gran ballesta de Chantelle (Nota 113).

Después lo envió a la escuela para que estudiara en relación con su edad; a este fin lo mandó a Poitiers y aprovechó bien el tiempo: viendo que en aquel lugar los escolares estaban locos de ocio y no sabían qué hacer para pasar el tiempo, se compadeció de ellos y un día cogió de una cantera, que se llama de Passelourdin, una enorme piedra que tenía de superficie doce toesas cuadradas y de espesor catorce palmos

y la colocó con mucho cuidado en medio de un campo sobre cuatro pilares a fin de que los estudiantes, cuando no supieran qué hacer, subieran sobre dicha piedra y banquetearan allí con mucho vino, jamones y pasteles, y escribieran sus nombres con cuchillos; hoy se llama la *Piedra levantada*. En memoria de esto no se admite la matrícula en dicha Universidad de Poitiers de ninguno que no haya bebido en la fuente caballina de Crousteller, pasado por la cantera de Passelourdin y subido a la *Piedra levantada*.

Después, leyendo las amenas crónicas de sus antepasados, encontró que Godofredo de Lussignan, llamado Godofredo *Dientazos*, abuelo del primo de la hermana pequeña de la tía del yerno del tío de la nuera de su suegra, estaba enterrado en Maillezais, y resolvió tomar un día *campos* para visitarlo como hombre de bien (Nota 114).

Saliendo de Poitiers con algunos compañeros pasaron por Legugé, visitando al noble Ardillón, abad; por Lussignan, por Sansay, por Celles, por Colonges, por Fontenay le Compte, saludando al docto Tiraqueau, y llegaron a Maillezais para ver el sepulcro de Godofredo *Dientazos*; tuvo un poco miedo al ver su escultura, porque le representaba furioso y con la espada sacada a medias de su vaina. Preguntó la causa de esto y los canónigos le dijeron que no era otra sino que *Pictoribus at que poetis*, etc., es decir, que los pintores y los poetas tienen libertad para pintar a su placer todo lo que quieran; pero él no se conformó con esta respuesta y dijo: «No le han retratado así sin motivo; sin duda a su muerte le hicieron algún entuerto, del cual pide venganza a sus parientes. Yo me enteraré bien de todo y haré todo lo que sea de razón.»

Marchó, pero no a Poitiers, pues quiso antes recorrer las universidades de Francia; pasó a la Rochela y de allí se dirigió por mar a Burdeos, en donde no encontró otros grandes ejercicios que los de los bateleros jugando al hoyo en la ribera. De allí fué a Tolosa, en donde aprendió muy bien a danzar y a esgrimir la espada de dos manos como es costumbre de los escolares de aquella Universidad; pero resolvió marchar cuando vió que hacían tostar a los regentes como arenques salados, diciendo para sí: —Dios no quiere que aquí permanezca porque ya soy por mi naturaleza bastante sediento sin necesidad de que me calienten para serlo más.

Llegó después a Montpellier y le agradaron los vinos de Mirevaulx y los compañeros; empezó a estudiar la medicina, pero vió que el claustro era fastidioso y melancólico y los médicos manejaban las lavativas como diablos viejos, y pasó a estudiar leyes; al ver que allí no había más que levantiscos y enredadores y una caterva de legistas, se marchó también. En el camino hizo el puente de Guard y el anfiteatro de Nimes en menos de tres horas, y parecen obras más divinas que humanas; pasó a Avignon, en donde sólo estuvo tres días y no quiso enamorarse porque las hembras de allí, como es tierra papal, se entregan voluntariamente a todos.

Al ver esto su pedagogo Epistemon, lo llevó a Valence del Delfinado; allí no pudieron ver otra cosa interesante sino a los palurdos de la ciudad, que apaleaban a los estudiantes, lo que le produjo gran disgusto; un hermoso domingo, cuando bailaba en la plaza todo el mundo, un estudiante quiso tomar parte en la danza y no se lo permitieron los palurdos; viendo esto Pantagruel apaleó a todos y les dió caza hasta la orilla del Ródano, en donde quiso hacerles nadar; pero ellos se metieron en la tierra como topos media legua antes de llegar; entonces aparecieron las célebres cuevas de aquel sitio. Marchó y de tres pasos y un salto se presentó en Angiers, en donde se encontró muy bien y hubiera permanecido mucho tiempo si no se hubiera presentado la peste.

Pasó entonces a Bourges, y allí, durante largo tiempo y con gran aprovechamiento, estudió leyes. Algunas veces decía que los libros de aquel estudio le parecían un hermoso ropaje de oro, triunfante y precioso a maravilla; pero bordado de mierda, porque en el mundo no hay libros tan hermosos, tan adornados, tan elegantes como los textos de los Pandectas; pero sus bordados, es decir, la glosa de Accurso, es tan desabrida, tan infame, tan punible, que no es más que suciedad y villanía.

De Bourges se fué a Orleáns, en donde encontró muchos y muy robustos escolares, que le recibieron con buena cara y en poco tiempo le enseñaron a jugar con perfección a la pelota, aun cuando ya sabía bastante, pues ellos eran verdaderos maestros.

No quería romperse la cabeza a estudiar por temor de que se le disminuyera la vista, pues un quídam de aquellos re-

gentes dijo con seriedad en una de sus lecciones que no hay cosa más contraria para la vista que la enfermedad de los ojos.

Un día que se licenció en leyes, uno de sus compañeros, que no conocía de la ciencia más que la portada, pero, en cambio, sabía muy bien bailar y jugar a la pelota, hizo el blasón y la divisa de los estudiantes de aquella Universidad diciendo:

«La pelota, en la bragueta;
en la mano, una raqueta;
una luz en la corneta,
dispuesto al baile el talón:
éste es, doctor, tu blasón.»

CAPITULO VI

PANTAGRUEL ENCUENTRA UN LIMOSIN QUE TERGIVERSA LA LENGUA FRANCESA



o no sé cuándo, cierto día, Pantagrúel se paseaba después de cenar con sus compañeros, por la puerta que da hacia el camino de París, y encontró allí a un alegre estudiante que venía hacia la ciudad; después de haber cambiado el saludo le preguntó:

—¿De dónde vienes a estas horas, querido amigo?

—De la ilustre, ínclita y célebre academia que se *vocita* Lutecia—respondió el escolar.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Pantagrúel a uno de los suyos.

—Que viene de París—contestó el interpelado.

—¿Y cómo pasáis el tiempo en París los señores estudiantes?—volvió a preguntar Pantagrúel.

—*Transfretamos* la ribera *Sequana* desde el *dilúculo* hasta el crepúsculo; *deambulamos* por los compartimentos y las vías de la urbe; espumamos la *verbocinación latial*; como *verosímiles amorhabientes*, nos captamos la benevolencia del

omnipotente, omniforme y omnigeno sexo femenino. Ciertos *diículos* nos inmiscuímos en los lupanares de Champ-gai-llard, Matcón, Cul-de-sac-de-Bourbon, de Huslien, etc., y en éxtasis venéreo inculcamos nuestras véretras en los penitentes receptáculos de las pudendas de aquellos meretrículos amigabilísimos; después aprehendemos en las tabernas meritísimas de la Pomme, Castell, Madeleine y Mulle, bellas espáldulas de carnero, perforamiminadas de perejil, y si por fuerte fortuna hay raridad o penuria de pecunia en nuestras escarcelas y están exhaustas del metal ferrugíneo para el escote, dimitimos nuestros códigos y vestidos, pignorados hasta la llegada de los tabularios procedentes de los penates y lares patrios.

—¿Pero qué diablo de lenguaje es éste?—objetó Pantagruel—. ¡Por Dios, que tú eres algún herético!

—Señor, no; porque libentísimamente, en cuanto *ilucerce* un minutículo del día, emigro a uno de esos tan bien arquitectados monasterios, y allí, irrigándome de hermosa agua lustral, mastico un pedazo de cualquiera *mísica* precación de nuestros *sacrificífices* y mascullando además mis *precíficas horas* hago abstersión en mi alma de las iniquidades nocturnas. Yo reverencio a los *olimpícolas*. Yo venero *latrialmente* al sobrenatural *Astripotente*. Yo amo a mis prójimos. Yo guardo las prescripciones decalógicas y según el *poderículo* de mis fuerzas no me aparto de ellas un *negrículo* de uña; si bien es cierto que, a causa de que Fortuna no *superpurgita* gota en mis alcancías, soy un poco raro y lento para supergurgitar la limosna a estas gentes pidientes de su estipendio *ostialmente*.

—¡Mierda! ¡Mierda!—gritó Pantagruel—. ¿Qué quiere decir ese loco? Yo creo que nos forja aquí un lenguaje diabólico y nos encanta como un fascinador.

—Señor—le dijo uno de sus compañeros—, sin duda este buen mozo quiere tergiversar la lengua de los parisienses; pero no hace más que descortezar el latín y señalar pretensiones de pindarizar; sin duda cree que es un gran orador en lengua francesa porque retuerce la manera ordinaria de hablar.

A lo cual dijo Pantagruel al recién llegado:

—¿Es cierto eso?

—Señor monseñor, mi carácter no es nativamente apto,

como dice ese corrompido mentor, para escoriar el cutis de nuestro léxico gálico; pero viceversamente me ocupo y atareo por hojas y ramas de acoplarlo a la redundancia *latinicoma*.

—Por Dios, que he de enseñaros a hablar; pero antes contestadme: ¿de dónde eres?

—El origen primitivo de mis abuelos y bisabuelos fué indígena de las regiones lemosínicas en donde *requiesce* el cuerpo del santo sacrosanto San Marcial.

—¿Tú eres lemosín por tu papilla y quieres destrozar el parisiense? Ven acá y te peinaré un poco.—Y lo cogió de la garganta, diciendo: —Tú descortezas el latín, y, por San Juan, te enseñaré a descortezar zorros, porque te descortezaré vivo.

Al oír esto comenzó el pobre lemosín a decir:

—Déjame, gentilastre, déjame. ¡Ay, San Marcial, ayúdame en nombre de Dios, que me rompen la garganta!

—¡Hola!—exclamó Pantagruel—. Ahora parece que hablas con naturalidad—y lo dejó porque el pobre hombre se cagaba en las calzas, gritando: —¡Cuerno, qué cebollino! ¡Al diablo el *masca nabos*! (Nota 115). ¡Y qué mal huele!

Pero el muchacho quedó tan alterado, que toda su vida le pareció que Pantagruel lo tenía cogido del cuello.

Al cabo de algunos años murió de la muerte de Rolando (Nota 116), operándose así en él la venganza divina y confirmando lo que dice el filósofo Aulo Gelio, esto es, que se debe hablar del modo corriente, y lo que observaba Octavio Augusto, que se debe huír de las palabras extrañas y difíciles, como los patrones de navío huyen de las rocas en el mar.

CAPITULO VII

CÓMO PANTAGRUEL LLEGÓ A PARÍS Y DE LOS HERMOSOS LIBROS
DE LA BIBLIOTECA DE SAN VÍCTOR

LUEGO que Pantagruel hubo estudiado bastante en Aurelians determinó visitar la gran Universidad de París; pero antes de partir le advirtieron que en la iglesia de Saint-Aignan había en tierra una enorme campana desde hacía doscientos catorce años, porque no había manera ni aun de meterla dentro de la torre, aun cuando se habían ensayado todos los medios que proponen *Vitruvius, de architectura*; *Albertus, de re edificatoria*; *Euclides, Theon, Archimedes* y *Hero, de ingeniis*, y ninguno había servido para nada. Pantagruel, atendiendo a las humildes súplicas de aquellos vecinos, accedió a llevarla al campanario que a este fin habían levantado. Llegó adonde estaba la campana y la levantó con el dedo pequeño, como si fuera un cascabel; pero antes de llevarla a su sitio quiso dar una vuelta con ella por la ciudad, haciéndola sonar en todas las calles llevándola en la mano, de lo que todos se asustaron fuertemente; no fué éste el único mal, sino que al sonar de aquella manera todo el buen vino de Aurelians se removi6 y se avinagró, de lo que no se enteraron hasta la noche siguiente, porque uno de ellos se vió tan alterado a causa de haberlo bebido, que no hacía más que arrojar esputos tan blancos como el algodón de Malta y decía: «La marcha de Pantagruel nos ha dejado la boca salada.»

Por fin llegó a París con su gente, y todos salían fuera de sus casas para verle, pues ya sabéis que el pueblo de París es necio por natura, por becuadro y por bemol; le miraban embobados y temerosos de que se llevara sus palacios a cualquier país, *a remotis*, como su padre se había llevado las campanas de Nuestra Señora para adornar el cuello de su borrica.

Después de algún tiempo, cuando ya se estableció bien y hubo estudiado las siete artes liberales, dijo que aquélla era

una villa para vivir, pero no para morir, porque los mendigos de San Inocente se calentaban el culo con los huesos de los muertos.

La biblioteca de San Víctor le pareció magnífica, así como algunos libros que encontró en ella, comprendidos en el siguiente catálogo (Nota 117):

Bigua salutis.

Bragueta juris.

Pantofla decretorum.

Malgranatum vitiorum.

El Pelotón de Teología.

El Andrajo de los predicadores compuesto por Tirelupín.

La bolsa testicular de los prestes.

El beleño de los Obispos.

Marmotretum de baboinis et cingis cum comento Dorbellis.

Decretum universitatis parisiensis super gorgiasitate muliercularum ad plácitum.

La aparición de Santa Gertrudis a una beata de Poissy, cuando estaba en un mal parto.

Ars honeste pettandi in societate, per M. Ortuinum.

El Mostacero de la penitencia.

Las botas o polainas de la paciencia.

Formicarium artium.

De Brodinorum usu et honestate chopinaudi, per Silvestrem Prieratem Iacopinum.

El hambriento en la corte.

El Cesto de los notarios.

El Contrato del matrimonio.

El Crisol de la contemplación.

Las Bambollas del Derecho.

El Aguijón del vino.

La espuela del queso.

Decrotatorium scholarium.

Tarteretus, de modus cacandi.

Las rondallas de Roma.

Bricot, de differentiis soupparum.

La camisa de disciplina.

El zapato de humildad.

El Trípode del buen pensamiento.

El Calderón de la magnanimidad.

Las Cotas de malla de los confesores.

La Cobertera de los curas.

Reverendi patris fratris Lubini, provincialis Bavardi, de croquendis lardónibus, libri tres.

Parquilli, doctoris marmorei, de capreolis cum chardoneta comedendis, témpore papalis at Ecclesia interdicto.

La invención de la Santa Cruz por seis personajes, juzgada por los clérigos nuevos.

Los Anteojos de los zuavos pontificios.

Majoris, de modo faciendi boudinos.

La Cornamusa de los prelados.

Beda, de optimitate triparum.

La compulsión de los abogados sobre la reforma de las grajeas.

El Gato-azuzado de los procuradores.

Guisantes con tocino *cum comento.*

El pastel de indulgencias.

Preclarissimi juris utriusque doctoris. Maistre Pilloti Raquedenaire, de bobelinandis sepetitio enucidichuenlidísima.

Stratagema francarchieri.

Franctopinus de re militari, cum figuris Tevoti.

De usu et utilitati escorchandi eguas et eguas, anetore M. Nostro de Quevecu.

La Suspiciacia de los oyentes.

M. N. Rotoscortoiambedanesse, de munstarda post prandium servienda, lib. quatordecim, apostilati per M. Vaudillonis.

El derecho de pernada de los Proinotores.

Jabolenus, de cosmographia purgatorii.

Questio subtilísima utrum Chimera, in vacuo bomvinanos, possit comedere secundas intentiones? : et fuit debatuta per duen hebdomas in concilio Constantiensi.

El Hambre canina de los abogados.

Barbovillamenta Scoti.

El murciélago de los cardenales.

De Calcaribus removendis décadas undecim, per M. Albericum, de Rosata.

Ejusdem, de castrametandis crinibus, lib. tres.

La entrada de Antonio de Leyva en las tierras del Brasil.

Marforii bacalarii cubentis Rome, de pelendis mascarendisque cendinalium mulis.

Apología de aquél, contra aquellos que dijeron que la mula del Papa no come más que a sus horas.

Pronosticatio que incip: Silvie Triqueville balata per M. N. Sangecruyson.

Boudarini, episcopi, de emulgentiarum profectibus ennea-des novem, cum privilegio papali ad triennium, et postea non.

La Cagada de las muchachas.

El Culo pelado de las vejigas.

El capuchón de los monjes.

Los Cascabeles de los padres celestinos.

El Barraje de los barrigudos.

La Dentera de los palurdos.

La Ratonera de los teólogos.

Los Ahorros de los maestros en artes.

Los Marmitones de Oleam en primera tonsura.

Magistri N. Fripesaulcetis de grabelationibus horarum canonicarum, liq. quadraginta.

Cullebutatorum confratriarium, incerto anetore.

El capuchón de los legos.

El mal olor de los españoles superferolíticamente cantado por Fray Iñigo.

El Bozal de los golosos.

Poltronisimus rerum Italicarum, auctore magistro Brus-lefer.

R. Lullius, de batisfolagiis principum.

Callibistratorium caffardie, auctore M. Jacovo Hoestrale hereticometra.

Chanleovillanis, de magistro nostrandorum magistro nostrandorumque bebetis, lib. octo galantisimi.

Las Pedorreras de los bulistas, copistas, escritores, abreviadores, refrendatarios y datarios, compiladas por Regis.

Almanaque perpetuo para los gotosos y galicosos.

Maneries ramonandiournellos, per M. Eccium.

Las cuerdas de los marchantes.

Los Cuidados de la vida monacal.

La Jarana de los devotos.

La Historia de los frailes mendicantes.

- La Pordiosería de los ricos.
 Las Buenas apariencias de los menestrales.
 Las Almadreñas de los avaros.
Badinatorium Sorboniformium.
Antipericatamentanaparbeu gcdamphicribationes merdi-
cantium.
 El caracol de los poetastros.
 El Soplete de los alquimistas.
 Las Trapacerías de los cuestores, amasadas por el herma-
 no Serratis.
 Los Ungüentos de la religión.
 El Gancho de los campaneros.
 El Sostén de la vejez.
 El Mosquitero de la nobleza.
 Los Grilletes de devoción.
 La Marmita de las cuatro estaciones.
 El Mortero de la vida política.
 El Gorrión de los eremitas.
 La Copia de los penitenciarios.
 El Triquitraque de los hermanos en clausura.
Lourdanlus, de vita et honestitate bragmardorum.
Liripii, sorbónici moralisationis, per M. Lupoldum.
 Las Cantimploras de los viajeros.
 Los Potingues de los Obispos pctativos.
Tarrabullationes doctorum Coloniensium a d v e r s u s
Reuchlin.
 Las Campanillas de las damas.
 Las Marrullerías de los prestamistas.
Virevoustorium naaquetorium per F. Pedebilletis.
 Los Lujuriosos de audacia franca.
 La Suerte de los locos y temerarios.
 Gerson, *de auferibilitate pape ab Exclesia.*
 El Gorjeo de los examinados y graduados.
Jo. Dytebrodii, de tenibilitate escommunicationibus libellu-
lus acephalos.
Ingeniositas invocandi davolos et diavolas per M. Guin-
gualfum.
 El Potaje de los fieles.
 La Lanza morisca de los heréticos.
 Los Infundios de Cayetano.

Moillegroin, doctoris cherubici, de origine palepelutarum et torticollorum ritibus, lib. setem.

Sesenta y nueve Breviarios de alta gracia.

El Gundemaro de las cinco órdenes de mendicantes.

La Peletería de los pobres diablos, extraída de la polaina inhumana, *incornifistibulada* en la suma angélica.

El Barredor de los casos de conciencia.

La Barriga de los Presidentes.

La Bufonería de los abades.

Sutoris, adversus quemdam, qui vocaverat cum fripponatorum et quod fripponatores non sunt damnati al Ecclesia.

Cacatorium medicorum.

El Deshollinador de Astrología.

Campi Clisteriorum per C.

La Jeringa de los boticarios.

El Besa-culos de cirugía.

Justinianus, de cagotis tollendis.

Antidotarium ánime.

Merlinus Coccaius, de patria diabolorum.

De los cuales algunos están ya impresos y los otros se irán imprimiendo en esta noble villa de Tubinga.

CAPITULO VIII

PANTAGRUEL, ESTANDO EN PARÍS, RECIBE UNA CARTA DE GARGANTÚA;
CONTENIDO DE LA CARTA



PANTAGRUEL estudiaba mucho, como sabéis, y aprovechaba bien el tiempo porque tenía capacidad, entendimiento y memoria en la medida de doce pellejos y doce toneles de aceite. Estando dedicado a sus tareas, recibió un día una carta de su padre, Gargantúa, cuyo contenido era como sigue:

«Mi querido hijo: Entre los dones, gracias y prerrogativas de que el soberano hacedor, Dios todopoderoso, ha rodeado y adornado la humana naturaleza en su principio, me parece la más singular y excelente aquella por la cual puedes, siendo

mortal, adquirir una especie de inmortalidad, y en el transcurso de tu vida transitoria perpetuar tu nombre y tu simiente por medio de la generación en matrimonio legítimo. Así en algún modo se nos restituye lo que se nos quitó por el pecado de nuestros primeros padres, de los que se dice que por no haber sido obedientes a los mandatos divinos morirían, y por la muerte sería reducida a la nada la magnífica contextura natural del hombre.

Por este medio de propagación seminal queda y permanece en los hijos lo que se pierde en los padres, y en los nietos lo que se pierde con los hijos, y así sucesivamente hasta la hora del juicio final, cuando Jesucristo haya devuelto a su padre su reino pacífico, libre de todo mal y contaminación de pecado, porque entonces cesarán todas las generaciones y contaminaciones, quedarán los elementos fuera de sus transmutaciones continuas, porque la paz tan deseada se verá consumada y perfecta, y todas las cosas habrán llegado al fin y término de su perfección.

He aquí por lo que, no sin justa causa, doy gracias a Dios mi conservador, porque me ha concedido ver cómo mi decrepitud florece en tu mocedad. Así, cuando por el gusto del que todo lo rige y modera, mi alma deje esta habitación humana, no me reputaré totalmente muerto al pasar de un lugar a otro, toda vez que en ti y por ti permanece mi imagen en este mundo visible, viviendo y conversando con gentes de honor y amigos míos, como yo solía hacerlo, conversación mía que, mediante la ayuda y gracia divinas, transcurrió, no sin pecado (porque pecamos todos los días y continuamente requerimos a Dios para que borre nuestras faltas), pero sí sin reproche.

En ti, pues, vive la imagen de mi cuerpo; si en forma parecida no relumbraran las virtudes del alma, no te consideraría como guarda y tesorero de la inmortalidad de nuestro nombre, y el placer que tendría viéndote sería bien pequeño al considerar que la peor de mis partes, que es el cuerpo, permanecía, y la mejor, que es el alma, por la que queda el nombre y recibe la bendición de los hombres, aparecía degenerada y bastardeada; no digo esto por tener desconfianza de tu virtud, que antes de ahora me la has demostrado, sino para alentarte a marchar siempre de bien a mejor.

Esto que ahora te escribo no sólo es para que vivas ahora en la virtud, sino para que además te regocijes de hacerlo y haberlo hecho y cobres alientos para continuar en la misma forma, para cuyo efecto te puede ayudar la consideración de que yo así lo hice. Puedes creer que para mí no hay tesoro en el mundo que me atraiga tanto como el verte alguna vez en mi vida perfecto en absoluto, tanto en virtud, honestidad y buen nombre, como en saber liberal, y dejarte cuando me muera como un espejo que represente la persona de tu padre, y si no tan excelente como yo te sueño, lo más aproximado a este ideal que la realidad permita.

Haciendo esto mismo conmigo mi querido padre Grandgousier, de grata memoria, puso todos los medios para que yo llegase a dominar con perfección el saber político, y mi estudio y mi trabajo correspondieron tan bien, que vió rebasado su deseo, aunque, como comprenderás, el tiempo no era tan idóneo ni cómodo para las letras como hoy, y no tuve tanta abundancia de preceptores como tú has tenido. El tiempo era entonces tenebroso, y todo se resentía de la calamidad de los Godos, que destruyeron toda nuestra buena literatura; pero por la bondad divina, la luz y la dignidad de mi juventud estuvo entregada al estudio, aun cuando tan a menos he venido que con dificultad sería recibido entre los escolares principiantes, y en mi edad viril fuí reputado (y no sin motivo) como uno de los más sabios del siglo.

Esto no lo digo por jactancia vana, aunque escribiendo pudiera hacerlo, como sabrás que dice Marco Tulio en su libro *Vejez* y confirma la sentencia de Plutarco en su obra intitulada *Cómo se puede uno alabar sin dificultades*, sino para excitarte a hacer más que lo que yo hice.

Ahora todo el estudio se concentra en el conocimiento de las lenguas muertas: griego, sin poseer el cual es vergonzoso que un hombre se llame sabio; hebreo, caldeo y latín. Los impresos tan elegantes y correctos en uso hoy, que por inspiración divina se inventaron en mi tiempo, como, por el contrario, la artillería, por sugestión diabólica, hacen que todo el mundo esté lleno de sabios, de preceptores doctísimos, de librerías amplias, y tengo por seguro que ni en tiempo de Platón, ni de Cicerón, ni de Papiniano, había para el estudio la comodidad que hay ahora. No habrá en lo sucesivo quien an-

tes de salir a plaza no se haya fortificado en la oficina de Minerva, y preveo que los vagabundos, los verdugos, los aventureros y los palafreneros de mañana serán más ilustrados que los doctores y los predicadores de hoy.

¡Qué digo! Hasta las mujeres y las niñas han aspirado a este maná celestial de la buena doctrina, mientras en mi juventud se me prohibió estudiar las letras griegas, y sin despreciarlas, como Catón, no las he aprendido hasta después; hoy me deleito leyendo la Moral de Plutarco, los hermosos Diálogos de Platón, los Monumentos de Pausanias y las Antigüedades de Atheneo, esperando la hora en que Dios quiera llamarme y obligarme a salir de esta tierra.

Por lo dicho, hijo mío, te amonesto a que emplees bien tu juventud y la aproveches en la virtud y en el estudio. Estás en París y tienes a tu preceptor, Epistemon: lo uno, para recreos y agradables instrucciones; al otro, para laudables ejemplos y para endoctrinarte.

Quiero que aprendas perfectamente las lenguas: primero, el griego, como quería Quintiliano; después, el latín; luego, el hebreo para las Letras sagradas, y, por último, el caldeo y arábigo, para el mismo objeto. Que formes tu estilo, en cuanto al griego, a la manera de Platón; en cuanto al latín, a la de Cicerón. Que no haya historia que no conozcas, a lo cual te ayudará la Cosmografía. De las artes liberales, geometría, aritmética y música, te he dado nociones cuando eras pequeño, a la edad de cinco o seis años; sigue estudiándolas y aprende todos los cánones de la Astronomía. Deja a un lado la Astrología adivinatoria y el arte de Lullius, como cosas tontas y vanas. De Derecho civil quiero que sepas todos los textos y los compulses y comentarios con ayuda de la Filosofía.

Después examina cuidadosamente los libros de los médicos griegos, árabes y latinos, sin despreciar los talmudistas y cabalistas, y por frecuentes anatomías podrás adquirir conocimiento perfecto del organismo humano.

Durante algunas horas del día examina también los santos libros: primero, en griego, el Nuevo Testamento y las Cartas de los Apóstoles; después, en hebreo, el Antiguo Testamento.

Procura, en suma, reunir gran cantidad de ciencia, porque luego cuando crezcas y te hagas hombre te será preciso salir de esa tranquilidad y reposo del estudio para aprender la

equitación y las armas para defender mi casa y socorrer a nuestros amigos en todos sus azares y contra los asaltos de los malhechores. Quiero también que en breve demuestres tu aprovechamiento en controversias públicas de todo saber junto a todos y frente a todos, tanto con los hombres de letras que haya en París como con otros.

Pero como, según el sabio Salomón, la sabiduría nunca entra en las almas malévolas, y ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma, te conviene servir, amar y rogar a Dios, dirigirle todos tus pensamientos y todas tus esperanzas, y por la fe y la caridad juntarte a él de manera que no pueda separarte el pecado. Evita los engaños del mundo. No entregues tu corazón a la vanidad, porque esta vida es transitoria, y la palabra de Dios es eterna. Vive al servicio del prójimo y ámale como a ti mismo. Reverencia a tus preceptores, huye de las malas compañías y no emplees en vano las gracias de que Dios te ha dotado. Cuando conozcas que has adquirido todo el saber que ahí puedes adquirir, vuelve a mi lado para que yo te vea y te dé mi bendición antes de morir.

Hijo mío: la paz y la gracia de Nuestro Señor sea contigo. *Amén.*

De Utopía, en el décimoséptimo día del mes de marzo.

Tu padre,

GARGANTÚA.»

Cuando Pantagruel recibió esta carta vió aumentar su buen ánimo y se dispuso a aprovechar más que nunca; viéndolo estudiar y aprender, se hubiera dicho que los libros eran para su espíritu como la leña para el fuego, pues sin cesar se hacía fuerte y poderoso.

CAPITULO IX

ENCUENTRA PANTAGRUEL A PANURGO, Y HACE AMISTAD
CON ÉL PARA TODA SU VIDA



UN día paseaba Pantagruel fuera de la villa, hacia la Abadía de San Antonio, discutiendo y filosofando con sus gentes y algunos escolares, cuando vió llegar un hombre de buena estatura y gentil talle, pero lamentablemente desgarrado y herido en diversos sitios; parecía escapado de una jauría, o, mejor, un ladronzuelo de peras del país de Perché.

Tan pronto como Pantagruel le divisó, dijo a sus amigos: —¿Veis ese hombre que viene por el camino del puente de Charentón? A fe mía que sólo es pobre en cuanto a su suerte; yo os aseguro que su fisonomía la produjo natura de noble y rico linaje; pero las aventuras y los malos encuentros lo han reducido a indigencia y penuria.

Cuando hubo llegado junto a ellos le dijo:

—Amigo mío, os ruego que os detengáis un poco conmigo y me contestéis a lo que he de preguntaros; de ello no habéis de arrepentiros, porque tendría mucho gusto en prestaros ayuda con todo mi valer en la calamidad en que os veo, porque me dais mucha lástima; decidme por tanto, amigo mío, ¿quién sois? ¿De dónde venís? ¿Adónde vais? ¿Qué buscáis?

Y el interpelado respondió en lengua germánica: —*Iunker Sott geb euch glüch ung heil zunor. Lieber Iunker, ich lasz ench wissen, das da ihr mich von fragt ist ein armund erbani-lich dign, und wer viel darron zusagen, welches euch verdrüssig zu hosen und mir zu erzelen wer wierwol die pöeten und oratoru vorzeiten haben gesagt in ihren sprüchen und sententzen, darz die gedechutnus des elends und armuths vorlaugst eslitten ist eine grosse lust* (Nota 118).

—Querido amigo—dijo Pantagruel—, yo no entiendo ese galimatías; si queréis que os comprenda, hablad otra lengua.

Y replicó el huésped: —*Albarildim gotfano dechmin brin alabo dordio falbroth singuam albaras. Nin portradikin al-*

mueatin milko prin aleemin en thoth dalheben ensonim: Kuthim al dum alkatim sum broth dechot porth min michais in endoth, pnich daimaisolum hol moth damfrihim lupaldas im voldemoth. Nin hur diavosth umarbotim dalgonoch palfrapin duc im scoth pruch galeth dal Chinon, suin foulchsich al lonin butathen doth dal prin.

—¿Entendéis algo?—preguntó Pantagrúel a los suyos.

—Yo creo—dijo Epistemón—que ese lenguaje es el de los antípodas, o el diablo me muerda.

Por lo que Pantagrúel advirtió al recién llegado: —Compadre, yo no sé si las murallas os entenderán, porque de nosotros ninguno entiende jota.

Y él, obstinado, continuó: —*Signor mio, vedete per essempro che la cornamusa non mona mai sella non ha il ventre pano: lori io pasimente non vi saprei contare la mie fortune se prima il tribulato ventre non ha la sollicità sefettione. Al quale é aduiso che le mani é li denti hatbicano perso il losa ordini naturale é del tuto aunichillati.*

A lo que dijo Epistemón: —Estamos lo mismo que antes.

Y siguió Panurgo: —*Lord, if gou beso ver tuons of intelligence, as gou be naturally seliaved to the body, gou echould have pity of me: for nature hath made us equal, but fortune hath Dme exalted, and oihers deprived and the vertuns men despised: for befose the last end none is good.*

—¡Cada vez entendemos menos!

—*Iona andie guanssa goussy etan beharda er remedio beharde versela ysser landa. Aubat es otoy y es nausu ey nesa ssust gourray proporian ordine den. Nouyssena bayta facheria egabe geu herassy nay dassuna. Estou oussye eg vinau sourz hien er clarstusa egnz harm. Genicoa plasar vadu.*

—¿Luego sois Genicoa?—preguntó Eudemón.

—Que San Teignan me zurza, pícaros, si os entiendo—intervino Carpalín.

Y siguió Panurgo: —*Prug pest pinot sorgdmand strochdi dohds pag boleleaag granot Mauyguy pomasdiesl rusth pkalhdraeg. Deuniere pres Nays. Couille kalmuch monach dmpp del meupplist sinco dimd dobelb up dsent loch mine stz singiald de vins ders cordelis bur jocst. stzampenards.*

A lo que replicó Epistemón:

—¿Hablas en cristiano, amigo mío, o en lenguaje patelino?

—Es lenguaje linternés—dijo Panurgo, y prosiguió—: *He cre ki en spseeke anders geen taele dan kerstin taele; muy dunhs noghtans, al en seg ik u miet een woordt mynen noot verklaert genoegh wat ik begeere: geeft my nut bennhertighet yets waar van ik genoet maghzyn.*

Y repuso Pantagruel:

—Pues estamos lo mismo.

Panurgo continuó:

—Señor: *de tanto hablar yo soy cansado, porque yo suplico a vuestra reverencia que mire oi los preceptos evangélicos, para que ellos muevan vuestra reverencia a lo que es de conciencia; y si ellos non bastaren para mover vuestra reverencia a piedad, yo suplico que mire a la piedad natural, la cual yo creo que lo moverá, como es de razón, y con eso non digo más.*

—Ya veo, querido amigo—dijo Pantagruel—, que sabéis muchas lenguas; pero decidnos lo que queráis en alguna que podamos entenderos.

Y siguió Panurgo:

—*Min Hesse: endeg ieg med ingeu tunge talede ligerom bom, oe uskellige escatunse: Mine klodebon, oe mit legonis magerhed udniser olligevel klarlig huad ting ning bert bohof giosis som er sandelig mad oe drieke. Huarfor forbarme dig oprer mig, oe befal et gisne mignoget af huileket ieg kand styre min giocendismage ligenisie som mand «Cerbero» en suppe forfetter: Saer skalt du lefue læenge oe lycksalig.*

—Yo creo—dijo Eustenes—que los godos hablaban así, y, si Dios quisiera, así hablaríamos nosotros con el culo.

—*Adon sealom lecha: im ischar harobhal hebdeca bimeherat thithen li kikar lehem: chanchat ub al Adonai chonen sal.*

—¡Ahora sí que comprendo!—exclamó Epistemón—. ¡Esa es lengua hebrea y muy retóricamente pronunciada!

Y continuó el lingüista:

—*Despota ti nyn panagethe diati si mi onk artodotis? Horas gar limo analiscomenon eme athlion, ke en to metacœy me ouk eleis ondamos zetis de par emon ha ou chse. Ke homos philologi pemtes homo logousi toti logous te ke remata peritta huyparchin, opote pragma afto pasi delon esti. Entha gar amankei monon logi isin hina pragmata (hon peri amphisbetonmen) me prosporos epiphenete.*

—¡Hola!—dijo Carpalín—. ¡Esto es griego! Bien lo he comprendido. ¿Has estado en Grecia?

—*Agonon dont onssys vous dedagner algaron; non del faron ramist vous mariston ulbrou, fourgues voubrol tant bredagner moupseton del goulhoust nougrou. Agon parton tol nalprioris hourton les echatonous, prou clhonguys bsol pany gou den baserau noudons cagnous goulfren goul oustarop-passou.*

—Ese me parece el lenguaje de mi país, de Utopía, o, al menos, se le parece mucho en el acento—dijo Pantagruel, dispuesto a trabar conversación; pero en seguida le interrumpió Panurgo:

—*Iam toties vos, per saesa, perque deos deargue onmeis, abstestatus sum, ui, si qua vos pietras permovet, egestatem meam solasemini, nu hilum proficio clamuas et einlaus. Sinite guero, sinite, viri impisi, que me fata vocant abise, nee ultra vanis vestsis interpellotionibus obtunndatu memores vetesis illibus adagi quo venter famelicus ausientis carese dicitur.*

—Ea, querido amigo—dijo Pantagruel—, ¿no sabéis hablar francés?

—Sí, muy bien, señor; a Dios gracias, ésta es mi lengua natural y materna; he nacido y me he criado en el jardín de Francia, es decir, en Turena.

—Entonces, decidnos en este idioma cuál es vuestro nombre y de dónde venís, porque a fe mía que os he tomado un cariño tan grande que, si queréis, jamás os apartaréis de mi lado y haremos una pareja de amigos tan buenos como Encas y Achates.

—Señor: mi verdadero y propio nombre de bautismo es Panurgo; vengo ahora de Turquía, adonde me condujeron prisionero cuando en aciaga hora fuí a Metelin. Con mucho gusto os contaré mis aventuras, que son más maravillosas que las de Ulises; puesto que os agrada recibirme en vuestra compañía, yo lo acepto y prometo no dejaros aunque os marcharais con todos los diablos. Así, pues, en momento más descansado y cómodo he de contároslas, pues ahora necesito con urgencia comer; dientes agudos, vientre flojo, boca seca, apetito estridente, todo esto me asedia. Si queréis darme *trabajo*, veréis un hombre aplicado; hacedlo así, por Dios.

Pantagruel ordenó que le guiaran a su casa y le dieran

una buena comida; cuando terminó, se arrojó en la cama vestido y durmió hasta el día siguiente a la hora de comer, de manera que en ese tiempo no hizo más que dar tres pasos y un salto de la cama a la mesa.

CAPITULO X

FANTAGRUEL, EN UNA CONTROVERSIA OBSCURA Y DIFÍCIL, RESUELVE
EQUITATIVAMENTE Y PRUEBA CON ELLO QUE SU JUICIO
ES ADMIRABLE



FANTAGRUEL, atento a los encargos y admoniciones de su padre, quiso un día probar su saber; al efecto, en todas las encrucijadas de la villa anunció conclusiones de todos los ramos del saber en número de mil setecientas sesenta y cuatro, tocando en ellas las más intrincadas dudas de todas las ciencias. En la calle de Teusse (Nota 119) discutió con todos los profesores, maestros de arte y oradores, y los sentó a todos de culo.

En la Sorbona, con los teólogos, por espacio de seis semanas durante cuatro horas, desde las doce hasta las seis de la tarde, con dos horas de intervalo para descansar y comer, pues no quiso privar a dichos teólogos sorbonistas de beber y repanchigarse conforme a su costumbre. A estas sesiones asistían la mayor parte de los señores de la corte, maestros de respuestas, presidentes, consejeros, matemáticos, secretarios, abogados y otros, con más los regidores, médicos y canonistas; hombres, en suma, a quienes no era fácil quitarles la carne de los dientes; pero, no obstante sus *ergos* y sus falacias, a todos les puso el dedo en los labios y les probó palmarriamente que no eran sino vanos enmucetados.

Desde entonces todo el mundo comenzó a admirar y hablar de su saber maravilloso, hasta las buenas mujeres lavanderas, revendedoras, campesinas, menestralas y otras, que cuando él pasaba por las calles decían: «Ese es», con lo que se sentía halagado como Demóstenes, príncipe de los oradores griegos,

cuando una vieja de Acropeya, señalándole con el dedo, dijo lo mismo.

Por entonces había pendiente en la corte un pleito seguido entre dos grandes señores, uno de los cuales era el señor Baisedul, como demandante, y en representación de la otra parte, el señor Humeuesne. La controversia, desde el punto de vista del derecho, era difícil y ardua, y el parlamento tanto entendía de esto como de los dialectos alemanes. Dispuso el rey que se reunieran en asamblea los cuatro hombres más sabios y más elocuentes de todos los parlamentos de Francia, con el Gran Consejo y los Rectores de las principales Universidades, no sólo del reino, sino también de Italia y de Inglaterra, como Iason, Philippe Dece, *Petrus de Petronibus* y muchos otros *portavalonas* (Nota 120). Reunidos por espacio de cuarenta y seis semanas, no habían acertado a morder en el asunto para ajustarlo a derecho de ningún modo, y estaban tan despechados y tan vencidos que se llenaban de vergüenza.

Pero uno de ellos, llamado Douhet, el más sabio, prudente y experto de todos, un día en que estaban *filogrobelizados* (Nota 121) del cerebro, les dijo: —Señores, hace ya mucho tiempo que estamos aquí sin hacer cosa de provecho y no encontramos fondo ni río en esta materia; cuanto más estudiamos menos entendemos, lo que es para nosotros gran vergüenza y grave cargo de conciencia, hasta tal punto, que yo creo que de aquí saldremos deshonorados, puesto que no hacemos más que andarnos por las ramas en nuestras consultas y disertaciones. Por esto, he aquí lo que he pensado: habréis oído hablar de ese gran personaje llamado el maestro Pantagruel, quien ha probado ser sabio por encima de la capacidad del tiempo presente en las grandes controversias que con nosotros tuvo públicamente. Soy de opinión de que le llamemos y consultemos con él este negocio, porque seguramente, si él no lo resuelve, no habrá quien lo resuelva.

Consintieron de buen grado todos los consejeros y doctores, lo llamaron inmediatamente y le rogaron examinara y analizara el pleito y les dijera luego lo que él pensaba con arreglo a la verdadera ciencia legal, a cuyo fin le entregaron los papeles, que abultaban más que la carga de cuatro enormes burros garañones.

Pero Pantagruel les dijo: —Señores: los dos litigantes de

este pleito, ¿viven todavía?—Y como le contestaran afirmativamente, prosiguió: —¿De qué diablo sirven entonces tantos barullos de papeles y copias como me dais? ¿No es mejor ver con los propios ojos, oír con los propios oídos el debate, que leer esas bagatelas, que no son sino engañifas, sutilezas diabólicas de Cépola y subversiones del Derecho? Estoy seguro de que vosotros y todos aquellos por cuyas manos ha pasado el pleito habéis encontrado y opuesto el pro y el contra, y en caso de que la controversia fuera fácil de juzgar y clara, la habéis obscurecido con razones irracionales, necesidades y opiniones ineptas de Accurso, Baldo, Bartolo, Castro, Imola, Hipolytus, Panormo, Bartachin, Alejandro, Curtius y otros viejos mastines que jamás entendieron la ley más fácil de las Pandectas, que no fueron otra cosa que ladrones de ñezmos e ignorantes de todo lo necesario para la inteligencia de las leyes, porque no tenían conocimiento de las lenguas griega y latina y sí sólo de la gótica y bárbara. Las leyes siempre han sido tomadas primeramente del griego, según el testimonio de Ulpiano, *Posteriori de origine iuris*, y todas están llenas de sentencias y palabras griegas; después se tradujeron al latín en la forma más elegante y adornada por Sallustio, Varrón, Cicerón, Séneca y Quintiliano. ¿Cómo entonces hubieran podido entender esos viejos resudosos el texto de las leyes si jamás vieron un libro de lengua latina, como claramente se deduce de su estilo, que es el estilo de pastor, campesino, marmitón o cocinero y no de jurisconsulto?

Además, dado que las leyes han sido extraídas de la filosofía moral y natural, ¿cómo han de comprenderlas esos locos, que no han estudiado más filosofía que mi mula?

De humanidades, historia y conocimiento de la antigüedad están tan cargados como lo está de plumas un renacuajo, mientras que el derecho está saturado de ello y sin estas nociones no se puede comprender, como demostraré algún día más extensamente y por escrito.

Así, pues, si queréis que yo conozca de ese pleito, primero haréis quemar todos esos papeles, después haréis venir a esos dos grandes señores personalmente ante mí, y cuando les haya escuchado, os daré mi opinión sin envolturas ni disimulos.

Algunos se opusieron, porque, como sabréis, en todas las

reuniones hay más locos que sabios y la parte más grande se impone a la mejor, como dice Tito Livio hablando de los cartagineses; pero Douhet sostuvo virilmente que Pantagruel había dicho muy bien, que esos registros, respuestas, réplicas, reproches, saluciones y otras tales diablerías no eran sino subversiones del derecho para el alongamiento de los pleitos y que el demonio se los llevaría a todos si no procedían de otra manera según la equidad evangélica y filosófica.

Al fin quemaron los papeles y se llamó para que comparecieran personalmente a los dos litigantes.

Cuando los vió Pantagruel, les dijo: —¿Sois vosotros los que sostenéis este gran pleito? —Sí, señor—dijeron ellos. —¿Quién es el demandante? —Yo—contestó Baisecul.—Entonces contadme punto por punto y con sujeción a la verdad vuestro negocio, porque si mentís en una sola palabra os quitaré la cabeza de encima de los hombros y os enseñaré que en justicia sólo se debe decir la verdad; así, pues, guardaos de añadir ni quitar al hacerme el relato de vuestro caso. Hablad.

CAPITULO XI

CÓMO LOS SEÑORES DE BAISECUL Y HUMEUESNE PLEITEARON ANTE PANTAGRUEL SIN ABOGADOS



BAISECUL habló como sigue:

—Señor: es cierto que una buena mujer de mi casa llevó a vender en el mercado unos huevos.

—Cubríos, Baisecul—dijo Pantagruel.

—Gran merced, señor; continúo. El caso sucedió entre los dos trópicos, hacia el cenit, y en sitio diametralmente opuesto a los Trogloditas, en un año en que los montes Nipheos sufrían una gran esterilidad de mentiras por efecto de una gran sedición de patrañas ocurrida entre los Chalanos y los Corredores, con motivo de una rebelión de suizos que estaban reunidos en asamblea en número de tres, seis, nueve, diez, para marchar a la *Guíanueva* en el primer agujero del año, cuando se les da la sopa

a los bueyes y la llave del carbón a las muchachas, para que les den avena a los perros; en toda la noche hizo más que, con la mano sobre el jarro, despachar billetes de posta para ir a pie y lacayos a caballo para detener los bajeles, porque los sastres querían hacer con los recortes robados

una cerbatana
para cruzar el océano

que por entonces estaba embarazado de un pote de coles, según opinión de los despenseros del hambre; pero los matemáticos dijeron que en su orina no descubrían ningún signo evidente.

Algo salada
de comer con mostaza la becada,

sino que los señores de la corte, por medio de un bemol, ordenaron al gálico que no racimara después de los caldereros ambulantes, porque los palurdos habían empezado muy bien a bailar con diapasón el baile inglés.

Un pie en el fuego
y la cabeza en medio,

como dice el bueno de Ragot. ¡Ah, señores! Dios lo arregle todo a su gusto, y contra fortuna, desgracia, que un carretero rompió en sus narices su látigo; esto sucedió al volver de la Bicoca, en donde se había graduado de doctor Antitus Venderros, con gran majadería, como dicen los canonistas. *Beati lourdes quoniam ipsi tropezaverunt*. Mas esto, que es lo que hace que la Cuaresma caiga alta, por San Fiacro de Brye, no es sino porque

Pentecostés
no llega una vez que no me arruine,
pero
en estos días
la poca lluvia abate el mucho viento,

y así vemos que cada uno se agarra de su nariz, mientras otros miran en perspectiva ocularmente hacia la chimenea,

directamente a la enseña del vino, a las cuarenta cinchas que son más necesarias que veinte, por debajo de los quinquenios. A menos que no quisiera soltar el halcón detrás de las moscas mejor que descubrirlo, porque la memoria pronto se pierde cuando se caza por el rastro. Eso es. Dios libre de mal a Thibaut y al palo de mesana.

A esto dijo Pantagruel:

—Muy bien, hijo mío, muy hermoso; hablad seguido y sin acaloramientos, que os entiendo perfectamente; proseguid.

—Entonces, señor, dicha buena mujer, diciendo sus *gaudes* y *audi nos*, no pudo cubrirse de un falso revés subiendo por la virtud goda de los privilegios de la universidad y para campanearse angélicamente se tapó con un septenario de piedras de catapulta y tirándole un estoque volante muy cerca del sitio en donde se venden los trapos viejos que usan los pintores de Flandes cuando quieren, con arreglo a derecho, herrar las cigarras, y me desvanecí tan fuertemente como el mundo no podría hacerlo, visto que sabe confeccionar tan lindos bonetes.

Aquí pretendió interrumpir y decir algo el señor de Humeuesne, pero en seguida le salió al paso Pantagruel exclamando:

—¡Por el vientre de San Antonio! ¿Te toca hablar sin que te lo manden? Yo estoy aquí para intervenir y estudiar vuestras diferencias, y ¿te me quieres imponer? Paz, por el diablo, paz. Tú hablarás a tu gusto cuando éste haya concluído. Seguid, Baisecul, y no os molestéis.

Viendo esto Baisecul, dijo:

—La pragmática sanción
que de esto no haga mención

y que el Papa dé a todos y a cada uno libertad de peder a su gusto, si las camisas no están plegadas; por mucha que sea la pobreza del mundo, nadie se persignará en la rabadilla; el arco iris, estimado frescamente en Milán para encerrar las calandrias, consintió que la buena mujer despellejara a los herniados, por las protestas de los pececillos eclesiásticos que por entonces eran necesarios para intervenir en la construcción de las botas viejas; por tanto, Juan el Ternero, su primo

difunto, revestido con una bolsa testicular, le aconsejó que no se metiera en aquel azar de secundar la cuerda repicatoria de las campanas sin primero iluminar el papel; a todo esto, coge, rada, juega y sal, porque

*Non de ponte vadit
Qui eum sapientia cadit*

atendiendo a que los señores Condes no les convenía la armonía de las flautas de Alemania, dado que habían aprovisionado los anteojos de los Pirineos impresos nuevamente en Amberes. Y he aquí, señores, que hizo mal trabajo. Yo veo en ello parte adversa, *in saeer vergo datis*, porque pretendiendo atemperar el placer del rey me armé de pies a cabeza con una buena comida para ir a ver cómo mis vendimiadores habían destrenzado sus altos bonetes para jugar a los monigotes, porque el tiempo estaba un tanto temeroso de las purgas, pues muchísimos arqueros libres habían sido rehusados de la muestra aun cuando sus chimeneas fueran bastante altas, según la proporción de los esparavanes y verrugas venéreas; por esto, aquel año, hubo gran cosecha de bagatelas en todo el país de Artoys y no fué pequeño conminamiento para los señores portadores de leños que comían sin desmayar *galli-cisne-grullas* con el vientre desabrochado. Por mi voluntad todos tenían hermosa voz, jugaron entonces muy bien a la pelota y esas pequeñas finuras que se hacen para etimologizar los zuecos, bajaron lentamente al Sena para servir para siempre de puente a los peces, como según se dice decretó el rey de Canarre, y el negocio está todavía en poder de los escribanos de aquí. Por tanto, señor, yo solicito que por vuestra señoría se dicte y declare sobre el caso lo que sea de razón, con gastos, daños e intereses.

En esto dijo Pantagruel: —Amigo mío. ¿Queréis decir algo más?

Y respondió Baisecul: —No, señor, porque ya he dicho todo *e: tu antem* y en nada he discrepado, por mi honor.

—Entonces, señor Humeuesne, hablad lo que queráis, sin mentir ni apartaros de la cuestión.

CAPITULO XII

CÓMO SE EXPLICÓ EL SEÑOR DE HUMEUESNE DELANTE DE PANTAGRUEL



UTORIZADO el señor de Humeuesne, comenzó de esta manera:

—Señor y señores: Si la iniquidad de los hombres se viera tan fácilmente en juicio categórico como se ven las moscas en la leche, el mundo, cuatro bueyes, no estaría tan comido de ratones como está y serían orejas hartas de tierra las que ahora han sido roídas cobardemente, porque como quiera que todo lo que ha dicho la parte contraria es de plumón, aunque bien verdadero en cuanto a la letra y la historia del *factum*; sin embargo, señores, su fineza, su pillería, su pequeña cota de malla, han sido rotas sobre el cacharro de las flores.

Debo encarecer, señores, que a la hora en que yo como al par mi sopa, sin pensar mal, ni mal decir, entonces me viene a rascar y torturar el cerebro, resonándome en los oídos aquella antigualla que dice:

Quien bebe al comer la sopa
después de muerto no bebe gota.

Virgen santa. ¡Cuántas veces hemos visto a los gruesos capitanes en pleno campo de batalla después que se les daban los golpes del pan bendito de la cofradía, para más honestamente mecerse, tocar el laúd, hacer música con el culo y dar saltitos en una plataforma sobre sus escarpines acuchillados a la moda! Y mientras tanto, el mundo está desenfrenado por las azadas de paño de Leicester; el uno se corrompe, los otros se rompen la cara con las frialdades invernales y si la corte no da orden, dejará que espigue muy mal este año, que hace, o, mejor dicho, hará, juegos de cubiletes.

Si una pobre persona va a los baños calientes para hacerse iluminar el rostro con basura de vacas o a comprar botas de invierno y paseando los criados o las patrullas reciben la de-

cocción de una lavativa o la deyección fecal de un pescado en salmuera sobre sus chamarretas, ¿se la debe llevar a roer las monedas o a fregar las escudillas de corcho? Algunas veces pensamos en lo uno, pero Dios hace lo otro y cuando el sol se pone todas las bestias se quedan a la sombra. Yo no quiero ser creído si no lo pruebo vigorosamente por medio de gentes de pleno día.

El año treinta y seis, había yo comprado un caballo colín de Alemania, alto y corto, de muy buena lana, teñido de grana, como aseguraban los orfebres; a todo esto el Notario me presentó varios. Yo no soy clérigo para coger la luna con los dientes, pero una olla de manteca de vacas selló los instrumentos vulcánicos, y el ruido era tal, que el buey en cecina hizo temblar el vino en plena media noche, sin luz, y fué arrojando al fondo del saco de un carbonero, calzado y aparejado con orejeras y freno, y los manguitos requeridos para guisar comida de rústicos, esto es, cabezas de carnero. Por esto tiene razón el adagio que dice que es buen agüero ver vacas negras en madera quemada cuando se hace el amor. Yo hice consultar la materia a mis señores los curas y resolvieron *in frises-morum* que no hay más que cañonear el estío en una cueva bien guarnecida de papel y tinta, y plumas y cortaplumas de Lyon, junto al Ródano tarabín, tarabán, porque tan pronto como un arnés siente las agujas, el añublo le come el hígado y luego no hace más que rabotear torti-coli-floreteando el sueño después de comer, y he aquí por qué la sal hace defecar tanto.

Señores, no creáis que cuando la buena mujer citada enfurruñó la bolsa testicular para empanar mejor el camino del sirviente tergiversó la asadura morcillar por las bolsas de los museros, pues no había nada mejor para guardarse de los caníbales que tomar una ligazón de anadinos revueltos con trescientos nabos y un poco de bofe de ternera, del mejor áloe que tienen los alquimistas y lutinar y calcinar sus pantuflas, patatín, patatán, con hermosa salsa de liebre y buzar con una topera, salvándose siempre de las mechas. Y si el dedo no os quiere decir de otra manera que siempre hay dos ases tiernos, de grueso cabo, guardad el as, colocad a la dama en un rincón del lecho, bailad el trala-la-li, tra-la-la y bebed a discreción *depiscando grenouillibus* por todas las hermosas po-

lainas cotúrnicas y esto será muy bueno para los pajarillos de asador que se divierten en el juego de la horquilla y oyendo cómo golpean la cera y escaldan el metal las banastas de tripa.

Cierto es que los cuatro bueyes de aquella cuestión eran algo flacos de memoria, pues para rascarse la papera no llamaban al cuervo marino ni al pato de Saboya; pero la gente de mi tierra cifraba en ellos gran esperanza, diciendo: estos niños serán grandes en logaritmos y esto será para nosotros una rúbrica de Derecho; nosotros no podemos faltar a la caza del lobo, haciendo nuestros setos sobre el molino de viento de que hablaba la parte contraria; pero el gran diablo allí lo envía y coloca detrás los alemanes, que hacen diablos de ahumar, y tran, tran, al caso, porque no tenía apariencia de decir que en París, sobre el puente, gallina de paja, estuviesen todos ellos con más flecos que abubillas de pantano, sino que se sacrificasen los pompones en las esteras adornadas de letras versales o cursivas, me es igual, porque el palo delgado no engancha los gusanos.

Supuesto el caso de que en lugar de los perros corredores hubiesen tocado el cuerno las rezongonas delante del notario, hubiera dicho él su relación por arte cabalístico, y de aquí se deduce (salvo mejor juicio del Tribunal) que seis adarmes de prado a medida larga hacen tres cajas de tinta fina, sin soplar en el bacín, considerando que en los funerales del rey Carlos llevaba puesto el toisón a toda marcha por

Seis blancos, entendido, por mi juramento, de lana,

y yo veo que, ordinariamente, en todas las buenas casas, cuando uno va a la husma descolgándose por la chimenea y diciendo su nombre, no se hace más que doblar los riñones y soplar con el culo si la habitación está caliente, y allí mismo

*Las cartas examinadas
son las vacas entregadas.*

Yo no digo, verdaderamente, que no se pudiera por equidad desposeer de su justo título a los que beben el agua bendita, como se hace con una alabarda de tejedor, pues los

supositorios no se hacen a los que quieren resignarse, sino a buen juego buen dinero. *Tune* señores, *quid iuris pro minoribus*? Porque el uso, como dice la ley sálica, es tal que el primer botafuego que descuerna la vaca, que se mosquea en pleno canto de la música sin solfear los puntos del juego del zapatito, debía en tiempos de Gundemaro sublimar la penuria de su miembro por la espuma testicular siempre que se constipara en la mesa de media noche por regalar a deshora vinos blancos de Anjou que ensartan en la perineta lazos y lazos a la moda de Bretaña. Concluyendo *ut supra* con costas, daños e intereses.

Cuando el señor de Humeuesne hubo acabado, Pantagrúel dijo al señor de Baisecul:

—Amigo mío, ¿queréis replicar algo?—

A lo que Baisecul respondió:

—No, señor, porque he dicho toda la verdad; pero, por Dios, dad fin a nuestra diferencia, porque estamos aquí sin gran frío.

CAPITULO XIII

PANTAGRUEL DICTA SENTENCIA EN EL PLEITO DE LOS DOS SEÑORES



SE levantó Pantagrúel, y, dirigiéndose a los presidentes, consejeros y asistentes allí reunidos, les dijo:

—Ahora, señores, que habéis oído todos (*vive voce oráculo*) la exposición de este asunto, ¿qué os parece?

Y le respondieron:

—Hemos oído, verdaderamente; pero maldita la cosa que hemos podido entender; por esto os rogamos *una voce* y os pedimos por favor que dictéis la sentencia que os parezca, y *ex nunc prout ex tunc*, la encontraremos adecuada y prestaremos nuestro consentimiento.

—Pues bien, señores, si así os agrada, así lo haré—dijo Pantagrúel—, pero no encuentro el caso tan difícil como vosotros. Vuestro párrafo *Catón*, la ley *Frater*, la ley *Gallus*, la ley *Quinque pedum*, la ley *Vinum*, la ley *Si Dominus*, la ley

Mater, la ley *Mulier bona*, la ley *Si quis*, la ley *Pomponius*, la ley *Fundii*, la ley *Eruptor*, la ley *Putor*, la ley *Venditor* y tantas otras son mucho más difíciles en mi opinión.

Dicho esto, dió dos o tres paseos por la sala, pensando profundamente cómo había de estimar la cuestión, pues sudaba como un burro apaleado sin duelo al pensar que era preciso resolver en derecho sin preferir a ninguno.

Después se sentó y comenzó a pronunciar la sentencia en esta forma:

—Vista, entendida y bien calculada la diferencia que se suscitó entre los señores Baisecul y Humeuesne, el tribunal les dice que, considerada la horripilación del ratón melancólico declinando bravamente del solsticio estival para florear las consejas que han sufrido, mate al peón por las malvadas vejaciones de los buhos lucífugos, inquilinos de los climas que pasan por Roma con un viejo loco a caballo que se venda los riñones con una ballesta, el demandante tuvo justa causa para calafatear el guante que la buena mujer infló con un pie calzado y otro desnudo, reembolsándole, bajo y roído en su conciencia, tantas bagatelas como pelos hay en diez y ocho vacas y otro tanto para el bordador.

»Parecidamente se declara inocente del caso privilegiado de las futesas, cuando se creía perseguido por aquel que no pensaba descuidadamente contraer esponsales por decisión de un par de guantes perfumados a pedorreras ante la luz de la noche, como es costumbre en el país de Mirebalais, marchando de bolina con los buletos de bronce adonde los zafios reparían condestablemente sus legumbres intercaladas de recompensas a todas las sonajas de los mezquinos, hechas a punto de Hungría, que su cuñado llevaba memorialmente en un cuchillo limítrofe, bordado de bocas, con tres calzones ordenadamente desordenados en sus ropajes a una perrera angular, en donde se le tira con andrajos a un papagayo vermiforme. Pero en esto que coloca ante su defensor, que fué zapatero remendón apestoso y embreador de momias, no ha estado en la verdad repicando, aunque sí ha debatido bien y el tribunal le condena en tres primaveradas de cuajadas cimentadas y meadas de gualda como es la costumbre del país hacia el propio defensor pagaderas en mayo; pero al dicho defensor se le ha de rellenar de estopas y heno hasta la embocadura de los

calza-trapos guturales encabestrado de galardones bien gravelados a torno y tan amigos como antes: sin costas ni intereses.»

Pronunciada la sentencia, se retiraron los dos partidos, tan contentos como no es posible describir, porque no ha ocurrido después del Diluvio ni ocurrirá en trece jubileos que dos partidos contendientes en juicio contradictorio queden igualmente contentos de la sentencia definitiva.

En cambio los consejeros y doctores que al acto habían asistido, estuvieron en éxtasis más de tres horas, todos ellos encantados de la prudencia más que humana de Pantagrúel, que habían visto claramente en la decisión de este juicio tan arduo y espinoso.

Desvanecidos estarían aún si no se les hubiera llevado mucho vinagre y agua de rosas para hacerles recobrar su entendimiento habitual, de lo que alabado sea Dios por todos.

CAPITULO XIV

PANURGO CUENTA CÓMO SE ESCAPÓ DE LAS MANOS DE LOS TURCOS



El juicio de Pantagrúel fué conocido en el momento por todo el mundo, impreso a máquina y conservado en los archivos del Palacio. Salomón, que con su entendimiento natural dió el hijo a su verdadera madre, no hizo obra maestra de prudencia como la de Pantagrúel; somos verdaderamente felices al tenerlo en nuestro país.

Por consecuencia de esto, quisieron hacerlo maestro de respuestas y presidente de la corte o Tribunal, pero él renunció agradeciéndolo mucho, porque hay, dijo, gran sujeción y servidumbre en esos oficios y a duras penas pueden salvarse los que los ejercen, dada la corrupción de los hombres. Creo que si los siglos de los ángeles no están llenos de otra clase de hombres, en treinta y seis jubileos no tendremos el juicio final, con lo que se habrá equivocado Cusanus en sus conjeturas. Os lo

digo en buena hora; pero si tenéis algún tonel de buen vino, de buena gana lo aceptaría como presente.

Hiciéronlo así de buen grado y le enviaron lo mejor que había en la villa, con lo cual bebió divinamente; Panurgo, en cambio, bebió tan villanamente, porque estaba tan seco como una arenga doctoral. Uno por cumplimiento le ofreció un gran vaso de vino rojo diciéndole: —Compadre, muy bien; tú crearás la raza de los bebedores.—A lo que él contestó: —Por el diablo que tú no has visto más que a los bebedores de París, que no beben más que un gorrión y no pican en el cebo sino ocultando la cola, a la moda de los pájaros. ¡Ay, compañero! Si yo subiese tan bien como bajo, estaría ya sobre la esfera de la Luna con Empédocles. Pero yo no me sé explicar esto: he aquí un vino delicioso, pero cuanto más bebo, más sed tengo; creo que la sombra de mi señor Pantagrúel engendra moles pesadas, como la Luna hace los catarros.

Al oír esto comenzaron a reír los asistentes, y cuando Pantagrúel lo notó, dijo: —Panurgo. ¿De qué os reís? —Señor —dijo él—, contaba que esos diablos de los turcos son muy desgraciados porque no beben gota de vino. Aun cuando otro mal no hubiera en el Alcorán de Mahoma, esto solo bastaría para que yo no me sometiera a esa ley.

—¿Y por qué no me cuentas entonces cómo te escapaste de sus manos?

—Por Dios, señor, que lo haré y sin mentir en una sola palabra.

Y comenzó de esta manera: —Los tumbones turcos me habían puesto en un asador, envuelto en tocino como un conejo, porque estaba yo tan delgado, que de otra manera mi carne hubiese sido muy mala comida, y empezaron a tostarme vivo. Mientras encendían la lumbre me encomendé a la divina gracia, teniendo bien presente al buen San Lorenzo; confiaba en que Dios me libraría del tormento, y lo hizo, por cierto de modo bien extraño. Así que me encomendé a Dios de todo corazón, diciendo: «Señor Dios, ayúdame; señor Dios, sálvame; señor Dios, líbrame de este tormento en que me han puesto estos perros despreciables, por la observancia de tu ley», el cocinero se durmió por disposición divina, o por habilidad de algún buen Mercurio, como el que durmió a Argos, el de los cien ojos.

Cuando noté que mi asador no daba vueltas, miré al cocinero y le vi dormido; entonces, cojo con los dientes un tizón por el extremo que no estaba quemado y lo pongo junto a él; después pongo otro, lo mejor que puedo, junto a un lecho de campaña, con jergón de paja, que había junto a la chimenea; en seguida se prendió el fuego de la paja al lecho y del lecho a la leñera, que estaba llena de palos de abeto. Pero lo bueno fué que mientras tanto el tizón que yo había puesto junto al cocinero le chamuscó las ropas y le incendió los cojones; sin duda le llegó a lo vivo, y asustado se levantó y corrió a la ventana gritando todo lo fuerte que podía: ¡*Dal baroth, Dal baroth!*, que quiere decir: ¡A fuego, a fuego!, y vino derecho a mí para arrojarme en las llamas; ya me había cortado las ligaduras con que antes me atara las manos y me estaba cortando las de los pies, cuando el dueño de la casa, al oír los gritos de ¡fuego! y notar el humo desde la calle en donde paseaba con otros *mustafás*, corrió todo lo que pudo para prestar socorro y poner a salvo sus alhajas.

Cuando llegó, tiró del asador en donde yo estaba colocado y rabioso mató al cocinero por su descuido, mejor dicho, porque le pasó el hierro por encima del ombligo, hacia el flanco derecho, taladrándole el hígado, penetrando luego por el diafragma y por la base del corazón, hasta salir por las espaldas junto al omoplato izquierdo.

Al sacar el asador de mi cuerpo, caí al suelo sobre los morrillos; por esto me hizo poco mal la caída, porque sostuvieron mi cuerpo. Viendo luego el *mustafá* que el caso era desesperado y que su casa se quemaría sin remisión, perdiendo, por consiguiente, todo lo que en ella tenía, se dió a los diablos llamando a Grilgoth, Astarot, Rappalus y Gribouillis, nueve veces seguidas; al ver lo cual tuve miedo por valor de más de cinco sueldos y me decía: los diablos vendrán ahora para llevarse a este loco. ¿Querrán llevarme a mí también? Estoy ya medio tostado y mi carne es la causa de mi mal, porque estos diablos de aquí comen carne humana y de ella son muy golosos, como atestigua el filósofo Iamblico en la *Apología de Borsulis et contrefactis, pro magistris nostros*; pero yo hice la señal de la cruz, gritando: *agios athanatos ho theos*, y no vino ninguno. Viendo esto mi villano *mustafá* se quiso matar con mi asador atravesándose el corazón; al efecto, lo puso contra

su pecho, pero no pudo atravesarlo, porque no era bastante puntiagudo, aun cuando empujaba todo lo que podía; entonces me acerqué a él y le dije: —Embajador de los Albigenses, estás perdiendo el tiempo, porque así no te matarás; te harás alguna herida pequeña que te hará languidecer toda tu vida entre las manos de los barberos; pero si quieres, te mataré con mucho gusto, de forma que no sientas dolores; créeme, porque he matado a muchos que se encuentran perfectamente. —¡Ay, amigo mío—dijo él—, yo te lo ruego, y si lo haces, te daré mi bolsa, mira, aquí la tengo; tiene dentro seiscientos *seraphis* y varios diamantes y rubíes hermosísimos.

—¿Dónde los tienes?—preguntó Epistemon.

—Están muy lejos de aquí, si viven todavía—repuso Panurgo.

—Acaba—dijo Pantagruel—, yo te lo ruego; sepamos cómo concluiste con tu *mustafá*.

—A fe de hombre de bien—continuó el narrador—, que no miento en una palabra. Lo amordacé con un malhadado braguero que encontré allí medio chamuscado; le lié pies y manos con mis cuerdas, aun cuando sin esto no se hubiera movido, y después le pasé el asador a través de la garganta y lo colgué entre dos gruesas pértigas que sostenían dos alabardas. Puse un gran fuego debajo y lo quemé bien a mi gusto, en la chimenea, como se hace con las arengas doctorales. Tomé su bolsa y un pequeño alfanje y huí de mi hermoso ahorcado. Dios sabe cómo llevaba mis chamuscadas espaldas.

Cuando llegué a la calle vi que todo el mundo corría hacia el incendio con mucha agua para apagarlo; al verme medio tostado tuvieron piedad de mí y me arrojaron todo el agua, refrescándome, con gran gusto mío, porque aquello me hacía mucho bien; luego me dieron algo de comer, pero no probé bocado, porque siguiendo su moda sólo me daban agua para beber. Ya no me hicieron ningún otro mal, excepto un villano muchacho que, medio escondido entre los demás, me arrancaba el pellejo tostado y los pedazos de tocino, pero le di tal corte en los dedos con mi alfanje que no le quedaron ganas de repetir la operación. Una joven corintia me trajo un plato de mirabeles confitados al uso del país y miraba con lástima mi cilicio quemado que no me llegaba más que hasta las rodillas.

Debo advertir que esta tostadura me libró de una fiebre

isciática que venía padeciendo durante más de siete años, por haberme chamuscado uno de los costados cuando el cocinero se quedó dormido.

Mientras se entretenían conmigo, el fuego se extendía de una manera increíble, hasta quemar más de dos mil casas; uno lo advirtió y comenzó a gritar: ¡Ventre santo de Mahoma! ¡Toda la villa quemada y nosotros entretenidos aquí! Cada uno se marchó con su cada una y yo tomé mi camino hacia la puerta de la ciudad. Cuando llegué a un cerrillo que había allí cerca, volví la cabeza como la mujer de Loth, y vi ardiendo todo el pueblo, lo cual me dió tanto gusto que estuve a punto de morirme de gozo; pero bien me castigó Dios.

—¿Cómo?—preguntó Pantagruel.

—Veréis. Cuando yo miraba con gran alegría y me regocijaba con el fuego diciendo: ¡Ay, pobres pulgas, pobres ratones! ¡Vais a pasar mal invierno con el fuego en vuestros pajares! Salieron más de seis, ¡qué digo!, más de mil trescientos perros grandes y chicos huyendo de la quema. De primera intención me rodearon atraídos por mi olor a chamusquina y me hubiesen devorado al momento si mi ángel bueno no me hubiera inspirado, enseñándome un remedio muy bueno contra el dolor de muelas.

—¿Y a propósito, de qué—dijo Pantagruel—te quejabas de dolor de muelas? ¿No te habían curado todo el reuma?

—¿No es mal de muelas y dientes el que sentís cuando los perros atacan a vuestras piernas? Pero de pronto, me acordé del tocino que llevaba pegado al cuerpo, me lo arranqué y lo arrojé en medio de todos; entonces los perros comenzaron a reñir entre ellos, me dejaron libre y yo los dejé despellejándose unos a otros. Así escapé vivo y fuerte del asador y de la jauría.

CAPITULO XV

PANURGO ENSEÑA UNA MANERA BIEN NUEVA DE FORTIFICAR LAS MURALLA DE PARÍS



REPOSANDO de sus estudios, un día, Pantagrueŷ se paseaba por los arrabales de Saint Marceau. Panurgo le acompañaba llevando siempre debajo de su ropa el frasco de vino y algùn trozo de jamón, porque éstas, según decía, eran sus armas, y no las llevaba de ninguna otra especie. Cuando Pantagrueŷ

quiso regalarle una espada, dijo que no la quería porque habría de rompersele la empuñadura.

—Y si te asaltan—le preguntó Epistemón—, ¿cómo te defenderás?

—A zapatazos, y no tengáis cuidado de que me hagan daño con los estoques.

A la vuelta, Panurgo miraba las murallas de París, y en broma dijo a Pantagrueŷ: —He aquí unas hermosas murallas. ¡Qué fuertes son y qué a propósito para guardar las ocas puestas en la parrilla! Por mi barba que son completamente inútiles para defender una villa como ésta, porque una vaca con un pedo tiraría más de seis brazas.

—¡Ay, querido amigo!—replicó Pantagrueŷ—. ¿No sabes lo que dijo Agesilao cuando le preguntaron por qué la gran ciudad de Lacedemonia no estaba rodeada de murallas? Pues dijo que porque los habitantes de la ciudad eran expertos en disciplina militar, fuertes y estaban bien armados. Estas son mis murallas. Con lo que quiso decir que no hay mejores murallas que las de huesos, y que las villas y ciudades con nada estaban mejor defendidas que con el valor de sus habitantes. Así, París es tan fuerte por la multitud belicosa que encierra, que no necesita construir otras murallas. Además, no se podría amurallar como Strasburgo, Orleáns o Ferrara, porque para ello serían necesarios muchos esfuerzos y muchos gastos.

—Conformes; ¿pero no sería bueno presentar un rostro de piedra ante la invasión de los enemigos, aunque no fuera más

que para que tuvieran necesidad de preguntar: ¿quién hay por ahí abajo? En lugar de los gastos y esfuerzos que, según decís, son necesarios para amurallarla, si los señores de la villa me quisiesen dar un cacharro de buen vino, yo les enseñaría una manera bien nueva de hacerlo a poco coste.

—¿Cómo?—preguntó asombrado Pantagrúel.

Las Marrullerías de los prestamistas.

—No lo digáis nunca si os lo enseño. He visto que los *callibistris* (Nota 122) de las damas de este país valen más baratos que las piedras; de ellos, pues, convendría levantar las murallas, colocándolos en buena simetría arquitectónica, primero los más grandes; después, cruzados, los medianos, y, por último, los pequeños; sobre ellos se colocaría un entrelazamiento como lo hay de puntas de diamante en la gran torre de Bourges, construído con las *espadas bastardas* enrojecidas que habitan en las braguetas claustrales. ¿Quién diablos franquearía tal muralla? Y después, que las *culebrinas* se fuesen allí a frotar, y veríais, por Dios, cómo al momento destilaban, menudo como lluvia, ese bendito fruto de los gruesos bubones. Hacedlo, en nombre de los diablos, y así la mina jamás las tirará por tierra. ¿Que por qué? Porque todos los *callibistris* o están benditos o son santos. No hay más que un inconveniente.

—¡Ah, vamos!, dilo—exclamó Pantagrúel.

—Las moscas son muy golosas de estos materiales; se meterían entre ellos, harían allí sus defecaciones y he aquí la obra devastada. Pero también para esto hay remedio. Bastaría sacudir con hermosas colas de zorro o con gruesas vergas de burro provenzal. Pero, a propósito de esto, quiero contaros, cuando vayamos a cenar, un hermoso ejemplo que relata *Frater Lubinus, libro de computationibus mendicantium*.

En el tiempo en que hablaban las bestias (no hace tres días aún), un pobre león se paseaba por el bosque de Bieure, haciendo sus menudos rezos; pasó por debajo de un árbol al que se había subido para cortar leña un villano carbonero; cuando vió al león le tiró con el hacha y lo hirió gravemente en un muslo. El león, rabioso, corría y saltaba por el bosque pidiendo ayuda, hasta que encontró a un carpintero, quien examinó su herida cuidadosamente, la limpió lo mejor que pudo y le advirtió que cuidara mucho de espantar de ella a las moscas,

porque si en ella se ensuciaban, se le podía enconar, mientras él se iba a buscar yerbas.

Curado el león, se paseaba por el bosque, cuando vió venir a una vieja sempiterna que buscaba palos secos, la cual, al ver al león, de miedo se cayó de cabeza en tal forma, que se le volvieron las faldas del revés. El león, piadoso, acudió para ver si se había hecho algún daño, y mirando sus partes genitales, dijo: —¡Pobre mujer! ¿Quién te ha herido de esa manera?—Diciendo esto, divisó a lo lejos un zorro y lo llamó: —¡Compadre zorro, ven acá, que te necesito!

Cuando llegó el zorro le habló de esta manera:

—Compadre, amigo mío, han herido villanamente a esta buena mujer aquí entre las piernas; la herida, que tiene solución de continuidad bien manifiesta, es grande, desde el culo hasta el ombligo, mide cuatro, más bien cinco palmos y medio; es un buen hachazo y no me cabe duda de que la herida es vieja; a fin de que no la estropeen las moscas, desmóscala bien, yo te lo ruego, por delante y por detrás; tú tienes una cola gruesa y larga; desmosca, querido, desmosca, yo te lo suplico, mientras voy a buscar yerba, porque es necesario que nos socorramos los unos a los otros. Desmosca fuerte, amigo mío, desmosca bien, porque esta herida requiere ser desmoscada continuamente y esta mujer no puede hacerlo por sí misma. Desmosca bien, compadre, desmosca; Dios te ha provisto de una cola muy a propósito: desmosca fuerte y sin parar. Un buen desmoscador, que desmoscando continuamente se desmosca de sus moscas, jamás se verá por las moscas enmoscado. Desmosca, querido, desmosca, compañerito, que vuelvo en seguida.

Marchóse a cortar yerba, y cuando estuvo un poco lejos, se volvió para decir al zorro: —Desmosca bien, compadre, desmosca y no te canses de desmoscar, querido mío, que en recompensa te haré desmoscador de Don Pedro de Castilla!— El pobre zorro desmoscaba sin descanso de aquí y allá, arriba y abajo; pero la maldita vieja se rezumaba y se pedía como cien diablos, con lo que el zorro se veía apurado por no saber en qué postura se había de colocar para evadir aquellos perfumes; volvióse una vez y vió otro agujero menor que el que sacudía, de donde partía un olor infecto e insoportable. Por fin volvió el león con más de diez y ocho haces de yer-

ba, y comenzó a meterlos en la herida con un palo que al efecto trajo; ya había metido más de diez y seis y se detuvo diciendo: —¡Qué diablo de herida es ésta tan profunda! Volvió a traer más y metió unas doce carretas; el zorro entonces le avisó: —¡Compadre león, amigo mío, no metas ahí toda la yerba, yo te lo ruego; guarda un poco, porque hay aquí debajo otro agujero que huele como cien demonios, tanto que de su olor estoy envenenado.

He aquí, pues, los desmoscadores que harían falta para conservar las murallas.

—¿Y cómo sabes tú—le preguntó Pantagruel—que las partes pudendas de las hembras están aquí tan baratas? En esta villa hay muchas mujeres virtuosas, castas y en estado de doncellas: *¿Et ubi premus?*

—Os diré mi opinión, o mejor dicho, os probaré mi certeza: Estoy seguro de haber emborronado a cuatrocientas diez y siete desde que estoy en la villa y no hace aún más que nueve días. Además, esta mañana encontré un buen hombre que en una alforja como la de Esopo llevaba dos niños de edad de tres años a lo sumo, una delante y otra detrás; pidióme limosna y le dije que tengo más cojones que dinero; después le pregunté: —Buen hombre, ¿estas dos niñas están vírgenes? —Hermano —dijo él—, hace más de dos años que las llevo así: a esta de delante, la estoy mirando siempre y creo que sí lo está, aun cuando no pondría la mano en el fuego. En cuanto a la que va detrás, nada puedo decir.

—Verdaderamente—dijo Pantagruel—, eres un agradable compañero: te haré vestir mi librea.

Y cumpliendo su oferta hizo que le vistieran elegantemente a la moda del tiempo que corría, salvo que Panurgo quiso que la bragueta de sus calzas tuviese tres pies de larga y fuese cuadrada en vez de ser redonda; así se hizo, y por cierto no estaba mal. Para esto se apoyaba en que la moda no se había fijado aún en la ventaja y utilidad que reportaba el llevar una gran bragueta; pero el tiempo le enseñaría alguna vez cómo todas las cosas se inventan por algo.

—Dios libre de mal—decía—al compañero a quien una bragueta salvó la vida; Dios libre de mal a quien una bragueta valió un día ciento sesenta mil y nueve escudos; Dios guarde de mal a quien con su gran bragueta ha salvado a toda una

villa de perecer de hambre. Por Dios que he de hacer un libro acerca de la comodidad de las braguetas cuando tenga tiempo.

En efecto, compuso un libro muy grande, con figuras explicatorias del texto; pero todavía no está impreso, que yo sepa.

CAPITULO XVI

COSTUMBRES Y CONDICIONES DE PANURGO



DE mediana estatura, era Panurgo ni muy grande ni muy pequeño; tenía la nariz algo aguileña y resudosa; por entonces contaría de edad alrededor de treinta y cinco años; fino para ser dorado como una daga de plomo, cuidadoso de su persona, un poco lujurioso y sujeto nativamente a una enfermedad que en este tiempo se llama:

Falta de plata, dolor incomparable.

De todos modos, él conocía sesenta y tres maneras de procurarse lo necesario, de las que la más honrada y la más común eran las rapiñas hechas furtivamente; malhechor, tramposo, bebedor, pendenciero, libertino, era en París, por lo demás,

El mejor hombre del mundo.

Y todos los días maquinaba cosas contra los sirvientes o contra las patrullas.

Unas veces reunía tres o cuatro campesinos, les hacía beber como templarios a la caída de la tarde; luego los llevaba hacia Santa Genoveva, hacia el colegio de Navarra, y a la hora que la patrulla llegaba por allí (lo cual conocía clavando su espada en la pared y poniendo el oído junto a ella, y cuando la oía vibrar era seguro que se acercaba), entonces él y sus compañeros cogían un carro, lo arrastraban con gran esfuerzo hasta la valla, y dejaban atravesada la lanza, con lo que, cuando los de la patrulla llegaban allí, caían todos por tierra

como cerdos y ellos huían por otro lado, pues Panurgo, en menos de diez días, llegó a conocer todas las calles, callejas y encrucijadas de París como su *Deus det*.

Otras veces, en cualquier plaza por donde la patrulla hubiera de pasar hacía una traca de pólvora de cañón; cuando venían la encendía por un extremo y se iba a ver lo graciosos que estaban corriendo como si el fuego de San Antonio les abrasara las piernas.

A los pobres maestros de artes y teólogos los perseguía más que a nadie; cuando encontraba alguno de ellos por la calle, nunca dejaba de hacerle algún mal, metiéndoles un cagajón en el sombrero, colgándoles detrás colas de zorro, orejas de liebre o haciendo con ellos cosas parecidas.

Un día que había citado en la Sorbona a todos los teólogos, preparó una pasta llamada borbonense, compuesta de muchos ajos, *galbanum*, *assafétida*, *castoreum* y tronchos podridos de col, y la deslió en pus de bubones chancrosos; muy de madrugada untó con ella todas las celosías, dejando aquello de modo que ni los diablos pudieran parar. Cuando llegaron aquellos buenos hombres, comenzaron a vomitar rabiosamente delante de todo el mundo; diez o doce murieron de peste; catorce tuvieron lepra; diez y ocho, disentería, y más de veintisiete, gálico; pero él se divirtió muy bien.

Ordinariamente llevaba un látigo escondido entre sus ropas, con el que azotaba sin compasión a los pajes que encontraba llevando vino a sus amos para hacerles caminar más de prisa.

Llevaba en su sayo más de veintiséis cajitas y frasquetes, siempre llenos: en una de las cajas guardaba una agujita de plomo y un cuchillito afilado como la aguja de un peletero, con el cual cortaba los bolsillos; en los frascos, agua de agraz que arrojaba a los ojos de los que le miraban; en otros sitios botones de la planta que se llama *amor de hortelano*, en los que ponía plumas de oca o de gallina y los arrojaba a las ropas o a los sombreros de los transeúntes, poniéndoles además cuernecillos que paseaban por toda la ciudad, a veces durante toda su vida. A las mujeres, por detrás, les colocaba debajo de las capotas figuras hechas en la forma de un miembro viril.

Solía también llevar un trozo de cuerno con pulgas y piojos que les cogía a los mendigos de San Inocente, y con cañas o

plumas de escribir se los echaba en el cuello a las más pulcras damiselas; esta operación la hacía en la iglesia, porque él jamás elevaba a Dios el corazón; pero siempre entre las mujeres acudía a sermones, vísperas y misas.

En otra caja llevaba buena provisión de corchetes y alfileres, con los que prendía hombres y mujeres en donde los encontraba juntos; algunas llevaban ropas delicadas, y al separarse se desgarraban.

En otra, un eslabón con mecha, pedernal y todo lo necesario para encender fuego.

En otra, dos o tres espejillos, con los que a hombres y mujeres les hacía rabiarse y perder la compostura en la iglesia, porque según su lógica,

Mujer loca en misa,
mujer fácil de conquistar.

En otra, provisión de hilo y agujas, con las que hacía mil diabluras.

Una vez, a la salida de palacio, entró en la capilla en donde un franciscano iba a decir la misa, y se adelantó para ayudarle a vestirse, pero mientras simulaba hacerlo, le cosió el alba con la ropa y la camisa; cuando entraron los señores de la corte, tuvo la precaución de retirarse. Llegado el *ite misa est*, quiso el pobre hermano quitarse el alba, y con ella sacó el hábito y la camisa, desnudándose hasta las espaldas y mostrando su *calibrístis* a todo el mundo, y por cierto que no era pequeño el tal *colibrístis*; el hermano tiraba, tiraba y cada vez iba peor la cosa, hasta que uno de aquellos señores de la corte le dijo: —¿Qué es esto, hermano? ¿Venimos aquí a hacer ofrenda y besar su culo? ¡Que lo bese el fuego de San Antonio!

Desde entonces se dispuso que los pobres hermosos padres no se desnudaran ante la gente, sino en la sacristía, y mucho menos ante las mujeres, porque sería ocasión de pecado.

Todos se preguntaban por qué estos hermanos tienen una cola tan hermosa, y Panurgo solucionó pronto el problema diciéndoles: ¿Por qué los burros tienen tan grandes las orejas? Porque sus mamás no les ponen en la cabeza un gorro, como dice de Aliaco en sus *Suppositionis*.

Por parecida razón la cola de estos hermanitos tiene tal desarrollo; esto es, porque no gastan calzas atacadas y el pobre miembro crece en libertad a rienda suelta y les va golpeando en las rodillas como los rosarios a las beatas; la causa de que sea gruesa en proporción es que, como se agita, la nutrición del cuerpo baja hasta ella, y además el que, según los legistas, la agitación y movimiento tienen por efecto el desarrollo.

Llevaba también una bolsa llena de polvos de *pica pica* que les echaba en la espalda a las mujeres mejor compuestas, con lo cual las hacía desnudarse delante de todo el mundo, danzar como una esferilla sobre un tambor o correr locas por las calles; corría detrás de ellas y cuando se desnudaban les echaba su capa sobre los hombros como hombre cortés y galante.

Asimismo llevaba una ampolla con aceite rancio, y cuando encontraba una mujer o un hombre con ropa nueva, se acercaba, tocaba los adornos y encajes y decía placentemente: —¡Este, éste sí que es buen paño, buen tafetán, buen satén, señora; Dios os dé todo lo que vuestro noble corazón desea; tenéis una ropa impecable; Dios os la onserve!—y mientras tanto las llenaba de manchas, poniéndolas de modo que el diablo no tenía por dónde agarrarlas. Cuando se trataba de una mujer, y ya se retiraba, decía: —Tened cuidado, señora; guardaos de tropezar, que tenéis delante una gran cueva sucia y húmeda.

En otro bolsillo tenía siempre polvos muy sutiles de euforbio; los echaba en un pañuelo muy fino y bien bordado que robó en la lencería de palacio, y se lo colocaba en el pecho asomando una punta. Cuando estaba en compañía de algunas señoritas, suscitaba conversación de ropas y lienzos y les enseñaba el pico de su pañuelo preguntando: —¿Es obra de Flandes o de Haynacult?—Después lo sacaba, ofreciéndoselo: —Tomad, tomad; mirad la labor. ¿Es de Fontignan o de Fuenterrabía?—Y se lo acercaba bien a la nariz, haciéndoles estornudar fuertemente durante más de cuatro horas. Mientras tanto él vetoseaba como un rocín y las señoritas riendo le preguntaban: —¿Cómo? ¿Os pedéis, Panurgo? —No hago tal, señoras—contestaba—; doy los acordes de contrapunto en la música que tocáis con vuestras narices.

En otro, una ganzúa, un gatillo, un gancho y algunos otros hierros, con los que no había puerta ni cofre que no desce-rrajase.

En otra, dados falsos para el juego, que los manejaba dies-tramente, porque tenía los dedos de la mano como Minerva o como Arachné, y además se los preparaba con sustancias químicas.

Cuando cambiaba un tostón o cualquier otra pieza, el que se la daba ya podía decirse que era más listo que el maestro Mosca, si Panurgo no le escamoteaba algunas monedas, con tal destreza que nadie se apercibía de ello; más rápido y sutil que el mismo viento.

CAPITULO XVII

CÓMO PANURGO GANABA INDULGENCIAS Y CASABA A LAS VIEJAS. LOS PLEITOS QUE TUVO EN PARÍS



CIERTO día encontré a Panurgo un tanto abis-mado y taciturno, por lo cual no dudé de que no tenía dinero y le dije: —Panurgo, estáis enfermo, según deduzco de vuestra fisonomía, y conozco el mal; tenéis dolor de bolsillo, pero no os apuréis, yo tengo todavía

seis sueldos y un *ochavo*
que jamás conocieron padre ni madre,

y dada vuestra necesidad os vendrán mejor que el gálico.

Y él me respondió: —¡Mierda para el dinero! Algún día tendré mucho, porque tengo una piedra filosofal que me atrae el dinero de todos los bolsillos como el imán atrae al hierro; pero... ¿queréis acompañarme a ganar indulgencias?

—No soy muy devoto en este mundo, ni sé si he de serlo en el otro, pero vayamos en el nombre de Dios, a condición de gastar sólo un dinero, ni más ni menos.

—Prestadme entonces un dinero a réditos.

—Nada, nada de eso; os lo doy de muy buena gana.

—*Grates vobis domino.*

Marchamos, pues, y comenzamos por San Gervasio; yo no me apliqué mucho, porque me conformo con poco en estas materias; después hice mis menudos rezos y mis oraciones a Santa Brígida; pero él acudía a todos los responsos y siempre daba dinero a los curas. De allí nos trasladamos a Nuestra Señora, a San Juan y a San Antonio, y a otras iglesias, en donde también había banquetes de indulgencias; por mi parte no quise ganar más; pero él no cesaba de besar reliquias y dar dinero en todas partes. Cuando estuvimos de vuelta me convidó a beber en la taberna del castillo y me enseñó diez o doce bolsillos repletos de dinero. Santiguándome, le dije: —¿De dónde habéis sacado tanto en tan poco tiempo?—A lo cual me respondió: —De las bandejas de los clérigos, porque al dar el primer dinero hice como que era una moneda de gran valor, y diestramente tomé el cambio con una mano sin perjuicio de manejar también la otra a mi favor, y esta misma operación hice en todos los sitios que hemos recorrido.

—Considerad que dañáis como una sierpe: sois ladrón y sacrílego.

—Eso os parece, pero yo no soy de la misma opinión, porque los padres me lo dan cuando dicen al presentarme a besar las reliquias: *centuplum accipies*, y yo por un dinero tomo ciento, puesto que *accipies* se interpreta, según los hebreos, que usan el futuro en lugar del imperativo, como habréis visto en la ley. *Diliges dominum, id es, dilige*. De este modo, cuando el cura me dice *centuplum accipies*, quiere decirme *accipie centuplum*, y en esto están conformes Rabbi Kimy, Rabbi Aben Erra y todos los masoretas, *ibi Bartolus*. Además, el papa Sixto me dió mil quinientas libras de renta sobre su dominio y tesoro eclesiástico, por haberle curado un bubón chan-croso que le atormentaba tanto, que creyó verse galicoso toda su vida, y me cobro por mi mano porque no hay tal cosa en el tesoro eclesiástico.

—¡Ay, amigo mío—continuaba—, si tú supieras cómo hago mi pacotilla en estas cruzadas, te quedarías aturdido! Me vale más de seis mil florines.

—Y ¿en dónde diablo están? Porque nunca tienes un ochavo.

—Están en donde estaban; no he hecho más que cambiarlos de dueño. He empleado más de tres mil en casar, no a las

jovencillas, porque a éstas les sobran maridos, sino a las vejanconas sempiternas, que ya no tienen dientes en la boca; considerando que estas buenas señoras han empleado muy bien el tiempo de su juventud, yaciendo a culo descubierto con todo el que llegaba, hasta que no han querido más, me dije: por Dios que he de hacerlas cohabitar una vez más antes de que se mueran. Para este fin a una le di cien florines, a otra ciento veinte, a otra trescientos, según como eran de infames, detestables y abominables, porque conforme eran de horribles y execrables así había que rodearlas de atractivos, porque de otra manera ni el diablo hubiera querido levantarles la camisa. Después me iba a cualquier galicoso gordo y grasiento y hacía yo mismo el matrimonio; pero antes de mostrar la esposa mostraba el dinero, diciendo: compadre, todo esto es para ti si quieres dar un buen golpe de miembro viril. Los pobres harapiientos se rezumaban como viejos garafones; yo los hacía banquetear y beber con abundancia y envolvía en mantas a las viejas para que entraran en calor. En resumidas cuentas: cohabitaban todos como buenas almas, pero como ellas eran monstruosas y contrahechas, hacía yo que les metieran la cabeza en un saco.

Además, he perdido mucho en mis procesos y pleitos.

—¿Qué pleitos has podido tener tú, que no tienes casas ni tierras?

—Verás, amigo mío: las señoritas de esta villa, por instigación de todos los diablos del infierno, habían adoptado un sistema de pañoletas, de delicada hechura, que les tapaban muy bien los senos, de manera que no se podía meter la mano en ellos, porque tenían la abertura por detrás y estaban cerradas por delante, con lo cual los pobres amantes, dolientes y contemplativos, no estaban muy contentos. Un hermoso día de marzo, presenté una petición al Tribunal, haciéndome parte contra dichas señoritas, señalando los grandes intereses que defendía y alegando que por la misma razón haría yo colocar atrás la abertura de mi bragueta, si el Tribunal no me atendía. Las señoritas formaron un sindicato, mostraron sus *fundamentos* y nombraron procuración para defender su causa; pero yo les repliqué tan bien, que por sentencia se decretó que se proscribieran aquellas pañoletas y se llevaran abiertas por delante. Pero todo esto me costó muchísimo.

Tuve otro pleito bien justo contra el maestro Fyfy y sus colegas para que no volviesen a estudiar clandestinamente de noche la pipa, el tonel y el Cuarto de sentencias (Nota 123), sino a la luz, en pleno día y en las escuelas de Faure, ante los artistas y sofistas; salí condenado en costas, por una formalidad del procedimiento.

Otra vez presenté también demanda contra las mulas de los Presidentes, Consejeros y otras, para que cuando en el patio de palacio las pusieran a comer su heno, les colocaran delantalillos para que con su baba no estropearan el pavimento y los pajes pudieran jugar a los dados o a revolcarse bien a su gusto sin mancharse las calzas por las rodillas. En éste, conseguí mi propósito; pero también me costó los cuartos. ¿Sabéis además lo que me cuestan ahora los pequeños banquetes con que obsequio todos los días a los pajecillos de palacio?

—¿Y con qué fin?

—Tú, amigo mío, no tienes diversiones; yo tengo más que el rey, y si quisieras ser de mi partida haríamos diablos.

—No, no, por San Adauras, que algún día te veremos colgado.

—Y a ti, algún día también, enterrado. ¿Qué honra más, el aire o la tierra?

—¡Ah, buena pécora!

—Mientras los pajes banquetean, yo guardo las mulas y a algunas corto la acción de un estribo; cuando el obeso consejero viene a montar, cae como un cerdo ante todo el mundo, que ríe entonces por valor de más de cien francos; pero yo me río más aún, porque cuando llegan a su casa, hacen azotar al señor paje como quien apalea lana, y de este modo no siento lo que he gastado en el banquete.

Para concluir: tenía, como he dicho, sesenta y tres maneras de buscar dinero y más de doscientas catorce de gastarlo, sin contar entre éstas la obligación de tapar la cueva de debajo de la nariz.

CAPITULO XVIII

CÓMO UN GRAN CLÉRIGO DE INGLATERRA QUISO ARGÜÍR CONTRA
PANTAGRUEL Y FUÉ VENCIDO POR PANURGO



EN estos mismos días un gran sabio llamado Thaumasta, hasta quien llegó el ruido y la fama del saber de Pantagruel, vino del país de Inglaterra con la sola intención de verle, conocerle y probar si tal saber estaba en relación con el renombre. Llegó a París y se alojó en el hotel de San Dionisio, que era el que Pantagruel habitaba también y en aquel momento se paseaba por el jardín con Panurgo filosofando a la manera de los peripatéticos. A primera vista tembló de pavor viéndole tan grande y tan grueso; después le saludó, como es de razón, cortésmente, diciéndole: —Bien cierto es lo que afirma Platón, príncipe de los filósofos: que si la representación de la ciencia y la sabiduría fuera corporal y visible, excitaría su admiración en todo el mundo, porque solamente su ruido cuando se esparce por el aire, si llega a los oídos de sus estudiosos partidarios, a los que llamamos filósofos, no les deja reposar un momento, sino que les estimula y empuja a correr al lugar y ver la persona en quien la filosofía y la ciencia han levantado su templo y establecido su oráculo, como hemos visto palpablemente en la reina de Saba cuando vino desde los límites del Oriente y el mar Pérsico para ver el orden de la casa del sabio Salomón y oír su sabiduría; en Anacharsis, que de Scitia fué a Atenas para ver a Solón; en Pitágoras, que visitó a los vaticinadores de Memphis; en Platón, que fué a ver a los magos de Egipto y a Architas de Tarento; en Apolloninus Tysccus, que fué hasta el Cáucaso, pasó por entre los naitas, masagetas e indios y navegó por el gran río Phison hasta los Brachmanes para ver a Hiarchas y cruzó Babilonia, Caldea, Media, Asiria, Parthia, Siria, Fenicia, Arabia, Palestina, Alejandría y hasta Ethiopía para ver a los Gymnosophistas. Parecido ejemplo tenemos en lo que sucedió con

Tito Livio, pues muchas gentes estudiosas, para verlo, fueron a Roma desde los confines de Francia y España.

Yo no pretendo incluirme en el número y categoría de estas gentes tan perfectas; pero sí quiero ser conceptuado como aficionado, no sólo a las letras, sino también al trato de los que las poseen. Así, oyendo el ruido de tu saber inestimable, resolví dejar mi país, mis padres y mi casa y vine aquí desestimando lo largo del camino, los peligros del mar y las novedades de estos climas y comarcas, sólo para verte y controvertir contigo de algunos pasajes de filosofía, de geomancia y cábalas, de las cuales dudo y no puedo acallar los deseos de mi espíritu; si tú puedes resolvérmelos, me ofrezco desde ahora tu esclavo, por mí y por mi posteridad, porque no tengo otro don que ofrecerte en recompensa. Los redactaré por escrito y convocaré a todos los sabios de la villa para que ante ellos discutamos.

He aquí la forma en que yo entiendo que debemos discutir: no quiero disputar *pro et contra* como hacen los necios sofistas de esta villa y otras; no quiero hacerlo tampoco a la manera de los académicos, esto es, declamando, ni por números, como Pitágoras y como pretendía Pico de la Mirandola en Roma. Quiero discutir sólo por señas, sin hablar, porque las materias son tan arduas que las palabras humanas no bastarían para expresarlas a mi gusto. Creo que agrada a tu magnificencia el que lo hagamos así y será en la gran sala de Navarra a las siete de la mañana (Nota 124).

Cuando hubo terminado, Pantagrúel le dijo comedidamente: —Señor, no quiero recibir dinero de nadie por repartir como puedo las gracias de que Dios me ha dotado, porque todo bien de El lo recibimos y su placer es que se reparta entre todas las personas dignas e idóneas para recibir el celestial maná del honrado saber; he visto que entre el número de estas personas tienes el primer rango y te notifico que a todas horas me tendrás dispuesto a contestar a cada una de tus preguntas, conforme a mis modestos conocimientos. Debo yo aprender más de ti que tú de mí, pero como has dispuesto, controvertiremos juntos acerca de tus dudas y buscaremos nuestra solución hasta en el fondo del pozo insondable en el que, según Heráclito, está oculta la verdad. Me agrada y aplaudo sobremanera la forma de argüir que has propuesto,

esto es, por señas y sin hablar, porque haciéndolo así nos entenderemos y prescindiremos de esos manotazos que dan los sofistas badulaques cuando arguyen, para reforzar la bondad de sus argumentos.

Así, pues, mañana no faltaré en el lugar y hora que me has señalado; pero te ruego que sea sin ruidos, debates ni tumultos, que no busquemos honores ni aplausos de los hombres, sino la verdad únicamente.

A esto replicó Thaumasta: —Señor, Dios te mantenga en su gracia, recompensándote de lo que tu alta magnificencia quiere dispensar a mi ruindad. Por ahora, adiós, hasta mañana.

—Adiós—repuso Pantagruel.

Señores los que leáis estos escritos, no penséis que hubo jamás hombres más preocupados que lo estuvieron toda la noche tanto Thaumasta como Pantagruel. El primero dijo al conserje del hotel que nunca se había encontrado tan alterado como entonces; me parece que Pantagruel me tiene agarrado de la garganta; dad orden de que bebamos, yo os lo ruego, y haced también que me traigan agua fresca para gargarizar.

Pantagruel, mientras tanto, se metió en la biblioteca y toda la noche estuvo repasando:

El libro de Beda, *De mimeris et signis*.

El libro de Plotino, *De innenarrabilibus*.

El libro de Prodo, *De Magia*.

Los libros de Artemidoro, *Peri Oneirocriticon*.

De Anaxágoras, *Peri Semeion*.

De Dinaríus, *Peri Aphonon*.

Los libros de Philistion.

Hipponax, *Peri Anecphoncton* (Nota 125).

Y muchísimos más, tanto que Panurgo le dijo: —Señor, dejaos de todos estos pensamientos y marchaos a acostar, porque os veo tan desfallecido, que estáis a punto de caer con una fiebre efímera por exceso de meditación y trabajo; primero bebamos veinticinco o treinta buenos tragos y después os retiráis a dormir tranquilamente, porque mañana yo contestaré y argüiré al señor inglés, y siempre que no le meta *ad metan non loqui*, decid de mí todo lo malo que queráis.

—Está bien, querido Panurgo; pero es maravillosamente sabio, y ¿cómo podrás contestarle a su gusto?

—Muy bien; os ruego que no habléis más del asunto y me dejéis hacer: ¿hay alguien que sepa tanto como los diablos?

—No, si no se tiene una especial gracia divina.

—Pues yo he argüido con ellos muchas veces, les he ganado la guinda y les he hecho caer de culo. Estad, pues, tranquilo con respecto a ese glorioso inglés, porque mañana os le haré mear vinagre ante todo el mundo.

Panurgo pasó la noche bebiendo con los pajes y jugando con ellos las hebillas de sus calzas a *primus* y *secundus* y a la billarda; cuando llegó la hora convenida, condujo a su amo Pantagrúel al sitio de la controversia. No hubo en París chico ni grande que no acudiera a dicho lugar, pensando: ese diablo de Pantagrúel, que ha convocado a todos los resudosos y viejos sofistas a esta hora, traerá vino. Ese inglés debe de ser otro diablo de Vauvert (Nota 126); veremos quién vence.

Reunidos ya todos, Thaumasta les esperaba; cuando Pantagrúel y Panurgo llegaron a la sala, todos aquellos necios artistas comenzaron a batir palmas, según su estúpida costumbre.

Al oírlos Pantagrúel les dijo en alta voz que resonaba como una serie de cañonazos: —¡Paz por Dios, por el diablo! ¡Cochinos! ¡Si seguís palmoteando, os romperé a trastazos la cabeza!

Ante esta reconvención quedaron aterrados como perrillos falderos y no hubieran osado toser aunque hubieran tenido que comerse quince libras de plumas; tenían todos la lengua medio pie dentro de la boca, como si Pantagrúel se la hubiera retacado con el puño.

Entonces Panurgo se dirigió al inglés diciendo: —Señor, ¿has venido para disputar contenciosamente sobre los temas que has propuesto, o para buscar y aprender la verdad?

—Señor—contestó Thaumasta—, sólo me guía el deseo de aprender y dominar aquello de lo que he dudado toda mi vida, pues no he encontrado hombre ni libro que hayan sabido resolverme las cuestiones que he enunciado; pero no quiero promover controversia, porque esto es cosa vil y la dejo a esos enfadosos sofistas, que con sus procedimientos no buscan la verdad, sino la contradicción y el debate.

—Entonces, yo, que soy un modesto discípulo de mi maestro el señor Pantagruel, voy a contentarte y satisfacerte en todo y por todo, pues sería indigno el que mi dicho maestro se mezclara en cosas tan triviales; por lo tanto, será mejor que presida, juzgue nuestras proposiciones y te conteste en último término, si te parece que yo no he satisfecho tu estu-
dioso deseo.

—No hay inconveniente—dijo Thaumasta—; comencemos al punto.

Debo advertir que Panurgo había puesto al extremo de su larga bragueta un copo de seda roja, blanca, verde y azul, y dentro de él una hermosa naranja.

CAPITULO XIX

CÓMO PANURGO TRIUNFÓ DEL INGLÉS QUE ARGÜÍA POR SEÑAS



UNA vez que los asistentes escuchaban en silencio, el inglés levantó en alto separadamente sus dos manos, juntando las extremidades de los dedos en la forma que se llama en Chinonnoys *culo de pollo*; juntó una con otra por las uñas cuatro veces, después las abrió y sonoramente golpeó sobre una de las palmas una vez; de nuevo juntándolas como antes golpeó dos veces cerrándolas y cuatro abriéndolas. Después las levantó juntas y extendidas como rogando a Dios.

Panurgo, rápidamente levantó la derecha, puso el pulgar bajo la ventana de la nariz de aquel lado, teniendo mientras los otros cuatro dedos juntos y extendidos en línea paralela a la punta de la nariz; cerró el ojo izquierdo y guiñó el otro con profunda depresión de la ceja y el párpado; después levantó la izquierda con los cuatro dedos juntos y extendidos y el pulgar elevado, y la colocó en la misma dirección que la otra, con distancia de codo y medio; bajó luego las dos y luego las levantó como apuntando a la nariz del inglés.

Este comenzó a decir: —Y si Mercurio...—pero Panurgo le interrumpió: —¡Habéis hablado! ¡Máscara!

Entonces el inglés hizo este signo: levantó en el aire la mano izquierda abierta, cerró los cuatro dedos y se puso el pulgar extendido sobre la punta de la nariz; alzó de pronto la derecha abierta y la bajó en la misma forma, apoyando después el pulgar, en donde tenía el meñique de la otra, moviendo lentamente en el aire los cuatro dedos, y, por último, cambió, haciendo con la derecha lo que había hecho con la izquierda y recíprocamente.

Panurgo, nada sobrecogido por esto, sacó de su enorme bragueta con la mano izquierda un trozo de cuerno de buey, blanco, y dos piezas de madera de forma parecida, pintadas la una de negro y la otra de rojo, que se las colocó entre los dedos, y, chocándolas, hacía el mismo sonido que hacen los leprosos de Bretaña con sus castañuelas, o, si es posible, más perfecto y armonioso, y con la lengua doblada dentro de la boca tascaba graciosamente mirando al inglés.

Los teólogos, médicos y cirujanos allí presentes pensaron que con este signo quería decir que su adversario tenía lepra; los consejeros, legistas y decretalistas supusieron que aludía a esta especie de felicidad humana que radica en el estado de leprosos, como, según se dice, sostenía Nuestro Señor.

El inglés no se preocupó por esto y levantó las dos manos, cerró los dedos medios pasando los pulgares por entre los índice y corazón y dejando los meñiques extendidos; las presentó así a su contendiente, y después juntó por los extremos cada meñique y pulgar con sus opuestos del mismo nombre.

Panurgo, sin decir palabra, hizo esta mímica: juntó en la mano izquierda la uña del dedo índice con la del pulgar, haciendo algo así como una boca; en la mano derecha cerró todos los dedos en puño, menos el índice, que lo metió y sacó rápidamente por entre dichos dedos de la izquierda; después extendió también el índice de la derecha y estiró los dos todo lo que pudo hacia Thaumasta; colocó luego el pulgar de la izquierda sobre la órbita del mismo lado extendiendo la mano como el ala de un pájaro o la cola de un pez, moviéndola burlonamente, y con la derecha hizo lo mismo después de haberla colocado también sobre la órbita del ojo respectivo.

Thaumasta, pálido y tembloroso, juntó en la mano izquierda el dedo medio con el músculo de debajo del pulgar, y des-

pués metió entre ellos el índice de la derecha; pero por debajo, no por encima, como había hecho Panurgo.

Este entonces juntó sus dos manos y sopló por entre las palmas; hecho esto, repitió el gesto que el inglés no había sabido imitar y alargó la barbilla mirando con entereza a su enemigo.

El público, que no entendía ninguna de estas señas, creyó comprender entonces que Panurgo, sin hablar palabra, preguntaba a Thaumasta: ¿qué queréis decir?

En esto, el inglés comenzó a sudar la gota gorda y pareció quedar abismado en la más alta contemplación; se rehizo y colocó todas las uñas de la izquierda contra las de la derecha, poniendo los dedos como semicírculos, y en esta forma elevó las manos todo lo que pudo.

Panurgo, entonces, se puso el pulgar de la diestra bajo las mandíbulas, metió el meñique entre el índice y pulgar de la izquierda y comenzó a castañetear sonoramente sus dientes.

Thaumasta, jadeante, se levantó; pero al hacerlo soltó un gran pedo de panadero, porque con él se le escapó la mierda, meó vinagre y olía como todos los diablos; los asistentes comenzaron a taparse la nariz, de lo que él se moría de angustia; después alzó la mano derecha, juntando los extremos de los dedos, y se puso la izquierda extendida sobre el pecho; entonces Panurgo sacó de su bragueta el copo, lo estiró como codo y medio y lo sostuvo con la izquierda mientras con la derecha tomó la naranja y la tiró al aire siete veces, rompiéndola a la octava contra el puño de la misma mano, y comenzó a sacudir su hermosa bragueta, mostrándosela a Thaumasta.

Este comenzó a hinchar los carrillos como un cornamusero y a soplar como si inflara una vejiga de cerdo.

Panurgo, entonces, se metió un dedo de la izquierda en el agujero del culo, y con la boca sorbió aire como quien toma ostras o sopa; hecho esto, abrió la boca, y con la palma de la diestra se golpeó, haciendo un ruido profundo que parecía venir de la superficie del diafragma por la traquearteria, y lo repitió diez y seis veces. Thaumasta, mientras tanto, soplaba como una oca, y Panurgo, sin detenerse, se metió el índice de la diestra en la boca, lo apretó bien con los labios y lo sacó de pronto, haciendo un ruido muy fuerte, que repitió hasta nueve veces.

Entonces el inglés gritó: —¡Ah, señores, el gran secreto! ¡En él ha metido la mano hasta el codo!— Después sacó un puñal y lo tuvo con la punta hacia el suelo. Panurgo, al ver esto, se agarró la bragueta y la sacudió contra sus muslos; puso luego las manos en forma de peine sobre su cabeza, sacando la lengua todo lo que podía y poniendo los ojos en blanco como una cabra moribunda.

—Ya comprendo—dijo Thaumasta—; pero ¿qué es eso? —al mismo tiempo que se ponía el mango del puñal sobre el pecho y sobre la punta colocaba la palma de la otra mano entornando un poco los dedos.

Panurgo inclinó la cabeza hacia el lado izquierdo, se metió el dedo medio en la oreja derecha y levantó el pulgar; después cruzó los brazos sobre el pecho, tosió cinco veces y a la quinta golpeó la tierra con el pie derecho; levantó luego el brazo izquierdo, cerrando todos los dedos menos el pulgar, que apoyó sobre su frente, y con la mano diestra se dió seis golpes de pecho.

Thaumasta, como si no estuviera contento aún, se colocó el pulgar de la derecha sobre la punta de la nariz, cerrando el resto de la mano.

Panurgo, por último, se metió los dedos medios uno a cada lado de la boca, estirándosela todo lo que podía, y con los dos pulgares se bajaba los párpados inferiores y miraba a los circunstantes como haciéndoles una mueca horrible.

CAPITULO XX

CÓMO THAUMASTA RECONOCIÓ LAS EXCELENCIAS Y EL SABER DE PANURGO



THAUMASTA entonces se levantó, y, descubriéndose, dió a Panurgo las gracias dulcemente; después dijo a la concurrencia en alta voz: «Señores, en este momento puedo muy bien repetir las palabras evangélicas: *et ecce plusquam Salomon hic*. Tenéis aquí, en vuestra presencia, un tesoro incomparable, y éste es mi señor Pantagruel, cuyo renombre me atra-

jo aquí desde lo último de Inglaterra para conferenciar con él acerca de los problemas insolubles de la Magia, Alquimia, Cabalística, Geomancia, Astrología y Filosofía que apenaban mi espíritu; mas ahora protesto contra la fama, que se muestra envidiosa para con él, porque no le atribuye ni la milésima parte de lo que merece. Habéis visto cómo su discípulo me ha satisfecho y me ha dicho mucho más de lo que yo preguntaba, y me ha resuelto dudas inestimables, por lo cual puedo aseguraros que me ha descubierto el pozo y el abismo de la verdadera Enciclopedia, cuando no creía encontrar hombre que de ella conociera ni aun los primeros elementos, al haber discutido conmigo por señas.

»Con el tiempo escribiré todo lo que hemos dicho y resuelto para que nadie crea que han sido burlas, y lo haré imprimir, para que todos estudien como yo he estudiado. Entonces podréis juzgar todo lo que hubiera dicho el maestro viendo lo que ha dicho el discípulo en nuestra contienda, porque *non est discipulus super magistrum*.

»De todos modos, alabado sea Dios, y mucho os agradezco el honor que nos habéis hecho con asistir a este acto.»

Parecidas manifestaciones de gratitud hizo Pantagruel a toda la concurrencia, y se marchó a comer, llevando en su compañía a Thaumasta. Podéis creer que bebieron con la barriga desabrochada (porque en aquel tiempo se abrochaban las barrigas con botones como ahora los coletos) hasta preguntarse: «¿De dónde venís?» ¡Virgen Santísima, y cómo tiraron de cabrito! Y vengan frascos y vayan frascos, toma, trae, vino, escancia, echa por el diablo, echa; no hubo ninguno que no envasara más de treinta azumbres. ¿Sabéis cómo? *Sicut terra sine aqua*, porque hacía mucho calor y además estaban alterados.

En cuanto al significado de los temas propuestos por Thaumasta y de las señas que emplearan en la controversia, os las expondría, según relación de ellos mismos; pero he sabido que el inglés ha hecho de ellas un gran libro, lo ha impreso en Londres, y en él declara todo sin olvidar un dato; por la presente, a él me remito (Nota 127).

CAPITULO XXI

ENAMÓRASE PANURGO DE UNA ALTA DAMA DE PARÍS



PANURGO comenzó a adquirir en París gran renombre por efecto de su controversia con el inglés, y determinó hacer valer su braguita, para lo cual la hizo adornar con bordados de gusto romántico; la gente le alababa públicamente, y hasta compusieron una canción en honor suyo, que cantaban los chiquillos, aderezándolo así con sabrosa mostaza. Era bienquisto entre las damas y damiselas, y por todas estas causas decidió conquistar a una de las más encopetadas señoras de la villa.

Al efecto, dejando a un lado los largos prólogos y protestas que ordinariamente hacen los doloridos y contemplativos amantes de cuaresma, que ni aun a tocar la cara de sus damas se atreven, le dijo un día:

—Señora, creo que sería utilísimo a la república, deleitoso para vos, honorable para vuestro linaje y necesario para mí el que cruzarais conmigo vuestra raza; la experiencia os lo demostrará.

La dama, al oír estas palabras, retrocedió más de cien líneas, diciéndole:

—¡Malvado loco! ¿Cómo os atrevéis a hacerme tal proposición? ¿A quién pensáis hablar? ¡Idos, no os vuelva yo a ver en mi presencia, pues en muy poco está el que os mande cortar los brazos y las piernas!

—Sería para mí un deber dejarme cortar brazos y piernas a condición de que nos regocijáramos un rato, jugando a los muñequitos en las bajas regiones (Nota 128); porque (mostrando su hermosa braguita) aquí está el maestro Juan Jueves, que os tocaría una antigualla que habría de llegaros hasta la medula de los huesos. Es muy galante, y además sabría buscaros los rincones más ocultos y cazar todos los ratones de la ratonera, de modo que después de él nada os quedara que desear.

—Marchaos, malvado, marchaos; si me decís una palabra más, llamo gente y os hago moler a golpes.

—¡Ah, no!, no sois tan mala como queréis aparecer, o yo me engaño al juzgar por vuestra fisonomía; más fácil es que la tierra se suba al cielo y el alto cielo baje al abismo y todo el orden natural se trastorne, que el que en tan gran belleza y elegancia como la vuestra haya una sola gota de hiel ni de malicia. Cierto es que se dice muchas veces:

No vi mujer hermosa
que fuera bondadosa;

pero esto se refiere a las bellezas vulgares. La vuestra es tan excelente, tan singular, tan celestial, que creo que la Naturaleza os la dió para que nos sirva de muestra de lo que ella puede hacer cuando quiere emplear bien toda su ciencia y todo su poderío. No es sino miel, no es sino azúcar, no es sino maná celeste todo lo que hay en vos. A vos es a quien París debiera adjudicar la manzana de oro, no a Venus, ni a Juno, ni a Minerva; porque nunca Juno fué tan magnificante, ni tan prudente Minerva, ni tan elegante Venus como vos lo sois. ¡Oh, Dios de los más altos cielos! ¡Qué feliz será aquel a quien le concedáis la gracia de llegar a esta mujer para abrazarla, besarla y restregar con ella sus lomos!... ¡Por Dios que he de ser yo! Lo veo muy bien, porque ya me ama locamente; lo conozco; los hados me predestinaron a ello; así que, para ganar tiempo, venid y enlacemos nuestras piernas.

Quiso abrazarla, pero ella hizo ademán de acercarse a la ventana para pedir auxilio; entonces Panurgo, huyendo apurado, le dijo:

—Señora, escuchadme; voy a llamar yo mismo, no quiero que os molestéis.

Así se fué sin preocuparse mucho de los reproches sufridos ni poner mala cara.

Al día siguiente fué a la iglesia adonde ella acostumbraba a oír su misa, y al entrar le ofreció agua bendita, inclinándose profundamente; después se arrodilló, y le dijo:

—Señora, me tenéis tan enamorado que no puedo mear ni comer; como comprenderéis, puede sobrevenirme una enfermedad, y ¿qué pasaría entonces?

—Idos—dijo ella—, eso no me importa; dejadme rogar a Dios.

—Está bien, pero equivocaos, por ejemplo:

En el monte vi a la condesa.

—No sé lo que decís.

—Esto:

A la condesa le vi el monte,

y sobre esto rogad a Dios que me dé todo lo que vuestro noble corazón desea; dadme, por favor, esos *paternosters* (Nota 129).

—Tomadlos y no me molestéis más.

Al decir esto quiso darle sus *paternosters*, que eran de cedro engarzados en oro; pero Panurgo sacó en seguida uno de sus cuchillos, los cortó y los guardó en su faltriguera, diciendo:

—¿Queréis mi cuchillo?

—No, no; de ningún modo.

—Es muy a propósito para vos: corta muy bien intestinos y morcillas.

La dama se sentía pesarosa de haber dado sus *paternosters*, porque eran en la iglesia su entretenimiento, y pensaba: «Este mamarracho es algún transeúnte de país extraño, y jamás los recobraré; ¿qué me dirá mi marido? Se enfadará conmigo de seguro; pero le diré que un ladrón me los ha robado en misa, y lo creerá fácilmente viendo el cabo de la cuerda cortada en mi cintura.»

Después de comer volvió a verla, llevando en la manga una gran bolsa llena de medallas y botones, y le dijo:

—¿Quién de los dos ama más al otro, vos a mí o yo a vos?

—En cuanto a mí, no os odio porque obedezco al mandamiento y amo a todo el mundo.

—¿Pero no estáis enamorada de mí?

—Os he dicho ya muchas veces que no me habléis de tal asunto; si insistís ahora, os diré que no es a mí a quien debéis hablar de amor; marchaos y devolvedme mis *paternosters*, que mi marido me los pide.

—¡Cómo! Vuestros *paternosters* quiero yo usarlos; pero os

daré otros. ¿Cómo os gustan más? ¿De oro esmaltado en esferillas bastantes gruesas, en forma de lazos de amor o en gruesos lingotes macizos? ¿De ébano? ¿De jacinto? ¿De gruesos rubíes tallados y fuertes turquesas? ¿De bellos topacios con zafiros? ¿De diamantes engarzados en oro de veinticinco quilates? Pero no, no, eso es muy poco. Yo os haré un hermoso rosario de finas esmeraldas adornadas con ámbar gris, y en la unión, un broche pérsico grueso como una naranja; no costará más que veinticinco o treinta mil ducados, y os quiero hacer un hermoso regalo porque en ello tengo mucho gusto.

Todo esto lo decía haciendo sonar los botones y las medallas como si fueran escudos.

—¿Queréis una pieza de terciopelo carmesí, violeta o grana? ¿La queréis de satén brochado? ¿Queréis cadenas, brazaletes, sortijas, collares? No tenéis más que decir: sí. Hasta cincuenta mil ducados, nada me importa.

Con estas palabras conseguía que a la buena señora se le hiciera la boca agua, pero al fin le dijo con entereza:

—No; yo os lo agradezco, pero de vos nada quiero.

—Por Dios, yo sí quiero algo de vos; pero es cosa que nada os costará y en nada os hará menos. Mirad (mostrando su enorme bragueta): aquí está el maestro Juan Bastón, que pide alojamiento.—Después quiso abrazarla; pero ella comenzó a gritar, si bien no muy alto. Entonces Panurgo se puso serio y le dijo: —¿No queréis dejarme *maniobrar* un poco? Mierda para vos. No merecéis tanto bien ni tanto honor; por Dios, que haré que os monten los perros.

Dicho esto, se retiró a grandes pasos por miedo a los golpes que naturalmente temía.

CAPITULO XXII

CÓMO PANURGO HIZO A LA DAMA PARISIÉN UNA COSA QUE NO FUÉ
MUY DE SU AGRADO



Se celebraba al día siguiente la fiesta del Corpus, en la cual todas las mujeres lucen sus mejores vestidos. La dama de quien venimos hablando se vistió una hermosa ropa de satén carmesí y una preciosa cota de terciopelo blanco.

La víspera, Panurgo, después de buscar mucho por todas partes, encontró un licisco hembra (Nota 130), en estado de celo, se la arrolló a la cintura y la llevó a su casa; allí la alimentó bien todo el día y toda la noche; por la mañana la mató y la sacó eso que saben los geománticos griegos, lo hizo menudos pedazos, lo guardó bien y se fué adonde la dama debía acudir para seguir la procesión, como es costumbre en dicha fiesta.

Cuando entró, Panurgo le ofreció agua bendita y la saludó cortésmente; poco después, cuando supuso que ya había hecho sus menudos rezos, se acercó a ella y le dió unos versos que había compuesto en la forma siguiente:

Por esta vez, llegué hasta vos, hermosa;
mi amor os dije, y nada lastimosa
hicísteisme marchar con desconsuelo.

Y pues que nunca hicisteis voto al cielo
de conservar honestidad premiosa,
en palabra, ni carta, ni libelo,
pudísteisme decir afectuosa:
marchad de aquí, marchaos de este suelo...
por esta vez.

Mal no os hice; si os causo duelo
al señalar la estrella esplendorosa
que en el espacio guía vuestro vuelo,
quiero, en cambio, que altiva y orgullosa
no andéis en cuatro pies por desconsuelo
por esta vez.

Mientras ella extendía el papel para ver lo que contenía, Panurgo rápidamente le echaba encima la droga, con preferencia en los pliegues de las mangas y la ropilla; después le dijo: —Señora, los pobres amantes jamás están tranquilos. En cuanto a mí, espero que

las malas noches,
trabajos y disgustos

que me proporciona vuestro amor, se me deducirán de las penas que me aguardan en el Purgatorio; de todos modos, rogad a Dios que me dé paciencia en mis males.

No bien hubo acabado Panurgo sus palabras, cuando todos los perros que había en la iglesia acudieron a la dama, atraídos por el olor de la droga; pequeños y grandes, gordos y flacos, todos venían sacando el miembro, olfateándola y llenándola de semen; aquello era la mayor villanía del mundo.

Panurgo, al principio, trató de detenerlos; después se retiró a una capilla para ver el resultado, porque aquellos asquerosos animales la acosaban sin descanso y le destrozaban el vestido; un gran lebrel se le subió a la cabeza, otros jugaban con las mangas y otros se subían a sus caderas; los más pequeños se meaban en sus escaarpines. Las demás mujeres se afanaban por salvarla, y Panurgo, mientras tanto, muerto de risa, dijo a uno de los señores de la villa: «Yo creo que esa dama está caliente o es la querida de algún lebrel.» Cuando vió que todos los perros se afanaban alrededor de ella, como hacen cuando encuentran a una perra en celo, se marchó a buscar a Pantagrúel.

Cuando encontraba perros en las calles, les daba un puntapié y les decía: —¿No iréis con vuestros compañeros a las nupcias? ¡Adelante, adelante, por el diablo, adelante!

Cuando llegó a la casa, dijo a Pantagrúel:

—Maestro, os ruego que vengáis a ver todos los perros del país reunidos alrededor de una señora, la más hermosa de esta villa, a la que quieren gozar.

Pantagrúel accedió de buen grado, y cuando vió el misterio lo encontró hermoso y nuevo.

Pero lo mejor estuvo en la procesión; allí se reunieron más de seiscientos mil catorce perros alrededor de ella, y le hacían

toda clase de atrocidades; por todos sitios donde pasaba la iban siguiendo muy de cerca, goteando en donde tocaban sus ropas. Todo el mundo contemplaba el espectáculo, admirando las demasías de los perros, que se le subían hasta el cuello, destrozando sus preciosas ropas y adornos, contra lo cual no pudo encontrar otro remedio sino retirarse a su domicilio, adonde la siguieron todos, con gran miedo suyo y gran risa de sus camareras.

Cuando ya estuvo en casa y cerró la puerta acudieron allí todos los perros de media legua al contorno y se mearon en el umbral, haciendo con sus orinas un arroyo en el que las canoas hubieran podido navegar muy bien. Aquel arroyo es el que ahora pasa por San Víctor; en el Guobelin se tiñó de escarlata por la virtud específica de la meada de los perros, como según se dice predicó públicamente nuestro maestro Doribus. Así os asista Dios, como con él podía funcionar un molino, aun cuando no tan de continuo como los de Basacle en Tolosa.

CAPITULO XXIII

PANTAGRUEL PARTE DE PARÍS AL SABER QUE LOS DIPSODAS INVADÍAN EL PAÍS DE LOS AMAUROTOS. CAUSA DE QUE LAS LEGUAS SEAN EN FRANCIA TAN PEQUEÑAS



ALGÚN tiempo después, Pantagruel tuvo noticias de que su padre, Gargantúa, se había trasladado al país de Phees por la Morgue, como hicieron, según se dice, Ogier y Artus, porque los Dipsodas se habían salido de sus límites, habían devastado gran parte del país de Utopía y tenían por entonces sitiada la gran ciudad de los Amaurotes.

En vista de esto, partió de París, sin despedirse de nadie, porque el negocio requería diligencia, y marchó a Rouen.

Cuando caminaban notó Pantagruel que las leguas de Francia eran muy pequeñas en relación con las de los demás países, y preguntó a Panurgo la causa; éste, para contestarle,

refirió una historia que cuenta *Marotus Monachus* y está incluida en las *gestas* de los reyes de Canarre.

Dice esta historia que antiguamente los países no estaban divididos en leguas, millas, brazas ni estadales, hasta que el rey Pharamond los dividió de la manera siguiente: tomó en París cien jóvenes hermosos, galantes, robustos y determinados y cien bellas muchachas picardas; los trató muy bien y les dió de comer con abundancia por espacio de ocho días; después los llamó y a cada uno entregó una muchacha y una fuerte suma de dinero para los gastos, pues les ordenó que cada pareja se marchara por un lado a recorrer países distintos, y en cada paraje que copularan dejaran una piedra que marcaría una legua. Como eran jóvenes y estaban alegres, descansados y bien mantenidos, *fanfreluchaban* a cada paso, y he aquí por qué las leguas en Francia son tan cortas. Pero cuando ya habían recorrido largo camino y estaban cansados y lacios como pobres diablos, ya no había en la alcuza más aceite y no *jugueteaban* tanto, conformándose muy bien (cuidado, que sólo me refiero a los hombres) con una malhadada y fatigosa vez cada día. Ved cómo, por consecuencia de esto, las leguas de Bretaña, Italia, Alemania y otros países son muchísimo más largas que las nuestras.

—Hay quien aduce otras razones; pero ésta me parece la mejor de todas—comentaba Panurgo, y de su mismo parecer fué también Pantagruel.

Salieron de Rouen, llegaron a Hommefleur, y allí se embarcaron Pantagruel, Panurgo, Epistemón, Eusthenes y Carpalín; pero cuando estaban en aquel sitio esperando el viento propicio y calafateando su navío, Pantagruel recibió de una dama de París, con la que se había entretenido mucho tiempo, un papel doblado con esta inscripción:

«Al más amado de los bellos y al menos leal de los amantes.

P. N. T. G. N. L.»

CAPITULO XXIV

CARTA QUE TRAJO A PANTAGRUEL UN MENSAJERO DE UNA DAMA DE PARÍS Y EXPLICACIÓN DE LAS PALABRAS ESCRITAS EN ÛN ANILLO DE ORO



MUY sorprendido Pantagruel cuando hubo leído el sobre, preguntó al mensajero el nombre de la persona que le había enviado; abrió la carta, y nada encontró escrito; únicamente había dentro un anillo de oro con un diamante tallado en tabla. Llamó a Panurgo y le dió cuenta del caso; Panurgo le dijo que el papel estaba escrito, pero por ciertos procedimientos que hacen las letras invisibles. Para revelarlas lo acercó al fuego, por si se había escrito con sal amoníaco desleída en agua; después lo metió en agua para ver si lo estaba con jugo de leche-trenza; luego lo acercó a la luz, por si lo estaba con jugo de cebollas blancas; lo impregnó de aceite de nueces, por si lo estaba con leche de higuera; con leche de mujer que criara su hija primogénita, por si lo estaba con sangre de granadilla venenosa; lo frotó con cenizas de un nido de golondrinas, por si lo estaba con un líquido que se encuentra en las manzanas de Alicabant; con cerumen de los oídos, por si lo estaba con hiel de cuervo; con vinagre, por si lo estaba con raíz de monteja; con enjundia de ratones, para ver si lo estaba con esperma de ballena; con agua fresca, por si lo estaba con alumbre; viendo al fin que nada descubría, llamó al mensajero y le preguntó: —Compañero, ¿la dama que te envía te ha dado un bastón para que lo traigas?— Pensando que podía haber imitado la sutileza de Aulo Gelio; pero el mensajero le respondió: —No, señor.—Entonces quiso hacerle cortar los cabellos, por si la dama había escrito en su cabeza rapada con esencia de paja azul lo que quería decir; pero viendo que los tenía muy largos, desistió al considerar que no había tiempo para que le hubieran crecido tanto (Nota 131).

Entonces dijo a Pantagruel: —Maestro, por las virtudes

de Dios, que yo no sé qué hacer ni qué decir; para ver si hay escrito algo, he empleado todos los medios que indican Francisco de Nianto (el Toscano), que ha escrito sobre la manera de leer las letras no aparentes, Zoroastro en *Peri Grammaton acriton* y Calphurnius Bassus, *De literis ilegilibus* (Nota 132), y nada he sacado en limpio, de donde deduzco que aquí no hay más que el anillo. Ahora veámoslo.—Examinándolo encontraron que dentro tenía grabadas estas dos palabras hebreas: *lammah ha Zabthani*, por lo que llamaron a Epistemón para preguntarle lo que significaban; éste afirmó que querían decir: *¿Por qué me has abandonado?* Al oír esto, Panurgo exclamó: —¡Ya lo entiendo todo! ¿Veis este diamante? Pues es falso, y he aquí lo que la dama quiere decirnos: *Di amante falso, ¿por qué me has abandonado?*

Con esta explicación, Pantagrúel comprendió todo lo que sucedía, y recordó que al marcharse no había dicho ni adiós a su dama, de lo cual se contristó mucho, y dispuso en seguida volver a París para hacer las paces con ella; pero Epistemón le trajo a la memoria la despedida de Eneas para con Dido y el dicho de Heraclides Tarentino: que «cuando el navío está anclado y la necesidad apremia, es mejor cortar la cuerda que perder tiempo en soltarla». Lo que debía, pues, hacer era abandonar todos sus pensamientos para correr a la villa en donde había nacido, puesto que se encontraba en peligro.

En efecto, una hora después se levantó el viento llamado Nor-Este, desplegaron velas y se fueron a alta mar; en muy pocos días, pasando por Porto Santo y Medere, hicieron escala en las islas de Canarre; al partir de allí pasaron por Cabo Blanco, Senega, Cabo Visido, Gambie, Sagres, Melli y Buena Esperanza, para hacer escala en el reino de Melinda. Al salir de allí pusieron las velas hacia la Tramontana y pasaron por Meden, Uti, Uden, Gelasin, islas de Phees y junto al reino de Achorie; finalmente llegaron al puerto de Utopía, distante tres leguas y un poco más de la villa de los Amaurotes (Nota 133).

Cuando estuvieron en tierra y hubieron descansado, dijo Pantagrúel:

—Queridos, la villa no está lejos de aquí; antes de ponernos en marcha, no estará mal que deliberemos acerca de lo

que se debe hacer a fin de no parecernos a los atenienses, que no deliberaban hasta después de que las cosas habían sucedido. ¿Estáis determinados a vivir y morir en mi compañía?

—Señor, sí—dijeron todos ellos—; tened tanta seguridad de nosotros como de los dedos de vuestras manos.

—Entonces ya no queda más que un punto que tiene mi espíritu dudoso y suspenso; éste es que no sé el orden ni número de los enemigos que tienen la villa sitiada, y si lo supiera procedería con gran seguridad; es preciso idear un medio de saberlo.

A esto contestaron todos a la vez:

—Dejadnos ir a verlo y esperadnos aquí; antes de que concluya el día os traeremos noticias ciertas.

—Yo—dijo Panurgo—me propongo entrar en su campo por en medio de los guardas y las patrullas, banquetear con ellos y divertirme con las hembras a su costa sin ser conocido de nadie; visitar la artillería, las tiendas de los capitanes, y hacerme tributar honores por las bandas sin ser descubierto; ni el diablo podría conmigo, porque soy del linaje de Zopiro.

—Yo—dijo Epistemón—conozco todas las stratagemas y proezas de los villanos capitanes antiguos y todos los ardides y sutilezas de la disciplina militar; iré, y, en caso de ser descubierto o suscitar sospechas, me libraré haciéndoles creer de vos todo lo que me plazca, porque soy descendiente de Sinon.

—Yo—dijo Eusthenes—atravesaré sus trincheras a despecho de la patrulla y de todos los guardas, pues pasaré sobre sus vientres y les romperé brazos y piernas, aunque sean más fuertes que el diablo, porque procedo de Hércules.

—Yo—dijo Carpalín—entraré en donde entran los pájaros, porque tengo el cuerpo tan ligero que habré recorrido todo su campamento antes de que me hayan visto. No temo dardo, ni flecha, ni caballo, aun cuando fuese el Pegaso de Perseo o Pa-colet (Nota 134), que delante de ellos escaparía sano y salvo; marcharé sobre las espigas y sobre las hierbas sin hollarlas con mi pie, porque procedo de Camila Amazona.

CAPITULO XXV

CÓMO PANURGO, CARPALÍN, EUSTHENES Y EPISTEMÓN,
COMPAÑEROS DE PANTAGRUEL, DESTROZARON SUTILMENTE SEISCIENTOS
SESENTA CABALLEROS



DICHO lo que antecede, divisaron seiscientos sesenta caballeros muy bien montados sobre ligeros corceles, que se acercaban para ver qué navío era el que había llegado al puerto, y corrían a rienda suelta para apresarlos si podían.

Al verlos, dijo Pantagruel:

—Hijos míos, retiraos a la nave; nuestros enemigos llegan, pero yo os los mataré como bestias aun cuando fueran diez veces más de los que son; retiraos mientras tanto y entreteneos lo mejor que podáis.

Entonces dijo Panurgo:

—No, señor; no es razón que hagáis eso; todo lo contrario; vos y nuestros amigos os retiráis a la nave porque yo solo he de desafiarlos aquí; pero no perdáis tiempo, marchaos.

A esto repusieron los otros:

—Ha dicho bien, señor, retiraos; nosotros ayudaremos a Panurgo, y veréis todo lo que sabemos hacer.

Pantagruel accedió, diciendo:

—No lo encuentro mal; pero en caso de que os vea desfallecer, acudiré en auxilio vuestro.

Panurgo sacó de la nave dos grandes cuerdas, las ató por los extremos a un poste de sobre cubierta y saltó con ellas a tierra; después las extendió formando dos círculos, uno más grande que otro, y dijo a Epistemón:

—Entrad en el navío, y cuando yo os llame subís diligentemente sobre cubierta y tiráis de las cuerdas; vosotros—a Eusthenes y Carpalín—os ofreceréis a los enemigos humilde y francamente, como si os rindierais, pero sin entrar en el círculo de las cuerdas.

Después volvió a entrar en la embarcación, tomó un haz

de paja y una caja de pólvora, que derramó y distribuyó por entre los dos círculos, poniendo cerca una granada de fuego.

Llegaron a todo correr los caballeros, acercándose hacia la nave los de la primera línea, y como la orilla estaba resbaladiza, cayeron de sus caballos en número de cuarenta y cuatro. Viendo esto, los demás se aproximaban por creer que los habían combatido, y Panurgo les gritó:

—Señores, perdonad; pero creo que os habéis engañado; el mal no lo causamos nosotros, sino la lubricidad del agua marina, que es siempre grasienta. Nos entregamos a discreción.

Lo mismo dijeron sus dos compañeros, y Epistemón, que estaba sobre cubierta. Mientras tanto, Panurgo miraba con atención para ver si todos habían entrado en el círculo de las cuerdas; viendo que sí y que él y sus amigos estaban fuera, mientras los enemigos avanzaban locamente hacia la nave, gritó con fuerza:

—¡Tira! ¡Tira!

Epistemón tiró; las cuerdas empujaron a los caballeros, y con sus jinetes cayeron a tierra lindamente; viéndose en este trance, sacaron las espadas y quisieron matarlos; pero Panurgo ya había prendido fuego a la espoleta y los abrasó a todos como almas en pena. Ardieron hombres y caballos, excepto uno solo, montado en una yegua turca, que había tratado de huír; pero Carpalín lo vió, y corrió con tal actividad y ligereza, que consiguió atraparlo en menos de cien pasos; saltando a la grupa, lo cogió de la cintura por detrás y lo llevó a la nave.

Terminada la asechanza, Pantagruel se mostró muy gozoso y alabó maravillosamente la industria de sus compañeros; les hizo refrescar y comer muy bien sobre la ribera y beber con el vientre sobre la tierra; todo esto lo hizo también el prisionero familiarmente con ellos, sino que no estaba seguro de que Pantagruel no se lo comiese de un bocado, pues tan grande tenía la garganta, que podía haberlo hecho con la misma facilidad que nosotros tragamos una grajea, y no hubiera abultado en su buche más que un grano de mijo en la boca de un asno.

CAPITULO XXVI

PANTAGRUEL Y SUS COMPAÑEROS ESTABAN
CANSADOS DE COMER CARNE SALADA, Y CARPALÍN SE MARCHA DE CAZA
PARA CAMBIAR DE ALIMENTOS



UANDO estaban banqueteadando, dijo Carpalín:

—¡Ventre de San Quenet! ¿Nunca hemos de comer caza? ¡Esta carne salada me altera mucho! Voy a traer una anca de esos caballos que hemos chamuscado; seguramente estará bien asada.

Levantóse para poner en práctica su proyecto, y vio a la orilla del bosque un gran ciervo que estaba quieto, mirando sin duda el fuego que había encendido Panurgo. Corrió como un tiro de ballesta y lo atrapó al momento; además, al correr con las manos en el aire, cogió cuatro enormes avutardas.

Siete avutardillas.

Veintiséis perdices grises.

Treinta y dos rojas.

Diez y seis faisanes.

Nueve becasas.

Diez y nueve garzas.

Treinta y dos pichones zuritos.

Mató con sus pies diez o doce gazapos de conejo y de liebre, que ya estaban crecidos, y cazó además:

Quince jabalíes enormes.

Dos toros salvajes.

Tres zorros muy grandes.

Golpeando al ciervo con el puño de su espada por detrás de la cabeza, lo mató y se lo colgó al cuello; las liebres se las puso alrededor de la cintura, y desde lejos comenzó a gritar fuertemente: —¡Panurgo, amigo mío, vinagre, vinagre! (Nota 135).

El bueno de Pantagruel pensó que le había dado mal de corazón y ordenó que le dispusieran una taza de vinagre; pero Panurgo comprendió bien que quería decir que traía lie-

bres, y al momento pudo mostrar al noble Pantagruel que no se había equivocado.

En seguida Epistemón hizo, en nombre de las nueve musas, nueve hermosos ganchos de madera a la antigua; Eusthenes le ayudó a despellejar, y Panurgo, mientras tanto, recogió armas de los caballeros muertos para que sirvieran de asadores; al prisionero lo encargaron de la faena culinaria, y en el fuego que habían encendido para tostar a sus enemigos asaron la caza. Después que estuvo dispuesta y sazónada con mucho vinagre, daba gusto verlos embaular. Cuando estaban en esto dijo Pantagruel: —Si Dios hubiera dispuesto que cada uno de vosotros tuviera debajo de la barba diez pares de campanillas del Santísimo Sacramento, y yo, bajo la mía, los grandes relojes de Rennes, Poitiers y la torre de Cambray, ¡vaya un campaneó que armarían nuestras mandíbulas!

—Pero—dijo Panurgo—es ya preciso pensar un poco en nuestro negocio y buscar el medio de ponernos encima de nuestros enemigos.

—Me parece muy oportuno—replicó Pantagruel, y comenzó a preguntar al prisionero:—Amigo mío, dinos aquí la verdad y no mientas en una sola palabra si no quieres que te despellejemos vivo, porque yo soy ese que se come a los niños crudos. Danos cuenta del orden, número y fortaleza de vuestros ejércitos.

El prisionero le contestó: —Señor, la verdad es que nuestro ejército son trescientos gigantes, armados con piedras de molino, grandes a maravilla, aun cuando no tanto como vos, excepto uno, que es el jefe; se llama Loupgarou, y va armado de bigornias ciclópeas. Ciento sesenta y tres mil infantes acorazados con pieles de duende, todos fuertes y valerosos; once mil cuatrocientos hombres armados, tres mil seiscientos dobles cañones, espingardería innumerable, noventa y cuatro mil gastadores, ciento cincuenta mil putas, bellas como diosas («Esto, para mí», interrumpió Panurgo), de las que algunas son Amazonas, otras Lionesas, otras Parisienses, Tousenses, Angevinas, Poictevienses, Normandas, Alemanas; en fin, las hay de todos los países y de todas las lenguas.

—Muy bien—dijo Pantagruel—. ¿Y el rey? ¿También está allí?

—Sí, señor, allí está; nosotros le llamamos Anarche, rey

de los Dipsodas, que vale tanto como decir gentes sedientas, porque jamás habréis visto gentes tan levantiscas ni bebedores más voluntarios. Tiene su tienda en la guardia de los gigantes.

—¡Basta!—exclamó Pantagruel—. Veamos, queridos: ¿estáis determinados a venir conmigo?

Y le replicó Panurgo:

—Dios confunda al que os deje. Ya he pensado cómo he de entregároslos todos muertos como puercos, y ni el diablo se escapará de mi lazo. Pero hay una cosa que me preocupa un poco.

—¿Cuál?

—Cómo podré yo *fusilar*, en almorzando, a todas las putas que hay allí.

Pantagruel reía con estrépito, y Carpalín le dijo: —¡Pero este gran diablo! Por Dios, que también he de *emborronar* a alguna.

—¿Y yo no?—dijo Eusthenes—. Que no he *buceado* después de que mojamos en Rouen, y la aguja señala ya entre las diez y las once, y está dura, larga y fuerte como cien demonios.

—Verdaderamente—le replicó Panurgo—, te daremos las más gruesos y las más robustas.

—¡Cómo!—exclamó Eusthenes—. ¿Todo el mundo cabalgará bien mientras yo monto en asnos? ¡Llévese el diablo a los que hagan distinciones! Usaremos del derecho de guerra: *qui potest capere, capiat*.

—No, no—le objetó Panurgo—, ata tu burro a un tronco y cabalga como todo el mundo.

Cuando Pantagruel se hartó de reír, les dijo: —Estáis contando sin la huéspedada. Tengo miedo de que antes de que sea de noche nos cojan desprevenidos y sin ánimo de pelear, y os piquen a sablazos y lanzadas.

—Basta—replicó Epistemón—. Yo os los pondré tostados, cocidos y guisados o hechos pasta. No son tantos como tenía Xerxes, que contaba con trescientos mil combatientes, si creemos a Herodoto y Pompeyo; pero Themistocles, con muy poca gente, lo derrotó. Por Dios, no os preocupéis.

—Mierda, mierda—interrumpió Panurgo—. Con sólo mi bragueta destrozaré a los hombres, y por San Balletrou, que después que haya reposado, *descorcharé* a las hembras.

—Silencio entonces—dijo Pantagruel—. Comencemos a marchar.

CAPITULO XXVII

PANTAGRUEL ERIGE UN TROFEO EN MEMORIA DE SU PROEZA Y PANURGO OTRO EN MEMORIA DE SU COMIDA.—CÓMO PANTAGRUEL ENGENDRABA HOMBRECILLOS CON SUS PEDOS Y CON SUS SALIVAZOS MUJERCILLAS, Y CÓMO PANURGO ROMPÍA UN BASTÓN SOBRE DOS VASOS DE VIDRIO



QUIERO antes de que marchemos—dijo Pantagruel—, en memoria de vuestra proeza, erigiros en este lugar un hermoso trofeo. Entonces uno de ellos, con gran ligereza, entonando mientras tanto rústicas cancioncillas, descortezó un árbol en el que colgaron un arnés de caballo, una cabeza del mismo, penachos, estribos, espuelas, una brida, un aparejo alto, una hacha, una espada, un guantelete, una maza, varios cuchillos, una gorguera y todo lo que encontraron a mano que fuera adecuado para un arco triunfal. Después, para memoria eterna, Pantagruel escribió lo siguiente:

Entre los muchos hechos que deben ser sabidos está el realizado por cuatro campeones que aquí, de inteligencia y no de arnés vestidos, al ejemplo de Fabio y los dos Escipiones, consumaron seiscientas sesenta defunciones e hicieron que aquí todos ardieran como paja. ¡Aprended, reyes, duques, caballeros, peatones! Que contra fuerza, ingenio siempre alcanzó ventaja.

Que es la victoria
don enviado,
luz, esplendor
del alto estrado
do reina en gloria
el Salvador.

No hay quien tenga más valor
que el que en Dios ha conñado;

la victoria y el honor
siempre acuden a su lado.

Mientras Pantagrúel escribía estos versos, Panurgo clavó en un gran palo los cuernos de un cervato, la piel con las patas delanteras del mismo, las orejas de tres lebratos, el rabo de un conejo, las mandíbulas de una liebre, las alas de dos becadás, las patas de cuatro palomas, una ampolla de vinagre, un cuerno en donde acostumbraban a guardar la sal, los ganchos de madera, una aceitera, un calderete abollado, una cazuela en donde guisaban, un salero de barro y un cubilete de Beauvoys, y debajo del trofeo, a imitación de Pantagrúel, escribió:

Aquí fué, culo en tierra, valientes y aguerridos
donde lucharon cuatro, los más diestros peones
para, en honor de Baco, comer enardecidos
y después a su gusto beber como Tritones.
Cuando al comer cecinas, cuando al comer jamones
o caza, u otras cosas, alguno se atraganta,
no seáis perezosos, no seáis dormilones:
vino, cubas de vino, echad por su garganta.

Yo no os miento;
mi gran invento
contra el calor
no es más que vino
de lo más fino,
de lo mejor.

El comer liebre es dañino
sin vino en su condimento;
para no olvidar el vino
llevadlo en el pensamiento.

Entonces dijo Pantagrúel: «Vamos, hijos míos; no está mal este monumento a la comida, porque así verá el porvenir que los grandes comedores realizan los grandes hechos de armas. Ahora no haya más sombra que la de los estandartes, más vapor que el de los caballos, ni más tintineo que el de los arneses.»

A esto comenzó a reír Epistemon y dijo: «No haya más sombra que la de la cocina, más vapor que el de los pasteles,

ni más tintineo que el de las tazas», y le replicó Panurgo: «No haya más sombra que la de cortinas, más vapor que el de los pechos, ni más tintineo que el de los cojones.» Después se levantó, soltó un pedo, dió un salto, un resoplido y gritó horriblemente y con gran entusiasmo: «¡Viva siempre Pantagruel!»

Este, cuando le vió hacer todas estas cosas, quiso imitarle; pero al soltar el pedo la tierra tembló en nueve leguas a la redonda y el aire corrompido engendró más de cincuenta y tres mil hombrecillos enanos y contrahechos; después escupió, y de su gargajo salieron otras tantas hembras encorvadas como las que habréis visto en muchos lugares, que no crecen sino como las colas de las vacas, hacia tierra, o como los rabos de ardilla, en redondo.

—¿Cómo es que vuestros pedos—dijo Panurgo—son tan fructíferos? ¡Vaya unos desperdicios de hombres y mujeres! Es preciso casarlos para que engendren moscas bovinas.

Así lo hizo Pantagruel; los llamó pigmeos y los mandó a vivir en una isla muy lejana en la que después se han multiplicado extraordinariamente; pero las grullas les hacen continuamente la guerra y de ellas se defienden valerosamente, porque estos pequeños fragmentos de hombres (a los que en Escocia llaman cagajones de caballo) son por naturaleza coléricos. La razón fisiológica está en que tienen el corazón muy cerca de la mierda.

Antes de marchar, Panurgo tomó dos vasos de vidrio del mismo tamaño, los colocó sobre dos escabeles y los llenó de agua hasta que se sobraron. Separó un escabel de otro a distancia de cinco pies, tomó la fusta de una jabalina, cuya longitud era de cinco pies y medio, y la colocó sobre los vasos de modo que los extremos de la fusta se unieran justamente con los bordes de los cubiletos. Después cogió un palo muy fuerte y dijo a sus compañeros: «Señores, he aquí cómo vamos a obtener victoria sobre nuestros enemigos. Así como voy a romper la fusta sin romper ni rajarse los vasos, ni aun verter una sola gota de agua, romperemos la cabeza a los Dipsodas sin que ninguno de nosotros perezca ni sufra daño. Pero a fin de que no penséis que hay en esto encantamiento, tomad, Eusthenes, y golpead con este palo sobre la fusta todo lo fuerte que podáis.»

Hízolo así Eusthenes y la fusta se rompió en dos piezas iguales, sin que se derramara una sola gota de agua.

Entonces Panurgo dijo: —Salió bien mi experimento. Podemos marchar sin cuidado.

CAPITULO XXVIII

PANTAGRUEL, DE UN MODO MUY EXTRAÑO, ALCANZA VICTORIA SOBRE LOS DIPSODAS Y SOBRE LOS GIGANTES



LUEGO de estas conversaciones Pantagruel llamó a su prisionero y lo despidió diciéndole: «Ve a ver a tu rey en su campo; le darás noticia de todo lo que has visto y le dirás que se prepare a festejarme mañana al mediodía, porque tan pronto como lleguen mis galeras, que será lo más tarde de madrugada, lo acosaré con un millón doscientos mil combatientes y siete mil gigantes todos más grandes que yo, porque locamente y contra toda razón ha osado asaltar mi país.» De este modo fingía Pantagruel tener una armada en el mar.

Pero el prisionero le contestó que se rendía su esclavo, pues estaba contento con no volver al lado de sus compañeros y quería combatir junto a Pantagruel contra ellos; así, pedía por Dios que se lo permitiese. Pantagruel no quiso consentírsele y le amonestó que se marchase en seguida a cumplir lo que le había ordenado; antes de partir le dió una caja llena de euforbio y pepitas de granada conservadas en aguardiente en forma de compota, encargándole que se la entregara a su rey diciéndole que si podía comer una onza sin beber podría resistirle sin miedo.

El prisionero suplicó nuevamente con las manos juntas que a la hora de la batalla tuviese piedad de él, a lo que Pantagruel le contestó: —Cuando le hayas dicho todo eso a tu rey; yo no digo como los hipócritas: sálvate y Dios te salvará, porque suele suceder lo contrario: ayúdate y el diablo te romperá la cabeza, sino que te advierto: Pon en Dios toda tu esperanza y jamás te abandonará. Yo, que soy poderoso como

has visto y tengo innumerables gentes sobre las armas, no confío en mi fuerza ni en mi industria; toda mi confianza está en Dios, mi protector, que nunca falta a los que en El ponen su esperanza y su pensamiento.

El prisionero le dijo entonces que en cuanto a su rescate, le haría proposiciones razonables; pero Pantagruel le interrumpió manifestando que no se proponía robar ni poner hombres a rescate, sino enriquecerlos y garantizarles la libertad total. —Vete, vete en la paz de Dios vivo, y si no quieres que te sobrevengan males, no vayas en malas compañías.

Cuando el prisionero hubo partido, dijo a sus compañeros: «Queridos, he dado a entender a ese hombre que tenemos armada en el mar y que no les daremos el asalto hasta mañana a mediodía, a fin de que, temiéndonos, se ocupen esta noche de ordenarse y disponerse; pero mientras tanto mi intención es que carguemos sobre ellos alrededor de la hora del primer sueño.»

Dejemos a Pantagruel con sus apóstoles y hablemos del rey Anarche y de su ejército.

Cuando el prisionero llegó, se presentó a su rey y le contó que había venido un gran gigante llamado Pantagruel, que había derrotado y hecho tostar cruelmente a los seiscientos cincuenta y nueve caballeros y él solo se había salvado para llevar la noticia. Que además le había encargado el gigante de decir que se preparara para el día siguiente a la hora de comer, pues a dicha hora pensaba acometerle. Después le dio la caja de las confituras; pero tan pronto como hubo tomado una cucharada notó un gran ardor en la garganta, se le ulceró el paladar y se le peló la lengua; por muchos remedios que se le propusieron, no encontró satisfactorio ninguno más que el de beber sin remisión, porque se sentía arder desde el momento en que descubrió la caja. No hacían más que echarle vino en la garganta con un embudo. Viendo esto los capitanes, bajaes y gentes de la guardia, gustaron dichas drogas para ver si en efecto eran tan alterantes; pero a todos les sucedió lo mismo que al rey y todos comenzaron a beber sin darse punto de reposo, en cuanto vieron que uno para curarse había comenzado a empinar, trincar y beber; en resumen: bebieron tanto que se durmieron como puercos desordenadamente en medio del campo.

Volvamos ahora al bueno de Pantagruel y contemos cómo procedió en este asunto.

Al partir del lugar del trofeo, tomó en su mano, como si fuera un bastón, el mástil del navío; metió debajo de la cofa doscientas treinta y siete azumbres de vino blanco de Anjou que les sobraban de lo que traían de Rouen y se ató a la cintura la barca llena de sal, en la misma forma que las de Lansquenet suelen llevar sus cestillos. Así se puso en camino con sus compañeros. Cuando estaban ya cerca de campo enemigo, le dijo Panurgo:

—Señor, ¿queréis hacer una buena obra? Sacad de la cofa ese vino blanco de Anjou y bebámonoslo aquí antes de la batalla.

Asintió gustoso Pantagruel; lo hicieron tan bien que no quedó una gota, excepto una bota de cuero hervido de Tours que Panurgo llenó para sí, pues la llamaba su *vade mecum*, y algunas escurriduras que echaron al vinagre. Después de que hubieron bebido bien a su gusto, Panurgo dió a comer a Pantagruel no sé qué diablo de drogas, compuestas de lithontripon, nefrocatartricon, membrillo cantaridirado y otras sustancias diuréticas (Nota 137). Hecho esto, Pantagruel dijo a Carpalim:

—Marchad a la villa; entraréis trepando como una rata por las murallas como sabéis hacerlo, y les diréis que salgan en seguida a luchar todo lo rudamente que puedan con sus enemigos; después bajaréis, y tomando una antorcha encendida, prenderéis fuego a todas las tiendas y pabellones del campamento; gritaréis todo lo que podáis con vuestra sonora voz, más espantosa que la de Stentor, que resonó sobre todos los ruidos de la batalla de Troya, y saldréis de dicho campamento.

—Muy bien; ¿pero no sería bueno que además inutilizase toda su artillería?

—No, no; mejor es que prendáis fuego a sus pólvoras.

Atento a esto, Carpalim marchó rápidamente, y lo hizo todo como Pantagruel había dispuesto, y salieron de la villa todos los combatientes que estaban en ella. Cuando hubo encendido tiendas y pabellones, pasó por encima de todos sin que sintieran nada, pues dormían profundamente; llegó al sitio en donde estaba la artillería y prendió fuego a las muni-

ciones; pero allí fué el peligro, porque la explosión fué tan rápida que estuvo a punto de abrasar al pobre Carpalim; si no hubiera sido por su maravillosa ligereza, hubiera perecido socarrado como un cerdo; pero salió tan rápidamente que una flecha no le hubiera alcanzado.

Cuando estuvo fuera de las trincheras, gritó tan espantosamente que parecía que todos los diablos se habían desencadenado, con lo cual despertaron los enemigos; pero ¿sabéis cómo? Tan aturridos como si hubieran oído el primer toque de maitines, que se llama en Lussonoy rasca-cojones.

Pantagrue, mientras tanto, desparramaba la sal que traía en su barco, y como todos dormían con la boca abierta, se la llenaba hasta el esófago, tanto que los pobres tosían como zorros gritando: «¡Ay, Pantagrue, que nos abrasas!»

En aquel momento le dieron ganas de mear por efecto de las drogas que le había dado Panurgo, y meó en medio del campo, tan bien y tan copiosamente, que ahogó a todos y hubo un diluvio *particular* en diez leguas a la redonda. Dice la Historia que si la enorme borrica de su padre hubiera meado en forma parecida, el diluvio hubiera sido mucho mayor que aquel de Deucalion, porque no meaba una vez dicho jumento que no hiciera una ribera mucho más grande que las del Ródano y el Danubio.

Al ver esto los que estaban dentro de la villa, dijeron: «Han muerto a todos cruelmente; mirad cómo corre la sangre»; pero se equivocaban pensando que la orina de Pantagrue era sangre, porque no veían más que el brillo a favor de los resplandores del fuego y la incierta claridad de la luna.

Los enemigos estaban aterrorizados al ver de un lado el fuego en su campo y de otro el diluvio urinal; no sabían qué hacer, qué decir ni qué pensar. Algunos creyeron que aquello era el fin del mundo y el juicio final, que debía ser consumado por el fuego; los otros, que los dioses marinos, Neptuno, Proteo, Tritón y los demás les perseguían porque, en efecto, aquello era agua marina salada.

¡Oh, quién pudiera contar aquí cómo se portó Pantagrue contra los trescientos gigantes! ¡Ay musa mía! ¡Mi Calíope, mi Thalía! ¡Inspiradme en este punto! Animad mis espíritus, porque he aquí el puente de los asnos de la lógica, he aquí el tropiezo, he aquí las dificultades para poder explicar la ho-

rrible batalla. A todo preferiría un sorbo del mejor vino que alguna vez beban los que leyeren esta historia tan verídica.

CAPITULO XXIX

CÓMO VENCIO PANTAGRUEL A LOS TRESCIENTOS GIGANTES ARMADOS
CON PIEDRAS DE MOLINO Y A LOUPGAROU SU CAPITÁN



VIENDO los gigantes que todo su campo estaba inundado, se montaron a su rey Anarche sobre el cuello y lo mejor que pudieron lo apartaron del peligro, como hizo Eneas con su padre Anchises en la conflagración de Troya. Cuando los vió Panurgo, gritó a Pantagruel: «Señor, mirad los gigantes que salen: echad mano a vuestro mástil y jugadlo con arreglo a la vieja esgrima, porque ahora es cuando es preciso mostrarse hombre de brío. En cuanto a nosotros, no os abandonaremos; yo astutamente mataré a muchos; ¿que de qué modo? David mató a Goliat muy fácilmente y este gran libidinoso de Eusthenes, que es fuerte como cuatro bueyes, no se descuidará. Armaos de valor y golpead a diestro y siniestro.»

—¡Ah!—dijo Pantagruel—. ¡De valor tengo más que entre cincuenta francos! Pero Hércules nunca osó pelear contra dos.

—¡Muy bien! Os habéis cagado en mi nariz—dijo Panurgo—. ¿Por qué os comparáis con Hércules? Tenéis más fuerza en los dientes y más inteligencia en el culo que tuvo jamás Hércules en todo su cuerpo y en toda su alma. El hombre no vale más que en lo que se estima.

Estando en esta conversación llegó Loupgarou con todos sus gigantes, y como no vió más que a Pantagruel se acercó sin temor ni cuidado porque creía que podría matar con facilidad al pobre hombrecillo. En esta inteligencia dijo a sus monstruos: «Perezosos rústicos: por Mahoma que si alguno de vosotros intenta combatir contra ése, os haré morir cruelmente. Quiero que me dejéis solo; mientras tanto os divertiréis viéndonos.» Retiráronse los gigantes con su rey a cuestras

al sitio en donde estaba el vino y con ellos fueron los compañeros de Pantagruel; Panurgo, imitando a los que tienen gálico, torcía la boca y agitaba los dedos, mientras tartamudeando les decía: «Yo reniego de Dios, compañeros; no sigamos esta guerra; convidadnos a comer algo mientras nuestros amos se baten.» Accedieron gustosos el rey y los gigantes y les hicieron banquetear en su compañía. Durante la comida Panurgo les contó las fábulas de Turpín, los ejemplos de San Nicolás y el cuento de la cigüeña.

Loupgarou se aproximó a Pantagruel con una maza de cuero de Chalybas que pesaba nueve mil setecientos quintales y dos cuarterones; en un extremo tenía trece puntas de diamantes, de las que la menor era tan gruesa como la campana más grande de Nuestra Señora de París; se adelgazaba por uno de los lados hasta el espesor de una uña, o más, que yo no miento, acaso hasta el filo de esos cuchillitos que se llaman de cortar orejas; pero por un poco más o un poco menos, ni adelante ni atrás. Por disposición de los hados, jamás podía romperse, y en cambio, rompía cuanto tocaba.

Se acercó, pues, con ferocidad a Pantagruel y éste, levantando los ojos al cielo, se encomendó de todo corazón a Dios, diciendo lo siguiente: «Señor Dios, que siempre has sido mi protector y mi salvador: ya ves en el trance en que ahora estoy puesto; nada me amedrenta, pues nada he de hacer que tú no hayas consentido a los hombres para guardarse y defenderse a sí mismos, a sus mujeres, sus hijos, sus familias, su país y todo lo que no sea tu propio negocio, que es la fe; porque en cuanto a esto no quieres más auxiliares que la convicción católica y el servicio de tu palabra divina y por esto nos has prohibido toda clase de armas y defensas; tú eres todopoderoso y en tus asuntos, cuando tu causa está en litigio, te puedes defender como nadie sabría hacerlo; tú que tienes mil millares de cientos de millones de legiones de ángeles, de los que el menor puede matar a todos los hombres y bajar el cielo a la tierra a su placer, como se vió patentemente en el ejército de Sennacherib, si te es grato, ayúdame ahora; como en ti solo están enteras mi confianza y mi esperanza, te hago voto de, en todas las comarcas de Utopía y demás sitios en donde yo tenga poder y autoridad, hacer predicar el Santo Evangelio puramente, simplemente, enteramente y extermini-

nar por completo en todo el mundo las falsedades que una catterva de hipócritas y malvados profetas ha difundido con sus fábulas y sus invenciones depravadas.»

En esto se oyó una voz del cielo que decía: «*Hoc fac et vinces*», esto es: hazlo así y obtendrás victoria.

Después, viendo que Loupgarou se le acercaba con la boca abierta, le gritó fuertemente: «¡Vas a morir, bribón, vas a morir!» para infundirle miedo con sus horribles gritos al ejemplo de los lacedemonios; luego, de la barca que llevaba a la cintura cogió y le arrojó más de diez y ocho banastas y un puñado de sal, llenándole la boca, la garganta, la nariz y los ojos. Irritado Loupgarou le tiró un golpe de maza con intención de romperle el cráneo; pero Pantagrúel fué hábil, tuvo buenos pies y buenos ojos, retrocedió un paso y no bien lo hubo hecho cuando la maza cayó descargando el golpe sobre la barca, que se rompió en cuatro mil ochenta y seis pedazos, dejando caer en tierra toda la sal; Pantagrúel entonces diestramente, esgrimiendo el mástil como si fuera una espada, le golpeó con fuerza debajo de la tetilla, y sin detenerse, le volvió a pegar, moviéndolo entonces como si fuera un hacha, entre el cuello y la nuca; después, avanzando a pie derecho, le dió de alto a bajo otro golpe en los cojones y rompiéndole la bragueta se derramaron tres o cuatro pellejos de vino que guardaba allí de repuesto, con lo que Loupgarou pensó que le había roto la vejiga y se le escapaba la orina; no satisfecho aún Pantagrúel, le amenazaba otro golpe al mismo sitio, pero el gigante, levantando su maza, avanzó un paso hacia él y quiso descargarla sobre Pantagrúel, con tanto tino que si Dios no le hubiera socorrido le hubiera hecho polvo, desde el sombrero que llevaba en la cabeza hasta la suela de los zapatos; pero gracias a la actividad de Pantagrúel el golpe cayó en vago y entró la maza en tierra más de setenta y tres pies a través de una gruesa roca, de donde hizo salir una llama de fuego más gruesa que nueve mil seis toneles.

Viendo Pantagrúel que se entretenía en arrancar su maza de entre la roca, se le echó encima y quiso machacarle la cabeza, pero su mástil, por desgracia, tocó un poco con la maza, que como hemos dicho estaba protegida por los hados, y se le rompió a tres dedos del puño, con lo cual se quedó más atur-

dido que un fundidor de campanas y gritó: «¡Ah, Panurgo! ¿En dónde estás?»

Al oír esto Panurgo, dijo al rey y a los gigantes:

—Por Dios, que se harán daño si no los separamos.

Pero los gigantes estaban tan contentos y satisfechos como si estuvieran de bodas. Carpalim se quiso levantar para ir en socorro de su amo; pero un gigante le detuvo diciendo: «Por Golfarin, sobrino de Mahoma, que si te levantas de aquí he de meterte en el fondo de mis calzas, como se hace con un supositorio; así como así, estoy constipado del vientre y nunca puedo cagar bien si no es a fuerza de apretar los dientes.

Pantagrúel, al haber perdido su mástil, golpeaba con el cabo que le quedó en la mano sobre el gigante, pero no le hacía más daño que el que haríais golpeando con una migaja sobre el yunque de un herrero. Mientras tanto, Loupgarou había sacado su maza y la levantaba contra Pantagrúel, que saltando esquivaba todos los golpes, hasta que una vez al ver que su enemigo se le acercaba diciendo: «Malvado, ahora mismo te voy a hacer hojaldre de pasteles; jamás has de alterar ya a las pobres gentes», le dió una gran patada en el vientre y le hizo caer de espaldas con los pies por alto; lo trincó y comenzó a darle azotes en el culo; así estuvo un buen rato, y Loupgarou, arrojando sangre por la boca, gritaba: «¡Mahoma! ¡Mahoma! ¡Mahoma!»

Al oírle se levantaron para socorrerle todos los gigantes, pero Panurgo les dijo: «Señores, no vayáis si queréis creerme, porque nuestro amo está loco y pega a tuerto y derecho sin mirar en dónde; os tratará muy mal.» Ellos, al ver que Pantagrúel estaba desarmado, no le hicieron caso.

Cuando Pantagrúel los vió acercarse, tomó a Loupgarou por los pies, levantó su cuerpo en el aire como una pica y, armado como estaba con yunques, golpeó sobre los gigantes cubiertos de piedras de molino y los derribaba como un leñador los árboles; no hubo ninguno que se pusiera a su alcance y no rodara por tierra. Además, con las roturas de los pétreos arneses se produjo un tumulto tan horrible que me recordó aquel de cuando la enorme torre de manteca de vacas que había en Saint Estienne, de Bourges, se fundió al calor del sol.

Panurgo, Carpalim y Eusthenes desgorguetaban a los que habían caído en tierra. Tened presente, para vuestro gobier-

no, que ni uno escapó; Pantagrúel parecía un segador, que con su hoz (esto es, con Loupgarou) cortaba la hierba de un prado (esto es, los gigantes). En esta esgrima Loupgarou perdió la cabeza cuando dió sobre uno que se llamaba Riflandouille, armado de afiladas piedras de granito, una de cuyas aristas cortó también la garganta al pobre Episthemon, porque los demás estaban armados a la ligera, solamente con piedras de toba y pizarreñas.

Finalmente, viendo Pantagrúel que habían muerto ya todos, arrojó el cuerpo de Loupgarou sobre la villa, y como una granada, cayó sobre el vientre, en una plaza muy grande, matando del golpe un gato escaldado, una gata *salida*, una perra pedorra y una oca embridada.

CAPITULO XXX

CÓMO EPISTHEMON, QUE TENÍA CORTADA LA CABEZA, FUÉ CURADO HÁBILMENTE POR PANURGO.—NOTICIAS DE LOS DIABLOS Y LOS CONDENADOS



TERMINADO el destrozo gigantal, Pantagrúel se retiró al lugar en donde estaba el vino y llamó a Panurgo y los otros, quienes se le presentaron sanos y salvos, excepto Eusthenes, a quien uno de los gigantes había desollado el rostro cuando se acercó a desgorguetarle, y Episthemon, que por ningún lado parecía. Pantagrúel se mostró tan desesperado, que quiso suicidarse; pero Panurgo le dijo:

—Esperad, señor, esperad un poco; lo buscaremos entre los muertos y así sabremos la verdad de lo ocurrido.

Buscándolo, en efecto, lo encontraron rígido y muerto, con la cabeza ensangrentada entre sus manos; al verlo, gritó Eusthenes:

—¡Ah, mala muerte! ¡Nos has robado al más perfecto de los hombres!

Y al oírle Pantagrúel, se levantó con el mayor duelo que jamás se ha visto en el mundo. A Panurgo le dijo por fin:

—¡Ay, amigo mío! El auspicio de los dos vasos y la fusta ha sido pura falacia.

Pero Panurgo les dijo a todos serenamente:

—Queridos, no lloréis una sola gota; todavía está caliente y lo curaré, dejándooslo más sano que nunca.

Dicho esto, tomó la cabeza de Episthemon y la metió en su bragueta para que no cogiera viento. Eusthenes y Carpalin llevaron el cuerpo al sitio en donde habían banquetado, no con la esperanza de hacerlo revivir, sino con el fin de que Pantagrúel lo contemplara, aun cuando Panurgo trataba de convencerlos, diciendo:

—Si no lo curo, quiero perder la cabeza, que es la mejor prenda de un loco; dejad esos lloros y ayudadme.

Empezó por bañar muy bien el cuello en delicioso vino blanco; hizo lo mismo con la cabeza, y una y otro los sinapismizó con polvos *Diamerdis* (Nota 137) que llevaba siempre en una de sus cajas; después los untó con no sé qué unguento y los ajustó herméticamente, vena con vena, nervio con nervio, a fin de que no quedara *collituerto*, porque a estas gentes las aborrecía de muerte; hecho esto los unió alrededor con quince o diez y seis puntos de sutura para que no se le cayera la cabeza al levantarse, y, por último, le impregnó alrededor con un unguento que llamaba «resucitativo». De pronto Episthemon comenzó a respirar; después abrió los ojos, luego pataleó, estornudó y, por último, soltó un enorme pedo que sonó como un cañonazo, a lo que dijo Panurgo:

—Ya lo tenéis curado por completo.

Entonces le dió a beber un vaso de un villano vino blanco y a comer una tostada empolvada de azúcar. De este modo Episthemon quedó curado por completo; pero tuvo que estar sin moverse más de tres semanas y conservó una tos seca que nunca se la pudo curar sino a fuerza de beber.

En esto comenzó a hablar, diciendo que había visto a los diablos, hablado a Lucifer familiarmente y disfrutado mucho en el Infierno y en los Campos Elíseos. Aseguró delante de todos que los diablos eran buenos compañeros.

—La vista de los condenados—dijo—me recordaba todo lo que Panurgo me dijo en vida, pues tuve contemplándolos un grato pasatiempo.

—¿Cómo?—preguntó Pantagrúel.

—Allí no se les trata tan mal como pensáis; pero su estado se cambia de manera bien extraña. He visto a Alejandro Magno que reparaba unas calzas viejas para ganarse su miserable vida (Nota 138).

Xerxes preparaba la mostaza.

Rómulo era salinero.

Numa, llavero.

Tarquino, tamborilero.

Piso, aposentador.

Sila, batelero.

Ciro, vaquero.

Themístocles, vidriero.

Epaminondas, matizador.

Bruto y Casio, agrimensores.

Demóstenes, cavador de viñas.

Cicerón, atizafuegos.

Fabio, ensartador de rosarios.

Artaxerjes, cordelero.

Eneas, molinero.

Aquiles, peluquero.

Agamenón, requesonero.

Ulises, segador.

Néstor, harponero.

Darío limpiaba los retretes.

Ancus Martius, calafateador.

Camillus, garrochista.

Marcellus, desgranador de habas.

Drusus, leñador.

Scipión Africano tocaba la lira en un zueco.

Asdrúbal, farolero.

Aníbal, cocinero.

Príamo, trapero.

Lancelot du Lac, desollador de caballos muertos.

Todos los caballeros de la Tabla Redonda eran pobres ganapanes que remaban en el Cocyto, Phelegeto, Styx, Acheron y Letheo, cuando los señores Diablos querían pasearse por el agua, como hacen los bateleros de Lyon o los gondoleros de Venecia; pero por cada viaje no ganaban más que un papiro-tazo, y al anochecer un pedazo de pan duro y amasado con pajas.

- Trajano, pescador de anguiletas.
 Antonino, lacayo.
 Commodo, gaitero.
 Pertinax, cascador de nueces.
 Lúculo, cascabelero.
 Justiniano, fabricante de juguetes.
 Héctor, marmitón.
 Paris, un miserable cerrajero.
 Achilles, hacinador de heno.
 Cambyses, muletero.
 Artaxerjes, espumador de las ollas.
 Nerón estaba valetudinario y le asistía Fierabrás; pero hacía con él mil diabluras; le daba el pan mohoso y el vino turbio, guardando para comer y beber él todo lo mejor.
 Julio César y Pompeyo, piratas.
 Valentín y Orson servían los baños del infierno y eran los encargados del *massage*.
 Ginglain y Gavanain, guardadores de puercos.
 Godofredo el Dientón era fabricante de pajuelas.
 Baudoin, mayordomo de fábrica.
 Godofredo de Bullon hacía dominós.
 Don Pedro de Castilla, pordiosero.
 Morgante, cervecero.
 Huon de Burdeos, armador de toneles.
 Pirro, encargado de fregar la cocina.
 Antíoco, rasca-chimeneas.
 Rómulo ponía medias suelas a los borcegués.
 Octaviano roía papel.
 Nerva fregaba las cazuelas.
 El papa Julio hacía pastelillos, pero se había rapado su luenga barba gris.
 Juan de París, engrasador del calzado.
 Arturo de Bretaña, desengrasador de los sombreros.
 Perceforest, cargador de leña.
 Bonifacio, papa octavo, espumador de marmitas.
 Nicolás, papa tercero, papelero.
 El papa Alejandro, cazador de ratas.
 El papa Sixto curaba el gálico.
 —¡Cómo!—dijo Pantagruel—. ¿Hay galicosos allí?
 —Ciertamente—repuso Episthemon—. En mi vida he visto

tantos: hay más de cien millones, porque, creedlo, los que no pasan gálico en este mundo, lo pasan en el otro.

—¡Corazón de Dios!—exclamó Panurgo—. Entonces yo estoy bien libre; lo he tenido hasta en la cueva de Gibraltar; he llenado de él hasta las columnas de Hércules y he hecho caer a la más madura de todas ellas.

Ogier el Danés, pulimentador de arneses.

El rey Tigranes, recaudador.

Galeno Restaurado, cazador de topos (Nota 139).

Los cuatro hijos de Aymon, sacamuelas.

El papa Calixto, barbero de los benjuís.

El papa Urbano partía el tocino.

Melusine, pinche de cocina.

Matabruna, lavandera.

Cleopatra, vendedora de ajos.

Helena, acomodadora de camareras.

Semíramis, despojadora de los infelices.

Dido, vendedora de setas.

Penthasilea, vendedora de berros.

Lucrecia, enfermera.

Hortensia, hilandera.

Livia, raspadora del cardenillo.

Y así, de esta manera, los que en este mundo fueron grandes señores se ganaban allí trabajosamente su malhadada y miserable vida. Vi a Diógenes, preferido y rodeado de magnificencia, con una hermosa ropa de púrpura y un cetro en la diestra, que hacía rabiar y mortificaba a Alejandro el Grande cuando no había recosido bien las calzas; hasta le pegaba bastonazos. Epicteto vestía elegantemente a la francesa; en un hermoso jardín, con muchas y hermosas damiselas, se recreaba comiendo, bebiendo y pasándolo bien; después contaba al sol muchos escudos. Al lado de una parra estaban escritos por divisa estos versos:

Saltar, danzar y dar vueltas,
beber vino de lo bueno
y por única tarea
contar al sol el dinero.

Cuando me vió me invitó a beber cortésmente, y yo lo hice con muy buena voluntad, así que los dos sorbimos teologal-

mente. En esto llegó Ciro a pedirle un *dinero*, por amor de Mercurio, para comprar un par de ajos para la sopa. —Nada, nada—dijo Epicteto—, yo nunca doy dinero. —Toma, desgraciado—le dije yo—; ahí tienes un escudo y a ver si eres hombre de bien.—Ciro se puso muy contento al haber encontrado tal ganga; pero los otros cochinos de reyes que allí están, como Alejandro, Darío y demás, mientras tanto, le robaron el puchero. Pathelin, tesorero de Radamanto, compraba los pastelillos que hacía el papa Julio; preguntóle a cómo vendía la docena. —A tres blancos—dijo el papa.—Tres palos—replicó Pathelin—; trae aquí, villano; trae y ve a buscar otros.—El pobre papa se marchó llorando, y cuando estuvo delante de su amo le contó que le habían quitado los pasteles, con lo cual el pastelero le golpeó tan bien que su piel quedó inútil para hacer cornamusas. Vi también a Jean-le-Maire, que remedaba al papa y a todos los pobres reyes y papas del mundo les hacía besar sus pies, y haciendo garabatos les daba su bendición, diciéndoles: —Ganad indulgencias, cochinos; tomadlas, están baratas. Yo os absuelvo de pan y de sopa y os dispense de no valer nada.—Después llamó a Caillette y a Triboulet, y les dijo: —Señores cardenales, despachadles sus bulas: a cada uno un palo bien fuerte en los riñones.—La orden fué *in continenti* ejecutada.

También vi al maestro Francisco Villón, que preguntaba a Xerxes a cuánto el adarme de mostaza. «Un dinero», contestó éste, a lo que repuso Villón: «¡Tres fiebres cuartanas, bandido! ¿Nos quieres estafar con los víveres?» Entonces el vendedor meó debajo de su banqueta como hacen los mostaceros de París. Vi al franco-arquero (Nota 140) de Baignolet, que era inquisidor de los heréticos; encontró a Perceforest cuando en una muralla junto a la que ardía el fuego de San Antonio, lo declaró hereje y lo hubiese hecho quemar vivo, si no hubiera sido por Morgante, que por su *proficiat* y otros menudos derechos le dió nueve pintas de cerveza.

—Reserva para luego esos bellos cuentos—dijo Pantagruel—, y explícanos ahora cómo tratan allí a los usureros.

—Estaban muy ocupados en buscar los alfileres roñosos y los clavos viejos en los arroyos de las calles, como hacen los cerdos en este mundo, según habréis visto. Como el quintal de esa quincalla no vale un bocado de pan, de aquí su despecho

y su rabia; así los pobres desventurados se pasan algunas veces más de tres semanas sin probar una migaja, y trabajan día y noche confiando en el futuro; no se sobrecogen ante este trabajo y esta desgracia, pues son tan activos los malditos, que al cabo del año logran reunir un miserable dinero.

—Está bien—repuso Pantagruel—. Ahora, queridos, pase-mos un rato bebiendo, yo os lo ruego; es preciso que nos bebamos todo este mosto.—Así, pues, descorcharon los frascos, desenfardaron las municiones de campo y se regalaron a maravilla.

El rey Anarche, como no pudo escapar, estaba con ellos, y dijo Panurgo:

—¿Qué oficio enseñaremos a este *señor* rey para que esté ya educado cuando se lo lleven allá todos los diablos?

—Verdaderamente—dijo Pantagruel—. Has tenido buena idea. Haz lo que quieras con él; te lo regalo.

—Gran merced, señor; el presente no es de rehusar y os lo agradezco en el alma.

CAPITULO XXXI

PANTAGRUEL ENTRA EN LA VILLA DE LOS AMAUROTOS Y PANURGO CAZA AL REY ANARCHE Y LO HACE BATIDOR DE SALSA VERDE



DESPUÉS de aquella victoria maravillosa, Pantagruel envió a Carpalim a la villa de los amaurotes para que dijera y anunciara que el rey Anarche se hallaba prisionero y todos los enemigos habían sido destrozados.

Cuando recibieron esta noticia, salieron todos los habitantes en gran orden y con gran pompa triunfal, le rodearon con alegría divina, le entregaron la población, hicieron hogueras para mostrar su contento y prepararon mesas redondas en medio de las calles con abundantes víveres. Tan grande y espléndida fué la fiesta que reproducía exactamente las Saturnales.

Pantagruel, ante todo el Senado reunido, dijo: «Señores, cuando el hierro está caliente es cuando hay que trabajarlo;

así nosotros antes de enviciarnos quiero que vayamos a tomar por asalto todo el reino de los Dipsodas. Por tanto, los que conmigo quieran venir prepárense para mañana temprano, después de beber, porque a esa hora emprenderé la marcha. No es que me falte gente para ayudarme a la conquista, porque la tengo y muy valerosa; pero veo que esta villa está tan llena de habitantes que no pueden andar por las calles; así, pues, yo los conduciré a Dipsodia como una colonia y les regalaré todo el país, que es hermoso, saludable, fructífero y agradable más que otro alguno, como saben muchos de vosotros que en él han estado algunas veces. El que quiera venir, que se apreste como he dicho.»

Divulgóse todo esto por la villa, y al día siguiente se encontraron en la plaza delante del palacio hasta en número de un millón ochocientos cincuenta y seis mil once, sin contar las mujeres ni los niños. Marcharon derechos a Dipsodia en tan buen orden, que parecían los hijos de Israel cuando salieron de Egipto para cruzar el Mar Rojo.

Pero antes de continuar con esta empresa, quiero decir cómo trató Panurgo a su prisionero el rey Anarche. Acordóse de lo que le había contado Epistemón acerca de cómo eran tratados los reyes y los ricos de este mundo en los Campos Elíseos y cómo se ganaban la vida en viles y bajos oficios, y atento a esto, un día vistió al pobre rey con un jubón de lienzo, acuchillado como la cofia de una Albanesa, con unas calzas a la marinera, sin zapatos, porque, según decía, podrían lastimarle la piel, y un gorrito persa con una pluma de capón, según yo creo, pues otros dicen que le puso dos. Ciñóle también un cinturón azul y verde, diciendo que aquellos colores le sentaban muy bien porque había sido perverso (Nota 141).

Así ataviado lo llevó ante Pantagruel, y le dijo:

—¿Conocéis a este aldeano?

—No; a la verdad que no lo conozco.

—Pues es mi señor el rey de las grandes cuitas; pero lo voy a hacer hombre de bien; estos diablos de reyes no son aquí más que terneros, y ni saben ni valen más que para hacer daño a sus pobres súbditos y conturbar todo el mundo con guerras para su inicuo y detestable placer. Quiero dedicarlo a un oficio, y lo haré guisador de salsa verde (Nota 142).

¿Queréis hacer salsa verde?—Y el pobre diablo refunfuñaba.

—Habla más alto—le gritó Panurgo, cogiéndole de una oreja—. Canta en *do, re, mi, fa, sol*; así como así, tienes buena garganta. Ya verás, ya verás cómo nunca te has sentido tan feliz como cuando dejes de ser rey.

Pantagrúel gozaba mucho con todo esto, porque puedo aseguráros que era el hombrecito más bueno que podría hallarse desde aquí hasta la contera de un bastón.

Dos días después lo casó con una vieja lamparonera (Nota 143), y él mismo organizó el convite de la boda con hermosas cabezas de carnero, lindas morcillas con mostaza y delicioso guisado de tripas con muchos ajos (del cual envió a Pantagrúel cinco serones, y como las encontró muy apetitosas, se las comió sin dejar nada), todo ello rociado con delicioso *picantino* (Nota 144). Para que bailaran pagó a un ciego que les marcaba el compás con su viola.

Después de comer los llevó al palacio y se los mostró a Pantagrúel; presentándole la desposada, le dijo:

—Esta señora está bien libre de peder.

—¿Por qué?—preguntó Pantagrúel.

—Porque está muy bien *encentada*.

—¿Qué palabra es ésa?

—¿No sabéis que antes de poner al fuego las castañas, cuando se trata de asarlas, se las *encienta*, porque si están enteras peden estrepitosamente? Pues así esta recién casada, como está ya bien *encentadita*, por eso no pederá.

Pantagrúel les preparó una pequeña habitación en el piso bajo y un mortero de piedra para disponer la salsa. En aquel punto, pues, desempeñaron su oficio, y fué Anarche el más gentil preparador de salsa verde que jamás se vió en Utopía. Pero después me han contado que su mujer lo muele como si fuera yeso, y el pobre es tan bobo y tan necio que ni siquiera osa defenderse.

CAPITULO XXXII

CÓMO PANTAGRUEL, CON SU LENGUA, CUBRIÓ TODO UN EJÉRCITO,
Y LO QUE VIÓ EL AUTOR DENTRO DE SU BOCA



CUANDO Pantagruel con su gente entró en el territorio de los Dipsodas, todo el mundo se mostró contento; todos se le rendían de buen grado y le entregaban las llaves de cuantas ciudades encontraba en su camino, excepto los Almirodes, que quisieron combatir con él, y contestaron a sus heraldos que no se rendirían sino en buenas condiciones.

—¿Las quieren mejores—dijo Pantagruel—que el jarro en una mano y el vaso en la otra? ¡Vamos, vamos a entrar en su población a saco!

Pusiéronse todos en orden como determinados a dar el asalto, pero al atravesar una gran llanura se vieron sorprendidos por una lluvia copiosísima, con lo que comenzaron a temblar y acercarse unos a otros; viólo Pantagruel, y por medio de los capitanes les envió a decir que aquello no era nada, que él veía bien por encima de las nubes y sólo se trataba de un pequeño rocío; pero que de todos modos se pusieran en orden porque quería cubrirlos. Juntáronse bien, sacó la lengua nada más que hasta la mitad y los cubrió como una gallina cubre a sus pollitos.

Mientras tanto, yo, el que os cuenta estas cosas tan verdaderas, me había cobijado bajo una hoja de bardana que no era menos larga que el puente de Monstrible; pero cuando los vi tan bien cubiertos, me acerqué a ellos para ponerme más al abrigo, y tan apretados estaban que no pude conseguirlo; entonces me encaramé lo mejor que pude, subí y caminé muy bien dos leguas sobre su lengua, hasta meterme dentro de su boca, y... ¡oh dioses y diosas, lo que pude ver allí! Júpiter me confunda con su rayo trisulce si en algo miento. Caminé como se camina desde Sophia a Constantinopla, y vi allí grandes rocas como montañas, que creo serían sus dientes; gran-

des prados, grandes bosques, fuertes y grandes ciudades no más pequeñas que Lyon o Poitiers.

Al primero que encontré fué a un hombre que plantaba coles, y, muy aturdido, le pregunté:

—¿Qué haces aquí, amigo mío?

—Planto estas coles—me contestó en seguida.

—¿Para qué y cómo?

—¡Ah, señor! Ni todos podemos tener los cojones tan pesados como un mortero, ni podemos todos ser ricos. Así gano mi vida, porque las llevo a vender al mercado de la ciudad, que está allí detrás.

—¡Jesús! Pero ¿hay aquí un nuevo mundo?

—Ciertamente; pero no es nuevo; por eso sin duda se cuenta que fuera de aquí hay otra tierra distinta en donde tienen sol y luna y todo lleno de hermosas vulvas; pero este mundo es muy viejo.

—¿Y cómo se llama esa villa adonde llevas a vender tus coles?

—Tiene por nombre Aspharage; sus moradores son cristianos, hombres de bien, y os recibirán con buena cara.

Determiné ir allí, y en mi camino encontré un compañero que llevaba pichones; en seguida le pregunté: —¿De dónde vienen aquí esos pichones, amigo mío?

—Señor—me dijo—, vienen del otro mundo.

De esto deduje que cuando Pantagruel bostezaba los pichones se metían por bandadas en su boca creyendo que fuera un palomar.

Entré en la villa y la encontré hermosa, bien fortificada y con buenos aires; pero a la entrada los porteros me pidieron el pasaporte; quedéme del todo aturdido y les pregunté:

—Señores, ¿tenéis aquí miedo de la peste?

—¡Ay, señor! Aquí se mueren tantos, que la carreta de transportarlos corta por las ruedas.

—¡Gran Dios! ¿Y en dónde está el mal?—A lo cual me contestaron que en Laringes y Faringes, dos grandes ciudades como Rouen y Nantes, ricas y bien abastecidas; la causa de la peste había sido una exhalación infecta y maloliente que poco antes había salido del abismo; de ella murieron más de dos millones sesenta mil seis personas en menos de ocho días. Después pensé, calculé y encontré que aquello había sido un

infecto eructo del estómago de Pantagruel cuando comió las tripas con muchos ajos, como hemos dicho antes.

Al marchar de allí pasé por las hermosas rocas, esto es, por sus dientes, y subí en uno; allí encontré los más hermosos lugares del mundo: bellos y grandes juegos de pelota, hermosas galerías, praderas, viñas, una infinidad de casinos a la moda de Italia y campos llenos de delicias; allí permanecí cuatro meses largos, y lo pasé divinamente. Bajé luego por las muelas para ir a los bajos lugares; pero al cruzar por allí me vi asaltado por unos granujas en medio de unos bosques muy extensos que hay hacia la parte de las orejas; después encontré una pequeña población, cuyo nombre se me ha olvidado, en la que gocé más que en toda mi vida y gané un poco de dinero para ir viviendo. ¿Sabéis cómo? Pues a dormir; porque de día se les paga el jornal a las gentes por dormir; ganan cinco o seis sueldos diarios, y los que roncan bien, hasta siete y medio. Conté a los senadores mi encuentro con los ladrones, y me dijeron que las gentes de aquella parte eran de mal vivir y salteadores de oficio, de lo que deduje: que así como nosotros tenemos las comarcas de un lado y otro de los montes, ellos tienen las de un lado y otro de los dientes; pero las del lado de acá son mejores y tienen mejor ventilación.

En vista de todo esto, comencé a pensar que es bien verdadero el dicho de que la mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad, y puesto que no ha habido todavía quien escriba acerca de este país, en el que hay más de veinticinco reinos habitados, sin contar los desiertos y un gran brazo de mar, he compuesto un gran libro titulado *Historia de los Gorgias* y les he llamado así porque viven en la *gorgia* de mi maestro Pantagruel.

Quise por último salir, y pasando por su barba, me descolgué por su cuerpo y caí a tierra delante de él. Cuando me vió me dijo:

—¿De dónde vienes tú, Alcofribas?

—De vuestra garganta, señor—le respondí.

—¿Desde cuándo estabas en ella?

—Desde que marchasteis contra los Almirodes.

—Hace entonces más de seis meses. ¿Y de qué vivías?
¿Qué bebías?

—Señor, de lo mismo que vos: de los mejores bocados que pasaban por vuestra garganta tomaba mi ración.

—Muy bien. ¿Y en dónde cagabas?

—En vuestra boca, señor.

—¡Ah, ah! Eres un gentil compañero. Con la ayuda de Dios hemos conquistado todo el país de los Dipsodas; te doy la castellanía de Salmingondin.

—Gran merced me hacéis, señor, aun cuando en nada os he servido.

CAPITULO XXXIII

CÓMO CAYÓ ENFERMO PANTAGRUEL Y DE QUÉ MANERA SE CURABA



oco tiempo después el bueno de Pantagruel cayó enfermo del estómago; tanto, que no podía beber ni comer, y como una desgracia jamás viene sola, padeció también un «mea caliente» (Nota 145), que le atormentaba como no podéis figuraros; pero sus médicos le socorrían muy bien, y a fuerza

de drogas lenitivas y diuréticas le hicieron mear todo su mal. Tan caliente estaba su orina, que todavía no se ha enfriado, y así la tenéis en Francia en distintos lugares, según el curso que tomó, y se llama hoy «baños termales», como en:

Coderetz.

Limons.

Dart.

Balleme.

Nesie.

Bourbonnensy y otros.

En Italia:

En Mors grot.

Appone.

Santo Pietro di Padua.

Sancta Helena.

Cara nuova.

Sancto Bartolomeo.

En el Condado de Bolonia.

En la Porrette y en otros mil lugares.

Me enfada mucho una caterva de locos filósofos y médicos que pierden el tiempo discutiendo de dónde viene el calor de dichas aguas, si es efecto del bórax, del azufre, del alumbre o del salitre que hay en las minas por donde pasan, pues no hacen más que andarse por las ramas, y más les valdría limpiarse el culo con un cardo borriquero que embobarse discutiendo lo que no saben, porque la solución está afirmada y no hace falta preguntar más: dichos baños son calientes porque salieron de una meada caliente de Pantagruel.

Ahora, para explicaros cómo curó de su mal principal, os diré aquí que le prepararon una purga suave con cuatro quintales de escamonea colofoniaca, ciento treinta y ocho carretadas de pulpa de cañafístola y once mil novecientas libras de ruibarbo, sin contar otros menjurjes. Debéis saber que el consejo de médicos acordó que se quitara de su estómago todo lo que le hacía mal; para esto se dispusieron diez y siete grandes ampollas de cobre, mucho más grandes que la que hay en Roma en la aguja de Virgilio, en tal disposición, que se las abría y cerraba por en medio a favor de un resorte. En una entró uno de sus criados llevando una linterna y una hacha encendida, y se la tragó Pantagruel como una pildorita. En cinco entraron tres aldeanos con una pala cada uno. En otras siete, siete leñadores, cada uno con un cesto colgado al cuello, y así fueron tragados como píldoras. Cuando estuvieron en el estómago, cada uno abrió su resorte y salieron, el primero de todos el que llevaba la linterna, y nadaron más de media legua de camino en un golfo horrible, infecto, maloliente, más que Mephitis, la laguna de Camarine y el infeccioso lago de Sorbonne de que habla Strabon. Si no hubiera sido porque se habían antidotado el corazón, el estómago y el jarro del vino, hubieran perecido sofocados por aquellos vapores abominables. ¡Oh, qué perfume! ¡Qué aroma para regalar la nariz de las jóvenes delicadas! Tropezando y tanteando se aproximaron a la materia fecal y a los humores corrompidos y encontraron una gran montaña de mierda. Los leñadores golpearon para deshacerla, los otros con sus palas llenaron los cestos, y cuando todo estuvo bien limpio, cada uno se metió en su ampolla.

Hecho esto, Pantagruel se esforzó para vomitar, y fácil-

mente los echó fuera, pues no abultaban en su garganta más que un pedo en la vuestra. Salieron, pues, en sus ampollas como los griegos en el caballo de Troya, y Pantagruel, por este medio, se vió curado y entró en franca convalecencia.

De estas píldoras de cobre tenéis una en Orleáns, sobre el campanario de la iglesia de Santa Cruz.

CAPITULO XXXIV

CONCLUSIÓN DEL PRESENTE LIBRO Y EXCUSAS DEL AUTOR



A, señores, habéis oído el comienzo de la historia horrorífica de mi amo y señor Pantagruel. Aquí pondré fin al primer libro; la cabeza me duele un poco y noto que los registros de mi cerebro están un poco escaldados por la *purga setembrina*.

Tendréis el resto de esta historia para las ferias de Francfort, ya próximas, y allí veréis cómo Panurgo se casó y fué cabrón desde el primer mes de sus nupcias; cómo Pantagruel encontró la piedra filosofal, la manera de hallarla y la de usarla; cómo atravesó los montes Carpyos; cómo navegó por el mar Atlántico, derrotó a los caníbales y conquistó las Indias de Parlas; cómo se casó con la hija del rey de las Indias llamada Presthau; cómo combatió contra los diablos, hizo quemar cuatro habitaciones del infierno, entró a saco en la cámara negra, arrojó a Proserpina en el fuego, rompió cuatro dientes a Lucifer y le metió un cuerno en el culo; cómo visitó las regiones de la luna para saber si a la verdad la luna no estaba entera porque las mujeres tenían tres cuartos de ella en la cabeza, y mil otras cositas agradables (Nota 146). Estos son hermosos textos del evangelio en francés. Buenas tardes, señores. *Perdonate mei* y no penséis tanto en mis faltas que olvidéis las vuestras.

Si acaso me decís: Maestro, parece que no sois muy sabio al escribirnos esos embustes y esas alegres mentiras, yo os contestaré que menos lo sois vosotros si os divertís en leerlas. Si por pasatiempo agradable las leéis, como agradable pasa-

tiempo están escritas; vosotros y yo somos más dignos de perdón que esa caterva de Sarrabaitas (Nota 147), beatones, hipócritas, encapuchados, tartufos, borrachos y otras sectas de gentes que se han disfrazado como máscaras para engañar al mundo, porque dan a entender al pueblo en general que sólo se ocupan en la contemplación y devoción, ayunos y maceración de la sensualidad, y se regodean y lo pasan bien *et curios simulant sed bacchanalia vivunt*. Así podéis leerlo en gruesas letras en las luminosas obras de sus rojos carrillos, en sus enormes y cinchados vientres y en su perfume a azufre. Sus estudios están todos consagrados a los libros Pantagruélicos, no tanto por pasar el tiempo alegremente, sino para herir a cualquiera a traición, a saber: articulando, monorticulando, torticulando, culeteando, testiculeando y diaboliculeando, esto es, calumniando.

Hacen algo parecido a lo que hacen esos cerdos de los pueblecillos cuando revuelven y escarban la mierda de los niños en el tiempo de las cerezas y las guindas para encontrar los huesecillos y vendérselos a los drogueros, que hacen con ellos el aceite de maguelet. Evitadlos, huíd de ellos, aborrecedlos, haced lo que yo hago, y por mi fe que os encontraréis bien.

Y si deseáis ser buenos Pantagruelistas, esto es, vivir en pleno gozo, salud y tener siempre gran tranquilidad, jamás os fiéis de las gentes que miran por un agujero.

FIN DEL LIBRO I DE PANTAGRUEL Y DEL TOMO I
DE LAS OBRAS DE RABELAIS



NOTAS

(1) De las ediciones que tenemos a la vista, en unas está escrito la vida *tres horrifique* y en otras la vida *tresorrifique*; esto es, la vida *muy horrorífica* y la vida *tesorífica*. La propensión del autor a duplicar letras, es de creer que haya inducido a error en la traducción de esta frase al francés moderno. A mí me parece más aceptable el adjetivo *tesorífica*, dada la naturaleza de la obra.

(2) *Alcofribas Nasier*. Anagrama de Francisco Rabelais.

(3) *Perros*. En el original, *caisgne*, perra, del italiano *cagna*.

Dicen algunos hermeneutas que Rabelais empleó esta interjección en un sentido onomatopeico, para representar el sonido que se produce en la botella cuando se le extrae de golpe el tapón.

(4) Se refiere el autor a Thomas Walles, dominicano inglés, satirizado por el poeta Marot, autor de una obra que se titula *Las metamorfosis de Ovidio explicadas moralmente*.

(5) Entre los comentaristas del Renacimiento se repite mucho esto de que los versos de Homero olían a aceite y los de Ennio a vino, esto es, que los primeros eran fruto de la meditación y de la técnica y los segundos de la inspiración exaltada.

(6) Escribe el autor *tirelupin*, equivalente a pobre diablo, bufón, hereje, iconoclasta. En la increpación que le dirige consta *bren*, que se traduce con la palabra *maloliente* que llevó a Cambrone a la historia.

(7) *Pantagruelistas*. Sinónimo de bebedores para el autor.

(8) *Caseiforme*. De la forma de un queso.

(9) *Hic bibitur*: aquí se bebe.

(10) *Fanfreluches*: pavesas, bagatelas. Con insistencia se ha tratado de buscar una interpretación adecuada a los fanfreluches de Rabelais; pero los comentaristas más serios convienen en que sólo se propuso aumentar la curiosidad del lector. En su forma son una burlona imitación de las profecías de Merlín.

Con el adjetivo *antídotos* parece que quiso establecer, siempre a favor de su vena humorística, que podrían servir de antídoto contra las teorías de los Tribunales pontificios y otros venenos análogos.

(11) *Parpaillons*. Es el mote que en el Languedoc llevaban los protestantes. La palabra viene de *papillon*, mariposa, y la relación ideológica y filológica está en que, así como las mariposas revolotean en torno de la luz hasta quemarse, las hogueras del Languedoc *atrajeron* innumerables sectarios de Lutero y Calvino.

(12) *Fundamento*. El pílora. Y en su doble sentido, alegato jurídico.

(13) Lo que traducimos *martes graso* es en Francia el martes de Carnaval o día de las morcillas. La fiesta era parecida a nuestro *entierro de la sardina*. Hay curiosas obras antiguas apologéticas de Mardi-gras, chispeantes de gracia todas ellas, especialmente la titulada *Oration funebre du Mardi-gras*, que es anónima y data de 1615.

(14) *La gran diablería de los cuatro personajes*. Alusión a los Misterios escénicos o a los Autos sacramentales, en los que, alrededor de los antiguos misterios, danzaban diablos en cantidad proporcionada con la importancia del escenario.

(15) *No bebo más que en mi breviario*. Alude el autor a unos frascos, muy en uso en su tiempo, que tenían la forma de libros de oraciones.

(16) Como una esponja. Como tierra de secano.

(17) *Mira la persona y pide para dos*. Lo otro es un juego de palabras que no tiene correspondencia adecuada.

(18) Alude a la conversión al cristianismo de los indígenas de Melinda (Africa), obtenida por los portugueses.

(19) *Lagona edatera*. Compañeros, a beber. Del vasco francés.

(20) *Planètes: plats nets*. Juego de palabras.

- (21) *Sí, tío*: Sed tengo. Las palabras de Cristo en la cruz.
- (22) *Abestos*: amianto.
- (23) De aquí, aquí; esto es, del vaso al estómago, como un prestimano.
- (24) La Naturaleza odia el vacío. Principio físico de la época.
- (25) En Bretaña, como en Andalucía, y a diferencia de Madrid, los bebedores dejan el vaso completamente vacío.
- (26) Es decir: más cobardes son las ovejas y soportan valerosas este trance.
- (27) Juramento gascón.
- (28) *Scotistas*. Epíteto formado satíricamente con el nombre de Juan Duns Scot, a quien llamaban en su tiempo el Doctor *Sutil*.

En otros pasajes le llama también Rabelais Juan de Escocia, y es el mismo a quien los antiguos eruditos españoles llaman *Scoto*.

- (29) *El purè setembrino*. El vino.
- (30) *Carmesí* no es un color determinado. Quiere decir bien teñido.
- (31) Así en el original, porque el temple español de estas armas gozaba de gran reputación en aquel tiempo.
- (32) La Caridad nunca labora en provecho propio. San Pablo. Epístola a los Corintios, 1. 13.
- (33) No se ha extinguido la costumbre del reparo. Se usa mucho en los pueblos de las dos Castillas, y suele consistir en un trapo de algodón o de lana impregnado de vino añejo. Aunque generalmente se aplica sobre el estómago, según la medicina empírica sirve contra todas las dolencias. Así dice la sátira popular:

Si te duelen las muelas,
ponte un reparo;
si no te hace provecho,
tampoco daño.

- (34) Original de Sicilia, rey de armas de Alfonso de Aragón.
- (35) Moda de Luis XIII, que precedió a la de los sombreros anchos.

(36) Decimos: *cesto*, en francés *panier*, y de aquí el equívoco que Rabelais emplea. Mostaza, de *Moutarde*: *mou tarde* etcétera.

(37) Según Plutarco, los siracusanos, en los funerales de Timoleón, ostentaban sus mejores galas, y los habitantes de Argos vistieron túnicas blancas en señal de duelo.

(38) Frases hechas que aun están en uso en muchas comarcas francesas, principalmente en Gascuña.

(39) *Badigoinces* dice el autor en donde traducimos *morrros*. Casi todo este capítulo está escrito en patois del Mediodía de Francia.

(40) Mal de pipa, de tonel: borrachera.

(41) Dar heno en cuerno: engañar. Tiene la frase su origen en un proverbio romano que a su vez procede de la costumbre que en Roma había de atar un poco de heno a un cuerno del toro bravo para advertir del peligro.

(42) Seréis mariposas: seréis protestantes.

(43) Cien. Calembourg. De *cent*, ciento, y *sent*, huele.

(44) Véase la nota 75.

(45) *Tu autem*. El fin, puesto que las lecciones del breviario concluyen con la frase *Tu autem Dómine*.

(46) Otro *calembourg*: *rimer*, *s'enrumer*.

(47) En el original, *charte*, que significa eso, cartilla, abecedario.

(48) Estos libros forman parte de lo que se llamó *Los ocho autores morales*—precursores del «Juanito»—, libro impreso en Lyon en 1410.

El menos absurdo parece ser el de Alano, que data de mediados del siglo XII.

(49) Restos de un templo romano que se llamó *Ateneum* y que aun se conservan.

(50) *Mateólogos*, instructores de cosas banales.

(51) Se refiere a Jorge de Clarencie, que, condenado a morir, se le invitó a elegir la forma y resolvió morir ahogado en un tonel de malvasía.

(52) *La enorme borrica de Gargantúa*. Se pretende que Rabelais quiso caricaturizar en este fantástico animal a la duquesa de Etampes, Ana de Pisselu, y antes de su matrimonio señorita de Heilli, amante de Francisco I, pues se cuenta que este rey le regaló el bosque de la Beauce y ella lo hizo talar,

y que habiéndose negado los vecinos de París a contribuir para comprarle un collar de precio enorme, les amenazó con quitarles las campanas de Nuestra Señora.

Otros aseguran que en la borrica quiso representar a Diana de Poitiers.

(53) El proverbio francés, traducido a la letra, dice así: *Si no fuera por los señores curas, todos viviríamos como bestias*. Como se ve, Rabelais hace de él una transposición digna de su humorismo.

(54) En francés son estas palabras: *Beau ce*.

(55) *Calembourg: Par ris*.

(56) Otro *calembourg*, en el que el autor juega con las palabras *arenque* y *arenga*.

(57) En Nesle estuvo antiguamente el oráculo de la diosa Isis, que era la divinidad principal de los parisienses.

(58) *Maestros inertes; calembourg*: del latín *in artibus*, en francés *des arts*, dice el autor *inertz*, con la ortografía de su tiempo.

(59) Pronunciación afectada y pedante de las palabras latinas *bona dies*.

(60) *Pontanus poeta secular*. Los doctores sorbonistas, en su orgullo desmedido, llamaban poetas seculares a los grandes maestros de la lengua latina, como Virgilio, Horacio, Ovidio, etcétera, *porque no se habían graduado de doctores*.

(61) *Patelin* o *Pathelin*, como con frecuencia se escribe, es en su origen el personaje central de una comedia de Pierre Blanchert que se titula *La farce de Pathelin*. Es el hombre que se afana en conseguir que otro lo engañe. Aun en el francés de hoy se emplean las palabras *pathelinage*, *patheliner*, etcétera, para denominar vicios, manías o gestos característicos de aquel personaje.

Esta obra se representó por primera vez en 1488.

(62) *Mathurinos*: Los invitados a las asambleas solemnes de la Universidad.

(63) *Desmocarse a lo archidiácono*: Con los dedos haciendo ruido con la nariz.

(64) *Sopas de prima*: las que tomaban los frailes para el desayuno después de haber rezado a la hora de prima. Como estaban hechas con el primer caldo, eran muy suculentas.

(65) *Los juegos de Gargantúa*. Existe sobre ellos una bi-

bliografía copiosísima. Casi todos los comentaristas, señaladamente Lefranc y Michel Poichiari, afirman que Rabelais siguió un método determinado para hacer este catálogo.

Muchos de estos juegos están designados por sus nombres peculiares y tienen fiel y fácil correspondencia en nuestro idioma; otros se designan con la frase inicial de algún recitado que los acompaña, y otros, por último, son satíricas alusiones a cosas, personas o costumbres de la época.

Aquellos que no tienen adecuada correspondencia entre los juegos infantiles de España los hemos transcritos con los nombres que el autor les asigna, y de ellos daremos aquí la interpretación o explicación más generalmente admitida.

Barbe d'oribus: barba de papel dorado. Consistía el juego en vendar a uno los ojos y tizarle la cara con pretexto de dorarle la barba.

Pimponet, pimpopet o pimpompét. De estas tres maneras aparece escrito en las diversas ediciones que tenemos a la vista. Ninguno de los eruditos rabelesianos explica este juego. A juzgar por la etimología de su denominación, que encontramos en *pimpre* (según la ortografía de la época), decir necesidades, creemos que era algo así como nuestro juego *a los despropósitos*.

Billebouquet, bilboquet. Sin duda es el juego que se llama del boliche o dominguillo.

Los novicios. Sin explicar el porqué, las modernas ediciones de Rabelais llaman así al juego que él denominó *Biffault*. De él da Emm. Philipot la siguiente explicación:

Los amigos de un poeta, muy interesados por casarlo, habían descubierto una viuda muy rica que podía ser para él excelente partido. La presentación debía ser hecha en una comida, y como el poeta tenía la cabeza *a pájaros*, mientras a los postres hablaban de cosas interesantes y serias, entreteníase el poeta en colocar sobre su mano izquierda tres o cuatro pedacitos de pan, hacerlos saltar dándose golpecitos en ella con la diestra y tomarlos con la boca, diciendo: *brifaut* (glotón), pagarás prenda si no aciertas. Lo que, como es de suponer, frustró el matrimonio.

(66) *La verdadera vida de los Padres*: La vida que hacían y enseñaban a hacer los frailes en sus conventos.

(67) *Evangelio de madera*: Los tableros para los diferen-

tes juegos de que el autor hace mención en diversos pasajes.

(68) *Bracqué*: Juego de pelota que había en el arrabal Saint-Marceau, así llamado porque tenía como divisa un perro de muestra (*braqué*).

(69) *Caballos desultorios*: Caballos que se llevaban del diestro para recambio en las guerras. Séneca refiere que Quintus Dellius, partidario de Marco Antonio, que después lo abandonó, fué desde entonces apodado caballo desultorio.

(70) *Saltar como el alemán*: Saltar torpemente. En otro pasaje, para expresar que una persona no entiende, dice el autor que *entiende como el alemán*.

(71) *Materia de monos verdes*: Cosas imaginarias.

(72) *Pan de suelo*: Pan tirado diría la traducción literal. Muchos comentaristas aseguran que el autor con esta frase quiso decir piedras. Sin embargo, se sabe que los antiguos llamaban pan tirado al que se hace con la harina sin cerner, esto es, al pan *integral* de los naturistas contemporáneos.

(73) *Onceno* o gran blanco, moneda que durante mucho tiempo valió diez dineros y después fué elevado a once.

(74) *Entomeures*: De *entamer*, comenzar a romper. El que corta en pedazos. El propio hermano Juan, en el capítulo LXVI del libro IV, habla de hacerle *entomeures* el cerebro a un personaje. Se pretende que en este tipo ha querido representar el autor al Cardenal de Lorena.

(75) *El fuego de San Antonio* era una erupción herpética, endémica en aquel tiempo, que atacaba a la parte interior de las piernas. Las gentes crédulas la reputaban como un castigo enviado por dicho santo.

(76) *Santo Tomás el inglés*: Tomás Becket, arzobispo de Cantorbéry.

(77) *Ciro*: Unas ediciones dicen *Ciro* y otras *sire*. En las dos formas era el tratamiento que se daba a los soberanos de aquel tiempo.

(78) Para los pueblos y lugares que actualmente no llevan estos nombres; véase en el último tomo el Diccionario rabeliano.

(79) *Topinos*: Milicia irregular de aquel tiempo que tenía fama muy extendida de perezosa y de aficionada al vino.

(80) Elio en su tratado de *Anim.*, XVI, y Homero en la

Ilíada, X, dicen todo lo contrario de lo que apunta Rabelais en este pasaje.

(81) En tiempo del autor había en Montagú un colegio regido por franciscanos que se hizo famoso por el hambre y la miseria y la falta de limpieza. Dolet dice que allí se criaban piojos para toda Francia. Grandgousier llama *coraceros de Montagú* a los piojos de dicho colegio.

(82) *Los Miquelots* eran jovenzuelos que iban a la romería de Saint-Michel, en Provenza, recorriendo a saltos todo el camino.

(83) He aquí la traducción de lo que dicen en latín los peregrinos:

«Cuando los hombres se levantaron contra nosotros y parecía que iban a comernos vivos.

Como su furor se irritaba contra nosotros parecía que el agua iba a envolvernos.

El torrente envolvió nuestras almas.

Acaso nuestra alma hubiera podido pasar por sí misma el torrente inabordable.

Bendito sea el Señor, que no nos hizo presa de sus dientes.

Nuestra alma, como el pajarillo, se escapó del lazo de los cazadores.

El lazo se rompió.

Y nosotros nos libramos.

Del Señor llegó nuestra ayuda.»

(84) Se refiere al verso de J. V. Metulinus:

Qui monaca potitur, virga tendente moritur.

(85) Transcribe aquí el autor una opinión de Plinio.

(86) Esta frase es un ingenioso juego de palabras, porque alcotán en francés es *lanier*. También son juegos de palabras casi todas las frases que el autor pone en este capítulo (XXXIX) en boca del fraile, para presentarlo casi embriagado.

(87) Canción bélica, muy popular en la época.

(88) Rezar las horas a la usanza de Fecán debía ser sinónimo de no rezarlas, pues la Abadía de este nombre, en el país de Caux, era muy conocida por el relajamiento en que vivían sus frailes.

(89) «Una oración corta entra en los cielos; un trago largo vacía los vasos.»

(90) Véase la nota 64.

(91) *Excomunión trisulce*. En el derecho canónico no hay excomunión que así se llame. Quiere decir excomunión de tres dientes, como el tridente de Neptuno, sin duda más amplia aún que la llamada *latae sententiae*.

(92) Un monje en el claustro no vale dos huevos; pero cuando está fuera bien vale treinta.

(93) *Tábano junonico*. Una especie de mosca bovina que, según la Mitología, envió la diosa Juno para que mortificara a la ninfa Io, convertida en vaca por Júpiter.

(94) *Aventureros*. Infantería francesa de los tiempos de Luis XII y Francisco I, que no tenía sueldo y vivía únicamente de los botines de guerra.

(95) *Gallicisnegrulla* (Cocquecigrue). Pájaro imaginario, mixto de gallo, cisne y grulla. A la venida de los gallicisnegrullas es como decir jamás.

(96) *No merecía de recompensa ni un botón*. Esta frase y otras muchas de las que hay en nuestro lenguaje usual y corriente están literalmente traducidas. Lo advierto así con el fin de ahorrarme mortificaciones de la crítica, pues aun me duele el que, cuando estrené la adaptación al teatro de *Don Quijote de la Mancha*, un crítico, en un diario de gran circulación, me reprochara el haber hecho a Sancho Panza hablar como un chulo de los barrios bajos al poner en sus labios lo de *para mi santiguada...*

(97) *Nosocomio*. (Del griego.) Enfermería.

(98) *Thelema*, palabra griega que significa voluntad.

(99) Esta composición es no de Merlín el encantador, sino de Merlín de Saint-Gelais, contemporáneo de Rabelais, a quien pertenecen únicamente los diez primeros versos y los dos últimos.

(100) Raclet, según Le Duchat, es Reneberto Raclit, profesor de Derecho en Dole, amigo de Gilberto Cousin, que le cita con gran elogio, opinión que por lo que se ve no comparte Rabelais.

(101) El polvo de *oribus*, *perlimpimpín* o *didmerdis*, es como el que llamamos en español *de la madre Celestina*, un polvo imaginario al que se atribuye virtudes maravillosas.

(102) Hasta en el fuego *exclusive*, esto es, lo mantengo, pero no pondría la mano en el fuego por ello.

(103) Aquí Rabelais juega con los vocablos *onocrótalo* y *protonotario*, y de paso se burla de los protonotarios apostólicos de la época.

(104) *Riquirraque* es uno de los cien nombres que Rabelais asigna al miembro viril.

(105) Este movimiento tan difícil de comprender es invención de un astrónomo árabe del siglo IX, llamado Thebit-ben-Corith.

(106) De los frailes Jerónimos se decía que debían tener *collum bóvium et ventrem omnipotentem*, porque su regla no les impedía comer con abundancia.

(107) Equívoco formado con *Iambus*, nombre en latín de un metro poético, y *zambo*, *zambus* en francés.

(108) *Purga setembrina*. El vino, que en varias comarcas de Francia se elabora en el mes de septiembre.

(109) De estos gigantes, unos son de procedencia bíblica, otros de procedencia mitológica y otros son caricaturas de personajes de la Historia o de hombres de la época. Consúltese el Diccionario rabelesiano inserto al final del tomo III.

(110) *Alibantes*, viejos frioleros. Según Suidas, la expresión proviene del nombre del río del infierno, llamado *Alibas*, que lo seca todo.

(111) *Lifrelofes*. Palabra compuesta por el autor para expresar su desprecio a los filósofos suizos y alemanes.

(112) *Anguiletas*. Las anguilas pequeñas que se guardaban en Italia en salmuera y se usaban como aperitivo y estimulante.

(113) La ballesta de Chantelle era una poderosa máquina de guerra situada en la ciudad de este nombre, plaza fuerte de Bourbonnois.

(114) *Campos*. Los escolares de aquel tiempo decían *habere campos*, esto es, tener la clave de los campos, por tener vacaciones.

(115) *Mascanabos* (*Marcherabbe*). Sobrenombre que se aplica a los naturales de este país, en el que abunda esta clase de hortaliza. Se atribuye esta palabra a Claude Bigother, que cantó los nabos en una obra titulada *Rapina seu raponum encomium*.

(116) *La muerte de Rolando*. Quiere decir morir de sed, porque se pretende que así murió Rolando en la batalla de Roncesvalles. Así se consigna en el Romancero francés y en la obra ya citada *La farce du Pathelin*.

(117) Muchos de estos libros han existido, algunos existen y otros tienen los títulos contrahechos en parodia. Véase la referencia de la mayor parte de ellos en el Diccionario rabelésiano. De los demás no hemos podido encontrarla.

(118) He aquí lo que dice Panurgo:

«Caballero: que primeramente Dios os conceda dicha y prosperidad. Querido caballero, os prevengo que el relato que me pedís es triste y digno de compasión. Tendría necesidad de deciros cosas muy penosas, tanto para dichas como para escuchadas, aun cuando los poetas y los oradores de la antigüedad hayan pretendido en sus adagios y en sus sentencias que el recuerdo de las desgracias y de la pobreza que se ha sufrido con anterioridad sirve de gran placer.»

En los demás pasajes de este capítulo, en los que aparece Panurgo hablando diferentes lenguas, expresa los mismos conceptos y pide que le socorran.

(119) *La calle de Teusse*. Hoy se llama calle de Fouarre. Por aquel tiempo había en ella unas escuelas en las que los alumnos se sentaban sobre haces de paja. De esto tomaron el nombre las escuelas y la calle.

(120) *Portavalonas*: Como si nosotros dijéramos portatogás. Los que llevaban la *valona*, uniforme entonces de magistrados y consejeros.

(121) *Filogrobelizado*: Abismado, aturdido. Palabra formada arbitrariamente por Rabelais para expresar este concepto.

(122) *Callibistri*: Los órganos genitales, así en el hombre como en la mujer. La etimología está en la palabra griega *calos* (bello) y las latinas *bis*, *ter* (dos, tres veces). Otros la encuentran en estas otras palabras griegas: *chalybs hyter*, cabaña del vientre.

(123) *El cuarto de sentencias*: Libro famoso de Pedro Lombardo, del que se hicieron tantas ediciones que, según Rabelais, los basureros podrían conocerlo íntegro con recoger las hojas del mismo que les llegaban entre la inmundicia.

(124) El comienzo del discurso de Thaumasta parece que está tomado de Erasmo, de uno de sus diálogos familiares, que titula: *Diluculum*.

(125) Estos títulos griegos significan: *Del conocimiento de los sueños. De los prodigios. De las cosas inefables. De las cosas inexplicables.*

(126) Vauvert era un castillo construido por el rey Roberto junto a la Barrera del Infierno, en los alrededores de París. En sus inmediaciones se sentían ruidos espantosos; pero cuando San Luis se lo donó a los Chartreux, cesaron los ruidos.

(127) Este capítulo es una sátira contra la teoría de los signos y de los números que por entonces propagaba el inglés Beda.

(128) Una de las mil maneras empleadas por Rabelais para expresar la realización del acto venéreo.

(129) *Paternosters*: Una especie de rosario, con cuentas de diversas materias, que acostumbraban las mujeres a llevar colgado de la cintura cuando iban a los templos. Había la costumbre de prestarlo para rezar sin desprenderlo de su atadura.

(130) *Licisco*, cachorro de lobo. En algunas ediciones antiguas dice *Une chienne en chaleur*, esto es, una perra en celo.

También en España es popular la creencia de que los órganos genitales de estas bestias, desecados y pulverizados, producen una violenta excitación sensual.

(131) Entre los lacedemonios, los mensajeros llevaban unos bastones de caña y dentro de ellos el mensaje escrito en una lámina de cuero arrollada.

(132) Estos dos libros, que revelan los medios de leer las letras ilegibles, son completamente imaginarios.

(133) Estos nombres griegos significan *nulo, nada, burlesco, que no tiene leguas*, y, por tanto, se refieren a países fantásticos.

(134) *Pacolet* es el nombre de un caballo maravilloso que figura en el libro de Valentín y Orson.

(135) En el dialecto del Languedoc, lo que traducimos por *vinagre* quiere decir vino en abundancia, y así lo interpretan los comentaristas en este pasaje; sin embargo, por lo que

después dice Pantagruel, puede ser que el autor no empleara aquí la palabra en ese sentido, puesto que las liebres se cocían entonces y se siguen cociendo con vinagre, que las ablanda.

(136) *Litontripon* o *litontríptico* es un remedio preparado para disolver las piedras que se forman en la vejiga, y *nefrocatartricon*, un estimulante para el riñón.

(137) Véase la nota 101.

(138) Este pasaje es una parodia de la descripción que hace Virgilio de las ocupaciones de los muertos en el Elíseo, en el libro VI de la Eneida. Scarron tiene también una imitación de este pasaje de Rabelais.

(139) Alusión a un romance posterior al ciclo de Carlomagno, en el que aparece un Galeno, hijo menor de un *rey* de Constantinopla, como *restaurador* de la caballería, extinguida con los Doce Pares de Francia.

(140) El franco-arquero de Bagnolet, o acaso de Meudon, era un picapedrero que fué condenado a muerte como autor de varios robos en 1474. La Facultad de Medicina de París obtuvo su perdón a condición de que soportara la operación de la *talla*. Era la primera vez que esto se intentaba; tuvo éxito, y el picapedrero vivió muchos años.

Este episodio lo cuenta con muchos detalles Ambrosio Paré en sus *Opera Chirurgica*, Francfort, 159.

La operación se hizo en el cementerio de San Severino.

(141) *Azul y verde porque había sido perverso*. Juego del vocablo, porque el original dice *peers et vert*.

(142) Taillevent, notable cocinero de la época de Rabelais, fué gran propagandista de esta salsa, que hacía con miga de pan, vinagre, caña verde de trigo, bayas de enebro, pimienta y otros ingredientes.

(143) *Una vieja lamparonera*. Sucia y flaca, transparente como una linterna.

(144) *Piscantino*: Una bebida detestable que hacían con ciruelas silvestres.

(145) *Mea caliente, pisse chaulde*, la gonorrea.

(146) De este párrafo se desprende que Rabelais tuvo intención de terminar aquí su obra o de desarrollarla de modo bien distinto de como lo hizo.

Estos dos primeros libros los compuso cuando fué monje

en Saint-Maur-les-Fossés, y por esto sin duda los firmó con el pseudónimo Alcofribas.

(147) *Sarrabaitas*. Una especie de frailes irregulares, de los que describe la vida y costumbres Bernardo de Luxemburgo.

FIN DEL TOMO I



ÍNDICE



INDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA	7
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	9
Obras de Rabelais: <i>Gargantúa</i>	29
ICONOGRAFÍA	30

GARGANTUA.—LIBRO PRIMERO.

A LOS LECTORES	35
PRÓLOGO DEL AUTOR	37
CAPÍTULO PRIMERO.—De la genealogía y antigüedad de Gargantúa	41
— II.—Los fanfreluches antídotos encontra- dos en un monumento antiguo.....	43
— III.—Cómo Gargantúa estuvo once meses en el vientre de su madre.....	46
— IV.—Cómo Gargamella, estando para dar a luz a Gargantúa, se comió un abundante guisado de callos.....	48
— V.—La conversación de los bebedores.....	49
— VI.—Cómo nació Gargantúa de un modo bien extraño	53
— VII.—De cómo le fué impuesto el nombre a Gargantúa y cómo pidió vino....	55
— VIII.—Cómo fué vestido Gargantúa.....	57
— IX.—Los colores y la librea de Gargantúa.	60
— X.—De lo que significan los colores blan- co y azul	62
— XI.—De la adolescencia de Gargantúa.....	65

		<u>Páginas</u>
CAPÍTULO	XII.—De los caballos hechos a placer para Gargantúa	67
—	XIII.—Cómo Grandgousier conoció el ingenio maravilloso de Gargantúa por la invención que éste hizo de un limpia-culos	70
—	XIV.—Cómo Gargantúa fué educado en las letras latinas por un sofista.....	73
—	XV.—Cómo Gargantúa fué recomendado a otros pedagogos	75
—	XVI.—Cómo Gargantúa fué enviado a París, del enorme jumento que lo llevó y cómo se espantaba las moscas bovinas de la Beauce.....	77
—	XVII.—Cómo Gargantúa pagó su bienvenida a los parisienses y cómo robó las enormes campanas de Nuestra Señora	78
—	XVIII.—Cómo Janotus de Bragmardo fué enviado para recobrar de Gargantúa las campanas	81
—	XIX.—La arenga que el maestro Janotus de Bragmardo dirigió a Gargantúa para recobrar las campanas...	82
—	XX.—Cómo el sofista llevó su paño y cómo pleiteó con los demás profesores...	84
—	XXI.—El estudio de Gargantúa según la disciplina de sus preceptores los sofistas	86
—	XXII.—Los juegos de Gargantúa.....	88
—	XXIII.—Cómo Gargantúa fué sometido por Ponócrates a una disciplina que le hacía aprovechar todas las horas del día	92
—	XXIV.—Cómo invertía sus horas Gargantúa en los días lluviosos	98
—	XXV.—Cómo se produjo entre los pasteleros de Lerné y los del país de Gargan-	

	<u>Páginas</u>
	túa un gran debate, del que se derivaron grandes guerras 100
CAPÍTULO	XXVI.—Cómo los habitantes de Lerné, por disposición de su rey Picrochole, acometieron de improviso a los pastores de Grandgousier 102
—	XXVII.—Cómo un monje de Seville salvó el claustro de la abadía del saqueo de los enemigos..... 103
—	XXVIII.—Cómo Picrochole tomó por asalto la Roche-Clermauld, y la pena y las dificultades que sufrió Grandgousier al emprender la guerra..... 107
—	XXIX.—Contenido de la carta que Grandgousier escribió a Gargantúa..... 109
—	XXX.—Cómo Ulrich Guallet fué enviado ante Picrochole 110
—	XXXI.—La arenga que Guallet dirigió a Picrochole 111
—	XXXII.—Grandgousier, para procurar la paz, hace devolver las tortas..... 113
—	XXXIII.—Cómo algunos gobernadores de Picrochole, por consejo precipitado, le pusieron en gran peligro..... 116
—	XXXIV.—Cómo Gargantúa dejó la villa de París para socorrer a los suyos y cómo Gimnasta encontró a los enemigos 119
—	XXXV.—Cómo Gimnasta, astutamente, mató al capitán Tripet y a otros guerreros de Picrochole..... 121
—	XXXVI.—Cómo Gargantúa demolió el castillo de Vede y cómo pasaron el vado. 123
—	XXXVII.—Cómo Gargantúa, peinándose, sacó de entre sus cabellos las balas de cañón 125
—	XXXVIII.—Gargantúa se come seis peregrinos en ensalada 126

CAPÍTULO XXXIX.—Cómo fué el monje festejado por Gargantúa y la grata conversación que de sobremesa tuvieron	129
— XL.—Por qué los monjes han huído del mundo y por qué unos tienen la nariz más grande que otros.....	132
— XLI.—Cómo el monje hizo dormir a Gargantúa y de las horas de su breviario	134
— XLII.—Cómo el monje infundió valor a sus compañeros y cómo se colgó de un árbol	136
— XLIII.—Gargantúa encuentra las avanzadas de Picrochole, mata el monje al capitán Tiravant y cae prisionero de los enemigos.....	138
— XLIV.—Cómo el monje se desprendió de sus guardas y cómo la avanzada de Picrochole fué deshecha.....	140
— XLV.—Cómo trató el monje a los peregrinos, y las buenas palabras que le dijo Grandgousier	142
— XLVI.—Cómo Grandgousier trató humanamente a su prisionero Toucquedillón	145
— XLVII.—Cómo Grandgousier mandó reunir sus legiones y cómo Toucquedillón mató a Hastiveau y después fué muerto por disposición de Picrochole	147
— XLVIII.—Gargantúa combate a Picrochole frente a la Roche Clermault y deshace su ejército.....	149
— XLIX.—Cómo Picrochole se vió sorprendido, huyendo, por la mala fortuna, y lo que hizo Gargantúa después de la batalla.....	151

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO L.—El discurso que dirigió Gargantúa a los vencidos	152
— LI.—Cómo fueron recompensados los vencedores gargantuístas después de la batalla	156
— LII.—Cómo Gargantúa hizo preparar para el monje la abadía de Thelema...	157
— LIII.—Cómo fué abastecida y dotada la abadía de los thelemitas.....	159
— LIV.—Inscripción colocada sobre la gran puerta de Thelema.....	160
— LV.—El interior del edificio de los thelemitas	163
— LVI.—Cómo estaban vestidos los religiosos y religiosas de Thelema.....	165
— LVII.—Cómo tenían regulada los thelemitas su manera de vivir.....	167
— LVIII.—Enigma en profecía.....	168

PANTAGRUEL.—LIBRO SEGUNDO.

PRÓLOGO DEL AUTOR.....	177
CAPÍTULO PRIMERO.—Origen y antigüedad del gran Pantagruel	181
— II.—Nacimiento del formidabilísimo Pantagruel	186
— III.—La pena que tuvo Gargantúa por la muerte de su mujer Badebec.....	188
— IV.—De la infancia de Pantagruel.....	190
— V.—Los hechos de Pantagruel en su adolescencia	192
— VI.—Pantagruel encuentra un limosín que tergiversa la lengua francesa.	195
— VII.—Cómo Pantagruel llegó a París y de los hermosos libros de la biblioteca de San Víctor.....	198
— VIII.—Pantagruel, estando en París, reci-	

	<u>Páginas</u>
	be una carta de Gargantúa; contenido de la carta..... 203
CAPÍTULO	IX.—Encuentra Pantagruel a Panurgo, y hace amistad con él para toda su vida 208
—	X.—Pantagruel, en una controversia obscura y difícil, resuelve equitativamente y prueba con ello que su juicio es admirable..... 212
—	XI.—Cómo los señores de Baisecul y Humeuesne pleitearon ante Pantagruel sin abogados..... 215
—	XII.—Cómo se explicó el señor de Humeuesne delante de Pantagruel... 219
—	XIII.—Pantagruel dicta sentencia en el pleito de los dos señores..... 222
—	XIV.—Panurgo cuenta cómo se escapó de las manos de los turcos..... 224
—	XV.—Panurgo enseña una manera bien nueva de fortificar las murallas de París 229
—	XVI.—Costumbres y condiciones de Panurgo 233
—	XVII.—Cómo Panurgo ganaba indulgencias y casaba a las viejas.—Los pleitos que tuvo en París..... 237
—	XVIII.—Cómo un gran clérigo de Inglaterra quiso argüir contra Pantagruel y fué vencido por Panurgo..... 241
—	XIX.—Cómo Panurgo triunfó del inglés que argüía por señas..... 245
—	XX.—Cómo Thaumasta reconoció las excelencias y el saber de Panurgo... 248
—	XXI.—Enamórase Panurgo de una alta dama de París..... 250
—	XXII.—Cómo Panurgo hizo a la dama parisien una cosa que no fué muy de su agrado 254

CAPÍTULO	XXIII.—Pantagruel parte de París al saber que los dipsodas invadían el país de los amaurotes. Causa de que las leguas sean en Francia tan pequeñas	256
—	XXIV.—Carta que trajo a Pantagruel un mensajero de una dama de París y explicación de las palabras escritas en un anillo de oro.....	258
—	XXV.—Cómo Panurgo, Carpalín, Eusthenes y Epistemón, compañeros de Pantagruel, destrozaron sutilmente seiscientos sesenta caballeros...	261
—	XXVI.—Pantagruel y sus compañeros estaban cansados de comer carne salada, y Carpalín se marcha de casa para cambiar de alimentos.	263
—	XXVII.—Pantagruel erige un trofeo en memoria de su proeza, y Panurgo, otro en memoria de su comida.—Cómo Pantagruel engendraba hombrecillos con sus pedos y con sus salivazos mujercillas, y cómo Panurgo rompía un bastón sobre dos vasos de vidrio.....	266
—	XXVIII.—Pantagruel, de un modo muy extraño, alcanza victoria sobre los Dipsodas y sobre los gigantes.....	269
—	XXIX.—Cómo venció Pantagruel a los trescientos gigantes armados con piedras de molino y a Lcupgarou su capitán	273
—	XXX.—Cómo Episthemón, que tenía cortada la cabeza, fué curado hábilmente por Panurgo.—Noticias de los diablos y los condenados.....	277
—	XXXI.—Pantagruel entra en la villa de los Amaurotes, y Panurgo caza al rey	

	<u>Páginas</u>
Anarche y lo hace batidor de salsa verde	283
CAPÍTULO XXXII.—Cómo Pantagruel con su lengua cubrió todo un ejército y lo que vió el autor dentro de su boca.....	286
— XXXIII.—Cómo cayó enfermo Pantagruel y de qué manera se curaba.....	289
— XXXIV.—Conclusión del presente libro y excusas del autor.....	291
NOTAS	293

OBRAS COMPLETAS DE RABELAIS

- I.—Gargantúa y Pantagruel.
- II.—Hechos y dichos del bueno
y noble Pantagruel.
- III.—Pantagruel, rey de los
dipsodas.







Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000306924



RABELAIS

R
6780